



JANE AUSTEN

*Orgullo y prejuicio*

Traducción de ANA M<sup>º</sup> RODRÍGUEZ  
Introducción de TONY TANNER



A lo largo de una trama que discurre con la precisión de un mecanismo de relojería, Jane Austen perfila una galería de personajes que conforman un perfecto y sutil retrato de la época: las peripecias de una dama empeñada en casar a sus hijas con el mejor partido de la región, los vaivenes sentimentales de las hermanas, el oportunismo de un clérigo adulator... El trazado de los caracteres y el análisis de las relaciones humanas sometidas a un rígido código de costumbres, elementos esenciales de la narrativa de la autora, alcanzan en *Orgullo y prejuicio* cotas de maestría insuperable.

La presente edición incluye una detallada cronología de la autora. Asimismo recupera la introducción original de Penguin Clásicos a cargo de Tony Tanner, que desarrolló su carrera como catedrático de literatura inglesa y norteamericana en la Universidad de Cambridge. Sus acertadas reflexiones sobre la obra de Jane Austen son la mejor guía para adentrarse en el universo literario de esta autora.



Jane Austen

# **Orgullo y prejuicio (trad. Ana María Rodríguez)**

**Penguin Clásicos**

ePub r1.1

Titivillus 12.04.2020

Título original: *Pride and prejudice*  
Jane Austen, 1813  
Traducción: Ana María Rodríguez  
Comentarista: Tony Tanner

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



# INTRODUCCIÓN

¿Por qué le gusta tantísimo la señora Austen? Eso me tenía desconcertada... No había leído *Orgullo y prejuicio* hasta que leí esa frase suya; entonces lo hice. ¿Y qué encontré? El daguerrotipo preciso de un rostro corriente; un jardín bien cercado y bien cuidado, con lindes definidas y flores delicadas; pero ninguna mirada de una fisonomía brillante y viva, ni campo abierto ni aire fresco, ni colina azul ni hermoso arroyo. No me gustaría vivir con sus damas y sus caballeros, en sus casas elegantes pero cerradas.

Charlotte Brontë expresó así su descontento hacia una de las novelas inglesas más populares de todos los tiempos, en una carta de 1848 dirigida a G. H. Lewes. Volveré a su crítica más adelante, así como a sus connotaciones, pero la rotundidad de su respuesta negativa me lleva a reconsiderar el atractivo duradero de la novela y la relevancia que todavía puede tener, si la tiene, para gente que vive en condiciones sociales muy distintas. En esta introducción me gustaría proponer diferentes acercamientos a la novela, los cuales tal vez ayuden a aclarar sus logros en términos de su época, y a encontrar una explicación al porqué la forma de esos logros pudo resultar desagradable para una romántica como Charlotte Brontë. Espero también que, al exponer las distintas maneras de enfocar la novela, nos resulte más fácil comprender su relevancia.

Resulta sencillo captar la trascendencia que tuvo para la sociedad de su época, pues durante la década en la que Napoleón estaba actuando en Europa, y transformándola, Jane Austen compuso una obra en la que los hechos más importantes giran en torno a un hombre que cambia sus modales y una joven su mentalidad. Los soldados sólo desempeñan el papel marginal de entretener a las jóvenes, que en un caso desemboca en la fuga de los amantes. La novela ofrece una visión general de una pequeña parte de la sociedad que vive atrapada en un presente casi eterno, en el que son muy pocos los cambios que pueden producirse. La mayoría de la gente es tan inmóvil y repetitiva como las rutinas y los rituales sociales establecidos que dominan sus vidas. El dinero es un problema potencial (nunca real) y el noviazgo comporta sus propios dramas personales, pero todo lleva a la consecución de enlaces matrimoniales satisfactorios, que es, justamente, el modo en que una sociedad asegura su continuidad y minimiza la posibilidad de que se produzca el más mínimo cambio violento. En un mundo así, un cambio de mentalidad, un acto mediante el cual la conciencia demuestra cierta independencia de las pautas de pensamiento que predeterminan la interpretación de los hechos, puede, sin duda, resultar un acontecimiento bastante trascendental; en esta novela, se trata de una modificación interior que va acompañada de una modificación exterior en el comportamiento de un individuo. Veámoslo del siguiente modo: hasta el capítulo cuarenta y dos, Mr. Darcy y Elizabeth Bennet creen estar participando en una acción que, de convertirse en ficción, debería titularse *Dignidad y percepción*. Tienen que aprender a darse cuenta de que su novela se titula, con más acierto, *Orgullo y*

*prejuicio*. La obra de Jane Austen trata, principalmente, de los prejuicios y del establecimiento de nuevos juicios. Es una novela de reconocimiento («reconocimiento»), entendido como el acto por el cual la mente puede volver sobre un hecho y, de ser necesario, realizar revisiones y correcciones hasta llegar a verlo como es en realidad. Como tal, se relaciona temáticamente con las obras dramáticas de reconocimiento que constituyen la tradición de la tragedia occidental —*Edipo rey*, *El rey Lear*, *Fedra*—, si bien se ha pasado del drama a la comedia para ajustarse a una obra que no trata de la finalidad de la muerte del individuo, sino sobre la continuidad de la vida social.

No me olvido del particular encanto de la figura de Elizabeth Bennet, lo que contribuye en gran medida al atractivo de la novela.

«Debo confesar que creo que [Elizabeth Bennet] es una de las criaturas más encantadoras que haya aparecido impresa, y no sé cómo podré tolerar a aquellos que no la quieran...», escribió Jane Austen en una carta; y, sin duda, con su combinación de vigor e inteligencia, y su alegre resistencia a una sociedad que tiende constantemente a la gris conformidad, podría ser una digna heroína en una novela de Stendhal, lo que no puede decirse de muchas heroínas inglesas. Sin embargo, en este momento me gustaría hacer hincapié en que una parte muy importante del libro es el modo en que aborda, e incluso dramatiza, algunos aspectos del problema del conocimiento. Por supuesto, los filósofos del siglo XVIII habían estudiado lo que John Locke denominó «la facultad de discernimiento del hombre» con un rigor analítico inusual, considerando no sólo la cuestión de qué es lo que sabemos, sino el asunto más reflexivo de cómo sabemos lo que sabemos y de los límites que los propios procesos e instrumentos de cognición establecen sobre el conocimiento. Locke afirmó al inicio de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*:

Merece la pena, pues, descubrir los límites entre la opinión y el conocimiento, y examinar, respecto de las cosas sobre las que no tenemos conocimiento cierto, por qué medios debemos regular nuestro asentimiento y moderar nuestras persuasiones.

Y añadió, a modo de advertencia importante para entender buena parte de la literatura del siglo XVIII: «Nuestro propósito aquí no es conocer todas las cosas, sino aquellas que afectan a nuestra conducta». Locke señaló que «por una costumbre muy arraigada», a menudo «llegamos a considerar como percepción de nuestra sensación algo que es una idea formada por nuestro juicio». Esto sintetiza con bastante precisión las primeras reacciones de Elizabeth con respecto a Darcy. Ella identifica sus percepciones sensoriales como juicios, o trata sus impresiones como conocimiento. En su violenta condena de Darcy, y en el apoyo inmediato que muestra a Wickham, por muy comprensivo que sea el primero y defendible el segundo, Elizabeth es culpable de «falso asentimiento y error», como Locke tituló uno de sus capítulos. En él ofrece algunas de las causas por las que caemos en el error, como por ejemplo «hipótesis recibidas», «pasiones o inclinaciones predominantes» y

«autoridad». Éstas son fuerzas e influencias a las que la conciencia de cada individuo debe enfrentarse si quiere llevar a cabo la solitaria lucha hacia una auténtica visión, como hace la conciencia de Elizabeth; y el hecho de que grupos y sociedades al completo puedan vivir atrapados en el «falso asentimiento y el error», a menudo con resultados intolerablemente injustos y crueles, contribuye a perpetuar la relevancia de esta historia feliz sobre una joven que aprende a cambiar su manera de pensar.

El primer título que Jane Austen eligió para la novela que al final se titularía *Orgullo y prejuicio* fue *Primeras impresiones*, lo que a mi entender aporta una pista fundamental sobre una cuestión central de la versión definitiva. Sin embargo, no podemos saber la relevancia de esas «primeras impresiones» en la versión previa, puesto que se ha perdido. De más está decir que han sido muchos los estudios eruditos acerca de la supuesta evolución de la novela. Citaré aquí a Brian Southam, autor de *Jane Austen's Literary Manuscripts*, ya que sus investigaciones en este aspecto están mucho más avanzadas que las mías. Sugiere la posibilidad de que Jane Austen iniciara la novela como una de sus anteriores obras paródicas, aunque añade que en la versión final hay pocos indicios de ese comienzo.

El propósito burlesco se insinúa en el título, ya que la expresión «primeras impresiones» procede directamente de la terminología de la literatura sentimental y, con toda probabilidad, Jane Austen debió de descubrirla en *Sir Charles Grandison*, donde se definen brevemente sus connotaciones. Debió de encontrar un uso más reciente en *Los misterios de Udolfo* (1794), novela en la que a la heroína se le dice que si consigue no rendirse a las primeras impresiones adquirirá «una permanente dignidad en sus maneras, que es lo único que puede equilibrar las pasiones». Aquí, como suele suceder en la ficción popular, las «primeras impresiones» muestran la fuerza y la verdad de la respuesta inmediata e intuitiva del corazón, por lo general el amor a primera vista. Jane Austen ya había abordado la idea de este sentimiento en *Amor y amistad*, y en *Sentido y sensibilidad* aparece como un rasgo definitorio del temperamento de Marianne... En *Orgullo y prejuicio* se produce una sorprendente inversión de este concepto, aunque en circunstancias que nada tienen que ver con lo sentimental.

Se refiere a las «primeras impresiones» de Elizabeth sobre Pemberley, la casa de Darcy, que resultan acertadas y así se manifiesta en la novela. Conviene añadir que también sus primeras impresiones sobre los personajes de Mr. Collins y lady Catherine de Bourgh están bien encaminadas. Sin embargo, se equivoca en las de Wickham; y sus primeras impresiones sobre Darcy, aunque están justificadas en gran medida por el comportamiento y el tono del hombre, constituyen una base inadecuada para el rígido juicio que emite sobre él.<sup>[1]</sup>

El señor Southam cree que «es probable que descartara el título original tras la publicación de la obra *First Impressions* (“Primeras impresiones”), de Mrs. Holford, en 1801», y repite la observación de R. W. Chapman de que es casi seguro que el nuevo título proceda de las páginas finales de *Cecilia*, de Fanny Burney. En esta obra también aparece un joven muy orgulloso, Mortimer Delvile, quien no está dispuesto a renunciar a su apellido, cuando tal renuncia es el retorcido requisito para que Cecilia pueda heredar la fortuna de su tío. La relación entre esta obra y la de Jane Austen ha

sido explorada por algunos críticos, pero bastará con citar aquí el discurso del sabio doctor Lyster hacia el final de la novela:

—Todo este desafortunado asunto —dijo el doctor Lyster—, ha sido el resultado del ORGULLO y del PREJUICIO. Tu tío, el deán, lo comenzó, con su arbitraria voluntad, ¡como si una ordenanza propia pudiera detener el curso de la naturaleza...! Tu padre, Mr. Mortimer, lo continuó con la misma seguridad en sí mismo, y prefirió la desgraciada satisfacción de regalarse los oídos con un sonido agradable a la estable felicidad de su hijo con una esposa rica y digna. Sin embargo, a pesar de ello, recuerda: si le debes tus desgracias al ORGULLO y al PREJUICIO, y como el mal y el bien están perfectamente equilibrados, también le deberás al ORGULLO y al PREJUICIO acabar con ellas.

Sin embargo, aunque aceptemos que la expresión «primeras impresiones» puede representar algo más que una crítica velada a las convenciones de la novela sentimental, me gustaría proponer otra posible explicación para el título original de Jane Austen. Sin intención de insinuar que hubiera leído tanta filosofía contemporánea como ficción (aunque tratándose de una mujer tan inteligente, no resulta imposible), creo que conviene señalar que «impresiones» es una de las palabras clave en la filosofía de David Hume, a la que otorga un lugar destacado como fuente de nuestro conocimiento. Así empieza el *Tratado de la naturaleza humana*:

Todas las percepciones e ideas de la mente humana se reducen a dos géneros distintos que yo llamo impresiones e ideas. La diferencia entre ellos consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que se presentan a nuestro espíritu y se abren camino en nuestro pensamiento y conciencia. A las percepciones que penetran con más fuerza y violencia las llamamos impresiones, y comprendemos bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por ideas entiendo las imágenes débiles de éstas en el pensamiento y razonamiento. [...] Existe otra división de nuestras percepciones que será conveniente observar y que se extiende a la vez sobre impresiones e ideas. Esta división es en simples y complejas. [...] Observo que muchas de nuestras ideas complejas no tienen nunca impresiones que les correspondan y que muchas de nuestras impresiones complejas no son exactamente copiadas por ideas. Puedo imaginarme una ciudad como la nueva Jerusalén, cuyo pavimento sea de oro y sus muros de rubíes, aunque jamás he visto una ciudad semejante. Yo he visto París, pero ¿afirmaré que puedo formarme una idea tal de esta ciudad que reproduzca perfectamente todas sus calles y casas en sus proporciones justas y reales?

Elizabeth tiene una mente viva —su viveza es, de hecho, una de las cualidades que seducen a Darcy—, y sus impresiones son igualmente vivas, ya que la calidad de la conciencia que las capta afecta necesariamente a la intensidad de las impresiones que se perciben. De manera similar, es capaz de tener impresiones complejas e ideas complejas, pero trataré este punto más adelante. Su problema, en términos de Hume, es que sus ideas complejas no siempre se basan por entero en sus impresiones complejas, obtenidas de las escenas que presencia. Aquí notamos la desconfianza propia del siglo XVIII hacia la imaginación, que Jane Austen suscribía en parte, ya que tiene la capacidad de hacernos creer en ideas que no se basan en impresiones: confundir la nueva Jerusalén con París. (Al rebelarse contra la filosofía y la psicología del siglo XVIII, Blake declararía la preeminencia de la facultad que permite imaginar la nueva Jerusalén y elevarla por encima de la simple percepción de París.)



Hume afirma que, si queremos entender nuestras ideas, debemos referirnos a nuestras impresiones:

¿Qué técnica podemos utilizar para arrojar un poco de luz sobre esas ideas y darle a nuestra mente una aprehensión más bien clara y determinada de ellas? La respuesta es que podemos producir las impresiones o sentimientos originales de los cuales las ideas han sido copiadas.

Este fragmento pertenece a la *Investigación sobre el entendimiento humano*. En la *Investigación sobre los principios de la moral* señala:

No se debe depender implícitamente de los meros sentidos, sino que hemos de corregir su evidencia con la razón y, por consideraciones derivadas, de la naturaleza del medio, la distancia del objeto y la disposición del órgano, para hacer de dichos sentidos, en una esfera, los criterios adecuados de verdad y falsedad.

Y «un gusto equivocado puede corregirse frecuentemente mediante argumentos y reflexiones». Las impresiones provocan inclinaciones, y esas inclinaciones pueden ser entonces consideradas por la razón. Sin embargo,

la razón, al ser fría y desapasionada, no motiva la acción, y dirige únicamente el impulso recibido del apetito o inclinación, mostrándonos los medios de alcanzar la felicidad o de evitar el sufrimiento.

Una cita más:

En cada situación o incidente se producen muchas circunstancias concretas y en apariencia insignificantes que, en un primer momento, incluso el hombre más talentoso tiende a pasar por alto, aunque dependan por completo de ellas la justicia de sus conclusiones y, en consecuencia, la prudencia de su conducta. [...] A decir verdad, un razonador inexperto no podría serlo en absoluto, pues no poseería experiencia alguna.

Sin experiencia no hay razón; sin impresiones no hay experiencia. Esto indica la importancia particular de las «primeras impresiones» porque, aunque puedan requerir una corrección posterior, una ampliación o complementación, constituyen el principio de la experiencia. Desde mi punto de vista, todas las citas de Hume pueden aplicarse de manera acertada a *Orgullo y prejuicio*, y no creo que sea necesario explicar en detalle su idoneidad. Tanto para Jane Austen como para Hume, el hombre y la mujer tenían que ser «experimentadores» y «razonadores»: la primera característica sin la segunda conduce al error, la segunda sin la primera resulta inútil, si no imposible (como ejemplifican los comentarios sentenciosos de Mary Bennet; ella es pura razón «fría y desapasionada», por lo tanto, no tiene nada de razonadora). Tanto la experiencia como la razón dependen de las impresiones, y, así, las primeras impresiones se convierten en los primeros pasos hacia la vida humana plena. El hecho de enfatizar esto de manera excesiva puede convertirlo en un tema apropiado para la parodia, pero como proposición general, no lo es.

En este punto habría que recordar, sólo para advertir que la vida humana es un asunto complejo, que las primeras impresiones —de hecho, todas las impresiones—

pueden requerir una revisión; y Jane Austen hace que nos demos cuenta de esa complejidad en sus obras. Empezando por la irónica afirmación con que abre la novela —«Es una verdad reconocida por todo el mundo»—, aparecen recordatorios constantes de lo cambiante que es lo que la gente considera «verdad»; pues aquello que es «reconocido por todo el mundo» puede cambiar no sólo de una sociedad a otra, sino de una persona a otra, o incluso para la misma persona con el paso del tiempo. En el libro aparece todo un campo léxico relacionado con el proceso de decisión, opinión, convicción, énfasis o proposición tan variado e inestable como son los juicios, las ideas, los relatos y las versiones de la gente sobre distintas situaciones y personas. Tras una velada con Darcy, nada «pudo ya librarlo de convertirse en el ser más desagradable y odioso»; Elizabeth pregunta a Wickham sobre lady Catherine y «confesó que se había expresado de manera muy razonable»; también se cree la versión que le ofrece sobre Darcy, y tiene que ser Jane quien sugiera que «Los dos [...] han sido engañados de una manera u otra». Jane, sin embargo, en su propia miopía y en su deseo de pensar bien de todo el mundo, considera que Miss Bingley es agradable con ella, mientras que Elizabeth la juzga como altanera. No obstante, esta última se muestra demasiado segura de sí misma, por ejemplo cuando, dirigiéndose a su hermana, de carácter más vacilante, dice: «Yo, en cambio, sí sé qué pensar». Está «decidida» a ir en contra de Darcy, y durante cierto tiempo se siente atraída por Wickham, quien, en ese momento, es «estimado por todos». Le pregunta a Darcy si él no «permite que algún prejuicio lo ciegue», sin darse cuenta de que, en ese instante, ella misma puede estar cegada por prejuicios. Las opiniones son cambiantes, según se presente una visión u otra del comportamiento de la gente. Elizabeth «representa» a una persona o una situación desde un punto de vista, mientras que Jane se aferra a su propia «idea» de las cosas. Cuando todos condenan a Darcy como «el más malvado de los hombres», es esta última quien «abogaba siempre por la indulgencia y exigía la posibilidad de una equivocación». Por supuesto, no tarda en llegar el momento en que las opiniones se vuelven contrarias a Wickham. «Todos afirmaban que era el joven más malvado del mundo», justo en el momento en que cambia la opinión sobre la familia Bennet. «Los Bennet fueron *pronto declarados* la familia más afortunada del mundo, aunque sólo pocas semanas antes, en ocasión de la fuga de Lydia, *se los hubiera tenido* por los más desgraciados». (La cursiva es mía.) La falibilidad de nuestras «pruebas» y lo prematuro de muchas de nuestras «declaraciones» quedan ampliamente ejemplificados en la novela. Se examina la interpretación ansiosa propia de los acontecimientos sociales, y se alude al interés que subyace a determinada interpretación de los hechos. Cuando Mrs. Gardiner «*confesó haber oído decir* que Fitzwilliam Darcy era un muchacho orgulloso y malvado», lo considera, durante un tiempo, como verdad. (La cursiva es mía.)

Por supuesto, es Elizabeth quien, con más intensidad, llega a desear que «sus primeros juicios sobre Darcy hubieran estado más puestos en razón y que sus expresiones hubieran sido más moderadas». En oposición a Jane, a quien llama

«modestamente ciega», Elizabeth hace un «juicio sobre las personas más severo». Sin embargo, en el caso de Darcy su juicio resulta excesivo. No puedo ni deseo demostrar que se equivoca en sus «primeras impresiones» sobre Darcy, ya que la actitud de éste es orgullosa, paternalista y, en su famosa proposición de matrimonio, insultante e impropia de un caballero, como Elizabeth le manifiesta, para gran alegría del lector. No obstante, ella se había formado una idea fija de Darcy a partir de datos insuficientes, y al creer la versión de Wickham sobre él —una pura invención—, deposita excesiva confianza en pruebas que no verifica y que resultan ser falsas. (La capacidad del lenguaje para hacer que «lo negro parezca blanco» y viceversa es una verdad fundamental de la que Jane Austen era plenamente consciente. En una sociedad que dependía tanto de las conversaciones, suponía un peligro constante. Con todo, no se trata de un peligro restringido a una cultura de base verbal. Es también, por ejemplo, el error del rey Lear al creer la ampulosa retórica de Goneril y Regan sobre el amor, y al no reconocer ese sentimiento en la mesurada expresión de Cordelia. El error de Elizabeth no es de la misma magnitud, pero sí de la misma clase.)

Sin embargo, es importante señalar que el *éclaircissement* le llega a través del lenguaje, mediante la carta de Darcy. Los pasajes que describen las fases de su reacción a esa carta figuran entre los más importantes de la novela. Se ve obligada a elegir entre dos versiones opuestas y mutuamente excluyentes: la de Wickham y la de Darcy; «ambas partes se contradecían.» En un primer momento había dado por buena la plausible versión de palabra de Wickham, pero poco a poco va depositando más confianza en la autoritaria expresión escrita de Darcy: en este punto discrimina entre estilos. (Obsérvese que juzga de inmediato que Mr. Collins no es un hombre sensato por el estilo pomposo de su escritura: en este caso, las primeras impresiones son validadas.) Se da cuenta de que «Darcy en aquel caso no merecía censura alguna». «En aquel caso» saca a relucir el choque entre la conciencia humana, que interpreta y que puede hacer que los acontecimientos se vuelvan de un modo u otro según se desarrollen, de manera seria o desenfadada, y las distintas versiones de la realidad que pueden darse: un mundo concreto y muchas imágenes mentales parciales del mismo. Sin embargo, si éste es el problema de la conciencia, también puede ser su salvación, ya que permite que una persona cambie su modo de interpretar las cosas. Justamente la firmeza que puede mantener un hombre en una versión y lo desastrosa que puede resultar esa firmeza cuando la premisa es equivocada, constituye el tema central de *El rey Lear*. Elizabeth cree durante un tiempo que su versión equivocada le ha costado el compañero perfecto y una preciosa casa, cosas fundamentales para una joven en esa sociedad.

Lizzy empezó a comprender que él era el hombre que por su situación y talento más le habría convenido. [...] Habría sido una unión ventajosa para ambos. [...] Pero semejante matrimonio no habría de mostrar a la admirada multitud en qué consistía la felicidad conyugal.

Por supuesto, ella no tiene que padecer las tribulaciones de Lear. Tras una lectura inteligente y justa de la carta no sólo cambia su valoración, sino que logra un intenso descubrimiento sobre sí misma. «¡Cuán diferente le parecía ahora todo cuanto se refería a él! [...] Lizzy se sentía cada vez más avergonzada de sí misma. No podía pensar en Darcy ni en Wickham sin reconocer que había estado ciega, que había sido parcial, absurda y que se había dejado dominar por los prejuicios. “¡Con qué bajeza he obrado —exclamó—, yo, que me enorgullecía de mi inteligencia! [...] Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma.”» Esto puede parecer un poco exagerado: parte de la mejora de Darcy se debe a que ha llegado a reconocer la justicia de mucho de lo que ella ha expresado sobre su comportamiento y su actitud. Lo importante es que al reconocer su propio orgullo y prejuicio (obsérvese que utiliza ambas palabras) Elizabeth puede empezar a librarse de ellos. Puede haber pocos momentos más importantes en la evolución de la conciencia humana que tal acto de reconocimiento. Contamos con multitud de ejemplos en la literatura y en nuestra experiencia para saber que la persona que nunca ha llegado al punto de expresar «hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma» permanecerá para siempre privada de ese autoconocimiento. Creo que no es necesario explicar el posible efecto de tal enfoque y comportamiento. Si no nos conocemos a nosotros mismos, no conocemos nuestro mundo.

No sorprende que tras caminar dos horas a solas «sumida en sus pensamientos», durante las cuales «volvió a considerar los hechos, determinando posibilidades», como hace después de recibir la carta de Darcy, sienta «fatiga». Ha atravesado una situación extremadamente difícil y ha hecho un enorme esfuerzo para reorganizar su esquema mental. Como F. Scott Fitzgerald escribió: «Me vi obligado a pensar. ¡Dios mío, vaya si era difícil! Había que mover grandes baúles secretos». El hecho de que los actos internos puedan resultar tan agotadores como la acción externa es una realidad que Jane Austen, con su postura restringida en una sociedad bastante inmóvil, percibió con especial habilidad. El padecimiento de Elizabeth es muy antiguo, ya que se ha enfrentado por vez primera a las problemáticas discrepancias entre las apariencias y la realidad, y a los límites insospechados del conocimiento. Se trata de un tema tan antiguo como *Edipo rey*, y aunque sólo se trate de reconocer a un vividor o a un caballero, en la sociedad de Elizabeth, en igual medida que en la Grecia antigua, tales actos de reconocimiento resultan determinantes para proporcionar felicidad o sufrimiento.

La necesidad constante de estar alerta ante la diferencia entre apariencia y realidad se establece de forma clara desde el principio. Comparado con Bingley y Darcy, Mr. Hurst «semejaba un caballero». Como Mr. Hurst alterna entre jugar a las cartas y dormir, no resulta un personaje problemático. Por supuesto, Wickham lo es más. «Su aspecto era por demás favorable» y poseía «trato ameno». Él es «superior» al resto de oficiales de la guarnición «en aspecto, ademanes y modo de andar». Elizabeth «no dudaba de la veracidad de un joven de tan estimable aspecto» y

«Wickham sería siempre un modelo de hombre amable y agradable». Solamente después de haber leído la carta de Darcy tiene que empezar a cambiar esa opinión. Como las frases citadas demuestran (y ninguna de ellas tiene connotaciones éticas), Elizabeth ha respondido a los modales de Wickham, o a esa parte de su «yo» que se hace visible en los acontecimientos sociales. Tras leer la carta, reflexiona.

En cuanto a su verdadero carácter, ella no había tenido ocasión de analizarlo detenidamente. De hecho, nunca había sentido deseos de descubrirlo: su aspecto, acento y modales lo habían colocado de una vez en posesión de todas las virtudes. Trató de recordar alguna prueba de bondad, algún rasgo especial de integridad o benevolencia [...] pero nada más sustancial acudía a su memoria fuera de la general estimación por parte de la vecindad.

Aquí ha empezado ya a pensar en lo «esencial», en oposición a las «apariencias», y a partir de este momento crece su estima hacia el personaje de Darcy al mismo tiempo que disminuye la que siente por Wickham, hasta que es capaz de quejarse a Jane de que «Es evidente que hubo algún error en la educación de esos dos hombres. El uno acaparó toda la bondad y el otro toda su apariencia». A la buena de Jane, reacia a creer en la falsedad humana y en las maquinaciones malintencionadas, le gustaría creer en la bondad de ambos hombres, pero Elizabeth, más rigurosa, señala que «entre ambos no sumarían méritos suficientes para hacer un hombre bueno. Por mi parte me inclino a creer que la razón corresponde a Mr. Darcy». Como se puede observar, Elizabeth sigue conservando su sentido del humor, y eso le permite desconcertar a Wickham con su tono irónico. A su regreso de Rosings, Wickham le pregunta: «¿[Darcy] se ha dignado a añadir algo de cortesía a sus modales ordinarios?», y añade: «Porque no me puedo creer [...] que haya mejorado en lo esencial». Elizabeth, en ese punto convencida de la bondad de Darcy, es capaz de responder con seguridad: «¡Oh, no! [...], en lo esencial pienso que aún es más de lo que siempre fue». Wickham, algo agitado, añade con insolencia: «Comprenderá cuán sinceramente me alegra el que sea al menos capaz de fingir una actitud correcta». La palabra «fingir» aparece en cursiva en el original, como si Jane Austen quisiera enfatizar que Elizabeth ha abierto por fin los ojos a las posibles diferencias entre «apariencia» y lo «esencial».

Precisamente, la definición del «verdadero carácter» de una persona constituye uno de los temas principales de la novela. La expresión aparece más de una vez, por lo general asociada a la idea de que es algo que se puede mostrar (y, por lo tanto, esconder). En concreto, Darcy escribe en su carta que «cualesquiera que sean los sentimientos que Mr. Wickham haya despertado en usted, no me impedirá desenmascarar su verdadero carácter». Más adelante, en el mismo escrito describe el intento por parte de Wickham de seducir a Georgina, «una circunstancia [...] que no menor obligación que la actual podría inducirme a revelar a ningún ser humano». Las últimas palabras de Cordelia antes de ser desterrada son:

El tiempo siempre expone la doblez de la astucia;

La revelación o el descubrimiento de una realidad implica, por supuesto, sustituir la apariencia por la sustancia. El hecho de que la realidad pueda quedar oculta — porque nos vemos obligados a basarnos en primeras impresiones, que pueden ser manipuladas cínicamente— significa que es muy importante examinar con cuidado todo aquello que tenemos por pruebas convincentes. El error de Lear y de Otelio es pedir las pruebas equivocadas, lo que les hace vulnerables ante quienes desean fabricar falsas apariencias. Sin embargo, en la tragedia de Shakespeare, como en *Orgullo y prejuicio*, el «verdadero carácter» de los buenos y los malos —Cordelia y Iago, Darcy y Wickham— queda al descubierto. El coste y el proceso de tal descubrimiento son, por supuesto, muy distintos en cada caso. Sin embargo, el tema perenne es común a ambas obras.

En este punto podríamos preguntarnos si Elizabeth tiene algo más que pruebas por escrito sobre los méritos de Darcy y Wickham. Es evidente que hace falta algo más para aportar «sustancia» a lo que podría ser una simple «afirmación». Está, evidentemente, la actitud magnánima que muestra Darcy ante la crisis precipitada por la fuga de Lydia y Wickham, pero, llegado ese momento, el criterio de Elizabeth ha mejorado y ha «aprendido a descubrir» la aburrida afectación en los modales de Wickham, y a valorar los méritos de Darcy. La educación de su opinión, si podemos llamarla así, empieza con la carta de Darcy, pero no se completa hasta que Elizabeth entra en su casa y observa su retrato. Esto ocurre durante su visita a Derbyshire, cuando los Gardiner la convencen de que los acompañe a Pemberley, la finca compuesta por la distinguida casa de Darcy y sus hermosos terrenos. Esa entrada física en la finca (43), que representa a la vez una analogía y una ayuda para su entrada perceptiva en el carácter interior de su propietario, sucede después del episodio centrado en la carta de proposición que, a mi parecer, constituye la escena más importante de la novela y que me gustaría analizar con detalle.

La palabra «idea» aparece con frecuencia en la obra, a menudo con el sentido de hacerse «ideas» sobre algo: un baile, una pareja casada, una situación deseada. Un ejemplo claro de ello es el siguiente: «Si Lizzy hubiese tenido que fundar sus opiniones sólo en lo que veía en su propia familia, no habría podido albergar muy grata idea de la felicidad conyugal o la comodidad domésticas». Estas ideas son, por consiguiente, imágenes mentales, bien derivadas de impresiones, bien fruto de la imaginación. (Por supuesto, es una característica propia de Elizabeth pensar más allá de la idea de la realidad que le ofrece su propia familia.) Hay también referencias más literales a otra clase de imágenes, como cuando Miss Bingley sugiere a Darcy, a modo de broma maliciosa, que debería colgar retratos de los parientes de Elizabeth socialmente inferiores (a Darcy) en Pemberley, y añade: «En cuanto al retrato de Lizzy, no debe permitir usted que se lo hagan, porque ¿qué pintor podría hacer justicia a sus hermosos ojos?». La relación entre las imágenes físicas y las mentales

se sugiere cuando Darcy está bailando con Elizabeth. Ella bromea con una descripción ingeniosa de las características de ambos y él responde: «Estoy seguro de que ésa no es una definición de su carácter. En cuanto a lo que su descripción pueda parecerse al mío, es algo que no confesaré. Usted, sin embargo, lo juzga fiel retrato». Más adelante, durante el mismo baile, él dice: «Desearía, Miss Bennet, que no intentase usted estudiar mi carácter, pues tengo razones para pensar que no favorecerá a nadie». Ella responde: «Es que si no lo consigo ahora, es posible que no vuelva a tener ocasión de hacerlo». Todo ello es más que una simple broma, porque, como no podemos interiorizar literalmente a otra persona, la imagen o el retrato que nos hagamos de ella resulta siempre de suma importancia. La metáfora del retrato nos permite aducir que la imagen debe trazarse con cuidado para evitar que nuestra galería mental esté ocupada por retratos distorsionados e injustos.

Sabemos que Jane Austen visitaba galerías de arte cuando tenía ocasión. En una carta a Cassandra fechada en 1811, escribió:

Mary y yo, después de dejar a nuestra madre y a nuestro padre, fuimos al Liverpool Museum y a la British Gallery, y me divertí en los dos, aunque mi preferencia por los hombres y las mujeres siempre me lleva a prestar más atención a la compañía que a las vistas.

Y en 1813 se hace evidente que cuando fue a una galería de retratos ya tenía en mente la imagen de sus personajes. De nuevo, la carta va dirigida a Cassandra:

Henry y yo fuimos a la Exposición de Spring Gardens. No está considerada una buena colección, pero a mí me gustó mucho, en particular (por favor, díselo a Fanny) un pequeño retrato de Mrs. Bingley, extremadamente parecido a ella. Fui con la esperanza de encontrar uno de su hermana, pero no encontré a una Mrs. Darcy; sin embargo, tal vez la encuentre en la Gran Exposición, a la que iremos si tenemos tiempo. No creo que consiga encontrarla en la colección de sir Joshua Reynolds que se exhibe en Pall Mall y que también visitaremos. Mrs. Bingley es exactamente ella, la misma talla, forma de la cara, rasgos y dulzura; no puede haber un parecido mayor. Lleva un vestido blanco, con adornos en verde, lo que me convence de lo que siempre había supuesto, y es que el verde es el color que mejor le sienta. Me atrevería a decir que a Mrs. D. la encontraré de amarillo.

Más adelante, en esa misma carta, añade:

Hemos ido juntos a la Exposición y a ver la colección de sir Joshua Reynolds, y me siento decepcionada porque tampoco allí encontré a nadie parecido a Mrs. D. Sólo puedo imaginar que Mr. D. valore demasiado las imágenes de ella para permitir que se expongan al público. Imagino que él albergaría esa clase de sentimiento: esa mezcla de amor, orgullo y delicadeza. Dejando a un lado esta decepción, me divertí muchísimo entre los cuadros...

Cabe destacar que no espera encontrar un retrato ajustado de Elizabeth en la colección de sir Joshua Reynolds. Para Reynolds, el artista, incluido el pintor de retratos, «adquiere una idea justa de las formas bellas, corrige la naturaleza mediante ella misma, corrige su estado imperfecto mediante su estado más perfecto». En sus *Discursos sobre arte*, Reynolds puso el característico acento neoclásico en las «formas centrales», y generalizó las figuras que no son «la representación del

individuo, sino de toda una clase». Este enfoque neoclásico tendía a minimizar las cualidades individualizadoras de una persona o cosa en favor de atributos más genéricos o en deferencia a los modelos clásicos.<sup>[2]</sup> Sin embargo, para Jane Austen, la novelista y admiradora de Richardson, eran precisamente las cualidades individualizadoras, que diferenciaban de forma clara incluso a dos hermanas, las que le despertaban mayor interés. Elizabeth no es un estereotipo, sino que posee esa energía independiente que suele alterar la disposición a tipificar. Quiere reconocimiento por lo que es y no por lo que pueda representar (el interés de Mr. Collins por ella, como por Charlotte, es, como sabe bien, «meramente imaginario»: la ve tan sólo como una esposa adecuada, y por eso es rechazado). Elizabeth tiene la fortuna de atraer la exigente mirada de Darcy —siempre la está observando, como si intentara interpretarla o retener la más completa imagen de ella en su memoria—, pues es el único personaje masculino de la novela capaz de estar a la altura de todas las cualidades de ella. Así, es justo que también ella descubra todas las cualidades de Darcy, lo que finalmente sucede en Pemberley.

Durante el viaje hacia allí, Elizabeth admira la belleza natural del paisaje sin adornos —«tenía enfrente un considerable arroyo bastante caudaloso y orillas irregulares y descuidadas»— y «¡en aquel instante se dio cuenta de que ser la dueña de Pemberley era algo muy importante!». A continuación les muestran la casa, donde, de nuevo, la elegancia y el buen gusto —«no había nada muy llamativo ni vanamente lujoso»— despiertan su admiración, y vuelve a pensar en la oportunidad que ha dejado escapar. «¡Y de este sitio, pensaba, habría podido ser dueña!». Quien les enseña la casa es Mrs. Reynolds, una suerte de cicerone que puede estar aquejada de «esa especie de prejuicio de familia», pero cuyo testimonio sobre las cualidades de los jóvenes Darcy y Wickham tiene validez para Elizabeth. La mujer es una voz de dentro de la casa, y, por lo tanto, conoce a Darcy desde sus orígenes, y no como Elizabeth, una simple conocida. La mujer le muestra unas miniaturas, entre ellas una de Darcy («Mi señor es el mejor amo»), e invita a Elizabeth a ver un retrato más grande de él, en la galería del piso superior.

Elizabeth camina entre los cuadros buscando el único retrato cuyas facciones había de reconocer. Al llegar a él se detuvo, advirtiendo la sorprendente semejanza con Darcy, en cuyo rostro aparecía cierta sonrisa que ella recordaba muy bien. Permaneció varios minutos ante la pintura, contemplándola atentamente [...].

En ese momento, en el ánimo de Lizzy había, en verdad, más inclinación hacia el original de la que había experimentado hasta entonces. [...] Todo lo manifestado por el ama de llaves hablaba en favor de su carácter, y al colocarse ante el lienzo en que estaba representado, fijos los ojos en ella, juzgó el interés que le manifestó con más profundo sentimiento de gratitud del que antes le había suscitado. Al recordar su furia, dulcificó las palabras, por otra parte impropias, que había pronunciado.

Casi puede adivinarse el pensamiento no expresado —«y yo podría haber sido la esposa de este hombre»—, que Elizabeth manifestará explícitamente a su debido tiempo.



De pie en el centro de la casa, contemplando las cualidades del rostro de ese retrato (cualidades comunicadas y corroboradas en parte por el ama de llaves), Elizabeth completa el acto de reconocimiento que comenzó con la lectura de la carta de Darcy. Cabe mencionar que el retrato más fiel es el de mayor tamaño, que se encuentra en el piso superior, en una parte más privada de la casa; en el piso de abajo, Darcy sólo aparece en «miniatura». Podemos suponer que cuanto más se aleja un hombre de la casa en que realmente lo conocen más expuesto estará a la tergiversación y a posibles errores de reconocimiento. De pie ante la imagen grande y verdadera de Darcy, Elizabeth ha finalizado su viaje. Cuando a continuación se encuentra con el original en los alrededores de la casa, ya no alberga ninguna duda sobre su auténtico mérito. El resto de la novela trata, en su mayor parte, de hechos indirectos, como el melodrama de la fuga de Wickham con Lydia, que ofrece a Darcy la oportunidad de mostrar sus virtudes. Sin embargo, todo ello es una demora, y no un avance, en términos de la obra. La acción más importante ya se ha completado en el momento en que Elizabeth ha dejado de observar el retrato. En respuesta a la pregunta de Jane sobre cuándo se dio cuenta de que estaba enamorada de Darcy, Elizabeth responde: «Creo que cuando vi sus hermosas posesiones de Pemberley». Tal afirmación no debería tomarse como una broma, como tampoco debería interpretarse que, en el fondo, Elizabeth es un personaje materialista más en una sociedad claramente materialista. En este caso, sus propiedades, la casa y el retrato reflejan al verdadero hombre y son una extensión visible de sus cualidades internas, de su verdadera manera de ser. Y si Pemberley representa la ordenación del espacio natural, social y doméstico del que carece la casa de los Bennet, es natural que Elizabeth se sienta más a gusto allí. Sin embargo, es cierto que un comentario de esa clase sólo podría hacerse en el contexto de una sociedad que compartiera ciertos acuerdos básicos sobre la importancia y el significado de los objetos, domicilios y pertenencias. No resulta difícil imaginar cuál sería la respuesta de Charlotte Brontë a un comentario así. No obstante, volveré a este asunto más adelante.

Una vez analizada la importancia central de la carta de Darcy, que contiene una «relación de mis actos y de los motivos de éstos», y que Elizabeth lee y relee detenidamente en privado, conviene analizar la relevancia de las misivas en general en esta novela. Buena parte de la información fundamental se transmite en forma de carta —ya sea la codicia y la pomposidad insulsa de Mr. Collins, la frialdad competitiva de Miss Bingley o la narración que hace Mr. Gardiner del papel de Darcy para asegurar el matrimonio de Lydia y Wickham—, por lo que se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que la obra fuera concebida en forma epistolar. Brian Southam escribe:

En *Sentido y sensibilidad* se mencionan, citan o reproducen textualmente veintidós cartas, y en *Orgullo y prejuicio* el número asciende hasta cuarenta y cuatro, incluidas las referencias a una correspondencia «regular y frecuente» entre Elizabeth y Charlotte Lucas, y la comunicación aún más frecuente de Elizabeth y Jane con Mrs. Gardiner, un sistema epistolar mediante el cual se desarrolla buena parte de la historia. Si

esta reconstrucción resulta factible, sustentará mi teoría de que, como *Sentido y sensibilidad*, *Orgullo y prejuicio* fue, en su origen, una novela construida con una sucesión de cartas.

Por otro lado, ha habido críticos que han señalado la brillantez de muchos de los diálogos y han afirmado que la novela tiene similitudes con las obras teatrales. En un excelente ensayo titulado «Light and Bright and Sparkling»,<sup>[3]</sup> Reuben Brower escribe: «Al analizar la ironía y las suposiciones, descubriremos lo muy teatral que es el diálogo, teatral en el sentido de definir a los personajes a través de la manera en que hablan, y de cómo se habla de ellos», y a continuación muestra lo mucho que se revela en distintos diálogos, y con cuánta sutileza. Walton Litz, en su libro sobre Jane Austen,<sup>[4]</sup> afirma que la estructura tripartita de la novela es similar a la estructura de una obra en tres actos, y añade que muchos pasajes «nos recuerdan las similitudes de la novela con el mejor teatro del siglo XVIII». Sin embargo, también observa que la primera parte de la novela es más teatral que la última.

Howard S. Babb ha expuesto el modo en que Jane Austen utiliza la palabra «interpretación» durante los primeros diálogos, y cómo recoge todos los significados de la palabra en la importante escena en Rosings, donde la interpretación de Elizabeth al piano se convierte en el centro de una confrontación. Sin embargo, después de esta escena, cuando la carta de Darcy empieza a despertar el reconocimiento de Elizabeth, el término «interpretación» desaparece de la novela. La primera mitad de *Orgullo y prejuicio* ha sido, en efecto, una representación teatral, pero en la segunda mitad, es una mezcla de narrativa, resumen y ambiente la que conduce la trama hacia la conclusión.

Como bien analiza, descubrimos que Jane Austen se sintió capaz de utilizar tanto la representación escénica como la omnisciencia autoral sirviéndose de la narración en tercera persona, pero en mi opinión hay otro aspecto interesante en la combinación de lo teatral y lo epistolar, sobre todo teniendo en cuenta, como apunta Howard S. Babb, que la palabra «interpretación» desaparece tras la carta de Darcy.

Por lo general, las cartas se escriben y se leen en la intimidad, lejos de la escena social; así sucede con la aclaración por escrito de Darcy. Esa carta le permite formular y aportar información de un modo que no sería posible en un acto social, donde las maneras de expresión públicas se ven necesariamente limitadas. Asimismo, las misivas son el medio para transformar la acción en palabras sobre las que se puede reflexionar, algo imposible mientras se está implicado en la acción. La «introspección es siempre una retrospección», dijo Sartre, y lo mismo puede afirmarse de la escritura de cartas, aunque éstas parezcan redactadas en un estado de ansiedad. Mediante la combinación del estilo teatral y el epistolar, Jane Austen nos presenta con destreza una verdad básica: el «yo» que interpreta se combina con el «yo» reflexivo. Es en su comportamiento social donde Elizabeth revela toda su vitalidad, vigorosidad e ingenio, así como su magnetismo físico; en los momentos de reflexión privada («La meditación tenía que reservarla para las horas de soledad») madura su juicio, recapacita sobre las primeras impresiones y es capaz de realizar cambios importantes en la imagen mental que se ha hecho de la realidad. Así, resulta muy apropiado que después de habernos ofrecido algunas de las «interpretaciones»

más brillantes de la ficción inglesa, Jane Austen permita que su novela se aleje de la interpretación y avance hacia la reflexión tras la carta de Darcy. Nos ofrece, con sutileza, una analogía del modo en que, en su opinión, deberíamos desarrollarnos como individuos. Porque, si el ser humano quiere alcanzar la plenitud, tendrá que añadir la sabiduría de la reflexión a la energía de su comportamiento.

Buena parte del pensamiento moderno se ha ocupado de la idea del «yo» intérprete, y la mayoría de la gente reconoce que la sociedad se mantiene unida por una serie de rituales aceptados de forma tácita en los que desempeñamos papeles distintos.<sup>[5]</sup> Jane Austen sin duda creyó en el valor de los rituales sociales de su época —aunque sólo fueran bailes, cenas y veladas de diversión—, y debió considerarlos ceremonias y celebraciones de los valores de la comunidad. Indudablemente, también fue consciente de que los defectos de algunos intérpretes —insensibilidad, malicia, arrogancia, insensatez y demás— podían estropear el ritual y convertir una ceremonia que debería disfrutarse en una auténtica pesadilla, como cuando Elizabeth tiene que soportar el angustioso hecho de que su madre incumpla las normas. Sin embargo, aunque todos interpretemos durante la mayor parte del tiempo que pasamos con otras personas, es evidente que siempre habrá una diferencia entre aquellos que lo desconocen —y son absorbidos por su papel—, y quienes son plenamente conscientes de que el rol que desempeñan en una situación en particular no debe identificarse con todo su ser, y de que hay facetas y dimensiones del carácter que no pueden revelarse siempre, en todas las ocasiones. Las personas que conforman el primer grupo en ocasiones pueden aparecer como autómatas, incapaces de reflexionar y de establecer una separación, mientras que las del segundo es probable que deseen mostrar gestos de distanciamiento respecto de los papeles que les toca representar, con la intención de demostrar que no están atrapadas irreflexivamente en ellos. Tales gestos son una expresión de lo que Erving Goffman denomina «distancia del rol».

Al considerar a los personajes de la novela de Jane Austen desde esta perspectiva, observamos que Mr. Bennet se ha vuelto del todo cínico sobre los roles sociales que le corresponde desempeñar. Obtiene un placer un tanto amargo en su intención de distanciamiento de éstos para compensar la insatisfacción familiar que le provoca el haberse casado con una mujer sexualmente atractiva pero poco inteligente (otro ejemplo de los peligros de la acción irreflexiva basada en las primeras impresiones; Lydia es digna hija de su padre, y también de su madre).<sup>[6]</sup> En realidad, el hombre abdica del rol que más le correspondería desempeñar, es decir, del papel de padre. (Jane Austen parece poco interesada en los efectos que puede tener en una familia la figura de un padre ineficiente, ausente o enfermo, lo que por lo general conlleva una peligrosa falta de autoridad central.) El hombre se refugia en las bromas igual que lo hace en su biblioteca; ambos son gestos de desvinculación de los rituales necesarios en la familia y la sociedad. Mrs. Bennet, incapaz de reflexionar, se pierde en su interpretación. Desafortunadamente, ella tiene un conocimiento muy limitado sobre los requisitos de esa interpretación; al carecer de la tendencia a la introspección, no

puede apreciar los sentimientos de los otros y tan sólo es consciente de los objetos materiales —sombreros, vestidos, uniformes— y del matrimonio, entendido como el medio para disponer de multitud de hijas, no como el encuentro de personalidades afines. En otro nivel, lady Catherine de Bourgh no tiene ninguna «distinción correspondiente a su rango», tal y como Jane Austen se refiere de modo aprobatorio. Ella ejemplifica el sinsentido del rango. Cree que su posición le permite dar órdenes a la gente e imponerle sus «planes» (una palabra recurrente a lo largo de la novela). Nunca se ha planteado las consecuencias de su conducta, ni ha reflexionado sobre ellas. Incapaz de hacerlo, causa sufrimiento a los demás. En el otro extremo, Mary Bennet se ve a sí misma capaz de reflexionar con sabiduría cuando aún no ha tenido experiencia; pero cuando la reflexión precede a la conducta de este modo, aparece como cómica e inútil. Darcy, por supuesto, sí ha considerado todas las consecuencias del papel que desempeña en la sociedad, por lo menos al final de la novela. Su altivez hace que tome cierta «distancia del rol», como en el primer baile, cuando hace un *desaire* a Elizabeth para mostrar su desdén e indiferencia hacia el ritual social de ese momento; sin embargo, a diferencia de Wickham, no se muestra cínico sobre el desempeño de roles, y al final, el «yo» que interpreta está en armonía con el «yo» que reflexiona.

Jane Bennet no puede distanciarse de su rol, pero tiene una concepción tan generosa y altruista de los papeles que tiene que desempeñar —hija, hermana, amante, esposa— que nos sorprende constantemente con su sensibilidad y su sinceridad. Lo mismo podría decirse de Bingley, cuya maleabilidad y falta de carácter en manos de la más firme voluntad de Darcy consiguen que, con su buena predisposición, se avenga a desempeñar los roles que se le imponen: sin duda, una fuente potencial de vulnerabilidad. Elizabeth es, como cabía esperar, especial. Puede interpretar todos los papeles que su situación familiar y social requieren de ella. Además, lleva a cabo muchos de ellos con una inteligencia o ironía que revelan, por así decirlo, un potencial desbordamiento de la personalidad, como si hubiera más en ella de lo que puede expresar en cada papel. También es capaz de distanciarse del rol, no con la actitud cínica que adopta su padre, sino con una actitud independiente y decidida. Pone la fidelidad a sí misma por encima de la fidelidad a su papel. Así, en dos de las escenas que más placer nos aportan como lectores, la encontramos rechazando los roles que gente de una posición social superior intenta imponerle. Ante las primeras proposiciones arrogantes de Darcy, se niega a responder asumiendo el papel de la mujer pasiva y agradecida, como, evidentemente, él espera que haga; ante la imperiosa insistencia de lady Catherine para que le prometa que no se casará con Darcy, se niega a actuar como alguien dócil por su condición social inferior, papel al que pretende relegarla lady Catherine. La expresión de la elección libre y de la resistencia a la tiranía de los roles que imponen los poderes socialmente superiores constituye un espectáculo que nos deleita tanto ahora como debió de hacerlo a los contemporáneos de Austen.

Todo lo expuesto demuestra que hay por lo menos dos clases de personajes en la obra: los que se definen completamente por sus papeles e incluso desaparecen en ellos, y los que son capaces de analizarlos sin perder conciencia de lo que están haciendo. D. W. Harding utiliza los términos «personaje» y «caricatura» para señalar esta diferencia, y tras comentar que «sin duda, es poco común reunir la caricatura y el retrato completo en un grupo», demuestra lo que Jane Austen consigue mediante la cuidadosa interrelación de personaje y caricatura, y de lo que insinúa de una sociedad en la que tales interrelaciones son posibles. (Ejemplo de ello son los encuentros de Elizabeth y Mr. Collins, y de Elizabeth y lady Catherine.)<sup>[7]</sup> Hay una importante conversación en la que Elizabeth anuncia que comprende por entero al personaje de Bingley. Él responde que es una desdicha ser tan transparente. «Eso depende. Un carácter complejo no tiene por qué ser más o menos estimable que uno como el suyo.» Bingley contesta entonces que no sabía que fuera «aficionada a estudiar temperamentos».

—Sí; pero los temperamentos complejos son los que más me divierten. Por lo menos, tienen esa ventaja.

—El campo —dijo Darcy— debe de ofrecer poca materia para semejante estudio. Las sociedades rurales son limitadas y poco variables.

—Pero la gente cambia tanto, dondequiera que viva, que siempre hay algo nuevo que observar en ella.

El comentario final de Elizabeth no se ve confirmado por la novela, pues los Collins, las Mrs. Bennet y las lady Catherine de este mundo no cambian. Sin embargo, los personajes «complejos» sí son capaces de hacerlo, como lo hacen ella y Darcy. Marvin Mudrick ha analizado esta división de personajes de Jane Austen en simples y complejos, y ha demostrado que resulta fundamental en *Orgullo y prejuicio*, por lo que no es necesario repetir aquí sus admirables observaciones. De manera general, se puede concluir que para una persona compleja siempre resultará de algún modo opresivo verse obligada a vivir entre gente simple. Elizabeth tiene una dimensión de complejidad, una conciencia curiosa, un alcance y una profundidad intelectual que la convierten en una figura aislada, atrapada en una pequeña red de personas simples. Al inicio parece que Darcy difícilmente vaya a encajar con ella, pero en realidad se descubrirá más bien honorable y reservado. No es el Benedick de Beatrice. Sin embargo, es capaz de apreciar la complejidad de Elizabeth y rescatarla así de la incipiente claustrofobia de una vida entre gente simple, y ofrecerle un espacio social y psicológico más amplio donde pueda moverse. (Las personas simples y buenas, Jane y Bingley, los acompañan a Derbyshire; al resto los dejan atrás.)

El espacio social constituye un tema importante, pero también cabe destacar a qué nos referimos cuando hablamos de espacio o alcance mental, y de su efecto sobre el lenguaje. En esta obra se pueden identificar al menos dos modos muy distintos de utilizar el lenguaje. Algunos personajes lo usan de manera irreflexiva, casi como una extensión automática de su comportamiento; fuera de su situación social habitual son incapaces de hablar, y tampoco pueden pensar. (Téngase en cuenta, por ejemplo, la

muy limitada variedad de temas en las conversaciones de Mrs. Bennet, sus repeticiones obsesivas y respuestas previsibles.) Otros, por el contrario, pueden utilizarlo de manera reflexiva y no sólo como una respuesta condicionada a una situación social. Estos últimos parecen tener más libertad de manejo del lenguaje, más espacio conceptual para moverse, y, como resultado, pueden decir cosas imprevisibles, que sorprenden tanto al lector como a los personajes de la novela, y da la impresión de que pueden llegar a sus propias conclusiones independientes y meditadas. Evidentemente, estos personajes tienen la capacidad de pensar más allá de su propio contexto social: así, el pensamiento y la conversación de Elizabeth no se limitan a aquello que ha visto y oído en el seno de su familia.<sup>[8]</sup> No resulta sorprendente que una persona que ha alcanzado cierto grado de independencia mental desee ejercer con libertad tanto control personal sobre su vida como le sea posible. Esa persona no se someterá de buen grado a las situaciones y alianzas que la sociedad pretenda imponerle: de ahí la incredulidad de Elizabeth cuando Charlotte acepta sin vacilar el papel de esposa de Mr. Collins, pues para ella sería inconcebible someterse de tal modo a las imposiciones de las conveniencias sociales. Por esta razón, ella se esforzará por un máximo control personal (desafiando las presiones económicas y familiares), lo que concuerda con su mente ágil, su amplio alcance intelectual y su desarrollada capacidad lingüística.

Puesto que el mismo espacio está ocupado por personas que utilizan el lenguaje de manera reflexiva e irreflexiva, alguien tan sumamente sensible al discurso puede experimentar una intensa sensación de claustrofobia, como demuestra la vergüenza que Elizabeth siente cada vez que su madre habla en exceso y sin pensar. Por supuesto, esto puede provocar un deseo de escapar, y aunque Jane Austen no dio muestras de imaginarse cómo alguien podría renunciar por completo a la sociedad, sí enseña el alivio que una persona compleja encuentra en la soledad, alejada del sufrimiento que puede provocarle la compañía constante de mentes más limitadas. En este fragmento de *Los Watson*, que Jane Austen escribió entre *Primeras impresiones* y *Orgullo y prejuicio*, Emma, heroína solitaria debido a su complejidad, encuentra la paz al refugiarse en la silenciosa habitación de su padre, lejos de sus familiares en el piso inferior:

En sus habitaciones, Emma se sentía a salvo del sufrimiento que le ocasionaba no sólo aquella compañía tan dispar, sino también la discordia existente entre los miembros de su familia. Asimismo, se libraba de soportar una prosperidad inhumana, una presunción vulgar, una locura obstinada, propias de una naturaleza indigna. Analizar su vida, tanto pasada como futura, continuaba siendo una fuente de sufrimiento para ella; mas en aquellos momentos dejaba de torturarse.

(Véase Elizabeth, «cansada de tanta excitación, se refugió en su cuarto para pensar con libertad».) Nuestra protagonista tiene la suerte de escapar permanentemente mediante su matrimonio con Darcy; «pensaba con creciente embeleso en el momento en que estuviesen lejos de un ambiente que tanto les desagradaba, disfrutando de la comodidad y la elegancia de la vida familiar de

Pemberley». La finca representa un espacio soñado —tanto a nivel social como mental—, tan amplio que permite el máximo discurso reflexivo y control personal.

Hay aún otro aspecto a tener en cuenta con relación a los problemas que puede plantear la falta de espacio social. En una sociedad estratificada como la que Jane Austen dibuja, hay restricciones invisibles, límites y abismos que una persona respetuosa no se atreverá a cruzar. Algunos miembros de la aristocracia terrateniente hacen comentarios malintencionados sobre los comerciantes; una de las cosas que Darcy tiene que hacer es aprender a valorar el mérito de personas como los Gardiner. El absurdo y vergonzoso servilismo de Mr. Collins es un ejemplo extremo de la clase de mentalidad, o más bien de la ausencia de sentido, que tal sociedad puede exigir como requisito para pertenecer a ella. Sin duda, es relevante saber si Elizabeth puede formar parte de esa sociedad. Una de las tribulaciones que Darcy tiene que afrontar es el hecho de que, si se casa con Elizabeth, no sólo se emparentará con Mrs. Bennet, sino también con Wickham. Elizabeth está segura de que «parecía mediar entre ambos un abismo invencible». Lady Catherine insiste en que «al unirse a mi sobrino caerá usted en desgracia a los ojos de todo el mundo». En esta sociedad, como en cualquier sociedad muy estructurada, el quién puede «unirse» a quién es un asunto de importancia fundamental. Darcy ya ha disuadido a Bingley de una deshonrosa relación con los Bennet, y lo cierto es que la relación —desde un punto de vista externo— se había vuelto más vergonzosa hacia el final. La pregunta es: ¿puede Darcy cruzar el espacio que, a los ojos de la sociedad (y hasta cierto punto también a los suyos), existe entre Elizabeth y él?

Poco antes de que Darcy proponga matrimonio a Elizabeth por primera vez se produce una breve y curiosa escena entre ellos. Entre otras trivialidades, comentan si podría decirse que Charlotte Lucas vive cerca o lejos de su familia, ahora que, convertida en Mrs. Collins, se ha trasladado a cincuenta millas de ella. Darcy considera que está cerca, Elizabeth cree que lejos, y es posible que él se pregunte si será capaz de alejar lo suficiente a Elizabeth del resto de su familia, indeseable desde el punto de vista social. Elizabeth ofrece entonces una respuesta diplomática: «Lejos y cerca son cosas relativas y dependen de muy variadas circunstancias». En este momento «Darcy acercó su silla a la de ella», pero un poco más adelante, durante el transcurso de la conversación «él cambió de actitud. Hizo retroceder la silla, cogió un diario de encima de la mesa» y, con frialdad, cambia de tema. En ese pequeño acercamiento y retroceso de la silla, Darcy está expresando, si bien de manera inconsciente, su inseguridad acerca de si podrá salvar el gran espacio social que, a sus ojos (aún es orgulloso), lo separa de Elizabeth. Viven en una sociedad que impone ciertas relaciones y que pone todo su empeño en evitar otras. Parte de la tensión está en comprobar si dos personas podrán oponer resistencia a las relaciones que la sociedad parece imponerles (como la decisión de lady Catherine de que su hija se case con Darcy,<sup>[9]</sup> o el deseo de Mrs. Bennet de arrojar a Elizabeth a los brazos de Mr. Collins) y si serán capaces de elegir la relación que deseen, libremente, siguiendo

los dictados de su juicio, su razón y sus sentimientos, sin que obedezca al poder controlador de la sociedad. Una de las satisfacciones que aporta la obra es que Elizabeth y Darcy parecen demostrar que los individuos son capaces de establecer nuevas relaciones sin respetar los designios de la sociedad. El hecho de que se desprenda una sensación de cuento de hadas con final feliz en el mundo de ensueño de Pemberley no debería impedirnos reconocer la importancia de esta opción como la fundamental para una sociedad sana. Es decir, una sociedad en la que el individuo pueda experimentar libertad además de compromiso.

Llegado este punto tal vez convenga analizar con más detalle la clase de sociedad que Jane Austen describe en esta novela. Se trata de un mundo que da prioridad al control social sobre las alegrías individuales, a la formalidad sobre la informalidad, a la pulcritud en el vestir sobre el abandono, y a la conciencia alerta sobre los estados más románticos del ensueño y el trance. Los planes y las estructuras del grupo — familia, comunidad, sociedad— tienden a coaccionar e incluso predeterminar la voluntad y aspiraciones del individuo. Pocos novelistas dieron más valor a la conciencia que Jane Austen, y algunos de los diálogos entre Elizabeth (en especial) y Darcy requieren un altísimo nivel de atención y conciencia. Y eso es precisamente a lo que nos referimos: en esta sociedad, la experiencia lingüística se prioriza casi hasta el punto de excluir la experiencia corporal. Sí, los hombres cazan y las mujeres salen a dar paseos, y ambos sexos pueden reunirse en los bailes; sin embargo, todas las negociaciones importantes (y muchas de las triviales y enojosas) se desarrollan mediante el lenguaje. Cuando Darcy hace su segunda y exitosa petición de matrimonio, leemos que Elizabeth, «si no lo miró, lo escuchó, y lo oyó revelar sentimientos que daban cada vez más valor a su afecto, pues demostraban cuán importante era ella para él». En este momento crucial, el amor se ha transformado en una experiencia del todo lingüística, algo apropiado en una sociedad que otorga un valor tan elevado a la conciencia.

Las experiencias y los contactos físicos íntimos no están prohibidos, pero sí minimizados. Las manos pueden encontrarse, aunque es más probable que lo hagan las miradas, dentro de un espacio social determinado. Los rostros se vuelven hacia otros, o se evita su encuentro, y Elizabeth es propensa a sonrojarse (y teniendo en cuenta que el cuerpo tiene su propio lenguaje, tal vez no sea del todo irrelevante mencionar que Norman O. Brown, siguiendo a Freud, sugiere que el sonrojo es una suerte de ligera erección de la cabeza). En general, es más probable que se nos muestren vestidos que cuerpos, saludos en público que abrazos en privado. Resulta interesante comparar, por ejemplo, la descripción de un baile importante en Jane Austen y en Tolstói. En Jane Austen, el baile (sabemos por sus cartas que lo disfrutaba muchísimo) supone una ocasión casi exclusiva para hablar; se trata de un ritual social que permite algo parecido a una conversación privada en público, y entre Darcy y Elizabeth se producen varias conversaciones importantes mientras bailan. Hay movimiento y agrupaciones; momentos lentos y otros de ritmo rápido. (En *Los*



Watson, curiosamente, Jane Austen describe lo que siente una joven al entrar en un baile —los vestidos que barren el suelo, la sala fría y vacía en la que se inicia con formalidad la conversación, el ruido de los carruajes que se acercan—, lo que supone una inusual incursión en las sensaciones privadas, aunque no se profundice en ello demasiado.) Sin embargo, lo que no se describe es el aspecto físico del baile. El siguiente pasaje de *Anna Karénina* sería inconcebible en Jane Austen. Kitty observa a Anna y a Vronski en el momento en que se están enamorando:

Se daba cuenta de que se sentían solos en esa sala repleta. Y en el semblante de Vronski, siempre tan sereno e impassible, volvió a ver esa expresión sumisa y temerosa que tanto la había sorprendido, semejante a la de un perro inteligente que se sabe culpable.

Cuando Anna sonreía, Vronski le respondía; cuando se quedaba pensativa, él se ponía serio. Impulsada por una especie de fuerza sobrenatural, Kitty no podía apartar la mirada del rostro de Anna. Ataviada con su sencillo vestido negro, su aspecto general era encantador, y no menos encantadores sus torneados brazos cargados de pulseras, su firme cuello con el hilo de perlas, sus cabellos rizados con algunos mechones sueltos, los movimientos gráciles y ligeros de sus manos finas y de sus pequeños pies, su hermoso rostro arrebatado; no obstante, en medio de toda esa fascinación, se percibía algo terrible y cruel.

Kitty está convencida «de que su desdicha se había consumado». En este momento decisivo, cuando se produce el episodio que decidirá el resto de sus vidas, no hay lenguaje. Es el cuerpo de Anna el que habla a Vronski, en un lenguaje que Kitty también sabe interpretar. La conciencia racional queda ahogada en una intensidad de pura conciencia y respuesta física y sensorial. Nos hemos alejado un buen trecho del chispeante diálogo que mantiene Elizabeth con sus parejas de baile y nos acercamos a algo parecido a un estado de trance en el que cada bailarín parece narcotizado por la presencia y la proximidad del otro. Esta observación no pretende ser una crítica a la novela de Jane Austen, pues ¿quién desearía que fuera de otro modo? Me limito tan sólo a señalar algo característico de la sociedad sobre la que escribió y que describió; es decir, la minimización de todo un conjunto de experiencias físicas que, con frecuencia, puede cambiar las vidas de la gente con más intensidad que la reflexión racional.

Como he mencionado, Jane Austen se muestra particularmente desconfiada de la inmediatez de la atracción sexual. Siendo así, conviene preguntarse qué es el «amor» según la novela. En primer lugar, deberíamos observar que si la sociedad de Jane Austen minimiza la dimensión corporal, también hace otro tanto con la posibilidad de una dimensión trascendental. A ella le interesa la conducta, y casi nunca la experiencia religiosa.<sup>[10]</sup> Su sociedad es secular y materialista, sin que estos términos hayan de ser peyorativos. Se trataba de una sociedad que valoraba los edificios que constituían su estructura y los objetos; era capaz de mantener una devoción bastante simbólica o irreflexiva hacia lo desconocido, pero, en su mejor versión, se concentraba en el modo en que hombres y mujeres podían vivir en armonía los unos con los otros. (Lo que podía suceder en tal sociedad cuando no ofrecía su mejor versión es lo que Jane Austen revela de manera implacable.) Evidentemente, todo esto influía sobre la noción del amor y su relación con el matrimonio. Mrs. Gardiner

se queja a Elizabeth de que «esa expresión “amaba con vehemencia” es tan manida, tan ambigua, tan indefinida, que no me dice nada», y ésta, como es de esperar, comenta sobre la actitud de Bingley hacia Jane que «Nunca he visto una inclinación más prometedora». En un punto anterior, Charlotte y Elizabeth han hablado de las estrategias conscientes que una mujer debe desplegar para asegurarse la relación con un hombre, y, como era de esperar, la primera muestra el absoluto triunfo del cálculo consciente sobre la emoción espontánea con su decisión de casarse con Mr. Collins. Reconoce que «ya sabes que no soy romántica», y que «sólo busco un hogar». Por supuesto, la compañía de Mr. Collins es «molesta» pero, desde su punto de vista, el matrimonio, entendido como «refugio contra la necesidad», es mucho más importante que el hombre con quien se formaliza el enlace. Como Elizabeth percibe cuando los ve casados, Charlotte sobrevivirá recurriendo al desinterés selectivo, obteniendo satisfacción de su casa y apartando de su vida tanto como pueda al hombre que se la ha proporcionado. La reacción espontánea de Elizabeth cuando se entera de su próximo matrimonio es exclamar «¡Es imposible!», y su comentario no sólo es indecoroso sino también excesivo. En una sociedad como ésta, la necesidad de casarse es muy real, y al poner la prudencia por delante de la pasión, Charlotte sólo está haciendo lo que la realidad económica de su sociedad —como Jane Austen dejó claro— la obliga a hacer.

La pasión, como tal, apenas se diferencia de la locura en la novela. La fuga de Lydia se considera irreflexiva y egoísta, en lugar de una *grande passion*; la prematura fascinación que Mr. Bennet siente por la juventud y la belleza de Mrs. Bennet se considera una «imprudencia». Ésta es una palabra clave. Mrs. Gardiner advierte a Elizabeth que no le conviene implicarse con el empobrecido Wickham, pero cuando todo apunta a que éste se casará con Miss King por su dinero, lo describe como «un vulgar mercenario». Elizabeth pregunta: «¿Qué diferencia hay, en cuestiones de matrimonio, entre un mercenario y una persona prudente?», y no acepta la solución de Charlotte como modelo de verdadera «prudencia», como tampoco lo hacemos nosotros. Tiene que haber algo entre esa clase de prudencia y la imprudencia de su padre. Una de las cosas que la obra se propone es definir «otro método para buscar el cariño», algo entre lo exclusivamente sexual y lo totalmente mercenario. Así, se utilizan palabras como «gratitud» y «aprecio» para describir el creciente sentimiento de Elizabeth hacia Darcy. La joven llega a sentir que su unión «habría sido una unión ventajosa para ambos: con la soltura y viveza de ella el carácter de él se hubiese dulcificado y sus modales mejorado, y del juicio, cultura y conocimiento del mundo que él poseía ella hubiese recibido importantes beneficios». La palabra importante aquí es «ventajosa»; la conciencia ha penetrado tanto en los sentimientos que el amor sigue cálculos y reflexiones. Lo que diferencia la elección de Elizabeth de la de Charlotte no es su mayor impetuosidad; en realidad, Charlotte se precipita más que Elizabeth. Es el hecho de que sea una elección libre, no motivada por presiones económicas (aunque Pemberley es un gran aliciente, como admite de forma abierta);

además, es una elección que se basa en más conciencia, inteligencia y conocimiento que los que Charlotte aporta a su fría y rápida capitulación. Elizabeth ama por las mejores razones, y siempre hay razones para amar en el mundo de Jane Austen. Consideremos esta frase de *Resurrección*, de Tolstói: «Nejludov le ofrecía el casamiento por generosidad y a causa del común pasado de ambos; Simonson, por su parte, la amaba tal como era ella hoy, y *simplemente porque la amaba*». (La cursiva es mía.) Tolstói refleja un mundo mucho más amplio que Jane Austen, tanto a nivel social como sentimental. Sabía que hay sentimientos que contienen tanta intensidad, franqueza y tenacidad que reducen el lenguaje a tautología cuando intenta evocarlos. La clase de sentimiento que transmite la frase que he señalado en cursiva —y que no debe confundirse con la lujuria, ya que no se trata de una mera atracción sexual—, no se concibe ni se tiene en cuenta en el mundo de Jane Austen. No pretendo acusar a la autora de estrechez de miras, sino más bien señalar que en sus obras, y por lo tanto en la sociedad que describen, el sentimiento es racional —capaz de conceptualizarse y verbalizarse— o, por el contrario, es locura.

En cualquier caso, tenemos la sensación de que Elizabeth tiene una capacidad para la profundidad y la vivacidad de sentimiento que no se corresponde con la descripción de los sentimientos racionales preferidos por Jane Austen. Es ese componente adicional el que se filtra en sus palabras y les confiere una energía sentimental y también semántica; es lo que brilla en sus ojos y sonroja sus mejillas con tanta frecuencia; es lo que la empuja a correr por los campos y a saltar vallas cuando descubre que Jane está enferma en Netherfield. Después de este episodio de ansiedad y fatiga, se dice de ella que «parecía una salvaje», y ahí, precisamente, surge un problema. La palabra «salvaje» se aplica a Elizabeth, a Lydia y a Wickham. En el caso de los dos últimos, lo salvaje no está justificado y se considera antisocial y censurable por completo. La cualidad especial de Elizabeth se verbaliza con frecuencia como «viveza», y es de lo que Darcy carece (su conocimiento, *i.e.* su conciencia racional, parece ser impecable), y es esa cualidad principal la que Elizabeth aportará al matrimonio. Resulta difícil determinar en qué punto la viveza se puede convertir en salvajismo, porque éste es una amenaza para la sociedad, mientras que sin viveza esta última se vuelve aburrida. Elizabeth aparece a menudo riendo (ella misma se diferencia de Jane diciendo que «ella sólo sonríe, yo río») y la risa también es potencialmente anárquica, ya que puede funcionar como negación de los principios y presuposiciones, las normas y los rituales que sostienen a la sociedad. (Su famosa declaración «Creo que jamás ridiculizo lo que es cuerdo y bueno. Locuras y necesidades, antojos e inconvenientes son lo que me divierte, y de esas cosas me burlo siempre que puedo» la sitúa en la línea de los escritores satíricos del siglo XVIII, que se esforzaron por conservar ciertos valores y principios dirigiendo una atención cómica a las desviaciones de ellos. Sin embargo, el gusto de Elizabeth por la risa va más allá de las satisfacciones de un ingenio satírico, y ella misma reconoce que le

divierten las «necesidades». Y la noción de locura y necesidad en la vida puede debilitar la creencia en el valor de la sociedad.)

Con su viveza y su risa, al principio no queda claro si Elizabeth llegará a consentir formar parte del espacio social perfectamente estructurado que se reserva para ella. Hay un episodio sugerente en el que Mrs. Hurst se separa de Elizabeth y se acerca a pasear con Darcy y Miss Bingley. El sendero sólo permite que tres personas caminen juntas y a Darcy le parece una grosería dejar a Elizabeth atrás. Sugiere entonces pasear por un lugar más ancho, pero Elizabeth contesta entre risas:

—No, no; sigan ustedes. Forman un grupo encantador. Una persona más no haría otra cosa que desfavorecerlo. Adiós.

Entonces se marchó contenta, regocijándose.

Las reglas sociales, como las fórmulas estéticas, suelen situar a las personas en grupos. Elizabeth se alegra de poder dejar ése, y lo hace riendo. Es tan sólo un incidente pasajero, pero sugiere con eficacia una independencia y una viveza de carácter que harán que no se someta con facilidad a ningún grupo que le resulte inaceptablemente restrictivo. El matrimonio forma parte de la agrupación social y también supone una restricción. La apariencia de ensueño de Pemberley se debe, con toda probabilidad, a que ofrece una amplitud que, aun siendo social, es lo bastante grande para garantizar una expansión de la viveza y el conocimiento en la que puedan complementarse el uno al otro en lugar de oprimirse, y en la que la viveza nunca tenga que expresarse como un salvajismo antisocial.

En un momento de la novela, Elizabeth «sobrepasó los límites del decoro», y forma parte de su atractivo el hecho de que su energía y su vitalidad parecen mantenerla justo en el límite en que lo contenido amenaza con dar lugar a algo menos controlado por la voluntad. Es justo eso lo que atrae a Darcy, porque pese a «sus ojos de crítico», con los que analiza la sociedad, «percibía más de un defecto de simetría en su figura», se queda prendado «de su gracia y su desenvoltura». Cuando se dé una «verdadera superioridad de espíritu», Darcy sostiene que el orgullo «estará siempre justificado», y con su comportamiento, él se convierte en un modelo de justificación. No obstante, el hecho de que esté «siempre justificado» no basta para una buena sociedad; es lo que esperamos de una máquina eficiente, y el peligro en una sociedad como la que retrata Jane Austen es una tendencia a alejarse de lo orgánico para acercarse a lo mecánico. (Así, Elizabeth considera que los modales de sir William Lucas «eran tan anticuados como sus noticias». Con sus repeticiones vacías de contenido, sir William es el tonto precursor de algunos de los autómatas más memorables de Dickens.) En una sociedad viva siempre habrá una conciencia y una tendencia hacia las cualidades que la sociedad ha tenido que excluir a fin de mantenerse. Ralph Ellison expone esta idea con gran agudeza cuando el narrador de *El hombre invisible* declara que «la mente que ha concebido un plan de vida jamás debe olvidar la existencia del caos sobre el que ha trazado el plan». Sería una necesidad

declarar a Elizabeth un espíritu de caos y a Darcy la encarnación del plan. (En realidad, en muchos sentidos Elizabeth es la mejor ciudadana, pues aporta vida a los valores y principios sobre los que muchos otros personajes sólo pregonan palabras vacías, u observan mecánicamente con aletargada conformidad.) Sin embargo, en su paulatino acercamiento y en el continuo deseo que Darcy siente hacia Elizabeth, somos testigos del constante anhelo de simetría perfecta en lo asimétrico, del atractivo que la «desenvoltura» tiene para «lo justificado», la irresistible atracción que el individuo que actúa con libertad ejerce sobre el rígido defensor del grupo. De hecho, podría decirse que la sociedad depende de esa tensión entre libertad y rigidez, y que el hecho de que se «unan» felices al final de la novela es lo que produce satisfacción.

Durante el transcurso de la obra somos testigos de cualidades mutuamente excluyentes que terminarán por unirse. En un momento determinado, se nos dice que Elizabeth, en presencia del insoportable Mr. Collins, «hacía acopio de cortesía para reunir la verdad en escasas y breves frases». Con ello se nos recuerda que la cortesía es, con frecuencia, un asunto basado en abundantes mentiras; y parte del atractivo de Elizabeth es su determinación para aferrarse a lo que ella misma se refiere como «el significado de los principios y de la integridad». Como Jane Austen muestra, en esta sociedad no siempre es posible unir la cortesía con la verdad, y el hecho de que a menudo haya una dicotomía entre las dos produce esa mezcla de conformidad exterior y angustia interior que experimentan los personajes más sensibles. Pemberley es, de nuevo, el lugar de ensueño donde tal unión es posible. Teniendo en cuenta la importancia de la «desenvoltura» de Elizabeth —para Darcy, para la sociedad, para la novela—, tal vez resulte lamentable su retractación autoinculpatoria y sus disculpas a Darcy hacia el final de la novela. Aunque éste admite a Elizabeth que «por usted quedé humillado como convenía», nos quedamos con la sensación de que ella parece demasiado decidida a abandonar su «desenvoltura». (Por ejemplo, redefine su «vivacidad» como «impertinencia».) Está el famoso pasaje, también hacia el final, en que Elizabeth está a punto de dar una respuesta irónica a un comentario de Darcy, «pero se contuvo. Recordó que Darcy tenía que aprender a tomárselo a risa, y que era demasiado pronto para empezar». El lector podría preguntarse si de verdad existe la posibilidad de que Darcy aprenda a reírse de sí mismo (como la frase parece insinuar), o si ésta es tan sólo la primera ocasión de muchas en las que Elizabeth tendrá que contenerse y reprimirse mientras ocupa su lugar en el grupo social.

Sin embargo, como es una obra alegre, no se nos muestra el debilitamiento de la libertad bajo la sujeción de la rigidez, más bien la feliz «unión» de ambos. En 1813, Jane Austen escribió a Cassandra sobre *Orgullo y prejuicio*:

Me ha causado algún disgusto [...] La obra es demasiado ligera, brillante y chispeante; necesita sombras, necesita alargarse aquí y allí con algún capítulo largo sobre la sensatez, si se pudiera; y si no, con alguna tontería solemne, algo que no esté relacionado con la historia, un ensayo sobre literatura, una crítica sobre Walter Scott o la historia de Bonaparte, o cualquier otra cosa que pudiera servir para crear un

contraste y que atraiga al lector con mayor deleite a la jovialidad y el epigrama del estilo general. Dudo que estés de acuerdo conmigo en esto. Conozco la formalidad de tus opiniones.

Algunos críticos han interpretado esto como un rechazo por parte de Jane Austen de su propia ligereza, brillo e ingenio; y es cierto que cuando empezó a dibujar a Fanny Price de *Mansfield Park*, optó por una heroína que no sólo se encuentra en una situación distinta, sino que tiene un modo de ser muy diferente, y dejó toda la «desenvoltura» para el socialmente inestable y finalmente indeseable personaje de Mary Crawford. No cabe duda de que hay una disminución en la libertad y una creciente sospecha de energía no integrada en la sociedad en la obra que Jane Austen escribió a continuación. No obstante, no creo que esta carta deba tomarse demasiado en serio como una advertencia de la represión que estaba por llegar. En realidad, es irónica y se refiere a las obras de tono sentencioso que a Mary Bennet le gusta citar, o a las digresiones y divagaciones que se encontraban en muchas de las obras menos elaboradas de su época. El menosprecio de Jane Austen por la ligereza es aquí, con toda seguridad, un menosprecio fingido. Está siendo «chispeante», y si su obra posterior se volvió más sombría en su tono, debemos alegrarnos de que nos dejara esta novela, en que la brillantez y el ingenio de la individualidad de la heroína no se someten al riguroso decoro o a las opiniones manipuladoras del grupo social. Elizabeth Bennet considera que ha recibido una lección de humildad, pero nosotros siempre la recordaremos riendo.

Como puede observarse, nos encontramos ante un problema fundamental: la relación y los ajustes entre la energía individual y las conveniencias sociales. Si hiciéramos una reducción binaria de la literatura, podríamos concluir que hay obras que destacan la existencia y la necesidad de límites, y obras que se concentran en todo aquello inherente al individuo —desde lo sexual hasta lo imaginativo y lo religioso— y que contribuye a negar o a trascender los límites. Al volver a fijarnos en la crítica que hace Charlotte Brontë de *Orgullo y prejuicio*, citada al principio de esta introducción, observamos un amplio vocabulario referido a los límites —«preciso», «un jardín bien cercado y bien cuidado», «lindes definidas», «casas elegantes pero cerradas»—. Ella tiende más hacia el «campo abierto» y el «aire libre», como revela la evolución de su acertadamente llamada Jane Eyre.<sup>[11]</sup> Sin embargo, en el siglo XVIII se incidía en la necesidad, o en la inevitabilidad, de los límites. Así escribe Locke en el primer capítulo de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*:

Pensé que mientras en vano la satisfacción que nos proporciona la posesión sosegada y segura de las verdades que más nos importan, mientras dábamos libertad a nuestros pensamientos para entrar en el vasto océano del ser, como si ese piélago ilimitado fuese la natural e indiscutible posesión de nuestro entendimiento, donde nada estuviese exento de su detección y nada escapase a su comprensión. [...] Si, por el contrario, se tuvieran bien en cuenta nuestras capacidades, una vez visto el alcance de nuestro conocimiento y hallado el horizonte que fija los límites entre las partes iluminadas y oscuras de las cosas, el hombre tal vez reconociera su ignorancia en lo primero, y dedicara sus pensamientos y elucubraciones con más provecho a lo segundo.

Y así Hume:

Nada, a primera vista, puede parecer más ilimitado que el pensamiento de un hombre, ya que no sólo escapa a todo poder y autoridad humana, sino que ni siquiera está restringido a los límites de la naturaleza y la realidad. [...] Mientras el cuerpo se halla confinado a un planeta, por el que se arrastra con esfuerzo y dificultad, el pensamiento puede en un instante transportarnos a las más lejanas regiones del universo; o incluso más allá del universo, al ilimitado caos en el que se supone que la naturaleza se halla en total confusión. [...] Pero aunque nuestro pensamiento parezca poseer esta ilimitada libertad, tras un examen más pormenorizado encontraremos que realmente está confinado dentro de límites muy estrechos, y que todo este poder creativo de la mente no es más que la facultad de componer, transponer, aumentar o disminuir los materiales que nos ofrecen los sentidos y la experiencia.

Si cambiamos las palabras negativas de estos pasajes en positivas, y viceversa, podemos empezar a establecer el vocabulario básico para describir la epistemología tan distinta que planteó el movimiento que llamamos romántico. «El vasto océano del ser», «las más lejanas regiones del universo», e incluso «el ilimitado caos, en el que se supone que la naturaleza se halla en total confusión» eran precisamente los territorios que la imaginación romántica se propuso explorar, ya que reivindicaba para sí una «ilimitada libertad», y se negaba a aceptar la idea de que el hombre y su mente están «confinados dentro de límites muy estrechos». Locke nos propone, en aras de nuestra salud mental, reconocer y aceptar el «horizonte» que «fija los límites entre las partes iluminadas y oscuras de las cosas». Blake tomó la palabra «horizonte», la transformó en «Urizen» y convirtió esa figura en el símbolo maligno del hombre limitado y comedido. Así, Blake dio la vuelta a la Ilustración, y si había de hacerlo a costa de su cordura, decidió, como otros románticos, que prefería disfrutar de la intensidad visionaria de su «locura» antes que someterse a las ideas aceptadas de salud mental. Otros románticos han preferido también cruzar ese horizonte que actúa como límite para explorar «las partes oscuras de las cosas», y han descubierto que esa esfera está llena de resplandeciente esclarecimiento.

Este no es el lugar adecuado para emprender un resumen del movimiento romántico. Lo importante es que Jane Austen se educó en el pensamiento del siglo XVIII y se mantuvo esencialmente fiel al respeto de los límites, la definición y las ideas claras que éste inculcó. Sin embargo, entre algunos de los escritores que publicaron obras el mismo año que apareció *Orgullo y prejuicio* se encuentran Byron, Coleridge, Scott y Shelley; las *Baladas líricas* ya tenían más de una década, y Keats publicaría cuatro años después. Jane Austen escribió en una época en la que se estaba produciendo un cambio fundamental en la sensibilidad, y en la que los cambios sociales estaban sucediendo o eran inminentes, y hasta cierto punto fue consciente de ello. Ya había descrito al menos a una romántica incipiente en el personaje de Marianne Dashwood, de *Sentido y sensibilidad*, y lo había hecho con una ambigua mezcla de comprensión y sátira. En la figura de Elizabeth Bennet muestra energía en su intento de encontrar una forma válida de existencia dentro de la sociedad. Una cita más, en esta ocasión de Blake, me permitirá concluir la cuestión que intento exponer. En *El matrimonio del cielo y el infierno*, Blake escribe: «La energía es la única vida,

y procede del cuerpo; y la Razón es el límite o circunferencia de la energía. Energía, delicia eterna». Como he dicho, creo que el recelo de Jane Austen hacia la energía se intensificó en su obra posterior. Sin embargo, en *Orgullo y prejuicio* nos ofrece la unión de la energía y la razón, no tanto como conciliación de lo contrario, sino como matrimonio de lo complementario. Hace parecer posible que la desenvoltura y lo que está siempre justificado —la energía y los límites— se unan en provechosa armonía, sin el sometimiento del uno al otro. Como el hecho de enfatizar una u otra característica podría conllevar una pérdida, tanto para uno mismo como para la sociedad, el retrato de la armonía alcanzada entre ellos que ofrece *Orgullo y prejuicio* tiene una relevancia perenne. Tal vez no sea de extrañar que haya demostrado ser capaz de proporcionar delicia eterna.

TONY TANNER  
1972



## CRONOLOGÍA

- 1775 Nace Jane Austen el 16 de diciembre, es la segunda niña y la séptima hija del reverendo George Austen y su esposa, Cassandra Leigh. Su padre era el rector de la parroquia de Steventon, en Hampshire. La familia, aunque bien relacionada, no era rica. Dos de sus hermanos ingresaron en la Armada y uno de ellos alcanzó el rango de almirante de la flota.
- 1776 Declaración de Independencia de los Estados Unidos.
- 1778 Frances Burney publica *Evelina*.
- 1785-1786 Jane Austen asiste junto a su hermana Cassandra a la escuela en la Abadía de Reading.
- 1787 Austen empieza a escribir piezas breves y paródicas de ficción que se conocen como sus «obras de juventud».
- 1789 Estalla la Revolución francesa.
- 1792 Mary Woolstonecraft publica *Vindicación de los derechos de la mujer*.
- 1793 Gran Bretaña entra en guerra con la Francia revolucionaria.
- 1794 Ann Radcliffe publica *Los misterios de Udolfo*.
- 1795 Austen escribe «Elinor y Marianne», una primera versión de *Sentido y sensibilidad*.
- 1796 Auge de Napoleón en Francia.
- 1796-1797 Austen escribe «Primeras impresiones», una primera versión de *Orgullo y prejuicio*.
- 1797 Ofrece «Primeras impresiones» a un editor, que rechaza la obra.
- 1798-1799 Escribe «Susan», una primera versión de *La abadía de Northanger*.
- 1801 El padre de Austen se jubila y la familia se traslada a Bath.
- 1802 Austen acepta la propuesta de matrimonio de Harris Bigg-Wither, pero cambia de opinión al día siguiente. En Francia, Napoleón es nombrado cónsul vitalicio.
- 1803 Vende «Susan» por diez libras al editor Crosby, quien no la publica.

- 1804 Austen escribe la novela inacabada *Los Watson*. Napoleón es coronado emperador.
- 1805 Muere el padre de Austen. Batalla de Trafalgar.
- 1807 Austen se traslada con su madre y su hermana a Southampton.
- 1809 Austen se traslada con su madre y su hermana a una casa en el pueblo de Chawton, Hampshire, propiedad de su hermano Edward, donde vive el resto de su vida.
- 1811 Se publica *Sentido y sensibilidad*. La enfermedad del rey Jorge III hace que el príncipe de Gales sea nombrado príncipe regente.
- 1813 Se publica *Orgullo y prejuicio*.
- 1814 Se publica *Mansfield Park*.
- 1815 En diciembre se publica *Emma* (fecha en 1816) y dedicada, a petición suya, al príncipe regente. Wellington y Blücher vencen a los franceses en la batalla de Waterloo, poniendo así fin a las Guerras napoleónicas.
- 1816 La salud de Austen empieza a deteriorarse; termina *Persuasión*. Compra «Susan» a Crosby. Walter Scott escribe una elogiosa reseña de *Emma* en el *Quarterly Review*.
- 1817 De enero a marzo, Austen trabaja en *Sanditon*. Muere el 18 de julio en Winchester, donde había ido a recibir asistencia médica, y es enterrada en la catedral de Winchester. En diciembre, su hermano Henry supervisa la publicación de *La abadía de Northanger* y *Persuasión* (fechadas en 1818), con una reseña biográfica sobre la autora.

# Orgullo y prejuicio

Es una verdad reconocida por todo el mundo que un soltero dueño de una gran fortuna siente un día u otro la necesidad de una mujer.

Aunque los sentimientos y opiniones de un hombre que se halla en esa situación sean poco conocidos a su llegada a un vecindario cualquiera, está tan arraigada tal creencia en las familias que lo rodean, que lo consideran propiedad legítima de una u otra de sus hijas.

—Querido Bennet —le decía cierto día su esposa—, ¿has oído que Netherfield Park ha sido alquilado al fin?

Mr. Bennet contestó que no lo había oído.

—Pues así es —prosiguió ella—; lo sé porque Mrs. Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

Mr. Bennet no respondió.

—¿No te interesa saber quién lo ha alquilado? —preguntó su mujer con impaciencia.

—Estás deseando decirlo y no tengo inconveniente en escucharlo.

Aquello fue suficiente para ella.

—Has de saber, querido, que Mrs. Long dice que Netherfield Park ha sido alquilado por un joven muy rico del norte de Inglaterra, que vino el lunes en un coche tirado por cuatro caballos y quedó tan encantado que de inmediato llegó a un acuerdo con Mr. Morris; tomará posesión antes de San Miguel, y algunos de sus criados estarán en la casa a finales de la semana próxima.

—¿Cómo se llama ese joven?

—Bingley.

—¿Es casado o soltero?

—Soltero, naturalmente, querido; un soltero de gran fortuna: cuatro o cinco mil libras al año de renta. ¡Qué partido estupendo para nuestras hijas!

—No entiendo cómo puede afectarles semejante cosa.

—Querido Bennet —replicó su mujer—, ¿por qué en ocasiones te cuesta tanto entender las cosas? Has de saber que es mi intención hacer que se case con una de ellas.

—¿Es ése el motivo por el que proyecta establecerse aquí?

—¿Proyectar? ¡Qué majadería! ¿Cómo puedes hablar así? Pero es muy probable que se enamore de una de ellas, y por eso debes visitarlo en cuanto llegue.

—No encuentro motivo para hacerlo. Puedes ir tú con ellas, o puedes enviarlas solas, que quizá sea lo mejor; tú eres tan hermosa como cualquiera de nuestras hijas, de modo que no me extrañaría que se enamorase de ti.

—Me adulas, querido. No negaré que he sido bella en mi juventud, mas ahora no puedo presumir de eso. Cuando una mujer tiene cinco hijas ya crecidas, no debe

pensar en sus propios encantos.

—En esos casos a la mujer no le quedan muchos encantos de que presumir.

—Pues bien, querido, has de visitar a Mr. Bingley en cuanto tome posesión de su nueva casa.

—No puedo prometértelo.

—Piensa en tus hijas. Considera sólo lo que representaría para una de ellas. Sir William y lady Lucas han resuelto ir sólo por eso, pues sabes que no suelen visitar a los recién llegados. Has de ir sin falta, porque si no lo haces ni yo ni ellas podríamos visitarlo.

—Eres demasiado escrupulosa. Estoy seguro de que Mr. Bingley se alegrará mucho de verte. Si lo consideras conveniente le escribiré unas líneas dando mi consentimiento para que se case con la que elija, aunque no sé si podré evitar recomendarle a Elizabeth, nuestra pequeña Lizzy.

—Espero que no lo hagas. No es mejor que las otras, y estoy segura de que no es ni la mitad de hermosa que Jane, ni la mitad de alegre que Lydia. No sé por qué es tu preferida.

—Ninguna tiene cualidades que la hagan recomendable —replicó él—; todas son necias e ignorantes como tantas otras jóvenes; pero Lizzy, al menos, es más astuta que sus hermanas.

—¡Bennet!, ¿cómo puedes hablar así de nuestras hijas? Lo haces para importunarme. Compadécete de mis pobres nervios, por favor.

—Te equivocas, querida; tus nervios me merecen el mayor de los respetos. Los conozco desde hace mucho tiempo. Te oigo hablar así de ellos desde hace al menos veinte años.

—¡Ah!, no sabes lo mucho que me haces sufrir.

—Pues espero que te dejen vivir el tiempo suficiente para que veas llegar al vecindario a muchos jóvenes con rentas de cuatro mil libras al año.

—Aunque vengan veinte, no sacaremos nada si no los visitas.

—Ten por seguro, querida, que cuando los veinte hayan llegado, los visitaré a todos.

Mr. Bennet era tan singular mezcla de suspicacia, humor sarcástico, reserva y caprichos, que veintitrés años de experiencia no habían bastado a su mujer para descifrar su carácter. Ella era más comprensible. De escasa inteligencia, poca instrucción y temperamento indeciso, cuando algo la disgustaba se imaginaba nerviosa. El objetivo de su vida era casar a sus hijas; su diversión favorita, visitar a sus vecinos y cotillear.

Mr. Bennet fue de los primeros en visitar a Mr. Bingley. Siempre había pensado hacerlo, por mucho que le asegurara a su esposa que no lo haría, y hasta la tarde siguiente a la visita no tuvo aquélla conocimiento de la entrevista. El hecho quedó entonces revelado del modo siguiente: Mr. Bennet estaba observando a su segunda hija adornar su sombrero, cuando de pronto le dijo:

—Espero que a Mr. Bingley le guste, Lizzy.

—Hasta que no lo visitemos —arguyó la madre con tono áspero—, no conoceremos los gustos de Mr. Bingley.

—Por lo visto olvidas, mamá —dijo Lizzy—, que lo encontraremos en las reuniones y que Mrs. Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que Mrs. Long haga semejante cosa. Tiene dos sobrinas, es egoísta, hipócrita; no creo que cumpla con su promesa.

—Yo tampoco lo creo —añadió Mr. Bennet—, y me alegro de que no dependas de sus favores.

Mrs. Bennet no replicó, pero, incapaz de contenerse, comenzó a reprender a sus hijas.

—¡Deja ya de toser, Kitty, por Dios! Ten piedad de mis nervios; estás destrozándome los.

—Kitty nunca es oportuna para escoger el momento de toser —dijo el padre.

—No toso por diversión —replicó la muchacha, malhumorada—. ¿Cuándo es tu próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Así es —exclamó su madre—, y Mrs. Long no regresa hasta la víspera, de modo que le será imposible presentárnoslo, porque ella tampoco lo conocerá.

—Entonces, querida, puedes adelantarte a tu amiga presentándole tú a Mr. Bingley.

—Imposible, Bennet, imposible; ¿cómo quieres que lo haga si no lo conozco?

—Celebro tu sensatez. Quince días de relación es, en verdad, muy poco. En realidad, al cabo de ellos no se puede saber qué clase de persona es. Pero si no nos aventuramos, otra lo hará; y después de todo, Mrs. Long y sus sobrinas quieren probar fortuna. Por consiguiente, si tú te niegas, ya me encargaré yo de hacerlo.

Las muchachas miraron fijamente a su padre. En cuanto a Mrs. Bennet, sólo exclamó:

—¡Qué tontería!

—¿Qué significa esa enfática exclamación? —dijo él—. ¿Consideras una tontería algo tan importante como las ceremonias de presentación? No puedo estar de acuerdo contigo. ¿Qué dices, Mary, tú, que eres muchacha reflexiva y, según creo, lees libros muy serios y gustas de citar los pasajes más importantes?

Mary quería decir algo importante, pero no atinaba a encontrar las palabras.

—Mientras Mary coordina sus ideas —continuó él— volvamos a Mr. Bingley.

—Estoy harta de Mr. Bingley —exclamó la esposa.

—Lamento que digas eso; pero ¿por qué no me lo informaste antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, no lo habría visitado. Es una verdadera desgracia; mas puesto que lo he visitado, no puedo eludir su amistad.

El asombro de las mujeres fue tal como él esperaba, y el de Mrs. Bennet mayor incluso que el de las hijas. Pero cuando hubo pasado el júbilo inicial, comenzó a decir que siempre había dado por sentado que él lo haría.

—¡Qué bueno eres, querido Bennet! Ya sabía yo que acabaría convenciéndote. Estaba segura de que amabas demasiado a tus hijas para perder una relación como ésta. ¡Qué dichosa soy! Y vaya broma la tuya, no decirnos una palabra.

—Ahora, Kitty, puedes toser a tu antojo —dijo Mr. Bennet.

—¡Qué padre tan maravilloso tenéis, hijas mías! —exclamó cuando la puerta se hubo cerrado—. No podéis reprocharle falta de cariño, ni a mí tampoco. A nuestra edad, os lo aseguro, no es grato entablar nuevas relaciones cada día; pero algo hemos de hacer por vosotras. Lydia, amor mío, aunque seas la menor, me atrevo a asegurar que Mr. Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh, no te preocupes, mamá! —repuso Lydia resueltamente—, porque aunque soy la más joven, también soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en conjeturas sobre cuándo devolvería Mr. Bingley su visita a Mr. Bennet y en determinar qué día lo invitarían a comer.

A pesar de las preguntas que hizo Mrs. Bennet, ayudada por sus hijas, no logró que su marido diese una descripción satisfactoria de Mr. Bingley. Lo intentaron de diversos modos: con preguntas descaradas, suposiciones ingeniosas, remotas sospechas; pero él superó la habilidad de su mujer y sus hijas, quienes se vieron obligadas a aceptar los informes de segunda mano de su vecina, lady Lucas. Las noticias de ésta eran muy halagüeñas: sir William había quedado gratamente impresionado. Era muy joven, bien parecido, extraordinariamente agradable, y, sobre todo, tenía la intención de asistir a la próxima reunión acompañado de numerosas personas. ¡Todo parecía a favor de ellas! Gustar del baile era el primer paso para llegar a enamorarse, y por eso se concibieron muchas esperanzas en lo referente al corazón de Mr. Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas residiendo felizmente en Netherfield Park —decía Mrs. Bennet a su marido—, y a las demás igualmente bien casadas, todos mis deseos se verían colmados.

Pocos días después Bingley devolvió la visita a Mr. Bennet y permaneció unos diez minutos con él en su biblioteca. Había alimentado esperanzas de que le fuese dado echar un vistazo a las muchachas, de cuya belleza había oído hablar mucho; pero sólo vio al padre. Las mujeres fueron algo más afortunadas, porque tuvieron la suerte de cerciorarse, desde una ventana alta, de que vestía traje azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para comer; y Mrs. Bennet ya pensaba en los platos que habían de acreditarla como una consumada ama de casa, cuando se recibió una contestación que llenó a todos de angustia: Mr. Bingley se veía obligado a marchar a la capital al día siguiente, y debido a ello no podía aceptar el honor de su invitación, etcétera.

Mrs. Bennet quedó completamente desconcertada. No lograba imaginar qué asuntos podía tener en la capital si acababa de llegar al condado de Hertford, y comenzó a temer que se viese obligado a viajar de un lado a otro sin ocasión de asentarse en Netherfield. Lady Lucas la tranquilizó al decir que seguramente había ido a Londres a fin de reunir un grupo numeroso de acompañantes para el baile; y se corrió el rumor de que Bingley llevaría a la reunión a doce damas y siete caballeros. El número de aquéllas afligió a las muchachas, pero el día anterior al baile se calmaron al oír que en lugar de doce sólo serían seis: sus cinco hermanas y una prima; y cuando el grupo entró en el salón, estaba formado por cinco personas en total: Bingley, dos hermanas de éste, el marido de la mayor y otro joven.

Bingley tenía aspecto de hombre apuesto, simpático y distinguido. Sus hermanas eran hermosas y extraordinariamente elegantes. Su cuñado, Mr. Hurst, semejaba un caballero como cualquier otro, pero su amigo, Mr. Darcy, atrajo pronto la atención de todos por su apuesta figura, sus bellas facciones y su noble aire, y en cinco minutos



se extendió la noticia de que poseía una renta de diez mil libras al año. Los caballeros afirmaban que era un hombre encantador; las mujeres declararon que era mucho más guapo que Bingley; y así, durante aproximadamente la mitad de la velada, fue contemplado con admiración, hasta que sus modales se revelaron de pronto poco adecuados: era ostensiblemente orgulloso y se consideraba superior a todos los presentes, y ni aun su extensa propiedad en el condado de Derby pudo ya librarlo de convertirse en el ser más desagradable y odioso, e indigno de ser comparado con su amigo.

Bingley entró pronto en relación con los principales concurrentes; se mostraba animado y franco, bailó todas las piezas, lamentó que la velada acabase tan temprano, y habló de ofrecer él mismo una en Netherfield. Tan amables cualidades no hicieron sino acrecentar su popularidad. ¡Qué distinto era de su amigo! Darcy bailó sólo una vez con Mrs. Hurst y otra con Miss Bingley, declinó ser presentado a cualquier otra dama y empleó el resto de la velada en pasearse por la sala y hablar brevemente con alguno de sus amigos. Su carácter quedaba demostrado: era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todos lamentaban que hubiese acudido al baile. Entre los más indignados con él se contaba Mrs. Bennet, cuyo disgusto por el comportamiento del joven había aumentado hasta tornarse resentimiento por haber menospreciado Darcy a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, debido a la escasez de caballeros, a permanecer sentada durante dos piezas, y parte de ese tiempo había estado tan cerca de Darcy que pudo escuchar la conversación que éste mantenía con Bingley.

—Ven, Darcy —le dijo Bingley—. Quiero que bailes como los demás. Me molesta verte ahí solo, en esa actitud estúpida, mientras los otros se divierten.

—¡No lo haré! Sabes lo mucho que lo detesto, a no ser que conozca particularmente a mi pareja. En una reunión como ésta, me resultaría insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y consideraría un castigo bailar con cualquiera de las otras mujeres que hay aquí.

—¡Por nada del mundo me mostraría tan desdeñoso como tú! —exclamó Bingley—. Te aseguro que jamás he encontrado muchachas tan simpáticas como las de esta noche, y debes admitir que algunas son extraordinariamente hermosas.

—Estás bailando con la única muchacha bonita del salón —repuso Darcy, mirando a la mayor de las Bennet.

—Sí, es la criatura más bella que he visto jamás. Pero ahí, justamente detrás de ti, está sentada una de sus hermanas, que es muy bonita, y aun me atrevo a añadir que muy agradable. Le pediré a mi pareja que te la presente.

—¿A quién te refieres? —preguntó Darcy, y volviéndose, contempló por un instante a Lizzy, hasta que ésta sorprendió su mirada; apartó entonces la vista y dijo fríamente—: Puede pasar; pero no es lo suficientemente hermosa para tentarme; y por ahora no estoy de humor para conceder importancia a muchachas que desdeñan los

otros hombres. Vuelve con tu pareja y disfruta de sus miradas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

Bingley siguió el consejo de su amigo. Mientras Darcy abandonaba el salón, Lizzy lo contempló alejarse alentando hacia él sentimientos que distaban de ser cordiales. Sin embargo, contó a sus amigas lo ocurrido con mucho ingenio, porque era jovial y graciosa y le complacían las actitudes ridículas.

En conjunto, la velada transcurrió gratamente para toda la familia. Mrs. Bennet había visto que los nuevos moradores de Netherfield admiraban a su hija mayor; Bingley había bailado con ella dos veces, y las hermanas de éste la habían colmado de atenciones. Jane estaba tan satisfecha por todo eso como pudiera estarlo su madre, pero se mostraba menos excitada. Lizzy experimentaba la misma satisfacción que Jane; Mary había oído decir a Mrs. Bingley, refiriéndose a ella, que era la muchacha mejor educada de la vecindad, y Kitty y Lydia habían sido lo bastante afortunadas como para no estar nunca sin pareja, que era cuanto habían aprendido a ambicionar en un baile. Por eso regresaron contentas a Longbourn, el pueblo donde vivían y del que eran los principales habitantes. Encontraron aún levantado a Mr. Bennet, quien, leyendo un libro, no se había percatado del paso de las horas, y en aquella ocasión sentía bastante curiosidad por conocer el resultado de una velada que había despertado tantas esperanzas. Al principio había pensado que su esposa tal vez se llevase una desilusión con el forastero, pero pronto comprobó que no era así.

—¡Oh, querido Bennet! —exclamó ella en cuanto entró en el estudio—. Hemos pasado una velada encantadora; ha resultado un baile admirable. Lamento que te lo hayas perdido. Jane ha sido tan admirada, que no se ha visto cosa igual. Todo el mundo hablaba de lo atractiva que era, y Mr. Bingley la ha encontrado bellísima, y ¡ha bailado con ella dos veces! Piensa en eso, querido: ¡ha bailado con ella dos veces!, y fue la única a quien pidió un segundo baile. El primero lo pidió a Miss Lucas. ¡Estaba yo tan contrariada de verla a su lado! Pero no le gustó en absoluto, como no podía ser de otro modo. En cambio, pareció por completo entusiasmado con Jane cuando ésta salió a bailar. Al instante quiso saber quién era, hizo que se la presentaran y la comprometió para el siguiente baile. Después bailó el tercero con Miss King, el cuarto con Mary Lucas, el quinto otra vez con Jane, y el sexto con Lizzy, luego con la Boulanger...

—Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó impaciente el marido— no habría bailado ni la mitad. ¡Por Dios, no me hables más de sus parejas! ¿Por qué no se habrá dado un golpe en el tobillo en el primer baile?

—¡Oh, querido Bennet —continuó Mrs. Bennet—, estoy tan satisfecha de él! Es extraordinariamente apuesto, y sus hermanas son encantadoras. Jamás he visto vestidos más elegantes que los que lucían esta noche. Sin embargo, los encajes de Mrs. Hurst...

Aquí, Mr. Bennet la interrumpió de nuevo, por lo que se vio obligada a hablar del tema desde otro ángulo, y relató con gran amargura y algo de exageración el ofensivo

comportamiento de Darcy.

—Pero te aseguro —añadió— que no pierde nada con no ser del agrado de ese hombre, porque es la persona más desagradable, altanera e insoportable que he conocido jamás. Se paseaba arriba y abajo dándose aires. ¡Que no es bastante guapa para bailar con él! Querría que hubieses estado allí, querido mío, para haberle dado una de tus lecciones. Detesto a ese hombre.

Cuando Jane y Lizzy se quedaron solas, la primera, que antes había sido cauta en sus elogios a Bingley, expresó a su hermana lo mucho que lo admiraba.

—Es exactamente como un joven debe ser —le dijo—; sentimental, perspicaz y de buen humor; nunca vi tan finos modales, tanta desenvoltura, tan exquisita educación.

—Es guapo —añadió Lizzy—, tal como en la medida de lo posible debe ser un joven. Posee todas las condiciones.

—Me sentí muy halagada cuando me sacó a bailar por segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

—¿No? Pues yo sí. Hay gran diferencia entre nosotras. A ti, los cumplidos siempre te sorprenden; a mí, nunca. Era lógico que te sacase de nuevo a bailar. No podía evitar el ver que eras cinco veces más guapa que todas las mujeres que estaban en el salón. No le agradezcas esa galantería. Reconozco que es muy agradable, y te autorizo a que te guste. No sería el primer estúpido de quien quedas prendada.

—¡Lizzy!

—Bien sabes que eres muy dada a que te gusten todos; nunca ves defectos en ninguno. Para ti, todo el mundo es bueno y agradable; nunca te he oído hablar mal de un ser humano.

—No me gusta censurar a nadie; pero, créeme, siempre digo lo que pienso.

—Sé que lo haces, y lo considero admirable; ¡poseer tan buen sentido y ser tan modestamente ciega para las locuras y la falta de sentido de los demás! La afectación de candor es de las cosas más corrientes que existen. Pero ser cándida sin ostentación ni propósito, fijarse en lo bueno de cada cual, y aun mejorarlo, y no decir nada de lo malo, es una característica que sólo tú posees. ¿Y te gustan también las hermanas de ese muchacho? Sus modales distan mucho de ser como los de él.

—Al principio, así lo parece. Pero cuando hablas con ellas compruebas que son muy agradables. La soltera va a vivir con su hermano y a cuidar de la casa, y, o mucho me equivoco, o tendremos en ella a una encantadora vecina.

Lizzy escuchaba en silencio, pero no parecía convencida; la conducta de aquellas muchachas en la reunión no había sido particularmente agradable, y puesto que su temperamento era menos flexible que el de su hermana, y su juicio sobre las personas más severo, se encontraba poco dispuesta a la aprobación. Eran, en efecto, mujeres muy distinguidas; no les faltaba buen humor cuando se las complacía ni dejaban de resultar agradables cuando lo deseaban, pero parecían arrogantes y vanas. No les faltaba belleza, habían sido educadas en uno de los mejores colegios particulares de la capital, poseían una fortuna de veinte mil libras, tenían la costumbre de gastar más de lo debido y de juntarse con gente de alto rango, y estaban acostumbradas a pensar bien en todo momento de sí mismas, y medianamente de los demás. Pertenecían a

una respetable familia del norte de Inglaterra, circunstancia más impresa en su memoria que el hecho de que su propia fortuna y la de su hermano habían sido logradas por medio del comercio.

Bingley había heredado unas cien mil libras de su padre, quien había proyectado comprar una finca; pero la muerte lo sorprendió antes de que pudiese hacerlo. El hijo abrigaba la misma intención, y más de una vez eligió el lugar, pero como ahora disponía de una buena casa, era dudoso para muchos de los que conocían la sencillez de su carácter, que no pasase el resto de sus días en Netherfield, dejando para la venidera generación la compra de la finca con que había soñado su padre.

Sus hermanas deseaban mucho que poseyese una finca, pero aun cuando por el momento sólo se hallaba establecido como arrendatario, Miss Bingley no dejaba de gustar de presidir su mesa, ni Mrs. Hurst, que se había casado con un hombre que tenía más elegancia que medios, se veía menos dispuesta a considerar la casa de su hermano como la suya propia siempre que le conviniese. No hacía sino dos años que Bingley había alcanzado la mayoría de edad cuando, casualmente, le recomendaron que visitara la casa de Netherfield. La vio por fuera y por dentro durante media hora, encontró agradable la situación y las principales habitaciones, se dio por satisfecho y de inmediato se puso de acuerdo con el propietario para alquilarla.

A pesar de que él y Darcy eran de carácter muy distinto, los unía una firme amistad. Darcy admiraba a Bingley debido a su franqueza, su sencillez y su temperamento tranquilo, aunque se sentía muy satisfecho del suyo propio. Bingley, a su vez, confiaba en Darcy y siempre tenía en cuenta sus opiniones. En cuanto a inteligencia, Darcy era superior. No le faltaba, de ningún modo, a Bingley; pero Darcy era más hábil. Era, además, arrogante, reservado y desdeñoso, y a pesar de la educación que había recibido, sus modales no resultaban agradables. En este aspecto su amigo lo aventajaba notablemente. Bingley inspiraba confianza allí donde se presentase; Darcy ofendía constantemente con su extraña manera de ser.

La opinión que mereció a ambos la fiesta de Meryton fue bastante característica. Bingley jamás se había reunido con gente más agradable ni con muchachas más bonitas; todo el mundo había estado atento y afable con él; allí no había habido etiqueta y pronto se había sentido amigo de todos; y en cuanto a la mayor de las Bennet, no podía concebirse ángel más bello. Darcy, por el contrario, había visto una colección de personas carentes de interés, de escasa belleza y ninguna elegancia, y no había recibido atenciones ni demostraciones de agrado. Reconocía que la mayor de las Bennet era bonita, pero en su opinión sonreía demasiado.

Mrs. Hurst y su hermana coincidían en que así era; pero admiraban a dicha señorita y les gustaba, declarándola encantadora, y mostrándose decididas a no rechazar su amistad. Así pues, Jane quedó por muchacha encantadora, y Bingley autorizado con semejante recomendación para pensar en ella a sus anchas.

A poca distancia de Longbourn habitaba una familia con la que las Bennet mantenían una íntima amistad. Sir William Lucas había sido en tiempos comerciante en Meryton, donde consiguió reunir cierta fortuna y ser nombrado caballero a causa de un célebre discurso dirigido al rey cuando estaba al frente del ayuntamiento. Acaso esa distinción hizo que se sintiera demasiado importante. Comenzó a rechazar los negocios y el vivir en una ciudad mercantil, y, abandonando ambas cosas, se retiró a una casa situada a una milla, aproximadamente, de Meryton, llamada desde entonces Mansión Lucas, donde podía pensar a placer en su propia importancia y, libre de los negocios, dedicarse sólo a ser sociable con todo el mundo. Porque, aunque engreído con su rango, no se tornó arrogante; al contrario, era muy atento con todos. Siempre había sido complaciente y dado a la amistad, su presentación en la corte le había hecho cortés.

Lady Lucas era una mujer de buen corazón aunque no lo bastante inteligente para ser la vecina que necesitaba Mrs. Bennet; tenía varias hijas. La mayor, muchacha sensible e inteligente, de unos veintisiete años, era la mejor amiga de Lizzy.

Que las Lucas y las Bennet tuvieran que reunirse para hablar del pasado baile era cosa absolutamente imprescindible, y así, a la mañana siguiente a la velada, se presentaron aquéllas en Longbourn para oír y hablar.

—Tú empezaste bien la velada, Charlotte —dijo Mrs. Bennet con estudiada cortesía a la mayor de las Lucas—. Fuiste la primera en bailar con Mr. Bingley.

—Sí; pero creo que le gustó más la segunda.

—¡Oh! Supongo que te refieres a Jane, porque bailó con ella dos veces. Es verdad que al parecer le agradaba; así lo creo, y hasta oí decir algo de eso, aunque no lo recuerdo bien..., algo referente a Mr. Robinson.

—Probablemente se refiere usted a lo que oí hablar a Mr. Robinson y a Mr. Bingley, ¿no se lo dije a usted? Al preguntar Mr. Robinson cómo encontraba nuestra reunión de Meryton, si creía que había en el salón muchas mujeres bonitas, y quién le parecía que lo era más, Mr. Bingley contestó: «La mayor de las Bennet, sin duda; no se puede discutir eso.»

—¡Caramba!

—Bien; pues eso está resuelto. Parece que... pero, no obstante, al final todo puede quedar en nada, ya se sabe.

—Lo que yo oí decir a Mr. Darcy no es tan digno de escucharse como lo de su amigo —intervino Charlotte—. Pobre Lizzy, aquello fue inaceptable.

—Te suplico que no pienses que a Lizzy le molestó, pues gustar a hombre tan desagradable sería una desgracia. Mrs. Long me dijo la noche pasada que había estado sentado a su lado durante media hora sin despegar los labios.

—¿Estás segura, mamá? ¿No habrá algún error en eso? —dijo Jane—. Yo vi a Mr. Darcy hablar con ella.

—Porque al final ella le preguntó si le gustaba Netherfield, y no pudo evitar responder; pero la misma señora dijo que parecía molesto de tener que hablar.

—Miss Bingley nos contó —añadió Jane— que nunca habla mucho, a no ser con sus amigos íntimos. Con ellos es sumamente agradable.

—No lo creo, querida. Si fuese tan agradable habría hablado con Mrs. Long. Mas ya me figuro lo que ocurrió; todos saben que es arrogante y supongo que habría oído que Mrs. Long no tiene coche propio y que había ido al baile en uno alquilado.

—Me importa poco que no hablara con Mrs. Long —dijo Miss Lucas—, pero me habría gustado que hubiese bailado con Lizzy.

—Yo que tú —dijo la madre—, no bailarías con él en ninguna otra ocasión.

—Creo poder prometerlo.

—Su orgullo —añadió Miss Lucas— no me ofende como tal, porque tiene una excusa. No hay que maravillarse de que un joven tan distinguido, de buena cuna y fortuna, con todo a su favor, tenga un alto concepto de sí mismo. Si puedo expresarme así, diré que tiene derecho a ser orgulloso.

—Es verdad —repuso Lizzy—, y con facilidad perdonaría su orgullo si no hubiera mortificado el mío.

—El orgullo —observó Mary, que se jactaba de lo sólido de sus reflexiones— es un defecto muy común. Mis lecturas me han convencido de que la naturaleza humana es extremadamente propensa a él, y de que hay muy pocas personas que no se sientan satisfechas de sí mismas por tal o cual condición real o imaginaria. La arrogancia y el orgullo son cosas muy distintas, aunque a menudo se tomen como sinónimos. Una persona puede ser orgullosa sin ser arrogante. El orgullo se refiere más a nuestra opinión sobre nosotros mismos; la arrogancia, a lo que deseamos que los demás piensen de nosotros.

—Si yo tuviese tanto dinero como Mr. Darcy —exclamó uno de los jóvenes Lucas, que había venido con sus hermanas— no me preocuparía ser orgulloso o no. Compraría una trailla de perros zorreros y me bebería una botella de vino todos los días.

—En ese caso beberías más de lo debido —dijo Mrs. Bennet—, y si yo te viera, te quitaría la botella.

El joven protestó, asegurando que no ocurriría eso; pero ella continuó diciendo que sí lo haría, y la polémica no terminó hasta que los visitantes se hubieron marchado.

Las señoras de Longbourn no demoraron en corresponder la atención de las de Netherfield, y la visita fue devuelta debidamente. Los agradables modales de Jane cautivaron pronto a Mrs. Hurst y a Miss Bingley; y aunque ambas encontraban insoportable a la madre y a las hermanas menores indignas de hablar con ellas, expresaron a las dos mayores su deseo de conocerse mejor. Jane recibió encantada aquellas atenciones, pero Lizzy observaba un fondo de arrogancia en aquellas mujeres, con la sola excepción, quizá, de su hermana, por lo que seguía sin encontrarlas simpáticas. Aun así, la amabilidad que mostraban hacia Jane, se debía, probablemente, a la influencia del hermano. Era evidente a todos que éste admiraba a Jane, y para Lizzy también lo era que iba creciendo en su hermana la preferencia que desde el principio había manifestado hacia él, y que esta preferencia iba en camino de convertirse en amor. Pero consideraba a la vez, con placer, que eso escaparía a los demás, pues a la fuerza de sus sentimientos Jane unía una discreción y una jovialidad que la había de librar de las sospechas de los importunos. Así se lo comunicó a Miss Lucas.

—Tal vez sea agradable —replicó Charlotte— poder engañar a la gente en un caso así; pero a veces no conviene ocultarlo tanto. Si una mujer se obstina en ocultar sus sentimientos al hombre que ama, puede perder la oportunidad de conservarlo, y entonces será mezquino consuelo suponer que se ha burlado de todo el mundo. Hay tanto de gratitud o de vanidad en casi todos los defectos, que no es cauto abandonarse a ellos. Se puede comenzar con la mayor libertad (una pequeña preferencia es lo más natural), pero pocas de nosotras poseemos suficiente corazón para enamorarnos de veras sin estímulo. En nueve casos de diez, la mujer demuestra mayor afecto del que siente. A Bingley le gusta tu hermana, sin duda, pero puede que la cosa no pase de ahí si ella no lo ayuda.

—Ella hace cuanto le permite su modo de ser. Si yo soy capaz de advertir el modo en que lo mira, él tendría que ser un tonto para no darse cuenta.

—Recuerda, Lizzy, que él no conoce el carácter de Jane como tú.

—Pero si una mujer está interesada por un hombre y no trata de ocultarlo, él lo descubrirá más tarde o más temprano.

—Tal vez, pero sólo si la ve suficientemente a menudo. Pero aunque Jane y Bingley se vean bastante, no pasan muchas horas juntos, y como siempre están rodeados de gente, es imposible que empleen todo el tiempo en conversar a solas. Por eso Jane debería aprovechar cada momento para atraer su atención. Cuando esté segura de él, ya tendrá ocasión de enamorarse cuanto le venga en gana.

—Tu plan es bueno —dijo Lizzy—, pero sólo cuando se trata de un matrimonio de conveniencia, y si yo estuviera decidida a buscar un marido rico, o un marido a secas, estoy casi segura de que lo pondría en práctica. Pero no son esos los



sentimientos de Jane; no sabe obrar con premeditación. Lo ha tratado sólo durante quince días. Ha hablado con él en Meryton; lo vio una mañana en su casa, y desde entonces han comido juntos cuatro veces, pero nunca solos. Eso no es bastante para conocer el temperamento de Bingley.

—No es como la imaginas. Si, sencillamente, hubiera comido con él, sólo habría descubierto si tiene o no buen apetito; pero debes recordar que han pasado juntos cuatro veladas, y cuatro veladas pueden aprovecharse bien, si se desea hacerlo.

—Sí; esas cuatro veladas quizá hayan servido para que ambos sepan que al otro le gusta determinado juego de cartas o aborrece el comercio, pero en cuanto al carácter de cada uno, no creo que hayan descubierto mucho.

—Bien, pues —contestó Charlotte—. Deseo de corazón que Jane tenga éxito, y si mañana se casara con él, pensaría que es más dichosa que si estuviera estudiando su temperamento durante un año entero. La felicidad en el matrimonio es cuestión de suerte. En cualquier caso, el que uno conozca las cualidades del otro no hace que éstas aumenten. Incluso es posible que se transformen en una molestia, de modo que es mejor conocer lo menos posible las características de la persona con quien se ha de pasar toda la vida.

—Me haces reír, Charlotte. Sabes que lo que dices no es cierto, y tú nunca obrarías de esa manera.

Ocupada únicamente en observar las atenciones de Bingley hacia su hermana, Lizzy estaba lejos de sospechar que ella misma había llegado a ser objeto de cierto interés a los ojos del amigo de aquél. Darcy, al principio, apenas le había concedido el ser bonita; la había visto en el baile, sin admirarla, y cuando se encontraron de nuevo sólo la miró con la intención de criticarla. Pero en cuanto se hubo percatado, y así se lo comunicó a sus amigos, de que poseía agradables facciones, comenzó a tenerla por inteligente como pocas, lo cual se manifestaba en la expresión de sus ojos negros. A tales descubrimientos siguieron otros análogos. Por más que con ojos de crítico percibía más de un defecto de simetría en su figura, se vio obligado a reconocer que era esbelta y proporcionada, y aun cuando aseguraba que sus modales no eran particularmente refinados, quedó prendado de su gracia y su desenvoltura. Ella ignoraba todo esto. A sus ojos, él sólo era un hombre antipático que no la había juzgado lo bastante hermosa para bailar con él.

Darcy comenzó a desear conocerla mejor, y como medio eficaz para hablar con ella se fijaba en el modo en que conversaba con los demás. Este detalle no se le escapó a Lizzy. En cierta ocasión estaban en casa de sir William Lucas, donde se celebraba otra gran fiesta.

—¿Para qué querría Mr. Darcy escuchar, como ha escuchado, mi conversación con el coronel Forster? —preguntó Lizzy a Charlotte.

—Eso es algo que sólo él puede contestar.

—Es que si lo hace otra vez le haré saber que he adivinado sus intenciones. Me mira de manera burlona, y si no me muestro impertinente con él, pronto me causará

temor.

Cuando poco después Darcy se acercó a ellas, aunque al parecer sin intención de hablar, Miss Lucas invitó a Lizzy a decir algo, y ésta, siguiendo el consejo de su amiga, se volvió hacia él y le dijo:

—¿No le parece, Mr. Darcy, que he sido lo bastante clara al insistir ante el coronel Forster que debería ofrecer un baile en Meryton?

—Sí, y de modo vehemente. En efecto, ése es un tema que hace que las mujeres siempre se muestren enérgicas.

—Es usted muy severo con nosotras.

—Pronto te tocará oír en boca de otros lo que dijo el coronel —intervino Miss Lucas—. Voy a abrir el piano, y ya sabes lo que eso quiere decir.

—¡Eres una amiga muy extraña! ¡Siempre insistiendo en que toque y cante ante todos! Si a mi vanidad le hubiera dado por la música, me sentiría halagada, pero ahora preferiría no sentarme ante quienes tienen por costumbre escuchar mejores intérpretes.

Y al insistir Miss Lucas, añadió:

—Bien; si es preciso, sea. —Y, mirando con seriedad a Darcy, agregó—: Todos los aquí presentes conocen un proverbio que dice: «Reserva tu aliento para enfriar la sopa.» Pues bien, yo reservaré el mío para cantar.

La actuación de Lizzy fue agradable, aunque en modo alguno extraordinaria; tras una o dos canciones, y antes de poder responder a los ruegos de algunos para que siguiese cantando, fue reemplazada por su hermana Mary, quien, tras esforzarse mucho para procurarse conocimientos y perfección, siempre estaba ansiosa de ostentarlos.

Mary carecía de talento, y aunque la vanidad le había prestado aplicación, la había dotado también de cierto aire pedante y de modales afectados, capaces de oscurecer mayores excelencias de las que alcanzaba. Lizzy, sencillamente y sin afectación, había sido escuchada con mayor agrado, aun cuando no tocaba ni la mitad de bien; y Mary, al final de un largo concierto, se sintió feliz al escuchar elogios por las melodías escocesas e irlandesas interpretadas a petición de sus hermanas menores, quienes, con Mr. Lucas y dos o tres oficiales, se habían puesto a bailar en un extremo del salón.

Darcy permaneció cerca de ellos en silencio, indignado por semejante manera de pasar la velada. Se hallaba demasiado sumido en sus pensamientos para advertir que sir William Lucas estaba a su lado, hasta que éste dijo:

—¡Qué encantadora diversión para los jóvenes, Mr. Darcy! Después de todo, no hay nada como bailar. Tengo el baile por uno de los refinamientos de las sociedades cultas.

—Cierto, señor; y posee también la ventaja de estar en boga entre las menos cultas del mundo. Todos los salvajes saben bailar.

Sir William se limitó a sonreír.

—Su amigo lo hace deliciosamente —prosiguió tras una pausa, al ver a Bingley en el grupo—, y no dudo de que usted mismo, Mr. Darcy, será aficionado a este arte.

—Si no recuerdo mal, me vio usted bailar en Meryton.

—Así es, y me causó un gran placer. ¿Baila usted a menudo en St. James?

—No, señor; nunca.

—¿No cree usted que sería muy oportuno en semejante lugar?

—Es algo que nunca hago, si lo puedo evitar.

—He oído decir que tiene usted casa en la capital.

Darcy asintió con una inclinación de la cabeza.

—En ocasiones he pensado en establecerme en la capital —dijo sir William—, porque me gusta la sociedad distinguida; pero no creo que Londres agradase a Mrs. Lucas.

Mr. Lucas esperó un comentario, pero su interlocutor no estaba dispuesto a hacerlo, y al dirigirse en aquel momento Lizzy a ellos, se le ocurrió una galantería y, llamándola, dijo:

—Querida Lizzy, ¿por qué no bailas? Mr. Darcy, permítame que le presente a esta señorita como una pareja muy apetecible. Estoy seguro de que no podrá usted negarse a bailar teniendo cerca semejante hermosura.

Y tomando la mano de la joven, se dispuso a unirla a la de Darcy. Éste, sorprendido, no dio muestras de rechazarla. Pero ella se volvió de pronto y dijo, con cierta aspereza, a sir William:

—La verdad, señor, es que no tenía la menor intención de bailar. Le suplico que no imagine que he venido aquí a buscar pareja.

Darcy, con grave cortesía, rogó que le concediera el honor de bailar con él, pero fue inútil. Lizzy había tomado una decisión, y ni los ruegos de sir William la hicieron desistir.

—Eres tan buena bailando, Lizzy, que es una crueldad negarme la dicha de verte bailar, y aunque este caballero no guste de semejante diversión, estoy seguro de que no se opondrá a complacernos durante media hora.

—Mr. Darcy es muy cortés —dijo Lizzy, y dejó escapar una risilla.

—Lo es, en efecto, pero viéndote, querida Lizzy, no es de extrañar, porque ¿quién puede encontrar reparos a una pareja así?

Lizzy lo miró, sonrió y se marchó. Su negativa no la había indisputado con el caballero, quien, por el contrario, pensaba en ella, con cierta complacencia, cuando fue abordado por Miss Bingley, quien dijo:

—¿A que adivino en qué está pensando?

—No lo creo.

—Está usted pensando en cuán insoportable sería pasar todas las veladas de este modo, entre semejante sociedad, y créame si le digo que soy de su opinión. ¡Jamás me he sentido tan aburrida! ¡Qué insípidas son estas personas, y, a pesar de ello, qué

ruido hacen! ¡Qué insignificantes son, y con todo, qué aires que se dan! ¡Me gustaría saber qué opinión le merecen!

—Está usted equivocada, se lo aseguro. Pensaba en cosas más gratas. En el placer que procuran dos hermosos ojos en el rostro de una mujer bonita, por ejemplo.

Miss Bingley lo miró fijamente y le pidió que le dijese qué dama había logrado inspirarle semejantes reflexiones.

—Miss Elizabeth Bennet.

—¡Miss Elizabeth Bennet! —repitió ella—. Me asombra usted. ¿Desde cuándo ha empezado a ser su favorita?; y dígame, ¿cuándo podré darle la enhorabuena?

—Ésa es precisamente la pregunta que esperaba que me hiciese. La imaginación de la mujer es muy vivaz; salta de la admiración al amor, del amor al matrimonio, todo en un instante. Ya sabía que deseaba felicitarle.

—Si se lo toma en serio daré el asunto por zanjado. Tendrá usted una suegra encantadora, y, por descontado, estará siempre en Pemberley con ustedes.

Darcy la escuchó con absoluta indiferencia mientras ella trató de divertirse así, y cuando la tranquilidad de él la convenció de que todo era cierto, su imaginación se sumió en un caos de conjeturas.

Casi toda la fortuna de Mr. Bennet consistía en una propiedad que producía dos mil libras al año, la cual, desgraciadamente para sus hijas, estaba vinculada, a falta de herederos varones, a un pariente lejano; y la fortuna de su madre, aunque considerable para su clase, difícilmente podía suplir la falta de la renta de aquél; su padre había sido procurador en Meryton y a su muerte le había dejado cuatro mil libras.

Tenía Mrs. Bennet una hermana casada con Mr. Philips —quien, habiendo sido dependiente del padre, le había sucedido en el cargo—, y un hermano, residente en Londres, propietario de una industria de regular importancia.

Longbourn distaba sólo una milla de Meryton, distancia conveniente para las muchachas, que solían ir allí tres o cuatro veces por semana a visitar a su tía y a casa de una modista cuyo taller estaba en la misma calle. Kitty y Lydia, las dos más jóvenes de la familia, eran las más dadas a esas ocupaciones; tenían menos preocupaciones que sus hermanas, y cuando no había nada mejor que hacer, se imponía un paseo a Meryton a fin de entretener la mañana y procurarse conversación para la tarde, y aunque el campo era escaso en noticias, siempre se las ingeniaban para que su tía les contase alguna interesante. No obstante, últimamente abundaban tanto las noticias y esperanzas por la llegada de un regimiento de la milicia que establecería en Meryton su cuartel general mientras durase el invierno.

Las visitas a Mrs. Philips eran cada vez más interesantes. Todos los días se enteraban del nombre y parentesco de los oficiales así como del lugar donde vivían, y pronto trabaron amistad con ellos. Mr. Philips los invitó a todos, y eso procuró a sus sobrinas una felicidad que antes no conocían. No podían hablar sino de oficiales, y la gran fortuna de Bingley, que tanto desvelaba a su madre, pronto careció de la menor importancia comparada con un magnífico uniforme.

Una mañana, tras una nueva muestra de entusiasmo, observó fríamente Mr. Bennet:

—De vuestro modo de hablar deduzco que sois las muchachas más necias de la comarca. Hace tiempo que lo sospechaba; pero ahora me convenzo de que es así.

Kitty quedó desconcertada y no contestó. Lydia, con absoluta indiferencia, continuó expresando su admiración por el capitán Carter y su esperanza de verlo aquel día, ya que a la mañana siguiente partía hacia Londres.

—Me asombra, querido —dijo Mrs. Bennet—, que estés tan predispuesto a hablar de la necesidad de tus propias hijas. Si yo hubiera de despreciar a las hijas de alguien, no sería a las mías.

—Si mis hijas son necias, no puedo por menos que reconocerlo.

—Sí, pero el caso es que todas son muy listas.

—Lamento no estar de acuerdo contigo, pero insisto en afirmar que nuestras hijas están chifladas.

—Querido Bennet, no pretenderás que sean tan juiciosas como su padre y su madre. Supongo que cuando lleguen a nuestra edad no hablarán de oficiales más de lo que nosotros lo hacemos. Recuerdo los tiempos en que me volvía loca por un uniforme, y en verdad que aún me gustan, y si un coronel joven, con una renta de cinco o seis mil libras al año pretendiese a una de mis hijas, no sabría negársela. Y encuentro que el coronel Forster lucía muy apuesto con su uniforme la noche pasada en casa de Sir William.

—Mamá —intervino Lydia—, mi tía dice que el coronel Forster y el capitán Carter no van a casa de Miss Watson tan a menudo como la primera vez que vinieron; ahora los ve con frecuencia en la biblioteca de Clarke.

Mrs. Bennet no pudo contestar, porque en ese momento llegó un criado con una carta para Jane; venía de Netherfield, y aguardaba contestación. Los ojos de Mrs. Bennet brillaron de alegría y permaneció en silencio mientras su hija leía.

—Bien, Jane, ¿de quién es?, ¿qué dice? Vamos, Jane, apresúrate, dínoslo; date prisa, hija mía.

—Es de Miss Bingley —informó Jane, y leyó en voz alta:

Mi querida amiga: Si no es usted tan compasiva como para venir a comer hoy con Louisa y conmigo, que estaremos solas, corremos el peligro de declararle odio eterno, pues un día entero de soledad entre dos mujeres no puede acabar sino en disputa. Venga usted tan pronto como pueda. Mi hermano y sus amigos han salido a comer con los oficiales.

Siempre suya,

CAROLINE BINGLEY.

—¡Con los oficiales! —exclamó Lydia—; qué extraño que mi tía no nos haya hablado de ello.

—Qué mala suerte que coman fuera —dijo Mrs. Bennet.

—¿Puedo disponer del coche? —preguntó Jane.

—No, querida mía; será mejor que vayas a caballo, pues parece que va a llover, y si eso ocurre tendrás que quedarte allí toda la noche.

—Sería vergonzoso que no se brindasen a traerla a casa —intervino Lizzy.

—Olvidas, hija mía, que los caballeros deben de haberse llevado el coche de Mr. Bingley, y que los Hurst no tienen caballos para el suyo.

—Preferiría ir en coche.

—Sí, querida; pero estoy segura de que tu padre no puede ceder los caballos. Se necesitarán en la granja, ¿no es así, Bennet?

—Allí los necesitan mucho más que yo.

—Papá —dijo Lizzy—, si hoy han de disponer de ellos, dilo de una vez.

Por fin arrancó a su padre la confesión de que los caballos del coche estaban ocupados; Jane se vio obligada a partir a caballo, y su madre la despidió en la puerta,

pronosticando con alegría mal tiempo para aquel día. Sus previsiones se confirmaron; Jane aún no se había alejado mucho cuando comenzó a llover. Sus hermanas estaban inquietas por ella; pero su madre no disimulaba su satisfacción. La lluvia continuó durante toda la tarde, de modo que era seguro que Jane no podría regresar.

—¡Qué idea tan feliz! —exclamó Mrs. Bennet más de una vez, como si la lluvia fuese fruto de su deseo. Pero hasta la mañana siguiente no supo del éxito de su estratagema. Apenas habían acabado de almorzar cuando un criado de Netherfield trajo la siguiente carta para Lizzy.

Querida Lizzy: Me encuentro bastante mal, imagino que debido a lo mucho que ayer me mojé. Mis amables amigas no quieren que regrese a casa hasta que haya mejorado. También insisten en que me vea Mr. Jones; de modo que no os alarméis si os enteráis de que el médico me ha visitado, pues, excepto un simple resfriado y un leve dolor de cabeza, no tengo nada.

Tuya,

JANE.

—Bien, querida —dijo Mr. Bennet cuando Lizzy hubo leído la carta en voz alta —; si tu hija cayera enferma, si se muriese, sería un consuelo saber que todo ha sido por ir detrás de Mr. Bingley siguiendo tus instrucciones.

—¡Qué cosas dices! La gente no se muere de un resfriado insignificante. Además se cuidará muy bien de no morir. Mientras esté allí, cuidarán de ella y todo irá bien. Yo iría a verla si tuviera el coche.

Lizzy, que estaba inquieta, decidió ir aun sin tener coche, y como no montaba a caballo, su único recurso era hacerlo a pie.

—¿Cómo puedes cometer semejante locura —exclamó su madre— con el barro que hay? Cuando llegases, estarías tan sucia que no te reconocerían.

—Todo lo que deseo es ver a Jane.

—¿Es eso una insinuación para que envíe por los caballos? —preguntó su padre.

—No. No pretendo ahorrarme el paseo. Tres millas no son nada cuando se tiene interés en recorrerlas. Estaré de regreso a la hora de comer.

—Admiro tu benevolencia —observó Mary—, pero todo impulso del sentimiento ha de ser dirigido por la razón; y en mi opinión, el esfuerzo debe ser proporcional a lo que se pretende.

—Iremos hasta Meryton contigo —dijeron Kitty y Lydia. Lizzy aceptó su compañía y las tres jóvenes salieron juntas.

—Sí, vamos, deprisa —dijo Lydia mientras caminaban—. Tal vez veamos un momento al capitán Carter antes de que se marche.

En Meryton se separaron; las dos menores se dirigieron a casa de la esposa de uno de los oficiales y Lizzy continuó sola su camino, atravesando campo tras campo, saltando vallas y lodazales con impaciencia, hasta divisar la casa, a la que llegó fatigada, con las medias mojadas y el rostro encendido por el ejercicio.

La recibieron en la sala de almorzar, donde se hallaban todas menos Jane, y donde su aparición sorprendió a los presentes. Que hubiera caminado tres millas a hora tan temprana, con tiempo tan húmedo y sola, era casi increíble para Mrs. Hurst y Miss Bingley, y Lizzy advirtió que la menospreciaban por ello. Fue, no obstante, recibida por todos con mucha cortesía, y en los modales de Bingley percibió algo más que galantería; había buen humor y amabilidad. Darcy habló poco, y Mr. Hurst, permaneció en silencio. El primero oscilaba entre admirar sus mejillas encendidas y dudar de que el motivo de aquel viaje justificara que viniese sola desde tan lejos. El segundo sólo pensaba en su almuerzo.

Las respuestas acerca del estado de salud de Jane no resultaron muy favorables. Jane había dormido mal y, aunque estaba levantada, tenía bastante fiebre y no se encontraba lo suficientemente bien como para salir de su habitación. Lizzy se alegró de que la condujesen a su lado, y cuando estuvieron solas Jane no hizo sino expresar su agradecimiento por las atenciones recibidas de parte de la familia Bingley. Lizzy escuchaba en silencio.

Cuando acabó el almuerzo, se presentaron en la habitación las hermanas Bingley, y Lizzy comenzó a encontrarlas agradables al ver el mucho afecto y la solicitud que mostraban por Jane. El médico vino, y tras examinar a la paciente, dijo, como puede suponerse, que había pillado un fuerte resfriado y que debían hacer todo lo posible por curarlo; le prescribió que guardase cama y le recetó unas pócimas. Lo prescrito se cumplió de inmediato, pues los síntomas de fiebre aumentaban y la cabeza le dolía mucho. Lizzy no abandonó la estancia ni por un instante, ni las otras mujeres estuvieron ausentes mucho rato; los caballeros salieron de casa, pues, naturalmente, nada tenían que hacer allí.

Cuando dieron las tres, Lizzy comprendió que debía marcharse, y, contra su deseo, así lo manifestó. Miss Bingley le ofreció el coche, y cuando ya estaba a punto de aceptarlo, Jane exteriorizó tal pesar por tener que separarse de ella, que Miss Bingley se vio obligada a retirar el ofrecimiento del coche y reemplazarla por una invitación a quedarse en Netherfield. Lizzy aceptó muy agradecida, y se despachó un criado a Longbourn para informar a la familia de la situación y traer algo de ropa para ella.



A las cinco, las dos señoras de la casa fueron a vestirse, y a las cinco y media Lizzy fue llamada a comer. A las corteses preguntas que le dirigieron, en las que tuvo la satisfacción de entrever la extraña solicitud de Bingley, no pudo responder favorablemente: Jane no había mejorado. Al oír esto las hermanas repitieron tres o cuatro veces lo mucho que eso las apenaba, lo tremendo que era padecer un fuerte resfriado y lo mucho que les molestaba verse enfermas, tras lo cual ya no pensaron en la enferma; y así, su indiferencia para con Jane cuando ésta no se encontraba presente, hizo que Lizzy las encontrara nuevamente desagradables.

Bingley era el único de los presentes a quien podía mirar con complacencia. Su interés por Jane era sincero, y sus atenciones para con Lizzy impedían a ésta considerarse intrusa, como imaginaba que la consideraban los demás. Prácticamente, sólo habló con Bingley. La hermana soltera de éste se dedicaba a contemplar a Darcy; la otra, poco menos, y en cuanto a Mr. Hurst, junto al que estaba sentada Lizzy, era hombre indolente, que sólo vivía para comer, beber y jugar a las cartas, y cuando supo que ella prefería un plato sencillo a un *ragoût*, ya no tuvo nada que decir.

Terminada la comida, Lizzy regresó al lado de Jane, y Miss Bingley comenzó a criticarla en cuanto salió de la estancia. De sus modales dijo que eran muy malos, mezcla de arrogancia e impertinencia; no tenía conversación, ni estilo, ni gusto, ni hermosura. Mrs. Hurst pensaba lo propio, y añadió:

—Su única virtud es ser una bailarina excelente. No olvidaré jamás su aparición esta mañana. Realmente, parecía una salvaje.

—Vaya si lo parecía, Louisa. Apenas pude contenerme. ¡Qué necedad la suya al venir aquí! ¿A qué correr por el campo porque su hermana tuviese un resfriado? ¡Traía el cabello tan enmarañado!

—¡Y qué enaguas! Supongo que verías sus enaguas, con seis pulgadas de barro. Además se había soltado un poco el vestido, para disimular la suciedad.

—Usted sí se fijó, Mr. Darcy, estoy segura —dijo Miss Bingley—, y supongo que no desearía ver a su hermana dar un espectáculo semejante.

—No, por cierto.

—Andar tres millas, o cuatro, o cinco, o las que sean, pisando barro y sola, ¡completamente sola! ¿En qué estaría pensando? En mi opinión esa actitud revela una detestable inclinación a la independencia y gran desprecio por el decoro, propio de campesinos.

—Lo único que eso revela —intervino Bingley—, es que siente un gran afecto por su hermana, lo que me parece digno de elogio.

—Temo, Mr. Darcy —observó Miss Bingley a media voz—, que esta aventura haya disminuido la admiración de usted por sus bellos ojos.

—En modo alguno —replicó él—. El ejercicio los había tornado aún más brillantes.

Siguió a esta frase una breve pausa, y Mrs. Hurst comenzó de nuevo:

—Siento gran interés por Jane, que es, en realidad, una muchacha dulce, y desearía de todo corazón que encuentre el marido que merece. Pero con semejante padre y semejante madre y parientes de tan baja condición, temo que no sea fácil.

—Creo haberle oído decir que su tío es procurador en Meryton.

—Sí, y tiene otro que vive cerca de Cheapside.

—¡Magnífico! —exclamó su hermana, y ambas se echaron a reír.

—Aunque tengan tíos como para llenar Cheapside —exclamó Bingley—, eso no las hará menos agradables.

—Pero disminuirá las probabilidades de que casasen con hombres distinguidos —replicó Darcy.

A eso no contestó Bingley; pero sus hermanas asintieron con vehemencia, y se regocijaron durante un rato a expensas de las vulgares relaciones de su querida amiga.

Sin embargo, tras abandonar el comedor, se presentaron con renovada ternura en la habitación de la enferma, hasta que fueron llamadas a tomar el café. Jane estaba muy indispuesta, y Lizzy no quiso abandonarla hasta muy avanzada la velada, cuando tuvo el consuelo de verla dormida y cuando, aun a su pesar, le pareció obligado bajar. Al entrar en el salón halló a todos jugando a los naipes y la invitaron a unirse a ellos; pero, sospechando que apostaban fuerte, rehusó, y alegando el estado de su hermana, dijo que se entretendría con un libro el poco tiempo que pudiera estar allí. Mr. Hurst la miró asombrado y preguntó:

—¿Prefiere usted la lectura a las cartas? Es bien singular.

—Miss Elizabeth Bennet —intervino Miss Bingley— desprecia los naipes. Es gran lectora, y no encuentra placer en otra cosa.

—No merezco ni esa alabanza ni esa censura —replicó Lizzy—. No soy gran lectora, y encuentro placer en otras muchas cosas.

—Estoy seguro de que le resulta muy grato cuidar de su hermana —dijo Bingley—, y espero que ese placer aumentará al verla repuesta por completo.

Lizzy agradeció estas palabras y se dirigió hacia una mesa donde había libros. Mr. Hurst se ofreció para ir a buscar otros, cuantos diese de sí su biblioteca.

—Y aun desearía que mi librería fuera mayor, para satisfacción de usted y honra mía, pero soy un tanto perezoso, y aunque no posea muchos libros, son más de los que he leído.

Lizzy le aseguró que le alcanzaba con los que allí había.

—Me admira —dijo Miss Bingley— que mi padre dejara tan escaso número de libros. ¡Qué estupenda biblioteca posee usted en Pemberley, Mr. Darcy!

—Necesariamente ha de serlo —repuso él—, puesto que es obra de muchas generaciones.

—Y, además, usted la ha incrementado con nuevos volúmenes.

—No comprendo que en estos tiempos se descuide una biblioteca familiar.

—Estoy segura de que usted no descuida nada que pueda añadir belleza a su residencia. Cuando mi hermano construya una casa, me daría por satisfecha con que fuese la mitad de acogedora que Pemberley.

—Así lo deseo también.

—Para ello te recomiendo que adquieras aquellos terrenos cerca de Pemberley y que tomes como modelo la finca de Mr. Darcy. No existe región más hermosa que el condado de Derby.

—Encantado adquiriría el mismo Pemberley si Darcy me lo vendiese.

—Hablo de posibilidades, Charles.

—Te aseguro, Caroline, que creo más posible comprar Pemberley que construir una casa que se le parezca.

Lizzy estaba demasiado abstraída en la conversación para prestar atención al libro, y dejándolo a un lado, se encaminó hacia la mesa, colocándose entre Bingley y su hermana mayor para observar las incidencias del juego.

—¿Ha crecido mucho su hermana desde la primavera pasada? —preguntó Miss Bingley a Darcy—. Debe de estar tan alta como yo.

—Creo que sí. Casi tanto como Miss Elizabeth Bennet, o acaso más.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! Nunca he conocido persona que me agradase tanto. ¡Qué aspecto, qué modales! ¡Y tan extremadamente instruida para su edad! Toca el piano de manera excelente.

—Estoy asombrado —intervino Bingley— de que las muchachas tengan tanta paciencia para llegar a adquirir una educación tan completa.

—No puedes hablar en serio, Charles.

—Pues ésa es mi opinión. Todas pintan, decoran biombos y hacen monederos. Apenas conozco una que no sepa hacer todas esas cosas, y estoy seguro de no haber oído hablar de una muchacha por primera vez sin que se me informase de sus habilidades.

—Tu concepto de lo que se considera instrucción es acertado —dijo Darcy—. A muchas mujeres se las considera instruidas sencillamente porque saben hacer monederos o decorar un biombo. Pero estoy lejos de coincidir contigo en tu apreciación de las muchachas en general. No puedo jactarme de conocer sino a media docena que sean verdaderamente completas.

—Ni yo, a buen seguro —dijo Miss Bingley.

—En ese caso —observó Lizzy—, debe de ser usted muy exigente con las mujeres y el concepto de lo que es una instrucción perfecta.

—En efecto, lo soy.

—¡Por supuesto! —exclamó Miss Bingley, su fiel admiradora—. Una mujer debe tener cabal conocimiento de la música, el canto, el dibujo, el baile y las lenguas modernas para merecer que se la llame instruida; y, además de todo eso, ha de poseer

algo indecible en su aire, en su modo de andar, en el tono de su voz, en su trato y en sus expresiones; de otro modo, la calificación no la merecerá sino a medias.

—Todo eso debe poseer —añadió Darcy—, y a todo ello hay que sumar algo más sustancial, como es el desarrollo de su inteligencia por medio de una lectura abundante.

—No me extraña entonces que sólo conozca usted seis mujeres completas. Antes bien, me admira que conozca usted una sola.

—¿Tan severa es usted con su propio sexo que duda de la posibilidad de que una mujer posea todas esas cualidades?

—Jamás he visto una mujer así, ni hallé en una tal capacidad, gusto, aplicación y elegancia en el grado que usted dice.

Tanto Mrs. Hurst como Miss Bingley protestaron contra la injusticia de su desconfianza, y aseguraron conocer a muchas mujeres que correspondían al tipo referido, cuando Mr. Hurst las llamó al orden, lamentándose con amargura de la poca atención que prestaban al juego. Como con la advertencia se terminó la conversación, Lizzy abandonó la sala poco después.

—Elizabeth Bennet —dijo Miss Bingley cuando se cerró la puerta tras aquélla— es una de esas muchachas que tratan de congraciarse con el otro sexo menospreciando el suyo propio, y me atrevo a asegurar que este sistema suele dar buen resultado con muchos hombres. Pero en mi opinión, es un recurso mezquino.

—Sin duda —repuso Darcy, a quien la observación iba dirigida principalmente—, es la más ruin de cuantas artes se dignan emplear las damas para cautivar. Todo aquello que semeje artificio es despreciable.

Miss Bingley no quedó suficientemente satisfecha con la contestación, y la polémica prosiguió.

Lizzy volvió un momento para decirles que su hermana había empeorado y que no podía abandonarla. Bingley insistió en que se llamase al médico de inmediato, en tanto que sus hermanas, convencidas de que un médico rural no era de utilidad, recomendaron enviar un criado a la capital en busca de uno de los más eminentes doctores. Lizzy no quería oír hablar de esto último, pero no se oponía a que se siguiese la indicación del hermano; y así, se acordó que se enviase a buscar a Mr. Jones a la mañana siguiente si Jane no había mejorado. Bingley se encontraba desconsolado, sus hermanas también, pero acallaron su pesadumbre con unas partidas que siguieron a la cena, mientras que aquél no halló mejor alivio a su pesar que ordenando a su mayordomo que se dispensasen todas las atenciones posibles a la enferma y a su hermana.

Lizzy pasó casi toda la noche en la habitación de Jane, y a la mañana siguiente experimentó la satisfacción de poder contestar con buenas noticias a las preguntas que muy temprano recibió de Bingley por intermedio de una sirvienta, y poco después, de las dos elegantes damas de compañía de sus hermanas. A pesar de la mejoría, pidió que se enviase a Longbourn una esquela, pues deseaba que su madre visitase a Jane y comprobase por sí misma su estado. La esquela fue enviada de inmediato y su contenido se cumplimentó con la misma prisa. Mrs. Bennet, acompañada de sus dos hijas menores, se dirigió a Netherfield poco después de almorzar en familia.

Si Jane hubiese corrido peligro alguno, Mrs. Bennet se habría tenido por muy desgraciada; pero en cuanto comprobó que la enfermedad no era alarmante, no abrigó deseos de que su hija se repusiese tan pronto, ya que si esto ocurría debería marcharse de Netherfield. Por esa razón no quiso atender la proposición de Lizzy de que la trasladaran a su casa, lo que, por otra parte, el médico, que llegó poco después, no juzgaba recomendable. Cuando, tras permanecer un rato con Jane, Miss Bingley se presentó y las invitó a pasar donde estaba la familia, la madre y las tres hijas la acompañaron al comedor. Bingley las saludó, seguro de que Mrs. Bennet no había encontrado a su hija tan mal como esperaba.

—Pues está peor de lo que imaginaba —fue su respuesta—. En su estado no podemos trasladarla. Mr. Jones dice que no debemos pensar en moverla. Aún abusaremos un poco más de su bondad, Mr. Bingley.

—¡Moverla! —exclamó él—. De ningún modo. Estoy seguro de que mi hermana tampoco quiere ni oír hablar de ello.

—Puede usted contar —dijo ésta con fría solemnidad— con que Jane tendrá toda la asistencia posible mientras permanezca con nosotros.

Mrs. Bennet se extendió en frases de agradecimiento.

—Estoy convencida —añadió— de que si no hubiera sido por tan buenos amigos, habría corrido serio peligro, pues se siente mal de veras y sufre mucho; aunque, eso sí, con la mayor paciencia del mundo, como hace siempre, porque tiene el temperamento más dulce que conozco. Muchas veces les digo a mis otras hijas que no valen nada a su lado. Tiene usted aquí, Mr. Bingley —dijo cambiando de conversación—, una bonita habitación con encantadoras vistas sobre la alameda. No recuerdo en el país un lugar que pueda compararse a Netherfield. Supongo que no pensará usted en abandonarlo pronto, aun cuando sólo lo haya alquilado por un tiempo.

—Todo cuanto hago, lo hago con rapidez —replicó él—, y por eso, si alguna vez me decido a dejar Netherfield, me marcharé en cinco minutos. Pero por ahora considero que mis raíces están aquí.

—Eso es exactamente lo que había supuesto de usted —intervino Lizzy.

—Empieza usted, pues, a conocerme, ¿no es así? —exclamó Bingley, dirigiéndose a ella.

—¡Oh, sí; lo conozco perfectamente!

—Querría tomarlo como un cumplido; pero me temo que el que a uno lo conozcan tan a fondo es una desdicha.

—Eso depende. Un carácter complejo no tiene por qué ser más o menos estimable que uno como el suyo.

—¡Lizzy! —exclamó su madre—, recuerda dónde estás y no te propases, como estás acostumbrada a hacer en casa.

—No sabía —continuó Bingley— que fuera usted aficionada a estudiar temperamentos. Debe de ser muy entretenido.

—Sí; pero los temperamentos complejos son los que más divierten. Por lo menos, tienen esa ventaja.

—El campo —dijo Darcy— debe de ofrecer poca materia para semejante estudio. Las sociedades rurales son limitadas y poco variables.

—Pero la gente cambia tanto, dondequiera que viva, que siempre hay algo nuevo que observar en ella.

—Cierto —dijo Mrs. Bennet, ofendida por la manera de hablar de las sociedades rurales—. Le aseguro a usted que hay tanta variación en el campo como en la ciudad.

Todos quedaron sorprendidos, y Darcy, tras mirarla por un instante, se volvió silenciosamente. Mrs. Bennet, que imaginó haber obtenido una completa victoria, continuó, triunfante:

—Por mi parte, no creo que Londres posea más ventajas que el campo, más allá de las tiendas y los lugares públicos. El campo es mucho más agradable. ¿No es así, Mr. Bingley?

—Cuando estoy en el campo —contestó éste— nunca deseo dejarlo, y cuando me hallo en la capital, me sucede lo mismo. Cada cosa tiene sus ventajas, y se puede ser feliz en cualquier parte.

—¡Ah!, eso es porque usted posee buen humor; pero este caballero —dijo Mrs. Bennet mirando a Darcy—, al parecer opina que el campo no vale nada.

—Estás muy equivocada, mamá —intervino Lizzy, sonrojada por culpa de su madre—. No comprendes a Mr. Darcy. Sólo afirma que en el campo no hay tanta variedad de gentes como en la ciudad, lo cual, has de reconocer, es muy cierto.

—Así es; nadie ha dicho lo contrario, pero en cuanto a lo de que aquí no hay muchos vecinos, me parece que pocos lugares hay tan poblados como éste. Recuerdo haber comido con veinticuatro familias.

Sólo la consideración a Lizzy pudo hacer que Bingley se contuviera. Su hermana era menos delicada, y miró a Darcy con una sonrisa expresiva. Lizzy, tratando de decir algo que cambiase de rumbo el pensamiento de su madre, le preguntó si Charlotte Lucas había estado en Longbourn después de salir ella de allí.

—Sí, nos visitó ayer con su padre. ¡Qué agradable es sir William!, ¿no es así, Mr. Bingley? ¡Siempre tan distinguido y a la vez tan sencillo! Siempre tiene una palabra para todos. Ésa es mi idea de la buena educación; yerran quienes se creen muy importantes y jamás abren la boca.

—¿Comió Charlotte con vosotros?

—No; se fue a casa; creo que la necesitaban para preparar el pastel de carne. En cuanto a mí, Mr. Bingley, siempre tomo sirvientas que conozcan su oficio; mis hijas están educadas de otro modo. Pero todas deben ser juzgadas por lo que son, y las hijas de sir William son excelentes muchachas, lo aseguro. ¡Es lástima que no sean guapas! Charlotte lo es muy poco, por cierto, pero eso no impide que sea amiga nuestra.

—Parece una joven muy agradable —dijo Bingley.

—¡Oh, sí, querido! Pero ha de reconocer usted que es muy poco agraciada. Su propia madre me lo ha dicho, envidiándome la hermosura de Jane. No me gusta elogiar a mis hijas, pero es bien cierto que no se ven a menudo muchachas tan bonitas como Jane. Cuando sólo tenía quince años había un caballero en la capital, en casa de mi hermano Gardiner, tan enamorado de ella, que mi cuñada estaba segura de que se le declararía antes de nuestro regreso. Con todo, no lo hizo. Acaso pensó que era demasiado joven. Pero le escribió unos versos muy bonitos.

—Y ahí terminó su afecto —dijo Lizzy, impaciente—. Yo creo que más de uno hizo lo mismo. Admiro a quien descubrió la eficacia de la poesía para estimular el amor.

—En mi opinión, la poesía ha sido siempre el alimento del amor —dijo Darcy.

—Puede que lo sea del amor verdadero, fuerte y vigoroso. Cualquier cosa fomenta lo que de por sí ya es fuerte. Pero si se trata de una inclinación débil, estoy convencida de que un buen soneto es el medio más práctico para que desaparezca.

Darcy se limitó a sonreír, pero el silencio general que siguió hizo temer a Lizzy que su madre volviera a ponerse en evidencia. Continuó, pues, hablando, pero no se le ocurría nada que decir, y así, tras una breve pausa, Mrs. Bennet comenzó a repetir su agradecimiento a Bingley por lo amable que había sido con Jane, turbando de ese modo a Lizzy. Bingley contestó con cortesía y sin afectación, obligando a su hermana menor a ser igualmente cortés y decir lo que la ocasión requería. Representó ésta su papel, aunque no parecía muy sincera. Pero Mrs. Bennet quedó satisfecha, y poco después pidió su carruaje. A esta señal, la más joven de sus hijas se decidió a hablar. Habían estado las dos muchachas cuchicheando entre sí durante toda la visita, y el resultado fue que Lydia recordó a Bingley que al llegar a Netherfield había prometido ofrecer una fiesta.

Lydia era una muchacha de quince años, robusta y crecida, de buena complexión y alegre aspecto. Era la favorita de su madre, cuyo afecto la había sacado al mundo a tan temprana edad. Tenía viveza y gozaba de la simpatía y las atenciones de los oficiales, a quienes las buenas comidas de sus tíos y sus fáciles modales la

recomendaban. Era muy natural, pues, que se dirigiera a Bingley recordándole su promesa y añadiendo que sería una vergüenza que no cumpliera con su palabra. La contestación a ese exabrupto sonó como música celestial a los oídos de la madre.

—Estoy dispuesto a cumplir con mi promesa, se lo aseguro, y en cuanto su hermana esté repuesta, usted misma, si gusta, señalará el día del baile. Pero imagino que no querrá bailar usted mientras su hermana está enferma.

Lydia se dio por satisfecha.

—Por supuesto, será mucho mejor esperar a que Jane se haya restablecido, y para entonces el amabilísimo capitán Carter estará de nuevo en Meryton. Y cuando usted haya celebrado su baile —añadió— trataré de que los oficiales celebren otro. Y le diré al coronel Forster que será una vergüenza si no lo hace.

Mrs. Bennet y sus hijas se marcharon, y Lizzy volvió al instante al lado de su hermana, dejando su conducta y la de su familia sujetas a las observaciones de las damas de Netherfield y de Darcy, quien, sin embargo, no se unió a las censuras relativas a Lizzy, a pesar de los chistes que hizo Miss Bingley acerca de sus ojos, por demás bellos.



El día transcurrió del mismo modo que el anterior. Mrs. Hurst y Miss Bingley pasaron algunas horas con la enferma, que continuaba mejorando con lentitud, y por la tarde Lizzy se reunió con ellas en el salón. Pero no jugaron a las cartas. Darcy estuvo escribiendo, y Miss Bingley, sentada junto a él, observaba los progresos de su escritura, llamándole repetidas veces la atención con encargos para su hermana. Mr. Hurst y Bingley jugaban al *piquet*, y Mrs. Hurst contemplaba la partida.

Lizzy se entretuvo con cierta labor de aguja, divirtiéndose con la actitud de Darcy y su compañera. Los perpetuos elogios de ésta, ya sobre la letra, ya sobre la igualdad de los renglones o sobre la extensión de la carta, así como la absoluta falta de interés con que eran recibidas tales alabanzas, constituían un curioso diálogo y corroboraba de modo exacto la opinión que tenía de cada uno de ellos.

—¡Con qué placer recibirá su hermana esa carta!

Él no contestó.

—Escribe usted extraordinariamente deprisa.

—Se equivoca. Escribo bastante despacio.

—¡Cuántas cartas tendrá usted que escribir durante el año! ¡Sobre todo cartas de negocios! ¡Las encuentro insoportables!

—Entonces es una suerte que sea yo quien tenga que escribirlas y no usted.

—Por favor, dígle a su hermana que deseo verla.

—Ya se lo he dicho una vez, según su deseo.

—Temo que no le guste a usted la pluma con que escribe. Permítame que se la corte. Sé cortar las plumas admirablemente.

—¡Gracias, pero yo siempre corto la mía!

—¿Cómo puede usted escribir con tanta simetría?

Él permaneció en silencio.

—Diga usted a su hermana que me complace saber que ha hecho grandes progresos en el arpa, y haga usted el favor de hacerle saber que encuentro admirable su precioso dibujo para una mesa y que lo encuentro infinitamente superior al de Miss Grantley.

—¿Tendría usted la bondad de dejar sus entusiasmos para otra ocasión? Ahora no queda espacio en el papel.

—No importa. La veré en enero. Pero ¿siempre le escribe usted cartas tan deliciosamente largas, Mr. Darcy?

—Por lo general son largas, pero si son o no deliciosas, es algo que yo no puedo determinar.

—En mi opinión, quien sabe escribir con facilidad una carta larga no puede escribir mal.

—Eso no es un cumplido para Darcy, Caroline —intervino su hermano—, porque no escribe con facilidad. A veces demora demasiado en elegir las palabras. ¿No es verdad, Darcy?

—Mi estilo es muy distinto del tuyo.

—¡Oh! —exclamó Miss Bingley—. Charles es muy descuidado al escribir sus cartas. Omite la mitad de las palabras y lo emborriona todo.

—Mis ideas fluyen con tal rapidez que no me queda tiempo para expresarlas, por lo que a veces mis cartas no comunican todo lo que desearía.

—Su modestia, Mr. Bingley —dijo Lizzy—, tiene que desarmar a sus censores.

—No hay nada más engañoso —terció Darcy— que la apariencia de humildad. A menudo sólo es carencia de opinión, y a veces una ostentación indirecta.

—¿De cuál de ambas cosas tildas mi débil rasgo de modestia?

—De ostentación indirecta; porque tú, en realidad, estás orgulloso de tus defectos al escribir, ya que consideras que se deben a la rapidez de tus pensamientos y al descuido en la ejecución, lo cual te parece, si no estimable, al menos muy interesante. La capacidad de hacer algo con presteza es siempre muy elogiada por su poseedor, quien a menudo no advierte la imperfección que la acompaña. Cuando esta mañana dijiste a Mrs. Bennet que si alguna vez resolvías dejar Netherfield te irías en cinco minutos, tuviste la ocurrencia por una especie de panegírico, como un cumplido a ti mismo; y sin embargo, ¿qué hay de elogiable en una precipitación que por necesidad ha de dejar asuntos sin concluir y que no puede significar una ventaja real ni para ti ni para nadie?

—¿Cómo se te ocurre recordarme por la noche todas las locuras que he hecho por la mañana? Y sin embargo creo que cuanto dije entonces de mí mismo era verdad. Por consiguiente, no iba a aparentar atolondramiento sólo por presumir ante las señoras.

—Me atrevo a asegurar que lo creías; pero no estoy convencido de que te marchases tan deprisa. Tu conducta dependería tanto del azar como la de cualquiera. Y así, si cuando estuvieras montado a caballo te dijera un amigo: «Bingley, mejor harás en quedarte hasta la semana que viene», probablemente lo harías.

—Con eso sólo prueba usted —intervino Lizzy— que Mr. Bingley no hizo justicia a su modo de ser. Acaba usted de retratarlo mejor de lo que él mismo lo ha hecho.

—Me complace mucho —dijo Bingley— que convierta usted en un cumplido a mi carácter cuanto mi amigo dice. Pero temo que lo que usted considera una cualidad, no tenga el mismo sentido para él, porque es bien cierto que Darcy pensaría mejor de mí si en lugar de seguir el supuesto consejo de mi amigo, me marchara tan pronto como pudiese.

—¿Consideraría entonces Mr. Darcy compensada la rapidez de su primera intención con su obstinación en seguirla?

—Le aseguro que lo ignoro. Darcy tendrá que hablar por mí.

—Tú esperas que yo explique opiniones que das en llamar mías, pero que nunca he compartido. Con todo, admitiendo el caso, para estar de acuerdo con lo que se alega, debe recordar, Miss Bennet, que el amigo que supuestamente deseaba que Bingley siguiese en su casa, lo deseaba sin más ni más, se lo proponía sin ofrecerle argumento alguno en favor de esa decisión.

—El ceder de inmediato a la persuasión de un amigo, ¿no es mérito para usted?

—El ceder sin convicción no habla en favor del entendimiento de ninguno de los dos.

—Me parece, Mr. Darcy, que no cree usted en la influencia de la amistad y el afecto. La consideración hacia el pedido de un amigo a menudo hace que accedamos a éste sin esperar argumentos que lo justifiquen. No me refiero a este caso en particular, tal como lo ha supuesto usted relacionándolo con Mr. Bingley; acaso hayamos de esperar mucho hasta que se ofrezcan las circunstancias supuestas, merced a las cuales estaremos en situación de juzgar su conducta. Pero en general, y en la relación normal entre amigos, cuando uno desea que el otro cambie de resolución, ¿pensaría usted mal de quien complaciera ese deseo sin esperar razones?

—¿No sería conveniente, antes de proseguir con este tema, ponernos de acuerdo sobre el grado de importancia que habría de tener el pedido, así como el grado de amistad de las partes implicadas?

—Desde luego —exclamó Bingley—. Oigamos las particularidades sin olvidar la importancia de ambos amigos, Miss Bennet, porque eso pesará en el asunto más de lo que usted piensa. Le aseguro que si Darcy no fuese más alto que yo, no le habría tenido ni la mitad de consideración. Reconozco que en ciertas ocasiones y lugares no conozco nada tan terrible como Darcy, y en especial en esta casa y en un domingo por la tarde, cuando no tiene nada que hacer.

Darcy sonrió, pero Lizzy creyó percibir que estaba ofendido, y por eso contuvo la risa. Miss Bingley se molestó mucho por el modo en que había sido tratado y censuró a su hermano por decir tonterías.

—Conozco tu sistema, Bingley —dijo su amigo—. Cuando no te gusta un tema, procuras pasarlo por alto.

—Tal vez. Ciertos temas de conversación se parecen mucho a disputas. Si Miss Bennet y tú aplazáis la polémica hasta que yo me haya marchado, os lo agradeceré mucho, y podrás decir de mí lo que quieras.

—Lo que nos pide —dijo Lizzy— no representa un sacrificio por mi parte, y así Mr. Darcy podrá terminar su carta.

Darcy siguió su consejo y acabó la carta.

Cuando terminó, solicitó de Miss Bingley y de Lizzy algo de música. Aquélla se acercó a toda prisa al piano, y tras una cortés invitación a Lizzy para que comenzara, a la cual ésta se negó con igual cortesía y más seriedad, se sentó.

Mrs. Hurst cantó acompañada de su hermana, y mientras Lizzy hojeaba unos libros de música que había al lado del piano, no pudo dejar de advertir la frecuencia

con que Darcy fijaba sus ojos en ella. Le costaba creer que pudiera ser objeto de admiración para tan elevado personaje, y aún parecía más extraño que la mirara por el hecho de no gustarle. Sólo, pues, pudo imaginar que despertaba su atención por ofrecerle algo más reprehensible, en orden a sus ideas, que otro cualquiera de los presentes. La suposición no la apenó. Le gustaba demasiado poco para procurar su aprobación.

Tras interpretar unas cuantas canciones italianas, Miss Bingley comenzó a entonar un alegre aire escocés; en ese momento, Darcy se acercó a Lizzy y le dijo:

—¿No siente usted tentaciones, Miss Bennet, de aprovechar semejante ocasión para bailar?

Ella sonrió, sin contestar. Entonces él repitió la pregunta, como si su silencio le sorprendiera.

—¡Oh! —exclamó ella—. Ya le he oído a usted antes; pero no sé qué debo responder. Sé que usted desea que diga que sí para gozar del placer de despreciar mi gusto; pero una de mis aficiones es impedir tales bochornos y defraudar a aquellos que pretenden despreciarme. Por eso he decidido decirle a usted que no pienso bailar de ningún modo; y ahora, desprécieme usted si se atreve.

—No me atrevo, se lo aseguro.

Como Lizzy había pensado encararse con él, la confundió su galantería; pero había en el modo de ser de ella tal mezcla de dulzura y malicia, que se le hacía difícil molestar a nadie, y por otro lado, Darcy jamás se había sentido tan fascinado por una mujer. Creía de veras que, a no ser por la inferioridad de la familia de ella, él corría cierto riesgo.

Miss Bingley vio o sospechó lo bastante para ponerse celosa, y su gran ansiedad por el restablecimiento de su querida amiga Jane aumentó de pronto con el deseo de desembarazarse de Lizzy.

Trataba de hacer que a Darcy le desagradase la huésped, hablándole del supuesto matrimonio y forjando planes sobre la clase de felicidad que suponía semejante unión.

—Espero —le dijo al día siguiente cuando paseaban juntos por el jardín— que cuando ese apetecible acontecimiento se realice hará usted a su suegra unas cuantas advertencias relativas a refrenar la lengua, y si también lo consigue, evite que las hijas menores vayan detrás de los militares. Y, si me permite mencionar tan delicado asunto, trate usted de poner coto a esa especie de vanidad e impertinencia de que hace gala su dama.

—¿Tiene usted alguna otra propuesta para mi felicidad doméstica?

—¡Oh!, sí; haga usted colgar los retratos de sus tíos Philips en la galería de Pemberley. Póngalos junto a su tío abuelo, el juez. Tienen la misma profesión, aunque en diferente categoría. En cuanto al retrato de Lizzy, no debe permitir usted que se lo hagan, porque ¿qué pintor podría hacer justicia a sus hermosos ojos?

—Cierto que no sería fácil acertar con su expresión, pero su color, su forma y sus pestañas, tan extraordinariamente finas, podrían copiarse.

En aquel momento se encontraron con Mrs. Hurst y con la propia Lizzy, que llegaron por otro camino.

—Ignoraba que tuvieseis intención de salir a pasear —dijo Miss Bingley algo confusa, temiendo que los hubieran oído.

—Nos habéis tratado muy mal —contestó Mrs. Hurst— marchándoos sin avisarnos.

Después, tomando al brazo de Darcy, abandonó el de Lizzy. El sendero sólo permitía caminar a tres. Darcy advirtió la descortesía y dijo:

—Este camino no es bastante ancho. Será mejor que vayamos por la avenida.

Pero Lizzy, que no tenía el menor deseo de permanecer con ellos, contestó entre risas:

—No, no; sigan ustedes. Forman un grupo encantador. Una persona más no haría otra cosa que desfavorecerlo. Adiós.

Entonces se marchó contenta, regocijándose con la esperanza de estar en su casa al cabo de uno o dos días. Jane se hallaba tan repuesta, que se proponía salir de su habitación un par de horas por la tarde.

Cuando las mujeres se levantaron de la mesa después de comer, Lizzy subió a ver a su hermana, y viéndola bien protegida contra el frío, la acompañó al salón, donde sus amigas le dieron la bienvenida con grandes demostraciones de alegría. Lizzy nunca las había visto tan agradables como entonces durante la hora que transcurrió hasta que entraron los caballeros. Su conversación era por demás interesante; podían describir con esmero un banquete, relatar con humor una anécdota y reír con ingenio de sus conocidos.

Pero cuando los caballeros entraron, Jane dejó de ser el centro de su atención. Miss Bingley volvía constantemente la mirada hacia Darcy, y no pudo evitar decirle algo antes de que él diera muchos pasos. El caballero se dirigió directamente a Jane felicitándola con cortesía; Mr. Hurst también le hizo una ligera inclinación, diciendo que «se alegraba mucho»; pero la efusión y el calor quedaron reservados para la felicitación de Bingley. Se mostró jubiloso y pródigo en atenciones. La primera media hora la pasó avivando el fuego para que Jane no sufriese por el cambio de temperatura, y ella se puso, accediendo a los deseos de él, junto a la chimenea, más alejada de la puerta. Se sentó después al lado de ella, y prácticamente no habló ya con nadie. Lizzy, que se hallaba en el rincón opuesto, observaba todo con gran satisfacción.

Después de tomar el té, Mr. Hurst invitó a su cuñada a jugar, pero en vano. Miss Bingley sabía que a Darcy no le gustaban los naipes, y Mr. Hurst vio pronto rechazada su petición. Ella le aseguró que nadie tenía ganas de jugar, y el silencio general sobre ese punto pareció justificarla. Mr. Hurst, en vista de ello, no pudo hacer más que tumbarse en uno de los divanes y dormirse. Darcy abrió un libro, Miss Bingley hizo lo propio, y Mrs. Hurst, ocupada en jugar con sus pulseras y sortijas, tomaba parte de vez en cuando en la conversación que su hermano mantenía con Jane.

La atención de Miss Bingley estaba más centrada en observar los progresos de Darcy en su libro que en leer el suyo propio, y no paraba de hacerle preguntas o levantar la cabeza para ver en qué página se hallaba. Con todo, no consiguió hacerle hablar; él se limitaba a contestar a sus preguntas con monosílabos y proseguía su lectura. Al fin, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, hizo a un lado el libro, que sólo había cogido por ser el segundo tomo del que leía él, bostezó y dijo:

—¡Qué agradable es pasar la tarde así! En mi opinión, no hay placer mayor que la lectura. En compañía de un libro uno se aburre mucho menos. Cuando tenga casa propia me creeré muy desgraciada si no poseo una excelente biblioteca.

Nadie contestó. Ella volvió a bostezar y miró alrededor en busca de entretenimiento, cuando, al oír a su hermano hablar con Jane de un baile, se volvió de repente hacia él y preguntó:

—¿De modo, Charles, que piensas seriamente en dar un baile en Netherfield? Te aconsejaría que antes de decidirte consultases los deseos de los presentes; mucho me engaño si no hay entre nosotros alguien para quien un baile resultará más bien castigo que diversión.

—Si lo dices por Darcy —exclamó su hermano—, puede irse a la cama, si así lo prefiere, antes de que principie la fiesta. Pero en cuando a dar el baile, es cosa resuelta, y tengo la intención de enviar las invitaciones cuanto antes.

—Los bailes me gustarían mucho más —replicó ella— si fueran de otro modo; pero encuentro ciertos aspectos tremendamente aburridos. Sería mucho más razonable que en lugar de bailes se ofrecieran veladas en las que se pudiera conversar.

—Es probable que fuese más razonable, querida Caroline, pero entonces ya no se trataría de un baile.

Miss Bingley no contestó; poco después se puso de pie y se paseó por la estancia. Su elegante figura y sus gráciles movimientos no consiguieron hacer que Darcy levantara la mirada de su libro. Desesperada, ella resolvió realizar un esfuerzo más, y volviéndose hacia Lizzy dijo:

—Miss Bennet, permítame aconsejarle que siga mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Es saludable tras permanecer tanto tiempo sentada en la misma postura.

Lizzy la miró sorprendida, pero accedió al instante. De ese modo Miss Bingley logró el objeto verdadero de su cortesía. Darcy levantó la vista. Quedó tan extrañado por la novedad de aquella atención como la propia Lizzy, e inconscientemente cerró el libro. Se le invitó de manera directa a unirse a ellas, pero rehusó, haciendo notar que no podía imaginar sino dos motivos para que ambas quisiesen caminar arriba y abajo por el salón, y ninguno le parecía suficiente para imitarlas. ¿Qué querrá decir?, pensó Bingley tratando de indagar el significado de aquello, y preguntó a Lizzy si lo entendía.

—En absoluto —fue su contestación—, pero supongo que quiere mostrarse crítico con nosotras, y el mejor modo de mortificarle será no hacer preguntas al respecto.

Pero Miss Bingley era incapaz de mortificar a Darcy, y por eso insistió en pretender que explicara los dos motivos a que aludiera.

—No tengo inconveniente en explicarlo —dijo él en cuanto se le invitó a hablar—. Ustedes eligen ese modo de pasar el rato, o porque tienen que hacerse alguna confidencia en particular, o porque saben que su belleza destaca más cuando caminan. Si es por lo primero, me interpondría en su camino, y si es por lo segundo, puedo admirarlas mucho mejor sentado junto al fuego.

—¡Oh! Eso es horrible —exclamó Miss Bingley—. Nunca he oído nada tan censurable. ¿Cómo podemos castigarlo por lo que ha dicho?

—Nada más fácil, si usted se atreve a ello —repuso Lizzy—. Todos podemos castigarnos mutuamente. Búrlese de él, haga que se enfade. Usted lo conoce muy bien y sabe cómo hacerlo.

—Pues le aseguro que no lo sé, aun cuando creo conocerlo. ¡Burlarse de un temperamento tan tranquilo! No, no; creo que no lo lograría. Además, no podemos hacerlo sin motivo. De Mr. Darcy no se puede una reír.

—¡Que no se puede una reír de Mr. Darcy! —exclamó Lizzy—. Es una prerrogativa singular, y espero que lo siga siendo, porque sería gran desdicha para mí tener muchos conocidos así. Me gusta mucho reírme.

—Miss Bingley —dijo él— me ha concedido más importancia de la que merezco. El más sabio y mejor de los hombres, mejor dicho, la más sabia y mejor de las acciones, puede tornarse ridícula a los ojos de una persona cuyo primer anhelo en la vida sea la risa.

—En efecto —replicó Lizzy—, hay personas así, pero supongo que no soy de ellas. Creo que jamás ridiculizo lo que es cuerdo y bueno. Locuras y necedades, antojos e inconvenientes son lo que me divierte, y de esas cosas me burlo siempre que puedo. Pero de eso es precisamente, supongo, de lo que usted carece.

—Tal vez nadie pueda evitarlos por completo. Pero durante toda mi vida he procurado evitar semejantes debilidades, que a menudo exponen al ridículo a un buen entendimiento.

—Como la vanidad y el orgullo.

—Sí; la vanidad es, en efecto, una debilidad. Pero en cuanto al orgullo, donde se dé verdadera superioridad de espíritu, estará siempre justificado.

Lizzy volvió a disimular una sonrisa.

—Supongo que habrá finalizado ya su examen de Mr. Darcy —dijo Miss Bingley—, y le suplico que me diga qué deduce de él.

—Estoy convencida de que Mr. Darcy no tiene defecto alguno. Él mismo lo reconoce con absoluta sinceridad.

—No —repuso Darcy—; no he tenido semejante pretensión. Poseo bastantes defectos, pero creo que no proceden de mi entendimiento. Del temperamento no me atrevo a responder; pero creo que eso importa poco; muy poco, de hecho. No puedo olvidar las locuras y los vicios ajenos tan pronto como debiera, ni sus ofensas. Mis sentimientos no se apaciguan sólo porque intente cambiarlos. Mi temperamento acaso podría definirse de suspicaz. Cuando alguien pierde mi estima, la pierde para siempre.

—¡Ése sí que es un defecto! —exclamó Lizzy—. El resentimiento implacable es una verdadera sombra del carácter. Pero usted ha elegido bien su defecto. Realmente, no puedo burlarme de él. Nada tiene que temer usted de mí.

—Creo que en todo ser humano hay cierta tendencia a una determinada maldad, a un defecto innato y que siempre puede vencer la buena educación.

—Y su defecto es la propensión a odiar a la gente.

—Y el de usted —repuso él con una sonrisa—, el de obstinarse en no entender a los demás.



—Hagamos un poco de música —intervino Miss Bingley cansada de una conversación en la que no tomaba parte—. Louisa, ¿no te importa que despierte a Hurst?

Su hermana no opuso la menor objeción, y al cabo de unos minutos el piano comenzó a sonar. Darcy, tras breves momentos consagrados a la reflexión, lo encontró conveniente. Comenzaba a advertir el peligro que suponía prestar demasiada atención a Lizzy.

De acuerdo con su hermana, Lizzy escribió a la mañana siguiente a su madre suplicándole que les enviase el coche aquel mismo día. Pero Mrs. Bennet, que había calculado que la estancia de sus hijas en Netherfield duraría hasta el martes siguiente, cuando Jane llevase una semana allí, no se avenía a recibirla antes de esa fecha. Su respuesta no fue, pues, propicia, o por lo menos no resultó a gusto de Lizzy, impaciente por regresar a su casa. Mrs. Bennet les decía que no era posible disponer del coche hasta el martes, añadiendo al final del escrito, que si Mr. Bingley y su hermana las instaban a quedarse, accedería muy gustosa. Pero Lizzy estaba resuelta a no permanecer por más tiempo allí, y temerosa de que ella y Jane fuesen consideradas molestas, instó a ésta a pedir el coche a Bingley, y al fin decidieron manifestar aquella misma mañana su proyecto de dejar Netherfield y hacer dicha petición.

La noticia provocó exageradas manifestaciones de contrariedad y repetidas veces expusieron las Bingley su deseo de que se quedasen hasta el día siguiente por lo menos, y así, hasta el día siguiente se demoró la partida. Con todo, a Miss Bingley no le agradó la dilación, pues los celos y antipatía que le inspiraba Lizzy excedían en mucho a su afecto por Jane.

El dueño de la casa sí que oyó con verdadera pena que Jane proyectaba marcharse de inmediato, e insistió en la inconveniencia de que hiciera el viaje por no hallarse bastante repuesta; pero Jane era muy terca cuando juzgaba que obraba bien.

En cuanto a Darcy, acogió con satisfacción la noticia, pues Lizzy había estado ya bastante tiempo en Netherfield. Le atraía más de lo que deseaba, y Miss Bingley era con ella descortés y con él más molesta de lo que solía ser. Resolvió, en consecuencia, tener especial cuidado en que no se le escapase ninguna frase de admiración, nada que pudiera despertar en ella esperanzas de que pudiera influir en su felicidad, atento a que si semejante idea había surgido en ella, la conducta que mostrase él durante el último día debía servir para confirmarla o ahuyentarla. Fiel a sus propósitos, apenas le dirigió diez palabras en todo el sábado, y aunque pasaron más de media hora solos en la biblioteca, se dedicó a su libro y ni siquiera la miró.

El domingo, tras el servicio religioso de la mañana, tuvo lugar la despedida, tan deseada por casi todos. La cortesía de Miss Bingley para con Lizzy aumentó hacia el final, lo mismo que sus muestras de afecto hacia Jane, y cuando partían, tras asegurar a ésta que le causaría mucho placer volver a verla, tanto en Longbourn como en Netherfield, y de abrazarla tiernamente, apenas dio la mano a Lizzy, que se despidió de todos con feliz satisfacción.

Su madre no las recibió con excesivo entusiasmo. Mrs. Bennet manifestó asombro por su llegada, y afirmó que hacían muy mal en ocasionarle semejante disgusto, dando por seguro que Jane volvería a pillar un resfriado. Pero su padre, aunque muy lacónico en sus expresiones de alegría, en realidad quedó muy satisfecho

de verlas. Había notado en su ausencia lo mucho que significaban para la familia. Por la noche, cuando todos estaban reunidos, la conversación perdía animación e interés sin la presencia de Jane y Lizzy.

Hallaron a Mary sumida, como de costumbre, en el estudio de la naturaleza humana; podía ofrecer a la admiración de los demás algunos nuevos extractos de sus lecturas y pronunciar nuevas sentencias de rancia moral. Kitty y Lydia guardaban para ellas información de muy distinta especie. En el regimiento se había hablado mucho y se habían hecho muchas cosas desde el miércoles anterior; varios oficiales habían comido recientemente en casa de su tío, un falso soldado había sido azotado, y se decía que el coronel Forster iba a casarse.

—Supongo, querida mía —dijo Mr. Bennet a su mujer cuando desayunaban a la mañana siguiente—, que habrás encargado buena comida para hoy, porque tengo razones para suponer que contaremos con la presencia de un invitado.

—¿Qué dices, querido mío? No tengo noticia de que venga nadie, a no ser que a Charlotte Lucas se le ocurra hacerlo, y supongo que mi comida es suficientemente buena para ella. No creo que la que sirven en su casa sea mejor.

—La persona a quien aludo es un caballero, y, para más señas, forastero.

Mrs. Bennet abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Caballero y forastero? Pues seguro que se trata de Mr. Bingley. Jane, ¿por qué no me has dicho una palabra de esto? ¡Ah, pícara! Tendré mucho gusto en verlo. ¡Pero, Dios mío, qué desgracia! Hoy no se puede comprar ni un trozo de pescado. Lydia, amor mío, toca la campanilla, tengo que hablar con Hill de inmediato.

—No se trata de Mr. Bingley —dijo el marido—; el forastero es una persona a quien no he visto en mi vida.

Eso despertó el asombro de todos, y como consecuencia de ello Mr. Bennet tuvo el placer de ser interrogado con ansiedad por su mujer y sus cinco hijas a la vez.

Tras divertirse por un rato excitando su curiosidad, se explicó así:

—Hará cosa de un mes recibí esta carta, y hará quince días, poco más o menos, que la contesté; no antes, pues consideré que el caso era delicado y requería atención. Es de mi primo Collins, quien cuando yo muera podrá echaros a todas de esta casa en cuanto le plazca.

—¡Oh querido! —exclamó su mujer—. No soporto oír su nombre. Te suplico que no hables de una persona tan odiosa. Tengo por una desgracia el que tus hijas no puedan heredar esta propiedad y estoy segura de que si me viera en tu lugar hace tiempo que habría intentado algo para evitarlo.

Jane y Lizzy trataron de explicarle en qué consistía aquella disposición testamentaria. Ya lo habían intentado varias veces, pero era un asunto sobre el cual Mrs. Bennet evitaba entrar en razón; y así, continuó lanzando frases sobre la crueldad que significaba arrebatar una propiedad a una familia con cinco hijas en favor de un hombre que a nadie importaba.

—Es, en verdad, una brutalidad —dijo Mr. Bennet—, y nada puede justificar a Collins el pecado de heredar Longbourn algún día. Pero si quieres escuchar esta carta quizá te tranquilices un poco.

—Nada puede tranquilizarme al respecto. Además, considero una impertinencia el que te escriba, y un acto de hipocresía. Odio a esos falsos amigos. ¿Por qué no continúa pleiteando contigo, como su padre lo hizo en su tiempo?

—Pues porque parece que ha sentido ciertos escrúpulos, como pronto verás.

Querido primo:

El desagradable desacuerdo entre tú y mi honorable padre siempre me molestó, y desde que tuve la desgracia de perderlo, he deseado a menudo que acabase, aunque por un tiempo he retrasado el procurarlo, temiendo que resultase irrespetuoso a la memoria del mismo el avenirme con alguien con quien siempre estuvo en discordia. Pero me he decidido ya, pues tras tomar los hábitos en Pascua, he tenido la suerte de ser favorecido con la protección de la muy honorable lady Catherine de Bourgh, viuda de sir Lewis de Bourgh, cuya bondad y generosidad me ha promovido para la rectoría de su parroquia, donde tengo el firme propósito de continuar agradecido y respetuoso hacia Su Señoría y estar siempre dispuesto a celebrar los ritos y ceremonias instituidos por la Iglesia de Inglaterra. Por otra parte, creo que es mi obligación, como eclesiástico, promover y restablecer las bendiciones de la paz en todas las familias a que se extienda mi influencia, y por ese motivo considero razonable que mis deseos de buena voluntad sean dignos de alabanza y de que la circunstancia de ser heredero de Longbourn sea delicadamente olvidado por ti y no te lleve a rechazar la rama de olivo que te ofrezco. No puedo por menos que lamentar ser causa de perjuicio para tus amables hijas, y permite que me disculpe por ello y te asegure mi deseo de repararlo en cuanto sea posible, en adelante. Si no te opones a recibirme en tu casa, me propongo tener la satisfacción de visitarte, así como a tu familia, el lunes, 18 de noviembre, a las cuatro de la tarde, y acaso abuse de vuestra hospitalidad hasta el sábado siguiente por la tarde, lo que puedo hacer sin inconveniente, puesto que lady Catherine de Bourgh no se opone a ello, con tal que algún otro eclesiástico quede apalabrado para cumplir las obligaciones del domingo.

Quedo, estimado primo, con respetuosos saludos a tu esposa e hijas, tu amigo, que te desea lo mejor,

WILLIAM COLLINS.

—Por consiguiente —dijo Mr. Bennet en cuanto plegó la carta—, a las cuatro debemos esperar a este caballero pacificador. Parece un joven muy instruido y distinguido, y no dudo de que su amistad sea muy valiosa para nosotros, en especial si lady Catherine sigue siendo tan indulgente que le permita volver a vernos.

—Pero hay algo significativo en lo que dice respecto de nuestras hijas —repuso Mrs. Bennet—. Y si está dispuesto a darles alguna reparación, no seré yo quien lo desanime.

—Aunque es difícil —apuntó Jane— adivinar de qué modo entiende eso de darnos toda clase de satisfacciones, su buen deseo lo enaltece.

Lizzy estaba extrañada, sobre todo, de su extraordinaria deferencia hacia lady Catherine y de su benigna intención de bautizar, casar y enterrar a sus feligreses cuando fuera preciso.

—Me parece —dijo— que debe de ser un hombre sumamente raro. No consigo imaginármelo. Su estilo es demasiado ampuloso. Y ¿qué puede significar eso de excusarse por ser heredero de la propiedad? No me atrevo a suponer que lo evitaría si pudiera. ¿Será, papá, tan delicado?

—No lo creo, querida. Temo más bien que resulte todo lo contrario. Hay en su carta tal mezcla de servilismo y altanería que no puedo por menos que presumirlo. Estoy impaciente por verlo.

—En cuanto a la redacción de la carta —dijo Mary—, no encuentro defecto alguno. La idea de la rama de olivo no es completamente nueva, pero me parece que está bien expresada.

Por lo que hace a Katty y Lydia, ni la carta ni su autor les interesaban en absoluto. No era probable que su primo vistiese chaqueta militar, y hacía algunas semanas que no se hallaban a gusto en compañía de ningún hombre que no lo fuera. En lo tocante a la madre, la carta de Mr. Collins había mitigado en gran medida su aversión hacia él, y estaba dispuesta a juzgarlo con un grado de moderación que dejó atónitos a su marido y a sus hijas.

Mr. Collins llegó puntual, a la hora anunciada, y fue recibido con gran cortesía por toda la familia. Verdad es que Mr. Bennet habló poco, pero las mujeres se mostraron deseosas de conversar, y Mr. Collins no parecía ni necesitado de que se le animase ni inclinado de por sí al silencio. Era un joven alto, de mirada melancólica, y de veinticinco años. Su porte era grave y majestuoso, y sus modales, muy ceremoniosos. No llevaba mucho tiempo sentado cuando felicitó a Mrs. Bennet por tener hijas tan hermosas, manifestó que había oído mucho de su belleza, pero que la fama habíase quedado corta al lado de la realidad, añadiendo que no dudaba en verlas bien casadas a todas a su debido tiempo. Los cumplidos no fueron muy del gusto de alguna de las oyentes, pero Mrs. Bennet, que parecía muy satisfecha, contestó de inmediato:

—Eres muy amable, primo William, y de todo corazón deseo que sea como dices, porque de otro modo quedarían bastante desamparadas. Todo está dispuesto de manera tan extraña...

—¿Aludes acaso al vínculo de esta propiedad?

—Debes saber que es asunto muy penoso para mis hijas. No es que te culpe, pues sé que semejantes cosas son debidas a la suerte. Nadie puede saber nunca qué pasará cuando una propiedad queda vinculada.

—Admito la desgracia que pesa sobre mis primas, y no poco podría hablar sobre esa cuestión; pero no quiero parecer precipitado. No obstante, puedo aseguraros que vengo dispuesto a admirarlas. Por ahora no digo más; cuando nos conozcamos mejor...

Fue interrumpido por la llamada a comer, y las muchachas se miraron y sonrieron. No fueron ellas el único objeto de la admiración de Mr. Collins; el vestíbulo, el comedor y todo el mobiliario fueron examinados y elogiados, y Mrs. Bennet se habría sentido conmovida si no hubiese sido porque suponía que él veía en todo su futura propiedad. La comida, a su vez, fue extraordinariamente ensalzada, y Mr. Collins suplicó que se le dijese a cuál de sus hermosas primas correspondía el mérito de la preparación. Pero aquí fue llamado al orden por Mrs. Bennet, quien aseguró que ellos podían permitirse tener un buen cocinero y que sus hijas nada tenían que hacer en la cocina. Él se disculpó por haberla disgustado, y aunque ella, con tono cálido, respondió que se daba por disculpada, Collins continuó excusándose aproximadamente durante un cuarto de hora.

Mr. Bennet apenas habló en la comida, pero cuando los criados se retiraron, juzgó que había llegado el momento de conversar un poco con su huésped, y sacó a colación un tema en que pensaba quedar bien ante éste, diciéndole que era muy afortunado con su protectora. La atención que lady Catherine de Bourgh prestaba a sus deseos y la importancia que él concedía a su propio bienestar resultaron temas por demás adecuados. Collins se mostró aún más solemne en sus modales, y con la mayor seriedad afirmó que jamás había visto conducta igual en una persona de su rango, ni tal afabilidad y condescendencia como en lady Catherine. Se había dignado aprobar los dos sermones que ya había tenido el honor de pronunciar ante ella, lo había invitado a comer dos veces en Rosings, y el sábado anterior había enviado por él para completar su partida de cartas durante la velada. Lady Catherine era tenida por orgullosa por muchas personas, pero él nunca había visto en ella sino afabilidad. Siempre le había hablado como podría hacerlo a cualquier otro caballero, no ponía objeciones a que se reuniera con sus vecinos ni le reprochaba el que abandonase en ocasiones su parroquia durante una o dos semanas para visitar a sus parientes. Se había dignado recomendarle siempre que se casase lo más pronto posible, con tal que eligiese con prudencia, y le había visitado en su humilde abadía, aprobando cuantas modificaciones había introducido, sugiriéndole incluso alguna, entre ellas una relativa a las habitaciones de la primera planta.

—Cierto que todo eso está muy bien y revela una gran cortesía —dijo Mrs. Bennet—. Tengo por muy agradable a esa señora. ¡Lástima que las grandes señoras, en general, no se le parezcan! ¿Vive cerca de tu casa?

—El jardín donde se alza mi humilde residencia está separado de Rosings, morada de Su Excelencia, sólo por un camino.

—Creo que has dicho que es viuda. ¿Tiene familia?

—Sólo una hija, la heredera de Rosings y de gran número de propiedades.

—¡Ah! —exclamó Mrs. Bennet sacudiendo la cabeza—. En ese caso, es más afortunada que ciertas muchachas. Y ¿cómo es ella? ¿Es guapa?

—Es, en verdad, una joven encantadora. La propia lady Catherine dice que, en cuanto a hermosa, Miss Bourgh es muy superior a las más bellas de su sexo, porque hay algo en sus facciones que delata su clase distinguida. Por desgracia, es de constitución enfermiza, lo que le ha impedido progresar en ciertos detalles de educación, que de otra manera no le habrían faltado, según me ha informado su institutriz, quien aún vive con ellas. Pero es muy amable, y a menudo se ha dignado llevarme a casa en su faetón.

—¿Ha sido presentada en sociedad? No recuerdo su nombre entre las damas de la corte.

—Su frágil estado de salud le ha impedido, por desgracia, residir en la capital, y por eso, como le dije un día a lady Catherine, ha privado a la corte británica de su mejor joya. Su Excelencia pareció complacerse con esta idea mía, y podréis comprender que me considero dichoso en dirigirla en todas las ocasiones esta clase de pequeños cumplidos, siempre gratos a las damas. Más de una vez he dicho a lady Catherine que su encantadora hija parecía nacida para duquesa, lo cual no haría más que honrar a la nobleza. Tales son los pequeños detalles que agradan a Su Excelencia, y ésta es la clase de atenciones que me considero especialmente obligado a tener.

—Estás en lo cierto —dijo Mr. Bennet—, y es una suerte que poseas el talento de halagar con delicadeza. ¿Puedo preguntarte si semejantes atenciones proceden por impulso del momento o son resultado de un estudio previo?

—Suelen surgir de manera imprevista, y aunque a veces me entretengo en idear y preparar esos cumplidos elegantes para poder adaptarlos a las ocasiones que se brinden, siempre deseo conferirles tal aire que parezcan espontáneos.

Las suposiciones de Mr. Bennet se habían visto confirmadas. Su primo era tan absurdo como había creído, y lo escuchaba con perverso gozo, no sin conservar la más absoluta compostura, y salvo alguna mirada a Lizzy de vez en cuando para hacerle saber que no quería que interrumpiese tan grato entretenimiento.

Pero a la hora del té la dosis resultaba ya suficiente, aunque Mr. Bennet tuvo la satisfacción de ver de nuevo en el salón a su huésped. Cuando éste concluyó, lo invitó a leer en voz alta a las señoras. Collins accedió de inmediato y fue en busca de un libro. Sin embargo, en cuanto lo vio se echó atrás, como si fuese de una biblioteca circulante, y, excusándose, declaró que jamás leía novelas. Kitty lo miró con extrañeza y a Lydia se le escapó una exclamación. Le trajeron otros volúmenes, y tras algunas dudas, eligió los sermones de Fordyce. En cuanto abrió el libro, Lydia comenzó a bostezar, y antes de que con monótona solemnidad hubiera leído tres páginas, lo interrumpió de este modo:

—¿Sabes, mamá, que el tío Philips habla de despedir a Richard? Si esto ocurre el coronel Forster lo tomará a su servicio. Mañana iré a Meryton a enterarme de más cosas sobre el particular, y a preguntar cuándo regresa Mr. Denny de la capital.

Jane y Lizzy suplicaron a Lydia que refrenase la lengua, pero Collins, muy ofendido, dejó a un lado el libro y dijo:

—A menudo he observado que son muy pocas las jóvenes a quienes interesan los libros de carácter serio, aunque estén escritos sólo para su bien. Confieso que el hecho me confunde, pues nada puede ser tan ventajoso para ellas como la instrucción. Pero no quiero importunar más tiempo a mi primita.

Volviéndose hacia Mr. Bennet, le propuso jugar una partida de chaquete. Mr. Bennet aceptó, consciente de que obraba con gran cordura al dejar a sus hijas con sus triviales pasatiempos. Mrs. Bennet y las muchachas excusaron con mucha cortesía la interrupción de Lydia, prometiendo que no volvería a ocurrir si de nuevo tomaba el libro Mr. Collins; pero éste, tras asegurarles que no guardaba rencor a su prima y que



nunca tomaría por ofensiva su conducta, se sentó a otra mesa con Mr. Bennet y se dispuso a jugar al chaquete.

No era Collins hombre inteligente, y sus deficiencias habían sido poco suplidas por la educación y la vida social; había pasado la mayor parte de su vida bajo la dirección de un padre avaro y sin cultura, y aunque había frecuentado una universidad, sólo había cursado las asignaturas indispensables. La represión en que su padre lo había educado sirvió para proporcionarle, en un principio, un temperamento modesto, que en la actualidad se hallaba compensado por una vida retirada y la posibilidad de una prosperidad inesperada. La fortuna y el azar lo habían recomendado a lady Catherine de Bourgh al quedar vacante el beneficio eclesiástico de Hunsford, y el respeto que sentía por el rango de aquélla y su veneración a su protectora, mezclados con muy buena opinión de sí mismo, de su autoridad como clérigo y de sus derechos como rector, formaron en él una mezcla de orgullo y servilismo, petulancia y modestia.

Disfrutando ahora de una buena casa y suficientes ingresos, pretendía casarse, y al buscar reconciliarse con la familia de Longbourn tenía el propósito de elegir esposa. Pensaba decidirse por una de las hijas si las encontraba tan bellas y agradables como todo el mundo afirmaba. Tal era su plan de reparación y compensación por tener que heredar el patrimonio de su padre, plan que juzgaba excelente, al tiempo que en extremo generoso y desinteresado por su parte.

No varió el plan al ver a las muchachas. El atractivo rostro de Jane lo confirmó en sus propósitos, y al final de la primera velada fue ella la elegida. Pero a la mañana siguiente cambió de opinión, pues en un cuarto de hora de conversación con Mrs. Bennet antes de almorzar, durante el cual comenzó hablando de su casa parroquial, y que condujo de modo natural a la declaración de sus proyectos de buscar en Longbourn señora para la misma, oyó de sus labios, entre muy complacientes sonrisas y otras demostraciones propias para animarla, cierta advertencia relativa a Jane, en quien se había fijado. En cuanto a sus hermanas menores, nada podía decir de ellas, no le era dable contestar positivamente; pero no sabía de nadie que se hubiese adelantado. Ahora, por lo que tocaba a su hija mayor, probablemente se comprometería en breve, y creía conveniente avisárselo.

Collins pasó de Jane a Lizzy, puesto que no le quedaba otra opción, mientras Mrs. Bennet atizaba el fuego. Lizzy, que seguía a Jane tanto por edad como por belleza, la reemplazó, por consiguiente.

Mrs. Bennet se percató de ello, confiando en que no tardaría en tener dos hijas casadas; y así, el hombre de quien el día anterior no podía soportar que se hablase, crecía enormemente en su estima.

Lydia no había olvidado su proyectado viaje a Meryton. Todas sus hermanas, a excepción de Mary, accedieron a ir con ella, y Collins las acompañaría, a ruegos de Mr. Bennet, deseoso de desembarazarse de él y tener su biblioteca para sí, porque Collins lo había seguido desde el almuerzo, y allí habría continuado, ocupado en

apariencia en uno de los mayores volúmenes de las estanterías, pero en realidad hablándole acerca de su casa y su jardín de Hunsford, lo que fastidiaba enormemente a Bennet. En su biblioteca siempre había estado cómodo y tranquilo, y aunque acostumbrado, según había dicho a Lizzy, a encontrar locura y vanidad en las otras estancias de la casa, allí solía verse libre de semejantes cosas. Por eso se apresuró a invitar a Collins a unirse a sus hijas en su paseo, y éste, que era en efecto más dado a pasear que a leer, se mostró encantado de cerrar su libro y marcharse.

Con frases altisonantes por parte de Collins y corteses asentimientos por la de sus primas, transcurrió el viaje hasta Meryton. A partir de entonces las dos más jóvenes no le prestaron atención. Sus ojos anduvieron recorriendo las calles en busca de los oficiales, y nada, a excepción de algún sombrero verdaderamente elegante o cierta muselina de moda, logró atraer su atención.

Pero la atención de todas las jóvenes se fijó pronto en un caballero a quien no conocían, de distinguido aspecto, que paseaba con un oficial al otro lado de la calle. El oficial era precisamente Mr. Denny, por cuyo regreso de Londres se interesaba tanto Lydia, y que las saludó cuando pasaron. Todas quedaron sorprendidas del porte del forastero y se preguntaron quién podría ser. Kitty y Lydia, decididas a averiguarlo, cruzaron la calle con la excusa de que necesitaban algo de la tienda de enfrente, y ganaron la acera cuando ambos caballeros, al volver, llegaban al mismo sitio. Denny se dirigió directamente a ellas y les suplicó que le permitieran presentarles a su amigo, Mr. Wickham, que había llegado con él de la capital el día anterior, y del cual tenía el honor de decir que había aceptado un destino en su regimiento. Eso era justamente lo único que faltaba, pues el joven sólo necesitaba un uniforme para resultar absolutamente encantador. Su aspecto era por demás favorable: poseía apostura, finos modales, buena figura y trato ameno. La presentación fue seguida, por parte de él, de una conversación en la que manifestó la más completa soltura, acompañada de la más absoluta corrección y sin las menores pretensiones; y todo el grupo seguía de pie, charlando gratamente, cuando se percibió ruido de caballos, y Darcy y Bingley aparecieron cruzando la calle. Al distinguir a las señoritas del grupo, los dos caballeros se dirigieron hacia ellas y comenzaron los saludos de rigor. Bingley fue quien habló más, y Jane su principal interlocutora. Aquél le informó que se encaminaban a Longbourn con el fin de enterarse de su estado de salud. Darcy lo corroboró con una inclinación; y comenzaba a tomar la resolución de no mirar a Lizzy a los ojos, cuando de pronto llamó su atención la presencia del forastero. Lizzy, que estaba pendiente de los gestos de Darcy, quedó asombrada del modo en que ambos hombres se miraban. Los dos cambiaron de color, tornándose uno pálido y otro rojo. Wickham, tras un instante, se llevó la mano al sombrero, saludo que Darcy se dignó devolver. ¿Qué podía significar eso? Era imposible imaginarlo; también ignorarlo por demasiado tiempo.

Un momento después Bingley, que no pareció enterarse de lo ocurrido, se despidió y siguió adelante con su amigo.

Denny y Wickham continuaron paseando con las muchachas hasta la puerta de la casa de Mr. Philips, y allí se despidieron, a pesar de los apremiantes ruegos de Lydia para que entrasen, y pese también a que Mrs. Philips, tras abrir la ventana, secundase en voz alta la invitación.

Mrs. Philips se alegraba siempre de ver a sus sobrinas. Las dos mayores, a quienes no había vuelto a ver desde la enfermedad de Jane, fueron en especial muy bien recibidas; y estaba expresándoles su sorpresa por su rápido regreso a casa —de lo que, por no haber sido su coche el que las condujera, nada habría sabido de no topar en la calle con un aprendiz de Mr. Jones, casualmente, quien le había dicho que no tenían que enviar más medicinas a Netherfield porque Miss Bennet ya no se encontraba allí—, cuando Jane le presentó a Collins. Mrs. Philips lo acogió con la más exquisita educación, a la cual él correspondió con otra tanta, disculpándose por presentarse en la casa sin ser conocido, lo que, sin embargo, no impedía que él se enorgulleciese de encontrar su presencia allí justificada por su parentesco con las muchachas. Mrs. Philips quedó abrumada con tal exceso de buena educación, pero sus atenciones a semejante forastero acabaron pronto a causa de las exclamaciones y preguntas relativas al otro, del que sólo podía decir a sus sobrinas lo que ya sabían: que Denny lo había traído de Londres y que iba a desempeñar el cargo de teniente en aquella guarnición. Agregó que estaba observando a Denny a última hora, mientras paseaban arriba y abajo por la calle, cuando vio aparecer a Wickham. Kitty y Lydia habrían hecho con gusto algo semejante, pero, por desgracia, en la presente ocasión nadie pasaba bajo las ventanas, excepto unos pocos oficiales, que al lado del forastero resultaban estúpidos y desagradables. Algunos iban a comer con los Philips al día siguiente, y la tía les prometió hacer que su marido invitase a Wickham en el caso de que ellos viniesen por la tarde. Así quedó convenido y Mrs. Philips aseguró que organizarían una partida de lotería y luego cenarían. La perspectiva de tamañas delicias era muy grata, y las muchachas se marcharon muy complacidas. Collins repitió sus excusas al abandonar el lugar, aunque se le aseguró que eran innecesarias.

Al volver a casa, Lizzy refirió a Jane lo ocurrido entre los dos caballeros; pero aunque esta última sostenía que uno de ellos, o los dos, debían de haberse equivocado, tampoco halló una explicación a semejante conducta.

Collins, a su regreso, proporcionó mucha alegría a Mrs. Bennet ponderando los modales y la educación de Mrs. Philips. Aseguró que, excepto lady Catherine y su hija, nunca había visto mujer más atenta, porque no sólo le había recibido con la mayor de las cortesías, sino que, de hecho, lo había invitado para la próxima velada, aun cuando era la primera vez que lo veía. Suponía que tal vez se debiese a su parentesco con ellos, pero aun así jamás había sido objeto de tantas atenciones.

Como no se hizo ninguna objeción al compromiso de las muchachas con su tía, y los escrúpulos de Collins por dejar solos a los señores Bennet fueron firmemente rechazados, el coche lo condujo temprano a Meryton en compañía de sus cinco primas, quienes al entrar en el salón tuvieron el gusto de oír que Wickham había aceptado la invitación de su tío y se encontraba ya en la casa.

Después de que todos hubieron tomado asiento, Collins se dedicó a contemplar cuanto le rodeaba, y quedó tan sorprendido por las dimensiones y el mobiliario de la habitación, que declaró que por un instante creyó hallarse en el comedor de verano de Rosings, comparación que, por el momento, no produjo gran entusiasmo. Pero en cuanto Mrs. Philips supo lo que era Rosings y quién su propietaria, cuando hubo escuchado la descripción de uno de los salones de aquella mansión y tuvo noticia de que sólo la chimenea había costado ochocientas libras, cambió de opinión y recibió el cumplido en toda su intención, y no le hubiese disgustado que se comparase su salón con la habitación del mayordomo de los Bourgh.

Collins describió a continuación las grandezas de lady Catherine y de su mansión, con ocasionales digresiones para alabar su humilde abadía y las mejoras que iba introduciendo, hasta que los otros caballeros se le unieron, encontrando en Mrs. Philips una oyente muy atenta, decidida a elevar su opinión de la persona y resuelta a repetirlo todo ante sus vecinas tan pronto como le fuera posible. A las muchachas, que no podían escuchar a su primo y no tenían otra cosa que hacer sino ansiar poder tener a mano un instrumento de música o examinar las insignificantes imitaciones de porcelana que había sobre la repisa de la chimenea, la espera se les hizo muy larga. Pero por fin los caballeros se aproximaron, y al entrar Wickham en la estancia advirtió Lizzy que ni antes lo había visto ni después pensado en él con excesiva admiración. Los oficiales de la guarnición gozaban de mucho crédito, y lo mejor de ellos se encontraba en aquella reunión; pero Wickham era tan superior a los demás en aspecto, ademanes y modo de andar, como ellos resultaban superiores al mofletudo tío Philips, que, oliendo a vino de Oporto, entró tras ellos en el salón.

Wickham era el hombre dichoso a quien todos los ojos femeninos se volvían, y Lizzy fue la feliz mujer junto a la cual acabó por sentarse; y el grato modo como al instante entabló conversación con ella, aunque sólo fuera para hablar de que la noche era húmeda y se avecinaba una temporada lluviosa, le hizo comprender que los tópicos más comunes, más necios, más usados, pueden resultar interesantes según la habilidad de quien los emplea.

Ante rivales como Wickham y los otros oficiales, que le disputaban la atención de las jóvenes, Collins pareció hundirse en la insignificancia; para ellas no era nadie, pero encontró aún, a intervalos, una amable interlocutora en Mrs. Philips, y estaba, debido a los cuidados de ésta, muy bien provisto de café y pastas.

Cuando se puso la mesa de juego vio la oportunidad de corresponder a dicha señora sentándose a jugar al *whist* con ella.

—Conozco poco este juego por ahora —dijo—, pero me gustaría progresar en él, habida cuenta de mi situación en la vida.

Mrs. Philips quedó muy agradecida por su condescendencia, aunque no alcanzaba a entender sus razones.

Wickham no jugaba al *whist*, y con verdadero deleite fue recibido en otra mesa por Lizzy y Lydia. Al principio pareció que ésta iba a acaparar su atención, pues era muy habladora, pero como a la vez era en extremo aficionada a la lotería, pronto acabó interesándose sólo en el juego, y demasiado ocupada en apostar y soltar exclamaciones, no se hallaba en situación de prestar atención a nadie. Debido a esto, Wickham, sin dejar de atender el juego, quedó en libertad de departir con Lizzy, que deseaba escucharlo, aunque no esperaba que le contase lo que tanto ansiaba oír, esto es, la historia de su amistad con Darcy. Ni siquiera se atrevió a nombrar a dicho caballero. Pero su curiosidad quedó satisfecha de modo inesperado: el propio Wickham abordó el tema. Preguntó qué distancia había de Meryton a Netherfield, y tras recibir la contestación volvió a preguntar con inquietud cuánto hacía que estaba allí Mr. Darcy.

—Un mes, poco más o menos —contestó Lizzy; y como no quería abandonar el tema, añadió—: Creo que posee varias propiedades en el condado de Derby.

—Sí —contestó Wickham—, tiene una estupenda propiedad, y su renta asciende a diez mil libras anuales. No podría usted encontrar a nadie más apto que yo para darle informes verídicos sobre él, porque he estado relacionado especialmente con su familia desde la infancia.

Lizzy no pudo por menos que mirarlo con sorpresa.

—No me extraña que mi afirmación le sorprenda, Miss Bennet, después de haber visto, probablemente, la frialdad de nuestro encuentro ayer. ¿Tiene usted mucha relación con Mr. Darcy?

—Toda la que deseo tener —respondió Lizzy con vehemencia—. He pasado cuatro días en la misma casa que él y considero que es un hombre muy desagradable.

—Yo no tengo derecho a dar una opinión —dijo Wickham— respecto a si es agradable o no. Soy la persona menos apropiada para juzgarlo. Lo conozco desde hace demasiado tiempo, y sobradamente, para constituirme en juez imparcial. Pero creo que su opinión sobre él resulta sorprendente, y tal vez no la expresaría usted con tanta claridad en ningún otro sitio. Aquí está usted en familia.

—Le aseguro a usted que no digo aquí sino lo que diría en cualquier casa de la vecindad, menos en Netherfield. Todo el mundo está disgustado con su orgullo. No encontrará usted a nadie que hable favorablemente de él.

Tras una breve pausa, Wickham dijo:

—No puedo negar que lamento el que él o cualquier otra persona no sea estimada más de lo que corresponde a sus méritos, pero con él eso no suele ocurrir. La gente

queda deslumbrada por su fortuna y su influencia, o se atemoriza ante sus altivos e imponentes modales, y así, sólo lo ve como él quiere ser visto.

—Aunque sólo lo he tratado superficialmente, lo tengo por persona de mal genio.

Wickham se limitó a sacudir la cabeza.

—Me gustaría saber —dijo— si permanecerá por mucho tiempo en este condado.

—Lo ignoro. Cuando estuve en Netherfield no oí decir nada acerca de su marcha. Supongo que el que Darcy se encuentre en la vecindad no afectará sus planes relativos a quedarse en esta guarnición.

—En modo alguno me iré porque Mr. Darcy esté aquí. Si desea evitar verme, él será quien haya de partir. Nuestra relación no es buena, y me molesta tropezar con él, pero tengo otra razón para evitarlo que la que puedo proclamar ante todo el mundo: el creer haber sido muy maltratado, y mi pesar de que él sea como es. Su padre, Miss Bennet, el difunto Mr. Darcy, fue el mejor hombre que ha existido y el amigo más verdadero que tuve jamás, y así, nunca puedo hablar con Darcy sin que mil tiernos recuerdos atormenten mi alma. Su conducta para conmigo ha sido escandalosa, pero confieso sinceramente que olvidaría mejor cualquier cosa suya que el haber frustrado las esperanzas y deshonrado la memoria de su padre.

Lizzy observaba que el interés del asunto iba en aumento, y escuchaba con la mayor atención, pero la índole delicada del mismo no le permitía preguntar más.

Wickham comenzó a hablar de lugares comunes: Meryton, sus alrededores y sociedad, mostrándose muy complacido de cuanto había visto, y hablando, especialmente de lo último, con fina y patente galantería.

—La perspectiva de poder frecuentar la buena sociedad —añadió—, ha sido el principal atractivo para entrar en el regimiento del condado. Sabía que era un cuerpo muy respetado, muy agradable, y mi amigo Denny me tentó, además, describiéndome su actual residencia y contándome las grandes atenciones y las excelentes relaciones que Meryton le ha procurado. La sociedad, lo confieso, me es necesaria. Soy un hombre amargado y mi espíritu no soporta la soledad. Necesito ocupación y trato. La vida militar no es lo que yo creía, pero las circunstancias me han obligado a recurrir a ella. Mi profesión debió de ser la de clérigo, para ello estaba educado, y mi situación sería ahora muy ventajosa si así lo hubiera decidido el caballero de quien ahora mismo estábamos hablando.

—¿De veras?

—Sí; el difunto Mr. Darcy me legó la primera vacante del mejor beneficio eclesiástico que hubiese en sus dominios. Era mi padrino y me quería entrañablemente. Jamás haré bastante justicia a su bondad. Proyectaba ayudarme, y creyó haberlo hecho; pero cuando se produjo la vacante del beneficio, éste fue dado a otro.

—¡Cielos! —exclamó Lizzy—; pero ¿cómo pudo ser eso? ¿Cómo se pudo prescindir de la voluntad del padre? ¿Por qué no acudió usted a la justicia?

—En la redacción del legado había un defecto de forma, de modo que no abrigaba esperanzas de tener garantías de éxito. Un hombre de honor no habría dudado de la intención, pero Darcy prefirió dudar o tomarlo como una recomendación meramente condicional, afirmando que yo había perdido todo derecho por derrochador e imprudente; en suma, por nada. Lo cierto es que el beneficio quedó vacante hace dos años, cuando yo tenía edad para ocuparlo, y fue concedido a otro. Y no es menos cierto que no puedo acusarme de haber hecho nada para merecer perderlo. Tengo un temperamento ardiente, soy indiscreto, y acaso haya expuesto algunas veces mi opinión sobre él, y aun a él mismo, con excesiva sinceridad. No puedo recordar nada peor en mi conducta. Pero el hecho es que somos hombres muy diferentes y él me odia.

—Eso es verdaderamente espantoso. Merece quedar desacreditado en público.

—Más tarde o más temprano sucederá, pero no seré yo quien lo haga. Mientras no logre olvidar a su padre no puedo provocarlo ni comprometerlo.

Lizzy elogió tales sentimientos y encontró a su interlocutor más guapo y encantador.

—Pero —continuó tras un silencio—, ¿qué puede haber dado motivo para eso? ¿Qué puede haberle inducido a obrar con tanta crueldad?

—Una aversión firme y absoluta hacia mí, que sólo puedo atribuir a los celos. Si el difunto Mr. Darcy me hubiera querido menos, su hijo me habría tolerado mejor; pero el extraordinario afecto de su padre hacia mí le molestó, según creo, desde temprana edad. No tenía carácter para hacer frente a aquella especie de competencia en que nos hallábamos y a la preferencia que su padre me dispensaba a menudo.

—No imaginaba que Darcy fuese tan malvado, pues aunque nunca me ha gustado, jamás he pensado de él tan mal. Había juzgado que despreciaba a la gente en general, pero no sospeché que llegara a tan maligna venganza, a tal injusticia, a semejante falta de humanidad. —Tras unos minutos de reflexión, añadió—: Recuerdo que un día se jactaba en Netherfield de lo implacable de sus sentimientos, de tener un carácter que no perdonaba. Debe de tener un temperamento terrible.

—Prefiero no calificarlo —replicó Wickham—; me resulta difícil ser justo con él.

Lizzy meditó de nuevo y exclamó:

—¡Tratar de semejante manera al ahijado, al amigo, al favorito de su padre! —Y podría haber añadido: «A un joven, además, como usted, cuyo solo aspecto revela su amabilidad», pero se limitó a decir—: Y a uno, además, que acaso haya sido su compañero de juegos en la infancia, y, según creo que me ha dicho, su amigo íntimo.

—Él y yo nacimos en la misma parroquia, pasamos juntos la mayor parte de nuestra juventud, viviendo en la misma casa, participando en los mismos juegos, siendo objeto de los mismos cuidados paternos. Mi padre comenzó ejerciendo la misma profesión que su tío, Mr. Philips, pero lo abandonó todo para ponerse a disposición de Mr. Darcy, y consagró su tiempo al cuidado de la hacienda de Pemberley. El difunto Mr. Darcy lo estimaba mucho, lo consideraba su mejor amigo



y confidente, por eso poco antes de fallecer mi padre le prometió que cuidaría de mí, y estoy seguro de que lo hizo tanto para pagar una deuda de gratitud como por afecto hacia mí.

—¡Qué extraño! —exclamó Lizzy—. Me asombra que el mismo orgullo de Mr. Darcy no le haya hecho ser justo con usted. Si no por otro motivo, por ser lo bastante orgulloso para ser honrado, ya que su proceder no es otra cosa que falta de honradez.

—Es raro, en efecto —dijo Wickham—, porque en casi todas sus acciones se revela el orgullo, y el orgullo ha sido siempre su mejor amigo. El orgullo ha ido unido a la virtud más que cualquier otro sentimiento. Pero en nuestro caso ninguno de los dos se atuvo a su carácter, y en su conducta para conmigo hubo impulsos más fuertes que el orgullo.

—¿Es posible que un orgullo tan abominable haya podido producir en él algún bien?

—Sí, con frecuencia lo ha arrastrado a ser generoso, a dar su dinero, a mostrarse hospitalario, a ayudar a sus arrendatarios, a socorrer al pobre. El orgullo de familia, orgullo de hijo, porque está muy orgulloso de lo que era su padre, lo han inducido a obrar así. El deseo de hacer ver que no desmerecía a su familia, que no disminuía en cuanto a popularidad ni perdía la influencia de la casa de Pemberley, ha sido su poderoso acicate. Tiene también una obsesión fraternal que, unida a una leve manifestación de cariño, lo ha convertido en amable y solícito tutor de su hermana. Más de una vez oirá usted que es tenido por el mejor hermano que puede haber.

—¿Qué tal clase de muchacha es Miss Darcy?

Él sacudió la cabeza.

—Desearía poder definirla como amable; me da pena hablar mal de un Darcy. Cuando niña era afectuosa y complaciente, y sentía gran afecto por mí, que he consagrado horas a su entretenimiento. Pero en la actualidad no representa nada para mí. Es una muchacha bella, entre los quince y los dieciocho años, y creo que muy bien educada. Desde la muerte de su padre ha residido en Londres con una señora que cuida de su educación.

Tras muchas pausas y muchos intentos de abordar otros asuntos, Lizzy no pudo impedir volver de nuevo al primer tema, diciendo:

—Estoy asombrada de la intimidad de Darcy con Mr. Bingley. ¿Cómo éste, que parece el buen humor en persona y que es, así lo creo, sincera y verdaderamente amable, puede ser amigo de semejante hombre? ¿Cómo pueden avenirse el uno con el otro? ¿Conoce usted a Mr. Bingley?

—No, en absoluto.

—Es un hombre encantador, afable y complaciente; no creo que sepa quién es Mr. Darcy en realidad.

—Probablemente lo ignore, pero Darcy puede mostrarse agradable cuando le conviene. No necesita esforzarse. Sabe ser compañero atractivo si piensa que eso vale el tiempo que emplee en ello. Entre quienes son sus iguales en posición es muy

distinto que con los inferiores. Su arrogancia jamás lo abandona, pero con el rico se muestra liberal, justo, sincero, razonable, honrado, incluso hasta agradable, a lo cual contribuyen su fortuna y su figura.

Una vez terminada la partida de *whist*, los jugadores se congregaron alrededor de la otra mesa, y Collins se situó entre su prima Lizzy y Mrs. Philips. Ésta le hizo las preguntas de rigor sobre el resultado del juego. No había tenido suerte, pero cuando la señora comenzó a expresar lo mucho que lo lamentaba, él le aseguró con la mayor gravedad que la cosa no revestía importancia, ya que consideraba poca cosa el dinero, y le suplicó que no se inquietase por ello.

—Sé muy bien, señora, que cuando uno se sienta ante una mesa de juego ha de someterse al azar, y, felizmente, no estoy en situación de conceder importancia a cinco chelines. Sin duda habrá muchos que no podrían decir lo mismo, pero gracias a lady Catherine de Bourgh estoy muy lejos de necesitar fijarme en tales pequeñeces.

Wickham dirigió entonces la atención a él, y tras observarlo por unos minutos, preguntó en voz baja a Lizzy si su pariente estaba muy relacionado con la familia De Bourgh.

—Lady Catherine de Bourgh —respondió ella— le ha concedido hace poco un beneficio eclesiástico. Ignoro quién lo recomendó, pero estoy segura de que no hace mucho que se conocen.

—Usted sabrá, con seguridad, que lady Catherine de Bourgh y lady Anne Darcy eran hermanas, y que, por consiguiente, aquélla es hoy día la tía de Mr. Darcy.

—No, no sabía nada de los parentescos de lady Catherine. Nunca había oído hablar de ella hasta anteayer.

—Su hija, Miss de Bourgh, poseerá una enorme fortuna, y dícese que ella y su primo unirán los dos patrimonios.

Esta noticia hizo sonreír a Lizzy, que se acordó de Miss Bingley. Vanas eran, en efecto, las atenciones de ésta, inútiles las alabanzas que dirigía a su hermana así como los elogios dedicados a él si Darcy estaba destinado a otra.

—Mr. Collins —añadió Lizzy— habla encomiosamente de Lady Catherine y de su hija, pero por algunos detalles que ha contado de Su Señoría, sospecho que la gratitud le engaña y que, a pesar de ser su protectora, se trata de una mujer arrogante y vanidosa.

—Opino que es ambas cosas —dijo Wickham—. Hace muchos años que no la veo, pero recuerdo muy bien que jamás me gustó y que sus modales eran dictatoriales e insolentes. Tiene fama de ser extremadamente perspicaz, y aun así pienso que parte de su talento proviene más bien de su rango y su fortuna; otra, de sus modales autoritarios, y el resto, la arrogancia de su sobrino, quien cree que cuantos se relacionan con él han de poseer una inteligencia privilegiada.

Lizzy confesó que se había expresado de manera muy razonable, y ambos continuaron hablando con satisfacción hasta que la cena puso fin a la partida de cartas y proporcionó a las demás mujeres parte de la atención de Wickham, cuya charla se

veía interrumpida por los comentarios de Mr. Philips, pero sus modales resultaron agradables a todas. Cuanto decía lo decía bien y cuanto hacía estaba bien hecho. Lizzy se marchó con la imagen de él profundamente grabada en su espíritu. No pudo pensar sino en Wickham y en cuanto éste le había dicho, mientras se dirigían a su casa; pero no tuvo ocasión de mencionar su nombre en todo el camino, pues ni Lydia ni Collins dejaron de hablar. Aquélla habló sin parar de sus pérdidas y ganancias en la lotería, y en cuanto a éste, ni por un instante dejó de elogiar la finca de los Philips, asegurar que no le hacían mella sus pérdidas en el *whist*, enumerar los platos de la cena y repetir varias veces lo molesto que debía de ser para sus primas soportar su verborrea, a pesar de lo cual continuó con ella hasta llegar a Longbourn.

Al día siguiente, Lizzy refirió a Jane su conversación con Wickham. Jane la escuchó con asombro e interés, no acertaba a creer que Darcy mereciese tan poca estimación de parte de Wickham y, no obstante, no dudaba de la veracidad de un joven de tan estimable aspecto. La mera posibilidad de que hubiera soportado tales crueldades era suficiente para afectarla profundamente, y por consiguiente no podía hacer otra cosa que pensar bien de los dos, defender la conducta de ambos y atribuir a casualidad o a error lo que no podía explicarse de otro modo.

—Los dos —decía— han sido engañados de una manera u otra, y es imposible que sepamos cómo. Es probable que alguna persona malintencionada los haya indispuerto mutuamente. En suma, no estamos en condiciones de conjeturar las causas o circunstancias que los han enemistado, sin que por ello ninguno de los dos sea culpable.

—Muy cierto; y ahora, querida Jane, ¿qué vas a decir en favor de esa persona interesada que por lo visto ha tomado cartas en el asunto? Justifícala también, o habremos de pensar mal de alguien.

—Ríete si quieres, pero no harás que cambie de opinión. Considera, queridísima Lizzy, en qué desgraciada situación se hallaría Mr. Darcy si fuese cierto que ha tratado de semejante modo al favorito de su padre, a quien había prometido cuidar. No es posible. Nadie de mínimos sentimientos humanitarios, y menos aún consciente de su propia reputación, puede ser capaz de ello. ¿Es posible que sus más íntimos amigos vivan tan engañados respecto a él? ¡Oh, no!

—Creería que Mr. Bingley estaba enterado antes de pensar que Mr. Wickham puede haber inventado tal historia. Anoche me refirió nombres, hechos, y todo sin rodeos. Si lo que ha dicho no es cierto, que lo refute Mr. Darcy. Además, su mirada revelaba que no mentía.

—Es un caso difícil y desconcertante. No sé qué pensar.

—Yo, en cambio, sí sé qué pensar —replicó Lizzy.

Pero Jane sólo podía dar por cierta una cosa: que si Bingley estaba al corriente sufriría mucho cuando el asunto se hiciese público.

Las dos fueron sorprendidas en el jardín, donde conversaban, por la llegada de algunas de las personas de quienes hablaban: Bingley y sus hermanas. Venían a invitarlas personalmente al baile de Netherfield, tan esperado desde hacía tiempo, y que se había fijado para el martes siguiente. Las dos Bingley se congratularon de volver a ver a su amiga y le preguntaron, como de pasada, qué había hecho desde su partida. Al resto de la familia dedicaron escasos cumplidos, huyendo de Mrs. Bennet todo lo posible, hablando poco con Lizzy y nada con las demás. Se marcharon pronto, lo cual sorprendió a su hermano y haciendo todo lo posible para librarse de las cortesías de Mrs. Bennet.

La perspectiva del baile de Netherfield colmaba de alegría a todas las mujeres de la familia. Mrs. Bennet lo consideró un obsequio dedicado a su hija mayor, y se jactaba de modo especial de haber recibido la invitación del propio Bingley, no por medio de ceremoniosa tarjeta. Jane fantaseaba sobre una velada feliz en compañía de sus amigas y las atenciones del hermano de éstas, y Lizzy pensaba con deleite en bailar mucho con Wickham y en la certeza de confirmar la consabida historia en las miradas y conducta de Darcy. La dicha que se prometían Kitty y Lydia era más independiente de determinados sucesos y personas, porque aunque ambas pensaban, al igual que Lizzy, bailar con Wickham la mitad de la noche, no era la única pareja que podía satisfacerlas, y de todos modos, un baile era un baile. Hasta Mary aseguró a su familia que no le desagradaba.

—Mientras pueda disponer de las mañanas para mí —dijo— es suficiente. No supone un sacrificio participar, de vez en cuando en esa clase de veladas. La sociedad nos reclama a todos, y considero que a nadie viene mal un poco de recreo y diversión.

Tan animada estaba Lizzy en aquellos momentos, que, aun cuando no le gustaba conversar con Collins, no pudo evitar preguntarle si proyectaba aceptar la invitación de Bingley y si tendría inconveniente en concurrir al baile. Quedó sorprendida cuando él, sin ninguna clase de escrúpulo ni temor a reproche alguno del arzobispo o lady Catherine, respondió que aceptaba la invitación.

—Te aseguro que de ninguna manera creo que los bailes de ese género, ofrecidos por un joven respetable a personas igualmente respetables, puedan tener nada de malo, y tan lejos estoy de censurar el baile, que espero verme honrado con la mano de todas mis bellas primas durante la velada; y así, aprovecho esta oportunidad para solicitar la de Lizzy para las dos primeras piezas en especial, preferencia que confío mi prima Jane comprenda que no es falta de consideración para con ella.

Lizzy se vio comprometida. Se había propuesto quedar de acuerdo con Wickham para esos mismos bailes, ¡y tendría que bailar con Collins! Su propia pregunta la había condenado. La felicidad de Wickham y la suya propia tendrían que aplazarse, y aceptó la proposición de Collins de tan buen talante como le fue posible. Y no dejó de sentirse menos contrariada al pensar que la galantería tal vez ocultase algo más. Entonces se le ocurrió que quizá ella fuese la elegida entre las hermanas para ser señora de la abadía de Hunsford y ayudar a completar la mesa de cuatrillo de Rosings en ausencia de más escogidos visitantes. La idea se convirtió pronto en convicción cuando observó que Collins se mostraba cada vez más pródigo en elogios hacia ella por su ingenio y vivacidad; y aunque más asombrada que contenta por el efecto de sus encantos, no pasó mucho sin que su madre le diera a entender que la posibilidad de su matrimonio le era extremadamente grata. Lizzy, no obstante, no quiso darse por aludida, ya que estaba convencida de que si replicaba daría origen a una seria disputa. Collins tal vez no hiciera nunca tal proposición, y aunque la hiciese era inútil pelear hasta que no llegase el momento.

Si no hubiera sido por los preparativos para asistir al baile en Netherfield y por hablar constantemente del mismo, la menor de las Bennet se habría visto en situación bien desgraciada, porque desde el día de la invitación sobrevino tal racha de lluvias que impidió ir a Meryton una sola vez. No se pudo ver a la tía, ni a los oficiales, ni andar a la caza de noticias, y aun los preparativos para Netherfield tuvieron que procurárselos por encargo. Incluso Lizzy hubo de ver con paciencia cómo su relación con Wickham se veía interrumpida, y nada inferior al baile del martes habría hecho soportable a Kitty y Lydia un viernes, sábado, domingo y lunes como aquéllos.

Hasta que Lizzy entró en el salón de Netherfield y buscó en vano a Wickham entre el grupo de oficiales de casaca roja, jamás se le había ocurrido dudar de que estaría presente. La seguridad de hallarlo no se había visto contrariada por ningún recuerdo que pudiera, no sin razón, haberla alarmado. Se había vestido con más esmero que de ordinario y preparado interiormente para conquistar su corazón definitivamente. Pero de pronto la asaltó la terrible sospecha de que, por deferencia a Darcy, Bingley hubiese eliminado a Wickham de la lista de invitados, y aunque el caso no era ése, su ausencia le fue comunicada por Mr. Denny, a quien Lydia se dirigió ansiosa, y el cual dijo que el día anterior Wickham se había visto obligado a ir a la capital por asuntos de negocios y que aún no había regresado; con una sonrisa significativa, añadió:

—No creo que sus negocios lo hubiesen reclamado hoy precisamente si no hubiera deseado evitar aquí a cierto caballero.

El sentido de estas palabras no fue comprendido por Lydia, pero sí por Lizzy, y cuando ésta se aseguró de que Darcy era responsable de la ausencia de Wickham, todos sus sentimientos de desagrado hacia aquél se exacerbaron de tal modo que apenas pudo contestar con cortesía a las finas preguntas que él le dirigió poco después. Ser atenta con Darcy significaba injuriar a Wickham. Decidió que evitaría dirigirle la palabra y ni siquiera se esforzó por simular su mal humor al hablar con Bingley, cuya ciega parcialidad le irritaba.

Pero Lizzy no estaba hecha para permanecer enfadada por mucho tiempo, y aunque todos sus proyectos sobre la velada quedaban esfumados, consiguió muy pronto reponerse, y así, tras comunicar su pesadumbre a Charlotte Lucas, a quien no había visto en una semana, le habló de las rarezas de su primo y acabó por presentárselo. Pero los dos primeros bailes volvieron a sumirla en la aflicción. Fueron bailes mortificantes. Collins, torpe y solemne, disculpándose en lugar de fijarse, y moviéndose a destiempo, hizo que se sintiera todo lo disgustada y avergonzada que una muchacha puede sentirse ante una pareja molesta. El momento de verse libre de él la hizo feliz. Bailó la pieza siguiente con un oficial, con quien tuvo la alegría de hablar de Wickham y oír que era estimado por todos. Cuando terminó regresó junto a Charlotte y se puso a conversar con ella, cuando de repente Darcy la sorprendió pidiéndole un baile, hasta el punto que, sin percatarse de lo que hacía, se lo concedió. Él se marchó enseguida, y ella quedó disgustada consigo mismo por su falta de presencia de ánimo. Charlotte trató de consolarla.

—Estoy convencida de que lo encontrarás muy agradable.

—¡No lo quiera el Cielo! ¡Ésa sería la mayor desgracia! ¡Encontrar agradable a un hombre a quien se ha decidido odiar! No me desees semejante mal.

Cuando se reanudó la danza y Darcy se aproximó a ellas, Charlotte no pudo evitar recomendar a su amiga, en susurros, que no fuese tonta ni permitiese que el recuerdo

de Wickham la hiciera parecer desagradable a los ojos de un hombre que valía diez veces más que aquél. Lizzy no contestó y ocupó su sitio, confusa y maravillada de haber ascendido a la categoría de acompañante de Darcy, sorpresa que pudo leer en la expresión de quienes la contemplaban. Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase palabra, y ella comenzaba a imaginar ya que su silencio se prolongaría, resuelta en principio a no romperlo, cuando de pronto, pensando que el mayor castigo para su pareja sería obligarle a hablar, hizo cierto comentario sin importancia sobre la velada. Él contestó y quedó otra vez callado. Tras una pausa de algunos minutos, Lizzy se dirigió a él por segunda vez, diciendo:

—Ahora es su turno, Mr. Darcy. Yo he hablado sobre la velada y a usted le corresponde hacer alguna observación sobre las dimensiones de la sala o el número de parejas.

Él sonrió y le aseguró que diría lo que ella quisiese.

—Muy bien. Esa respuesta es suficiente por el momento. Acaso a continuación pueda comentar que los bailes particulares son más agradables que los públicos; pero por ahora podemos seguir callados.

—¿Suele usted hablar cuando baila?

—En ocasiones. Es preciso hablar un poco, pues de lo contrario parecería extraño estar juntos en silencio durante media hora; pero, en beneficio de algunos, la conversación debería desarrollarse de modo que se diga lo menos posible.

—¿Se refiere usted en eso a sus propios sentimientos o piensa que complace los míos?

—Las dos cosas —contestó Lizzy con ingenio—; porque he comprobado que nuestros temperamentos se parecen. Ambos somos insociables, taciturnos, enemigos de hablar a menos que esperemos decir algo que deje boquiabierto a quien escucha y pase a la posteridad con el brillo de un proverbio.

—Estoy seguro de que ésa no es una definición de su carácter. En cuanto a lo que su descripción pueda parecerse al mío, es algo que no confesaré. Usted, sin embargo, lo juzga fiel retrato.

—No soy quién para juzgar mis propias obras.

Él no contestó, y llevaban camino de permanecer de nuevo en silencio hasta que concluyese el baile, cuando le preguntó si ella y sus hermanas iban a menudo a Meryton. Ella contestó afirmativamente, e incapaz de resistir a la tentación, añadió:

—Cuando el otro día nos encontró usted acabábamos precisamente de hacer una nueva amistad.

El efecto fue inmediato. Una expresión de arrogancia ensombreció las facciones de Darcy, pero éste no dijo una palabra, y Lizzy, aun culpándose por su propia debilidad, no osó proseguir. Al fin, Darcy habló, y de modo forzado dijo:

—Mr. Wickham está dotado de tan gratos modales, que no le resulta difícil hacer amigos. Menos seguro es que sea igualmente capaz de conservarlos.



—Ha tenido la desgracia de perder la amistad de usted —replicó Lizzy con énfasis—, y de tal modo que habrá de lamentarlo siempre.

Darcy no contestó y pareció deseoso de cambiar de tema. En aquel momento sir William Lucas se acercaba con la intención de cruzar por aquel sitio el salón, pero al ver a Darcy se detuvo y tras inclinarse ante él, lo felicitó por lo bien que bailaba y la pareja que tenía.

—He tenido sumo placer, estimado señor. Tan excelente modo de bailar no se ve con frecuencia. Queda claro que pertenece usted a la más alta sociedad. Permítame decirle, además, que su bella pareja también lo hace maravillosamente y que espero gozar repetidas veces del placer de verlos bailar, en especial cuando un acontecimiento en verdad deseable, querida Lizzy —dijo mirando a Jane y a Bingley—, se produzca. ¡Cuánta dicha ha de proporcionarnos! Apelo a Mr. Darcy, pero no quiero interrumpir, señor mío, la encantadora conversación de esta señorita, cuyos grandes ojos me amonestan con severidad.

La última parte del discurso apenas fue escuchada por Darcy, pero la alusión de sir William a su amigo pareció impresionarle sobremanera, y dirigió la mirada con expresión de seriedad hacia Bingley y Jane, que bailaban juntos. Sin embargo, se repuso pronto y volviéndose hacia Lizzy, dijo:

—La interrupción de Sir William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando.

—Yo tampoco lo recuerdo. No ha podido sir William interrumpir a dos personas en este salón que tuvieran menos que decirse. Hemos tratado ya, sin resultado, de dos o tres cosas, y no acierto a imaginar de qué podríamos hablar.

—¿Qué piensa usted de los libros? —preguntó él entre risas.

—¡Los libros! Estoy segura de que nunca leemos los mismos, o por lo menos con idénticos sentimientos.

—Lamento que lo crea así, pues al menos nos proporcionaría tema de conversación. Podríamos comparar nuestras respectivas opiniones.

—No, no puedo hablar de libros en un salón de baile, donde mi cabeza está siempre llena de otras cosas.

—En tales circunstancias siempre le preocupa el presente, ¿no es verdad? —dijo él con una sonrisa que revelaba cierta duda.

—Sí, siempre —contestó ella sin saber lo que decía, pues su pensamiento había volado lejos, según reveló después al exclamar repentinamente—: Recuerdo haberle oído decir en una ocasión que usted casi nunca perdonaba, que su resentimiento era implacable. Supongo, pues, que será muy cauto respecto de lo que puede provocarlo.

—Lo soy —respondió él con firmeza.

—¿Y nunca permite que algún prejuicio lo ciegue?

—Creo que no.

—Los que jamás cambian de opinión deben asegurarse de juzgar bien al principio.

—¿Puedo preguntar qué intenta con esas preguntas?

—Sencillamente, desentrañar su carácter —respondió ella tratando de reprimir un tono grave—. Estoy tratando de descifrarlo.

—Y ¿cuál es el resultado?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo consigo. Oigo tan encontradas opiniones sobre usted que me siento confusa.

—Reconozco —dijo él con gravedad— que las opiniones sobre mí difieren mucho, y desearía, Miss Bennet, que no intentase usted estudiar mi carácter, pues tengo razones para pensar que no favorecerá a nadie.

—Es que si no lo consigo ahora, es posible que no vuelva a tener ocasión de hacerlo.

—No querría en modo alguno demorar sus deseos —replicó él fríamente.

Ella no dijo nada, y terminado el baile se separaron en silencio, disgustados ambos, aunque no en igual grado, porque en el pecho de Darcy anidaba un poderoso sentimiento hacia ella, y de pronto la perdonó, dirigiendo toda su ira contra otra persona.

No hacía mucho que se habían separado, cuando Miss Bingley se acercó a Lizzy y, con expresión de cortesía y desdén a la vez, le habló así:

—¡Vaya, Lizzy! He oído que está usted encantada con George Wickham. Su hermana ha estado hablándome de ello y haciéndome preguntas, y creo que ese joven olvidó decirle, entre lo que le comunicó, que era hijo del anciano Wickham, el último administrador de Mr. Darcy. Permítame usted, sin embargo, recomendarle como amiga que no crea todas sus afirmaciones, porque en cuanto a que Mr. Darcy le haya tratado mal, es una falsedad, pues, por el contrario, siempre ha sido muy amable con él, aunque George Wickham se haya conducido del modo más infame. No conozco los pormenores, pero sé muy bien que Mr. Darcy no ha hecho nada censurable. Es cierto que no soporta oír hablar de George Wickham, y que, aun opinando mi hermano que no podía evitar incluirlo en su lista de invitados, se alegró mucho al saber que se había marchado. El que haya venido a este condado es una verdadera insolencia, y no comprendo que se haya atrevido a hacerlo. La compadezco, Lizzy, por este descubrimiento de la maldad de su admirado Mr. Wickham, pero en realidad, considerando su origen, nada mejor podría esperarse de él.

—Por lo visto, su culpa y su origen le parecen a usted lo mismo —dijo Lizzy, enfadada—, porque no la he oído acusarlo de nada peor que de ser hijo del administrador de Mr. Darcy, y de eso, se lo aseguro a usted, él mismo me informó.

—Perdóneme —contestó Miss Bingley con tono burlón—; dispense mi intromisión; la intención era buena.

¡Insolente!, se dijo Lizzy. Estás muy equivocada si piensas influir en mí con tan mezquino ataque. No veo en él sino tu terca ignorancia y la malicia de Mr. Darcy.

Entonces miró a su hermana mayor, quien se había arriesgado a interrogar a Bingley sobre el mismo asunto, y Jane le contestó con una mirada tan complaciente, con una expresión tan feliz, que ponía de manifiesto lo satisfecha que estaba con lo ocurrido en aquella velada. Lizzy leyó al instante en su rostro tales sentimientos, y su solicitud por Wickham, su resentimiento contra los enemigos de éste, y todo lo demás desapareció ante la esperanza de que Jane había encontrado la senda de la felicidad.

—He de saber —dijo con semblante no menos risueño que el de su hermana— qué has oído acerca de Mr. Wickham. Pero acaso hayas estado demasiado gratamente ocupada para pensar en otra persona, y en tal caso puedes estar segura de que lo comprendo.

—No —repuso Jane—, no lo he olvidado; pero no tengo nada satisfactorio que comunicarte. Bingley no conoce toda la historia, e ignora las circunstancias que de modo particular ofendieron a Mr. Darcy. Sin embargo, garantiza la buena conducta, la probidad y la honradez de su amigo, y está firmemente convencido de que Mr. Darcy ha merecido de Mr. Wickham muchas menos atenciones de las que ha recibido, y lamento agregar que, según él y su hermana, Mr. Wickham no es un caballero respetable. Temo que sus imprudencias le hicieron perder la estima de Mr. Darcy.

—¿Conoce personalmente Bingley a Wickham?

—No, nunca lo había visto hasta la otra mañana, en Meryton.

—Entonces, todo eso es lo que a él le ha dicho Darcy. Estoy satisfecha por completo. Pero ¿qué dice él del beneficio eclesiástico?

—No recuerda con exactitud las circunstancias, aunque más de una vez las ha oído de boca de su amigo, pero cree que sólo le fue legado condicionalmente.

—No dudo de la sinceridad de Mr. Bingley —dijo con vehemencia Lizzy—, pero sus afirmaciones no bastan para convencerme. La defensa que hace de su amigo es muy hábil; no obstante, como desconozco varias partes de la historia y sólo conozco el resto por él, mi opinión acerca de ambos seguirá siendo la misma.

En este punto, cambiaron de tema de conversación por otro más grato para ambas en el que no cabía diferencia de sentimientos. Lizzy escuchó con gusto las felices aunque modestas esperanzas que Jane abrigaba respecto a Bingley, y trató de animarla a fin de aumentar su confianza. Al unírseles el propio Bingley, Lizzy se dirigió a Miss Lucas, a cuyas preguntas sobre la opinión que le merecía su última pareja apenas pudo contestar antes de que se presentase Collins diciéndoles, con el mayor júbilo, que había tenido la fortuna de hacer el más importante descubrimiento.

—He descubierto —dijo—, por una singular casualidad, que en este mismo salón se encuentra un pariente próximo de mi protectora. Me he complacido en escuchar que el propio caballero mencionaba a la joven dama que honra esta casa los nombres de su prima, Miss de Bourgh y de la madre de ésta, lady Catherine. ¡De qué modo tan maravilloso ocurren estas cosas! ¡Cómo habría podido imaginar que iba a encontrarme con un sobrino de lady Catherine de Bourgh en esta reunión! Estoy feliz de haber hecho el descubrimiento a tiempo de poder ofrecer mis respetos a ese

caballero, lo que voy a hacer ahora mismo, y confío en que me perdone por no haberlo hecho antes. Mi absoluto desconocimiento del parentesco me eximirá de toda culpa.

—¿Te presentarás tú mismo a Mr. Darcy?

—Por supuesto que sí. Le pediré perdón por no haberlo hecho con anterioridad. Creo que es sobrino de lady Catherine. Podré comunicarle que su distinguida tía se encontraba muy bien la otra noche.

Lizzy intentó en vano disuadirlo de dar un paso tan inconveniente, asegurándole que Darcy iba a considerar el que se dirigiese a él sin previa presentación como una impertinencia más bien que como un cumplido a su tía; que no había la menor necesidad de que se conocieran, y aun habiéndola, correspondía a Darcy, por ser superior en categoría, iniciar la relación. Collins la escuchó, decidido a seguir su propia inclinación, y cuando cesó de hablar, contestó:

—Lizzy, tengo la más elevada opinión de tu excelente juicio en toda clase de asuntos, como corresponde a tu inteligencia, pero permíteme manifestarte que ha de mediar gran diferencia entre las fórmulas de ceremonia establecidas para los legos y las referentes a los clérigos. Debes saber que considero esta profesión comparable, en cuanto a dignidad, al más alto rango del reino, con tal de que quien la posea guarde, al mismo tiempo, una conducta apropiadamente humilde. Habrás de permitirme, pues, seguir en esta ocasión los dictados de mi conciencia, que me impulsan a llevar a cabo lo que considero un deber. Perdóname, pues, el que no haga caso de tus advertencias, que en todos los demás asuntos serán mi guía constante, y por creer que en este caso soy más apto que una joven como tú, por educación y por estudio, para decidir qué debe hacerse.

Y con una profunda inclinación la dejó, dirigiéndose hacia Darcy, que al instante manifestó su sorpresa al verse abordado por aquel desconocido. Lizzy observaba la escena con ansiedad. Collins inició la presentación con una solemne cortesía, y aunque Lizzy no podía oírlo, experimentó los mismos sentimientos que si lo oyera, advirtiéndolo, por el movimiento de labios, que pronunciaba las palabras «disculpa», «Hunsford» y «lady Catherine». La irritaba ver a su primo quedar en ridículo de aquel modo. Darcy observaba azorado a su interlocutor, y cuando éste, por fin, le dio lugar para hablar, contestó con aire de fría cortesía. Pero Collins no se desanimó, y habló de nuevo, y el desprecio de Darcy pareció aumentar debido a la duración del segundo discurso, y así, al final no hizo sino una ligera inclinación y se marchó a otro lugar. Entonces Collins regresó adonde estaba Lizzy.

—Te aseguro —le dijo— que no tengo motivos para quedar descontento del recibimiento. Mr. Darcy parecía muy complacido por mi atención. Me ha contestado con la mayor finura, y hasta me hizo el cumplido de decir que estaba tan convencido del buen juicio de Lady Catherine que daba por seguro que jamás dispensaría un favor sin que se mereciera. Ésa ha sido, en verdad, una idea hermosa. En resumen, quedo muy satisfecho de él.

Como Lizzy no tenía el menor interés en proseguir, consagró su atención casi por entero a su hermana y a Bingley, y el cúmulo de reflexiones agradables a que dieron lugar sus observaciones hicieron que se sintiera tan dichosa como Jane. Le parecía verla establecida en aquella misma casa, gozando de la dicha que proporciona un matrimonio por verdadero amor, y se sintió capaz, en tales circunstancias, hasta de procurar que le agradasen las dos hermanas de Bingley. Con facilidad adivinó que los pensamientos de su madre iban por el mismo camino, y decidió no aventurarse a acercarse a ella, por miedo a escuchar demasiadas cosas. Por eso, cuando se sentaron a cenar, consideró la mayor de las desgracias el que las colocaran juntas, y le disgustó profundamente ver que su madre hablaba libre y abiertamente a lady Lucas sólo de su esperanza de que Jane se casara pronto con Bingley, matrimonio que no podía por menos que proporcionar ventajas a su familia por tratarse de un joven encantador y, sobre todo, rico que, además, residía a sólo tres millas de Longbourn. Agregó que, por otra parte, era muy grato observar cuánto apreciaba Jane a las dos hermanas, quienes, a no dudar, habrían de ansiar la unión tanto como ella misma. Por otra parte, ese casamiento significaba una grata expectativa para las hermanas menores de Jane, pues podría conducir las a encontrar otros hombres ricos; y, por fin, era tanto más grato a su edad, en que podía confiar el cuidado de sus hijas solteras a la hermana mayor, con lo que no se vería obligada a buscar más compañía que la que prefiriese. Preciso era considerar esta circunstancia como motivo de alegría, porque es de rigor en casos semejantes; pero lo cierto es que a nadie apetecía menos que a Mrs. Bennet permanecer en casa, por más edad que tuviese. Concluyó deseando a lady Lucas la misma suerte para su hija, aunque por el aire de triunfo con que lo dijo, estaba claro que lo dudaba.

En vano Lizzy procuró reprimir el torrente de palabras de su madre y persuadirla de describir su felicidad de manera más moderada, porque para mayor contrariedad, advirtió que Darcy, sentado frente a ellas, la escuchaba. Su madre no hacía sino regañarla por necia.

—Dime, ¿quién es Mr. Darcy para que deba temerle? No le debemos ninguna atención especial que nos impida decir lo que queremos, aunque no sea de su agrado.

—¡Por Dios, mamá, habla más bajo! ¿Qué ventaja puede reportarte ofender a Mr. Darcy? ¿Quieres que su amigo te considere antipática por proceder así?

Pero nada de cuanto dijo surtió efecto. Su madre siguió manifestando sus ideas con el mismo tono, y Lizzy se ruborizaba cada vez más de vergüenza e indignación. No podía evitar mirar con frecuencia a Darcy, aunque cada mirada la convenciera aún más de lo que temía, pues si bien no siempre miraba él a su madre, estaba segura de que tenía su atención fija en ellas. La expresión de su rostro iba del desprecio y la indignación a una gravedad fría y circunspecta.

Pero al cabo Mrs. Bennet no tuvo más que decir acerca del tema, lady Lucas, que había estado bostezando mientras escuchaba el relato de una dicha en que no veía posibilidad de participar, se entregó a los placeres del pollo y el jamón frío. Entonces

comenzó Lizzy a sentirse más tranquila, pero no por mucho tiempo, pues al acabar la cena se habló de cantar y se sintió mortificada al ver que Mary, tras muy escasas súplicas, se disponía a dejarse oír en la reunión. Con muy significativas miradas y callados ruegos trató de impedir esa muestra de complacencia, pero fue en vano. Mary no quiso darse por enterada; no estaba dispuesta a desaprovechar una oportunidad como aquélla.

Comenzó el recital. Lizzy no apartaba los ojos de ella, esperando con angustia el resultado de la primera canción, con la esperanza de que su hermana no acometiera otra. Pero Mary interpretó los aplausos de la concurrencia como una invitación a volver a cantar, y así lo hizo tras una pausa de medio minuto. Las facultades de Mary no eran las adecuadas para semejante exhibición, y su voz pronto comenzó a debilitarse y sus modales a resultar afectados. Lizzy estaba desesperada. Miró a Jane para ver cómo sobrellevaba aquello, pero ésta hablaba con Bingley, muy tranquila. Miró a sus otras dos hermanas y las vio haciéndose guiños entre sí; miró a Darcy y encontró que su gesto era imperturbable. Miró por fin a su padre, implorándole que evitara que Mary se pasase cantando toda la noche. Él advirtió su expresión, y cuando Mary hubo acabado su segunda canción, le dijo en alta voz:

—Está bien, hija mía. Ya nos has entretenido bastante; deja ahora que otras jóvenes se luzcan.

Aunque aparentó no oír, Mary quedó algo desconcertada. Lizzy, apenada por ella y por las palabras de su padre, pensó que su ansiedad no había resultado provechosa. Se pidió que cantara a otro de los presentes.

—Si yo tuviera la fortuna de ser apto para el canto —dijo Collins—, estoy seguro de que me gustaría obsequiar a la concurrencia ejecutando algún aire, pues considero que la música es una distracción inocente y compatible con la profesión de clérigo. Pero no quiero afirmar que podamos justificar el empleo de parte de nuestro tiempo con la música, porque hay cosas, en verdad, más importantes. El rector de una parroquia tiene mucho que hacer. En primer lugar, ha de establecer un convenio de diezmos que, siendo beneficioso para él, no sea gravoso para su protector. Ha de escribir sus sermones, y el tiempo que le reste no será excesivo para atender a su misión parroquial y al cuidado y mejora de los habitantes de su propia casa, cuya vida ha de procurar hacer todo lo confortable que pueda. Y no tengo por cosa de poca monta el que posea modales atentos y conciliadores con todo el mundo, en especial con aquellos a quienes tiene a su cargo. No puedo dispensarlo de semejante deber ni pensar bien de quien prescinda de cualquier ocasión que se ofrezca para testimoniar sus respetos a cualquier pariente de sus bienhechores.

Y con una reverencia a Darcy acabó su discurso, pronunciado en voz tan alta que lo oyó la mitad de los presentes. Unos se miraron mutuamente, otros sonrieron, pero ninguno se mostró tan risueño como Mr. Bennet, mientras su esposa ponderaba a Collins por haberse expresado de manera tan delicada, haciendo notar a Lady Lucas que su pariente era un joven de inteligencia privilegiada.

A Lizzy le pareció que si hubieran contratado a todos los de su familia para ponerse en evidencia cuanto les fuera posible durante la velada, no habrían podido desempeñar sus papeles con más ingenio y mejor resultado; y daba gracias porque a Bingley y a su propia hermana les hubiese pasado inadvertida buena parte de semejante escena, y porque los sentimientos de él no se vieses modificados por las locuras que tenía que presenciar. Pero el que las dos hermanas de él y Darcy tuvieran tal oportunidad de ridiculizar a su pariente, era ya bastante desgracia, y no pudo determinar qué era más intolerable, si el silencioso desprecio de éste o las insolentes sonrisas de aquéllas.

El resto de la velada le proporcionó escasa distracción. Se vio atormentada por Collins, que continuaba, perseverante, a su lado y que, aun sin lograr bailar de nuevo con ella, le impidió que bailase con los otros. En vano le suplicó que alternase con alguno de los presentes, y en vano se ofreció a presentarle a algunas jóvenes. Él le aseguró que el baile le importaba muy poco, que su principal preocupación era colmarla de delicadas atenciones, y que por eso se proponía permanecer a su lado durante toda la velada. Lizzy contaba, afortunadamente, con la presencia de su amiga, Miss Lucas, quien, llevada de su buen temperamento, desvió hacia sí la conversación de Collins.

Por lo menos se vio libre de la molestia de Darcy; pues aun estando a poca distancia y sin hablar con nadie, no se aproximó lo bastante para conversar. Ella creyó que se debía al modo en que había aludido a Wickham, y se alegró de que así fuera.

El grupo de Longbourn fue el último en marcharse. Por una treta de Mrs. Bennet tuvieron que esperar el coche un cuarto de hora después de haberse ido los otros, y eso les dio tiempo para comprobar hasta qué punto algunos de los Bingley deseaban verlos lejos. Mrs. Hurst y su hermana apenas si abrieron la boca, excepto para quejarse de cansancio, y se las veía impacientes por encontrarse solas en su casa. Rechazaron todo intento de conversación por parte de Mrs. Bennet, lo que produjo cierto sopor en todos, apenas mitigado por los ampulosos discursos de Collins felicitando a Bingley y a sus hermanas por las excelencias de su fiesta y por su hospitalidad y finura en el trato a sus invitados. Darcy no dijo absolutamente nada. Mr. Bennet, igualmente silencioso, disfrutaba con la escena; Bingley y Jane siguieron juntos, algo separados del resto, y charlando animadamente; Lizzy permaneció en silencio, como Mrs. Hurst o Miss Bingley; y hasta Lydia estaba demasiado fatigada para pronunciar otra frase que: «¡Dios mío, qué cansada estoy!», acompañada de un sonoro bostezo.

Cuando por fin se levantaron para despedirse, Mrs. Bennet insistió con mucha cortesía en su deseo de ver pronto en Longbourn a toda la familia, dirigiéndose en especial a Bingley, para asegurarle lo dichosos que se sentirían si acudían alguna vez, sin la ceremonia de una invitación formal. Bingley se mostró satisfecho, y al instante

se comprometió a visitarlos apenas regresase de Londres, adonde se veía forzado a ir al día siguiente por poco tiempo.

Mrs. Bennet estaba encantada, y abandonó la casa con la grata persuasión de que, aun concediendo el tiempo preciso para los preparativos de instalación, compra de nuevos coches y trajes de boda, tendría a su hija establecida en Netherfield al cabo de tres o cuatro meses. Con idéntica seguridad pensaba tener otra hija casada con Collins, aunque no con igual alegría. Lizzy distaba mucho de ser su hija preferida, y por más que el pretendiente y el casamiento fueran bastante buenos para ella, el valor de ambas cosas quedaba eclipsado ante Bingley y Netherfield.



Al día siguiente tuvo lugar en Longbourn una nueva escena: Collins se declaró formalmente. Tras decidir hacerlo sin pérdida de tiempo, puesto que su permiso se extendía sólo hasta el sábado siguiente y puesto que no abrigaba sentimientos de desconfianza, se puso a ello con toda la circunspección que él suponía había de contribuir al feliz éxito de su empresa. Así, como después del almuerzo encontrase juntas a Mrs. Bennet, a Lizzy y a una de las menores, se dirigió a la primera en estos términos:

—¿Puedo confiar en que accedas, dado tu interés por tu bella hija Lizzy, si solicito el honor de una entrevista a solas con ella esta mañana?

Antes de que Lizzy hubiera tenido tiempo para otra cosa que sonrojarse de sorpresa, Mrs. Bennet contestó de inmediato:

—¡Oh, querido, por supuesto! Estoy segura de que Lizzy se tendrá por dichosa. Ven, Kitty, te necesito arriba.

Y cogiendo su labor se apresuró a partir, mientras Lizzy exclamaba:

—Querida mamá, te suplico que no te vayas. Nuestro primo nada tiene que decirme que tú no puedas escuchar. De lo contrario, yo también me marcharé.

—No hagas tonterías, hija. Deseo que te quedes aquí. —Y al ver que Lizzy, apenada y azorada, de verdad se disponía a marcharse, añadió—: Insisto en que te quedes y escuches lo que Collins tiene que decirte.

Lizzy no pudo oponerse al mandato, y cuando tras un instante de reflexión le hizo saber que sería más prudente que lo que tuviese que ocurrir ocurriera cuanto antes, volvió a sentarse, tratando de ocultar sus sentimientos que oscilaban entre la pena y el deseo de echarse a reír. Mrs. Bennet y Kitty se marcharon, y en cuanto eso ocurrió Collins comenzó:

—Creo, querida Lizzy, que tu modestia, lejos de perjudicarte, se suma a tus otras perfecciones. Habrías sido menos amable a mis ojos si no hubieras mostrado renuencia, pero permíteme asegurarte que tengo permiso de tu respetable madre para esta entrevista. Apenas podrás dudar del objeto de mi discurso, pero tu natural delicadeza acaso te lleve a disimularlo, mis intenciones son demasiado claras para dar lugar a error. Prácticamente desde que entré en esta casa te escogí como compañera de mi futura vida. Pero antes de hablar de mis sentimientos quizá sea mejor para mí apuntar las razones que tengo para casarme, y más aún para venir al condado de Hertford deseoso de tomar esposa, como en efecto he hecho.

El que Collins hubiese expuesto su pretensión con tanta solemnidad, casi hizo reír a Lizzy, quien no pudo aprovechar la corta pausa que le concedió para intentar detenerlo, de modo que él continuó:

—Mis razones para casarme son: primero, que tengo por obligación de todo clérigo en circunstancias favorables (como son las mías) dar ejemplo de matrimonio

en su parroquia; segundo, que estoy convencido de que eso contribuirá poderosamente a mi felicidad; y tercero (lo que acaso debería haber mencionado antes), que el hacerlo es advertencia y recomendación particular de la muy noble dama a quien tengo el honor de llamar mi protectora. Dos veces se ha dignado darme su opinión, aun cuando no se lo pedí, sobre ese punto; y el mismo sábado último por la noche, antes de abandonar Hunsford, durante nuestra partida de cuatrillo, y mientras Mrs. Jenkinson arreglaba el taburete de Miss de Bourgh, me dijo: «Señor Collins, tiene usted que contraer matrimonio. Un clérigo como usted debe estar casado. Elija usted bien, elija una verdadera señorita, por lo que a mí toca; y por lo que a usted atañe, procure que sea atractiva, hacendosa, sin pretensiones, pero capaz de saber emplear bien ingresos modestos. Ése es mi consejo. Busque usted esa mujer lo mejor que pueda, tráigala a Hunsford y la visitaré.» Permítame de paso observar, mi bella prima, que no estimo como la menor de las ventajas que están en mi mano contar con la atención y la bondad de lady Catherine de Bourgh. Tendrás ocasión de juzgar su carácter y sus exquisitos modales, y comprobar que son más exquisitos de lo que yo acertara a describir, y creo que tu ingenio y tu viveza serán bien acogidos, especialmente al templarse con el respeto y la humildad que su rango impone inevitablemente. Todo esto en cuanto a mis propósitos de matrimonio, en general; resta por decir por qué me he dirigido a Longbourn en lugar de permanecer en mi propia parroquia, donde hay muchas jóvenes amabilísimas. Pues el hecho es que siendo como soy el heredero de esta hacienda cuando tu honorable padre fallezca, y que conste que le deseo larga vida, no quedaría satisfecho sin elegir esposa entre sus hijas, para que la pérdida de éstas sea la menor posible al sobrevenir el triste suceso, lo cual, como acabo de decir, ojalá no acontezca en mucho tiempo. Tal ha sido el motivo, querida prima, y espero no desmerecer por ello ante ti. Y ahora no me resta sino asegurarte, del modo más vehemente, la sinceridad de mi afecto. En cuanto a la dote, me es por completo indiferente, y nada he de pedir a tu padre que sepa que no puede cumplir; y así, las mil libras al cuatro por ciento, que no han de ser tuyas hasta la muerte de tu madre, es todo lo que habrás de aportar. Pero en cuanto a eso, nada diré, y puedes estar segura de que ningún reproche sobre el particular saldrá de mi boca una vez que estemos casados.

Al llegar a este punto, se imponía, para Lizzy, interrumpirlo.

—Vas demasiado deprisa —exclamó ella—. Olvidas que yo no he contestado. Permítame hacerlo sin mayor pérdida de tiempo. Acepta mi agradecimiento por el cumplido que me haces. Agradezco mucho el honor que significa tu proposición, pero me es imposible dejar de rechazarla.

—No es nuevo para mí —replicó Collins con gesto solemne— que las jóvenes tienen la costumbre de rechazar proposiciones que en secreto piensan aceptar más tarde, y que en ocasiones el rechazo se repite una segunda y hasta una tercera vez. Por ello no me siento desalentado por lo que acabas de decirme, y espero conducirte al altar dentro de poco.

—Después de lo que acabo de decir —exclamó Lizzy— me parecen inexplicables tus esperanzas. Te aseguro que no soy de esas mujeres, si es que existen, que osan arriesgar su felicidad al azar de que se les declaren una segunda vez. Procedo con la mayor seriedad en mi rechazo. No puedes hacerme dichosa, y estoy convencida de que yo tampoco puedo hacerte feliz a ti. Además, si tu amiga Lady Catherine me conociera, estoy segura de que me encontraría, desde todos los puntos de vista, poco adecuada para esposa tuya.

—Si fuera cierto que lady Catherine pensara de ese modo... —dijo con mucha gravedad Collins—; pero no puedo imaginar, de ningún modo, que lo desaprobara. Y puedes confiar en que cuando yo tenga el honor de volver a verla le hablaré en los términos más elogiosos de tu modestia, sentido de la economía y demás excelentes cualidades.

—En verdad, Collins, que tus alabanzas serán innecesarias. Permíteme juzgar por mí misma y hazme el favor de creer cuanto te digo. Te deseo felicidad y riqueza, y al rehusar tu mano hago cuanto puedo para que lo consigas. Así, podrás tomar posesión de la hacienda de Longbourn cuando llegue el momento, sin reprocharte nada. Por lo tanto, demos esta cuestión por definitivamente resuelta.

Lizzy se puso de pie, y habría abandonado la estancia si la voz de Collins no la hubiera obligado a detenerse.

—Cuando próximamente tenga el honor de hablarte de nuevo sobre este asunto —dijo él—, espero recibir respuesta más favorable que la que acabas de darme. Aunque estoy lejos de considerar cruel tu actitud, pues bien sé que es costumbre de las mujeres rechazar a los hombres a las primeras de cambio, y quizá hayas dicho todo eso para animarme a insistir, todo lo cual es muy propio de la delicadeza del carácter femenino.

—La verdad, Collins —exclamó Lizzy con vehemencia—, me confundes. Si lo que he dicho hasta ahora puede ser considerado como un estímulo, no sé de qué modo expresar mi rechazo para que te convenzas de él.

—Permíteme, querida prima, que siga creyéndolo así. Mis razones para ello son éstas: no creo que mi mano sea indigna de tu aceptación ni que la situación que te ofrezco deje de ser altamente apetecible. Mi posición social, mi relación con la familia De Bourgh y mi parentesco contigo son grandes circunstancias en mi favor, y habrás de considerar, además, que a pesar de tus numerosos atractivos no es seguro que se te haga otra proposición de matrimonio. Tu fortuna es, por desgracia, tan escasa que con toda probabilidad anulará los efectos de tu amabilidad y gratas cualidades. Y puesto que por eso he de deducir que no has procedido con sinceridad al rechazarme, optaré por atribuirlo al deseo de acrecentar mi amor con este fracaso, de acuerdo con las normas habituales de las mujeres elegantes.

—Puedes estar seguro de que nunca he pretendido hacer ostentación de semejante clase de elegancia, consistente en atormentar a una persona respetable. Antes bien, te pido encarecidamente que me juzgues sincera. Te agradezco el honor que me has

hecho con tu proposición, pero en modo alguno puedo aceptarlo. Mis sentimientos me lo impiden. Como verás, no puedo hablar con mayor franqueza. No me tomes por mujer elegante que pretende atormentarte, sino por una muchacha sensata que dice la verdad de corazón.

—Siempre resultas encantadora —exclamó él con aire de espontánea galantería—, y estoy firmemente convencido de que mi proposición será aceptada cuando obtenga la sanción de la autoridad de tus excelentes padres.

Ante tal perseverancia en querer engañarse a sí mismo, Lizzy no contestó, y se marchó sin decir palabra, decidida a que si persistía en considerar sus repetidas negativas como un modo de animarlo, recurriría a su padre, cuya negativa habría de quedar expuesta de tal modo que resultase decisiva, y cuyo proceder, por lo menos, no podría confundirse con la afectación y coquetería de una dama elegante.

Collins no se entregó durante mucho tiempo a la silenciosa consideración de su venturoso amor, pues habiendo Mrs. Bennet hecho tiempo en el vestíbulo esperando el fin de la charla, en cuanto vio a Lizzy abrir la puerta y dirigirse a paso veloz hacia la escalera, entró en el cuarto felicitando a Collins y a sí misma por la feliz perspectiva de la próxima unión. Collins, tras aceptar y devolver esas felicitaciones, procedió a definir las particularidades de la entrevista, de cuyo resultado confiaba tener razón en estar satisfecho, puesto que la negativa tan resuelta de su prima no podía provenir, naturalmente, sino de su tímida modestia y de la delicadeza de su carácter.

Pero semejante observación sobresaltó a Mrs. Bennet. También ella habría deseado creer que su hija había tratado de animarlo al rechazar sus proposiciones, pero no se atrevía a creerlo, y no pudo evitar manifestarlo.

—Lo importante, Collins —añadió—, es que Lizzy entre en razón. Hablaré personalmente con ella. Es muy terca y no sabe lo que le conviene, pero me encargaré de que lo sepa.

—Perdóname que te interrumpa —exclamó Collins—, pero si en realidad es terca, no sé si resultará la mujer conveniente para mí, dada mi situación, pues, como es natural, busco la felicidad en el matrimonio. Por consiguiente, si insiste en rechazarme, tal vez sea mejor no forzarla a que me acepte, pues con semejante defecto no creo que pudiera contribuir a mi dicha.

—No me has entendido —replicó alarmada Mrs. Bennet—. Lizzy es terca sólo en asuntos como ése. En el resto es de tan buen temperamento como cualquier otra muchacha. Acudiré directamente a mi esposo, y tengo por seguro que muy pronto estaremos de acuerdo con ella.

Mrs. Bennet no le dio tiempo a contestar, sino que, yendo a toda prisa a la biblioteca, donde estaba su marido, exclamó:

—¡Oh, Bennet! Te necesitamos de inmediato. Estamos todos en un aprieto. Es preciso hacer que Lizzy se case con Collins, pues afirma que no lo hará, y si no te apresuras, él cambiará de idea y ya no la querrá como esposa.

Mr. Bennet levantó la vista del libro en cuanto su mujer entró, y la miró fijamente con calma e indiferencia, sin dar muestras de alterarse por la noticia.

—No tengo el gusto de entender lo que me has dicho —repuso—. ¿De qué estás hablando?

—De Collins y Lizzy. Tu hija asegura que no quiere casarse con él, y él comienza a dudar de la conveniencia de hacerlo.

—¿Y qué puedo hacer en ese caso? Parece asunto concluido.

—Habla con Lizzy. Dile que insistes en que se case con él.

—Haz que baje. Oirá mi opinión.

Mrs. Bennet hizo sonar la campanilla y Lizzy fue llamada a la biblioteca.

—Ven, hija mía —exclamó su padre en cuanto entró—. He enviado por ti para un asunto de importancia. Parece que Collins te ha hecho proposiciones de casamiento; ¿es cierto?

Lizzy respondió que sí.

—Muy bien; y tú has rehusado ese ofrecimiento de matrimonio.

—Lo he rehusado, papá.

—Bien. Ahora vamos al asunto. Tu madre insiste en que lo aceptes. ¿No es así, querida?

—Sí, o no volveré a dirigirle la palabra —contestó Mrs. Bennet.

—Una triste alternativa se te ofrece, Lizzy. Desde este día tienes que ser extraña a uno de tus padres. Tu madre no quiere volver a hablarte si no te casas con Collins, y yo no quiero volver a verte si te casas con él.

Lizzy no pudo menos que sonreír ante semejante comentario, pero Mrs. Bennet, que estaba persuadida de que su marido impondría la boda, se mostró muy disgustada.

—¿Qué quieres decir, Bennet, al hablar así? Me habías prometido insistir en que se casara con él.

—Querida mía —replicó su marido—, tengo dos pequeños favores que pedirte: que en esta ocasión me permitas hacer libre uso, primero, de mi entendimiento, y segundo, de mi biblioteca. Deseo quedarme solo cuanto antes, si es posible.

Pero a pesar de la actitud de su marido, Mrs. Bennet insistió en el tema. Habló una y otra vez a Lizzy y la halagó y amenazó alternativamente. Trató de obtener para sus fines la ayuda de Jane, pero ésta, con toda la dulzura posible, rehusó intervenir, y Lizzy, unas veces con verdadero ardor y otras con juguetona alegría, contestó a sus ataques. Aunque sus modales variaron, su determinación jamás lo hizo.

Collins, entretanto, meditaba en silencio sobre lo ocurrido. Tenía una elevada opinión de sí mismo para comprender por qué motivos podía rechazarle su prima, y aunque su orgullo estaba herido, por lo demás no sufría. Su interés por ella era meramente imaginario, y la posibilidad de que mereciese los reproches de su madre le impedían sentirse afligido.

Mientras la familia se debatía en esta confusión, Charlotte Lucas llegó a pasar el día con ellos. Salió a recibirla Lydia, quien le dijo al oído:

—¡Me alegro de que hayas venido, porque hoy hay un jaleo muy divertido! ¿Qué crees que ha ocurrido esta mañana? Collins ha hecho a Lizzy proposiciones de matrimonio y ella no le ha aceptado.

Antes de que Charlotte pudiese contestar, se les unió Kitty. Venía a darle la misma noticia; y en cuanto entraron todas en la habitación donde Mrs. Bennet estaba sola, ésta también comenzó con idéntico tema, procurando que Miss Lucas se compadeciera de ella y convenciera a su amiga Lizzy de satisfacer los deseos de toda la familia.

—Te suplico que lo hagas, querida Charlotte —añadió con tono melancólico—, ya que nadie está de mi parte. Ninguno se interesa por mí ni tiene consideración de mis pobres nervios.

Charlotte iba a responder, pero en ese instante entraron Jane y Lizzy.

—Ahí la tenemos —dijo Mrs. Bennet—, indiferente a cuanto ocurre y tan tranquila como si estuviese en York. Pero yo te aseguro, Lizzy, que si se te ocurre rechazar todas las proposiciones de matrimonio, jamás te casarás, y no sé quién te mantendrá cuando muera tu padre. Yo no podré, y, te lo advierto, he terminado contigo desde este instante. Sabes que en la biblioteca te he prometido que nunca volvería a hablarte, y cumpliré con mi promesa. No me agrada hablar con hijas desobedientes. En realidad, no me gusta hablar con nadie. Quienes padecemos de los nervios no sentimos gran inclinación a ello. Nadie podría explicar lo que sufro. Y siempre lo mismo; los que no padecen, jamás se apiadan.

Las muchachas escuchaban en silencio aquellas lamentaciones, conocedoras de que todo razonamiento o tentativa de aplacarla sólo serviría para aumentar su irritación. Por eso prosiguió hablando así, sin que ninguna la interrumpiese, hasta que se les unió Collins, quien entró con aire más resuelto que de ordinario, y en cuanto ella lo advirtió, dijo a sus hijas:

—Ahora os encargo que contengáis vuestras lenguas y nos dejéis solos por un rato.

Lizzy abandonó tranquilamente la habitación; Jane y Kitty la siguieron, pero Lydia permaneció quieta, resuelta a escuchar lo que pudiera. Charlotte, retenida al principio por la locuacidad de Collins, cuyas preguntas sobre ella y su familia se sucedían sin interrupción, y además por algo de curiosidad, se limitó a acercarse a la ventana, aparentando no escuchar. Con tono desgarrador, Mrs. Bennet comenzó así su proyectado coloquio:

—¡Oh, Collins!

—Querida —replicó él—, olvidemos para siempre este asunto. Estoy muy lejos —continuó luego con acento que denotaba su contrariedad— de sentirme disgustado por la conducta de tu hija. Es deber de todos resignarnos ante los males inevitables, y deber especial de un joven tan afortunado como yo he sido, dada mi temprana promoción. Confío en resignarme, y acaso con su negativa mi querida prima no haya disminuido mi felicidad; a menudo he observado que la resignación nunca es tan completa como cuando la dicha negada comienza a perder en nuestra estima algo de su valor. Espero que no supongas que falto a la consideración a tu familia, querida mía, porque renuncie a mis planes sobre tu hija sin informaros antes a ti y a tu esposo. Temo que mi proceder se deba al hecho de haber recibido la negativa de labios de vuestra hija antes que de los vuestros; pero todos estamos sujetos a error. Todo lo he hecho con la mejor intención. Mi objeto era procurarme una compañera amable, con la debida consideración a ciertas ventajas para toda vuestra familia, y si mi proceder ha sido reprehensible, os ruego que me perdonéis.

Las discusiones originadas por el ofrecimiento de Collins tocaban ya a su fin, y Lizzy sólo tuvo que soportar, en adelante, alguna que otra alusión desagradable al respecto por parte de su madre. En cuanto a Collins, no se mostraba triste o turbado, ni procuraba rehuir su compañía, sino más bien se comportaba como si abrigase cierto resentimiento. Apenas le habló ya, y sus asiduas atenciones, de las que tanto se jactaba, las transfirió durante el día a Miss Lucas, cuya cortesía en escuchar supuso un inmenso alivio para las otras, y de modo especial para su amiga.

Al día siguiente no se disipó el mal humor ni la crisis de nervios de Mrs. Bennet. Collins, por su parte, persistió en su actitud de orgullo herido. Lizzy había concebido la esperanza de que su resentimiento acortaría su visita, pero los planes de él no parecieron afectados en absoluto. Siempre había pensado en marcharse el sábado, y hasta el sábado pensaba permanecer.

Tras el almuerzo, las muchachas fueron a Meryton para averiguar si Wickham había regresado y lamentar su ausencia durante el baile de Netherfield. Wickham las encontró a la entrada de la población y las acompañó a casa de la tía, donde se charló largo y tendido sobre su ausencia y la consternación que había producido en todos. Pero ante Lizzy reconoció que no había asistido al baile deliberadamente.

—Cuando se acercaba la hora —dijo— consideré que haría mejor en no encontrarme con Darcy, porque no habría podido soportar estar tan cerca de él durante tantas horas, y tal vez se produjese una situación desagradable para todos.

Ella aprobó de inmediato su decisión, tras discutir acerca de ello, y tuvieron tiempo para hacerlo, así como para los corteses elogios que mutuamente se dirigieron, mientras que el mismo Wickham y otro oficial las acompañaban a Longbourn, ya que durante el paseo él se dedicó particularmente a ella. El hecho de que las acompañara fue doblemente ventajoso, pues, además de recibir Lizzy los cumplidos que él le tributó, tuvo ocasión de presentárselo a sus padres.

Poco después de regresar entregaron a Jane una carta. Procedía de Netherfield, y la abrió presurosa. El sobre contenía una hoja de papel satinado, escrito por bella mano de mujer, y Lizzy notó que el rostro de su hermana cambió en cuanto la hubo leído, observando, además, que mientras lo hacía se demoraba en ciertas palabras. Jane se sobrepuso pronto, y plegando la carta trató de unirse, con su habitual alegría, a la conversación general, pero Lizzy experimentó tal ansiedad por lo observado, que incluso dejó de prestar atención a Wickham, y en cuanto éste y su compañero se hubieron marchado, una mirada de Jane la invitó a seguirla al piso de arriba. Una vez en su cuarto, Jane le mostró la carta y dijo:

—Es de Caroline Bingley; su contenido me ha sorprendido enormemente. A estas horas todos en Netherfield han abandonado la casa y se encuentran camino de la capital, sin intención de regresar. Escucha lo que dice.



Leyó entonces en alta voz el primer párrafo, que contenía la noticia de que acababan de resolver seguir a su hermano a la capital, y donde exponía su intención de comer aquel día en la calle de Grosvenor, en la cual Mr. Hurst tenía su casa. El resto de la carta decía así: «No siento nada de lo que dejo en el condado de Hertford, excepto tu compañía, amiga queridísima, pero en el futuro espero gozar muchas veces de los deliciosos coloquios que hemos tenido, y entretanto podemos atenuar la pena de la separación con frecuentes y efusivas cartas.» Todas esas elevadas expresiones las escuchó Lizzy con la indiferencia de quien no cree en tan ampulosas expresiones, y aunque le sorprendía la rapidez con que se habían marchado los Bingley, no encontró motivo alguno para lamentarlo. No era presumible que la ausencia de las hermanas Bingley impidiera a su hermano viajar a Netherfield cuando lo considerase oportuno, y esto era lo único que podía preocupar a Jane.

—Es una pena —dijo luego de una pausa— que no hayas visto a tus amigas antes de que abandonasen el condado. Pero ¿no podemos confiar que el período de futura dicha a que se refiere Miss Bingley llegue antes de lo que ella se figura y que la deliciosa relación de quienes han tratado como amigas se haga más intensa cuando sean hermanas? Bingley no se quedará en Londres con ellas.

—Caroline dice resueltamente que ningún miembro de la familia volverá al condado este invierno. Voy a leértelo: «Cuando mi hermano nos dejó ayer, imaginaba que los negocios que lo llamaban a Londres podrían despacharse en tres o cuatro días, pero como estamos seguras de que eso es imposible, y convencidas al mismo tiempo de que cuando Charles va a la capital no tiene prisa en abandonarla, hemos decidido seguirlo para que no se vea obligado a pasar sus horas libres en un incómodo hotel. Muchas de mis relaciones ya están allí para pasar el invierno; desearía saber si tú, mi queridísima amiga, tienes intención de sumarte a ellas, pero temo que no sea posible. Sinceramente deseo que vuestras navidades en el condado transcurran con la alegría propia de esas fechas, y que vuestros admiradores sean tan numerosos que os impidan sentir la pérdida de las otras personas de quienes vamos a privaros.» Es evidente, según esto —añadió Jane—, que este invierno no regresará.

—Lo único evidente es que Miss Bingley no dice que vaya a hacerlo.

—¿Qué piensas de ello? Debe de ser cosa de él, pues no depende de nadie. Pero aún no lo sabes todo. Voy a leerte el pasaje que me hiere de modo particular. No quiero tener reservas contigo. «Mr. Darcy está impaciente por ver a su hermana, y, a decir verdad, nosotras también. No creo que Georgina Darcy tenga rival en belleza, elegancia y finura, y el afecto que nos inspira a Louisa y a mí se hace aún mayor con la esperanza que abrigamos de que algún día se convierta en nuestra hermana. No sé si te he manifestado alguna vez mis sentimientos sobre el particular, pero no abandonaré el condado sin confiártelo, y estoy segura de que no los tendrás por faltos de razón. Mi hermano la admira desde hace tiempo, y ahora dispondrá de frecuentes oportunidades para verla en un ambiente más íntimo, y creo que no me ciega la parcialidad de hermana para tener a Charles por muy capaz de conquistar el corazón

de una mujer. Por consiguiente, con tantas circunstancias a favor de este matrimonio, ¿me equivoco, queridísima Jane, si abrigo la esperanza de que llegue a convertirse en realidad, para felicidad de tantos?» ¿Qué opinas de este párrafo, querida Lizzy? ¿No está bastante claro? ¿No expresa diáfanoamente que Caroline ni espera ni desea que yo sea su hermana, que está completamente convencida de la indiferencia de su hermano hacia mí, y que, si sospecha la naturaleza de mis sentimientos hacia él, se propone (¡eso sí, con mucha dulzura!) ponerme en guardia? ¿Puede opinarse de otro modo en esta cuestión?

—Sí, se puede; porque la interpretación que le doy es muy distinta. ¿Quieres oírla?

—Con el mayor gusto.

—Te lo expondré en pocas palabras. Miss Bingley ve que su hermano está enamorado de ti y quiere que se case con Miss Darcy. Sigue a aquél a la capital con la esperanza de retenerlo allí, y trata de convencerte de que a él ya no le importas.

Jane sacudió la cabeza.

—Debes creerme —insistió Lizzy—. Nadie que os haya visto juntos puede dudar de su afecto. Miss Bingley no es tan necia; si hubiera advertido en Mr. Darcy la mitad de ese afecto hacia ella, habría encargado su vestido de boda. Pero el caso es el siguiente: para ellos no somos lo bastante ricos ni distinguidas, y si ella está tan ansiosa de ver a su hermano casado con Miss Darcy, se debe a que si ese matrimonio tiene lugar, a ella le resultará mucho más fácil pescar a Mr. Darcy. En todo esto, sin embargo, existe cierta ingenuidad, y me atrevo a decir que conseguiría sus anhelos si no estuviese por medio Miss de Bourgh. Pero, querida Jane, no puedes pensar con seriedad que por decirte Miss Bingley que su hermano admira mucho a Miss Darcy, sea él en menor grado sensible a tus méritos que cuando se despidió de ti el jueves, ni que estará en poder de ella persuadirle de que en vez de estar enamorado de ti lo está de su amiga.

—Si pensáramos lo mismo de Miss Bingley —replicó Jane—, tu explicación me dejaría más tranquila. Pero estás equivocada respecto a ella. Caroline es incapaz de engañar voluntariamente a nadie; cuanto cabe esperar en esta ocasión es que se engañe a sí misma.

—Eso es. Si mis argumentos no te convencen, los tuyos tal vez lo hagan. Créela engañada. Así quedas bien con ella y no tienes más motivo de preocupación.

—Pero, querida hermana, ¿puedo ser feliz, aun suponiendo lo mejor, aceptando a un hombre cuyas hermanas y cuyos amigos desean que se case con otra?

—Eso debes decidirlo por ti misma —respondió Lizzy—; y si tras reflexionar en ello encuentras que la desgracia de no deber nada a sus dos hermanas es más que lo que representa la felicidad de ser su mujer, te aconsejo que lo rechaces.

—¿Cómo puedes decir eso? —inquirió Jane con una sonrisa—. Debes saber que, aunque quedara apenadísima con su desaprobación, no podría dudar.

—No creo que dudarás, y siendo así, no puedo compadecerme mucho de tu situación.

—Pero si él no regresa este invierno, mi resolución no servirá de nada. ¡En seis meses pueden ocurrir muchas cosas!

Lizzy rechazaba la idea de que Bingley no regresase; le parecía, sencillamente, sugestión de los interesados deseos de Caroline, y ni por un instante podía suponer que semejantes deseos, ya los manifestase claramente, ya con artificio, hubieran de influir en un joven tan independiente.

Expuso a su hermana, con toda la vehemencia de que fue capaz, lo que opinaba sobre el asunto, y pronto tuvo el placer de notar los saludables efectos de sus palabras. Jane no era desconfiada, y por eso nació en ella la esperanza de que Bingley regresase a Netherfield y colmara los deseos de su anhelante corazón, aunque la duda alguna vez se sobrepusiese a la esperanza.

Convinieron en que Mrs. Bennet supiera sólo que la familia se había marchado, para que no se alarmase por la conducta del caballero; pero incluso esa información parcial la inquietó un poco, y le hizo lamentarse, como de suceso muy desgraciado, de que se marcharan esos señores precisamente cuando todos habían intimado tanto. Luego, tuvo el consuelo de pensar que Bingley volvería pronto dispuesto a comer en Longbourn, y la conclusión de todo fue declarar que, aun habiendo sido invitado a comer sólo en familia, ya cuidaría ella de tener ese día dos succulentos platos.

Los Lucas invitaron a comer a los Bennet, y durante la mayor parte del día Miss Lucas tuvo de nuevo la amabilidad de escuchar a Collins. Lizzy se creyó en la obligación de darle las gracias por ello.

—Eso hace que esté de buen humor, y no te imaginas cuánto te lo agradezco.

Charlotte aseguró a su amiga que le era muy grato serle útil, añadiendo que eso le compensaba el pequeño sacrificio que hacía. Lo cierto era que la amabilidad de Charlotte iba mucho más allá de eso; su objeto no era otro que librarla del asedio de Collins, pero procurando que éste se dirigiera a ella. Tal era el plan de Charlotte, y las apariencias le fueron tan favorables, que cuando se separaron por la noche ella se hubiera sentido casi segura del éxito si él no tuviese que abandonar el condado tan pronto. Pero al abrigar esa duda hacía injusticia al ardoroso temperamento de Collins, que a la mañana siguiente salió de Longbourn con admirable disimulo, se dirigió con premura a la morada de los Lucas y se puso a los pies de Charlotte. Tuvo cuidado de ocultar su salida a sus primas, convencido de que si lo hubiesen visto partir, habrían descubierto su plan, que no quería revelar hasta que estuviese seguro del éxito; porque, aun juzgando éste casi seguro debido a que Charlotte se había mostrado bastante alentadora, desde la aventura del miércoles se había vuelto algo desconfiado. Sin embargo, fue recibido de manera halagüeña. Miss Lucas lo vio acercarse desde una ventana alta, y al instante salió a la calle para encontrarlo como por casualidad. Pero no podía pensar que le esperase allí tanto amor y tanta elocuencia.

En los breves intervalos que permitían las largas parrafadas de Collins, quedó todo arreglado satisfactoriamente para ambos, y cuando entraron en la casa ya le rogaba a Charlotte con vehemencia que señalase el día en que iba a hacerlo el más feliz de los hombres; y aunque semejante pedido debía quedar sin respuesta por el momento, ella no experimentó deseos de burlarse de él. La estupidez con que la naturaleza lo había dotado privaba a su galanteo de cuantos encantos podrían inclinar a una mujer a prolongarlo, y Miss Lucas, que lo aceptaba sólo por el puro deseo de casarse, no opuso reparo alguno a que la boda se efectuara cuanto antes.

Sir William y lady Lucas dieron su aprobación de inmediato, y con gran alegría. La situación de Collins hacía de él un partido muy apetecible para Charlotte, a quien podían legar escasa fortuna, y las perspectivas de su futura abundancia eran extraordinariamente tentadoras. Lady Lucas comenzó a calcular, con más interés que el que antes tuviera por el asunto, cuántos años más podría vivir Mr. Bennet, y sir William expresó su opinión de que cuando Collins estuviese en posesión de Longbourn sería sumamente fácil que él mismo y su mujer pudieran presentarse en St. James. En resumen: la boda pareció significar la solución a todos los problemas de la familia. Las hijas menores abrigaron esperanzas de salir al mundo uno o dos años antes de lo que de otro modo habría sido posible, y los muchachos se vieron

libres del temor de que Charlotte se quedase soltera. La propia Charlotte se encontraba bastante satisfecha. Había ganado su partida, y tenía tiempo para reflexionar. Ciertamente Collins no era ni sensible ni agradable; su compañía resultaba molesta y su afecto hacia ella debía de ser imaginario. Pero a pesar de ello sería su marido. Aun cuando no tenía un alto concepto de los hombres ni del matrimonio, éste había sido siempre su mira, además de ser la única aspiración honrosa de una joven bien educada y con escasa fortuna; y aunque no era seguro que proporcionase dicha, constituía el más grato refugio contra la necesidad. Semejante garantía era lo que había logrado, y a la edad de veintisiete años, y sin haber sido nunca guapa, lo que no era poca buena suerte. La circunstancia menos agradable del asunto era la sorpresa que había de proporcionar a Elizabeth Bennet, su mejor amiga. Lizzy se mostraría admirada, y era probable que la censurase, pero no por eso pensaba desistir de su decisión. Resolvió comunicárselo personalmente, y por eso encargó a Collins, cuando éste regresó a Longbourn a comer, que no revelase ante ningún miembro de la familia lo que había ocurrido. Como era natural, obtuvo la promesa, pero el clérigo no pudo guardarse de comunicarlo sin dificultad, porque la curiosidad, excitada por su larga ausencia, estalló a su regreso en preguntas tan directas que requerían alguna destreza para evadirlas, y, por otra parte, hacían que resultase difícil callar, pues estaba impaciente por dar a conocer su éxito amoroso.

Como a la mañana siguiente iba a ponerse en viaje demasiado temprano para ver a nadie de la familia, la ceremonia de la despedida tuvo lugar después de la cena, y Mrs. Bennet, con gran cortesía y cordialidad, le expresó cuán felices serían viéndolo en Longbourn de nuevo en cuanto sus otros compromisos se lo permitieran.

—Querida —respondió él—, te agradezco muy especialmente tu invitación, ya que no esperaba recibirla; y puedes estar segura de que me aprovecharé de ella tan pronto como me sea posible.

Todos quedaron asombrados, y el propio Mr. Bennet, que de ningún modo deseaba tan rápido regreso, dijo al instante:

—¿No corres el riesgo de que Lady Catherine lo desaprobe? Será mejor que olvides a tus parientes antes de exponerte a ofender a tu protectora.

—Querido —replicó Collins—, te quedo en particular reconocido por esa advertencia amigable, y puedes contar con que no daré un paso sin que en ello intervenga Su Señoría.

—Si obras de esa manera nunca pecarás por exceso. Procura no disgustarla nunca, y si crees que existen probabilidades de que el motivo de tal disgusto sea volver aquí, cosa que yo juzgaría más que posible, permanece tranquilo en casa, y consuélate con que no nos ofenderemos por ello.

—Cree, querido primo, que mi agradecimiento aumenta mucho con tus afectuosas advertencias; y cuenta por ello con que en breve recibirás una carta de agradecimiento tanto por ellas como por las demás pruebas de consideración que he recibido de ti durante mi estancia en el condado. En cuanto a mis bellas primas,

aunque mi ausencia no haya de ser tan larga que lo haga preciso, me permito desearles salud y dicha, sin excluir a mi prima Lizzy.

Tras los cumplidos de rigor, las muchachas se fueron a dormir, sorprendidas al ver que proyectaba regresar pronto. Mrs. Bennet deseaba interpretarlo en el sentido de que pensaba pedir en matrimonio a alguna de las hijas menores, y por eso tenía la intención de convencer a Mary de que lo aceptase. Ésta, en efecto, estimaba a Collins más que las otras; hallaba en sus reflexiones una extraña solidez, y aunque no lo consideraba de ningún modo tan sensible e inteligente como ella misma, opinaba que si lo animaba a leer y a aprovechar un ejemplo como el que ella representaba podría llegar a ser muy grato compañero. Pero a la mañana siguiente se desbarató el plan, pues Miss Lucas llegó poco después del desayuno y en diálogo que sostuvo a solas con Lizzy relató el suceso del día anterior.

La posibilidad de que Collins se imaginara enamorado de su amiga se le había ocurrido a Lizzy un par de días antes, pero que Charlotte lo animara le parecía tan lejos de lo posible como que ella misma pudiera hacerlo, y su asombro fue tan grande que sobrepasó los límites del decoro, por lo que no pudo evitar exclamar:

—¡Prometida con Collins! ¡Querida Charlotte, es imposible!

El tono grave que Charlotte había empleado al contar la historia dio motivo para una momentánea confusión por su parte al recibir tan directo reproche, aunque eso fuera precisamente lo que esperaba; pero pronto se repuso y replicó con calma:

—¿De qué te sorprendes, querida Lizzy? ¿Tienes por increíble que el señor Collins haya sido capaz de granjearse la buena opinión de una mujer sólo porque no tuvo éxito contigo?

Lizzy, que ya había recobrado su sangre fría, hizo un gran esfuerzo y le aseguró con suficiente firmeza que le encantaba la idea que se convirtiese en pariente suya, y que le deseaba toda la dicha imaginable.

—Ya sé lo que te ocurre —replicó Charlotte—. Tienes que estar sorprendida, muy sorprendida, haciendo tan poco que Mr. Collins proyectaba casarse contigo. Pero cuando tengas tiempo para reflexionar acerca de todo eso, creo que quedarás satisfecha de mi resolución. Ya sabes que no soy romántica, que nunca lo he sido. Sólo busco un hogar, y considerando el carácter, relaciones y posición social de Mr. Collins, estoy segura de que mis probabilidades de felicidad con él son tan grandes como las de la mayoría de la gente al contraer matrimonio.

Lizzy contestó al punto:

—Es indudable.

Y tras una corta pausa ambas fueron a reunirse con el resto de la familia. Charlotte no permaneció en la casa largo rato, y tras su marcha Lizzy se dedicó a reflexionar acerca de lo que había escuchado. Pasó no poco tiempo hasta que se hizo a la idea de un casamiento tan impropio. Lo extraño de que Collins hubiera realizado dos proposiciones de matrimonio en tres días no era nada en comparación con el hecho de haber sido aceptado. Siempre había creído que las opiniones de Charlotte

sobre el matrimonio no eran exactamente las suyas, pero no supuso que al pasar a la práctica sacrificara sus mayores sentimientos en aras de las ventajas materiales. ¡Charlotte esposa de Collins! ¡Qué humillación! Y no solamente le dolía ver a su amiga rebajada y disminuida en su estima, sino saber que era del todo imposible que fuese dichosa con la suerte que había elegido.

Lizzy estaba en compañía de su madre y hermanas, meditando sobre lo que había oído y vacilando sobre si estaba autorizada para referirlo, cuando el propio sir William Lucas apareció, enviado por su hija, para anunciar el compromiso de ésta a la familia. Con abundantes cumplidos para todos, y felicitándose por la perspectiva de unión entre ambas casas, reveló el asunto a un auditorio no sólo admirado, sino incrédulo, porque Mrs. Bennet, con más ardor que cortesía, afirmó que debía de estar por completo equivocado, y Lydia, siempre indiscreta y a menudo insolente, exclamó con vehemencia:

—¡Santo Dios! ¿Cómo puede usted, sir William, contarnos esa historia? ¿No sabe acaso que Mr. Collins pretende casarse con Lizzy?

Sólo la condescendencia de un cortesano podría sufrir sin ira semejante acometida, pero la buena educación de sir William le permitió tolerar semejante exabrupto, y aunque suplicando que creyesen en su palabra, escuchó todas esas impertinencias con la más absoluta corrección.

Lizzy, convencida de que le correspondía librarlo de tan embarazosa situación, comenzó a confirmar lo dicho, revelando que se había enterado por boca de la misma Charlotte, y trató de poner coto a las exclamaciones de su madre y sus hermanas felicitando calurosamente a sir William, en lo que pronto fue secundada por Jane, haciendo resaltar de varios modos la felicidad que podía esperarse del suceso, dado el excelente carácter de Mr. Collins y la escasa distancia que separaba a Hunsford de Londres.

Mrs. Bennet se hallaba demasiado desconcertada para hablar mucho mientras sir William permaneció allí, pero apenas éste se hubo marchado, sus sentimientos encontraron pronto desahogo. En primer lugar, persistía en no creer nada de lo que había oído; en segundo, estaba segurísima de que Collins había sido cazado como un incauto; en tercero, estaba convencida de que ambos nunca serían dichosos; y en cuarto, el acuerdo tenía que deshacerse. Sin embargo, dos consecuencias se deducían con claridad de ello: una, que Lizzy era la verdadera causa de tanta desgracia; otra, que ella misma había sido tratada cruelmente por todos, y sobre las dos insistió durante el resto del día. Ni aun así logró apagar su resentimiento. Una semana pasó antes de poder ver a Lizzy sin regañarla, un mes antes de poder hablar sin rudeza de sir William o lady Lucas, y varios antes de perdonar a Charlotte.

La reacción de Mr. Bennet por tal causa fue mucho más sosegada, tanto que consideró el hecho como una suerte enorme, porque se jactaba, decía, de que eso le permitía descubrir que Charlotte Lucas, a quien siempre había considerado muy razonable, era tan tonta como su propia mujer y más aún que su hija.

Jane se mostró algo sorprendida, pero habló menos de su sorpresa que de su deseo de felicidad para los futuros esposos, y ni siquiera Lizzy pudo convencerla de



considerar como improbable semejante felicidad. Kitty y Lydia, por su parte, estaban muy lejos de envidiar a Miss Lucas, pues Collins sólo era clérigo, y el suceso no les interesó sino como noticia que extender por Meryton.

Lady Lucas no pudo resistir a la dicha de manifestar a Mrs. Bennet la alegría que experimentaba, y por eso iba a Longbourn más a menudo que de ordinario, para expresar lo dichosa que se sentía, por más que las miradas de desagrado y los reparos malignos de Mrs. Bennet habrían bastado para disipar esa satisfacción.

Lizzy y Charlotte jamás hacían referencia alguna sobre el particular, y la primera se convenció de que ya no habría entre ellas confianza verdadera. Se distanció de su amiga, con lo que ésta se volcó más hacia Jane, cuya rectitud de sentimientos garantizaba que su opinión no se vería desechada, y por cuya felicidad se preocupaba más cada día, ya que Bingley se había marchado hacía una semana y nada se oía de su regreso.

Jane había contestado de inmediato la carta que le dirigiera Caroline, y calculaba los días que razonablemente podía tardar en recibir otra. La prometida misiva de agradecimiento de Collins llegó el martes, dirigida al padre, y en ella manifestaba su gratitud con tal abundancia de frases de agradecimiento, que parecía que hubiese permanecido con la familia todo un año. Tras disculparse al principio, procedía a informarle, con expresiones altisonantes, de su felicidad por haber obtenido el afecto de su amable vecina, Miss Lucas y daba las gracias a Mrs. Bennet por la atención que le había dispensado al expresarle el deseo de verlo pronto de nuevo en Longbourn, adonde esperaba regresar el lunes en quince días. Añadía, por fin, que lady Catherine aprobaba tan cordialmente su casamiento, que deseaba que se celebrase lo antes posible, lo que confiaba sería argumento irrefutable para que su amable Charlotte decidiese el día en que haría de él el más feliz de los hombres.

El regreso de Collins al condado no era ya motivo de satisfacción para Mrs. Bennet. Por el contrario, se veía más dispuesta a lamentarse que su marido. Era rarísimo que viniera a Longbourn en vez de ir a casa de los Lucas; resultaba intolerable y embarazoso. Odiaba tener huéspedes en su casa debido al estado de sus nervios, y consideraba a los enamorados las personas más molestas y desagradables. Tales eran las murmuraciones de Mrs. Bennet, que se sumaban a la desgracia que suponía el prolongado silencio de Bingley.

Ni Jane ni Lizzy estaban satisfechas con lo último. Los días pasaban y la única noticia que llegó a Meryton fue que no regresaría a Netherfield en todo el invierno. Esto irritó enormemente a Mrs. Bennet, que no paraba de repetir que aquello era la más escandalosa falsedad.

Hasta Lizzy comenzó a temer, no que Bingley fuese indiferente, sino que las hermanas de éste consiguieran apartarlo de su camino. Aun cuando no quería ni pensar en algo tan pernicioso para la felicidad de Jane y tan deshonesto para la firmeza de su enamorado, no podía evitar que la idea acudiese a su mente con frecuencia. Los esfuerzos de sus dos insensibles hermanas y de su influyente amigo,

unidos a los atractivos de Miss Darcy y los placeres de Londres, podían atentar contra la constancia del afecto de Charles Bingley.

En cuanto a Jane, su ansiedad por esta duda era, como es natural, mucho mayor que la de Lizzy, pero deseaba ocultar cuanto sentía, y por eso ambas hermanas jamás aludían a semejante asunto. Pero como a su madre no la contenía igual delicadeza, apenas pasaba una hora sin que hablase de Mr. Bingley, expresando impaciencia por su llegada o pretendiendo que Jane confesase que si ésta no se producía, debía juzgarse malísimamente tratada. Jane tenía que echar mano de toda su paciencia para soportar semejante carga.

Collins regresó con su habitual puntualidad al cabo de quince días; pero su recibimiento en Longbourn no fue tan cordial como la primera vez. Él, sin embargo, se sentía demasiado dichoso para necesitar muchas atenciones, y por suerte para los demás, las atenciones que debía dispensar a su prometida los libraba mucho tiempo de su compañía. La mayor parte del día la pasaba en casa de los Lucas, y a veces regresaba a Longbourn sólo con el tiempo suficiente para excusar su ausencia antes de que la familia se acostase.

Mrs. Bennet se encontraba en un estado lamentable. La sola mención de algo concerniente al casamiento la irritaba, y a cualquier parte que fuese estaba segura de oír hablar de él. Rehuía a Miss Lucas, a quien veía, con horror, como la futura moradora de la casa. Siempre que venía a verlos la imaginaba pensando en el momento en que tomaría posesión de Longbourn, y cuantas veces departía en voz baja con Collins estaba convencida de que hablaban de este asunto y proyectaban echarla de la finca junto con sus hijas en cuanto muriese Mr. Bennet. Con amargura se quejaba a su marido:

—La verdad, Bennet —le decía—, es muy penoso pensar que Charlotte Lucas ha de ser alguna vez dueña de esta casa y yo haya de verme obligada a hacerle sitio y ver cómo ocupa mi puesto en ella.

—Querida, procura rechazar tan tristes pensamientos. Pensemos en cosas mejores; por ejemplo, en que viviré más que tú.

No era esta suposición muy consoladora para Mrs. Bennet, y con todo, en vez de contestar, continuó:

—La idea de que algún día vivirán en esta casa me resulta insoportable. Si no fuera por el legado no lo imaginaría.

—¿Qué es lo que no imaginarías?

—No imaginaría nada en absoluto.

—Agradecemos, pues, que te veas libre de un defecto así.

—Nunca puedo agradecer nada que se refiera al legado. No logro entender cómo se puede, en conciencia, vincular una propiedad arrebatándola a nuestras hijas, ¡y todo en favor de Collins! ¿Por qué ha de corresponderle a él más que a los demás?

—Reflexiona acerca de ello y verás cómo lo averiguas —respondió Mr. Bennet.

La carta de Miss Bingley llegó y puso término a las dudas. Ya en su primera frase comunicaba que todos se habían establecido en Londres para pasar el invierno, y la conclusión expresaba el pesar del hermano por no haber tenido tiempo, antes de abandonar el condado, de ofrecer sus respetos a sus amigos.

Las esperanzas habían desaparecido por completo, y aunque Jane leyó el resto de la carta, halló en la misma pocas cosas, fuera de las expresiones de afecto de quien le escribía, que pudieran servirle de alivio. El elogio de Miss Darcy ocupaba gran parte de la misiva. Se insistía de nuevo en sus numerosas cualidades, y Caroline se jactaba, gozosa, de su creciente amistad con ella, aventurándose a predecir el cumplimiento de sus deseos ya revelados en la carta anterior. Agregaba, con gran regocijo, que su hermano frecuentaba la casa de Darcy, y mencionaba con entusiasmo ciertos planes referentes al futuro inmediato.

Lizzy, a quien Jane comunicó muy pronto la mayor parte de esas noticias, escuchó con silenciosa indignación. Su corazón estaba dividido entre la inquietud por su hermana y el resentimiento contra los demás. A la afirmación de Caroline de que su hermano se sentía atraído por Miss Darcy no le daba crédito. Que estaba enamorado de Jane, no lo ponía en duda, como jamás lo había hecho, y aunque siempre se había sentido bien predispuesta hacia él, no pudo pensar sin pena, y hasta sin desprecio, en su falta de voluntad y resolución, lo que ahora le convertía en esclavo de sus intrigantes amigos y lo arrastraba a sacrificar su propia dicha al capricho de éstos. Pero si la felicidad de él fuera lo único que se sacrificara, bien podría jugar con ella del modo que mejor le pareciese, si con ello no hiciese lo propio con la dicha de su hermana. Se trataba, en suma, de un asunto en el cual, por mucho que se meditase acerca de ello, todas las conclusiones eran estériles. Lizzy no conseguía pensar en otra cosa, y aunque el interés de Bingley hubiese muerto de verdad o hubiera sido regido por la intromisión de sus amigos, aunque supiese él lo mucho que Jane lo quería o este hecho hubiese escapado a su observación, en cualquier caso, si bien su opinión sobre Bingley podría cambiar, según obrase, la situación de aquélla resultaba idéntica, y su tranquilidad quedaba herida.

Transcurrió un par de días antes de que Jane tuviera valor para revelar sus sentimientos a Lizzy; pero, en una ocasión en que Mrs. Bennet las dejó solas tras un ataque más intenso que de ordinario a Netherfield y su dueño, no pudo evitar decir:

—¡Ojalá mamá pudiera dominarse un poco! No se imagina la pena que me causa con sus comentarios sobre él. Pero no quiero consumirme. Lo olvidaré, y todo volverá a ser como antes.

Lizzy miró a su hermana con expresión de incredulidad, pero no dijo nada.

—¿Lo dudas? —exclamó Jane, ligeramente ruborizada—. Ciertamente que tienes razón. Seguirá vivo en mi recuerdo como el hombre más agradable que he conocido,

pero eso será todo. Nada tengo que esperar, que temer, ni que reprocharle. Gracias a Dios, no tengo esa pena. Por consiguiente, que pase algún tiempo, y trataré de soportarlo lo mejor que pueda. —Elevó la voz y agregó—: Tengo el consuelo de saber que no ha sido más que una ilusión, y que sólo yo me he visto perjudicada.

—¡Querida Jane —exclamó Lizzy—, eres demasiado buena! Tu dulzura y desinterés son angelicales; no sé qué decirte. Siento como si nunca te hubiera hecho justicia ni te hubiese querido como te mereces.

Jane negó con vehemencia que poseyese ninguna clase de mérito extraordinario, rechazando el sincero elogio de su hermana, nacido del afecto que le profesaba.

—No —replicó Lizzy—, eso no está bien. Tú tienes por respetable a todo el mundo y te ofendes si hablo mal de alguien. Yo te tengo por perfecta sólo a ti, y te opones a ello. No temas que exagere al elogiar tu buena predisposición hacia todos. No temas; hay pocos a quienes ame de veras, y menos aún de quienes piense bien. Cuanto más conozco el mundo, más me irrita, y todos los días confirmo mi creencia en la inconstancia del carácter humano y en la poca que me inspiran las apariencias de mérito o talento. Me he encontrado últimamente con dos casos que confirman esa creencia: uno no lo quiero mencionar; otro es el casamiento de Charlotte. Es increíble desde todos los puntos de vista.

—Querida Lizzy, no alientes esa clase de sentimientos. Así nunca lograrás ser feliz. Tú no concedes nada a la diferencia de situación y carácter. Considera la respetabilidad de Collins y el carácter prudente y firme de Charlotte. Recuerda que pertenece a una familia numerosa; en cuanto a fortuna, ése es un casamiento muy apetecible, y dispone a creer por ello que Charlotte puede sentir cierto afecto y estima por nuestro primo.

—Si te complace, trataré de admitir algo de lo que dices, pero nadie puede salir beneficiado con creerlo, porque si estuviera persuadida de que Charlotte experimenta algún interés por él, pensaría peor de su inteligencia de lo que ahora lo hago de sus sentimientos. Jane, querida, Collins es un hombre estúpido, ceremonioso, necio y mentecato; tú lo sabes tan bien como yo, y debes comprender que la mujer que se case con él no puede estar en sus cabales. No la defiendas aunque se llame Charlotte Lucas. No has de cambiar, por consideración a una persona, el significado de los principios y de la integridad, ni tratar de convencerte, o convencerme a mí, de que el egoísmo es prudencia y la insensibilidad ante el peligro certidumbre de felicidad.

—Los juzgas con demasiada dureza —replicó Jane—, y espero que al verlos juntos y felices te persuadas de ello. Pero basta de esto. Has mencionado dos casos. No puedo por menos que comprenderte; pero te suplico, Lizzy, que no me apenes censurando a aquella persona y diciendo que no tienes de ella tan buen concepto como antes. No podemos creer tan a la ligera que nos ha ofendido a propósito. No podemos exigir que un joven alocado sea siempre precavido y prudente. A menudo es nuestra propia vanidad lo que nos engaña. La imaginación de las mujeres hace que concibamos demasiadas ilusiones respecto de los hombres.

—Y los hombres procuran que así sea.

—Si lo hacen con premeditación no podrán justificarse, pero no creo que las personas sean tan mal intencionadas como algunos se figuran.

—Estoy muy lejos de atribuir a premeditación la conducta de Bingley —dijo Lizzy—; pero sin querer obrar mal ni hacer infelices a los otros se puede errar y ocasionar desgracia. La carencia de reflexión o la escasa atención a los sentimientos ajenos, así como la falta de resolución, dan ese resultado.

—¿Y tú lo atribuyes a alguna de esas dos cosas?

—Sí, a la última. Pero si sigues por ese camino habré de disgustarte diciendo lo que pienso de personas a las que estimas. Vale más que me calle.

—¿Es que persistes en que sus hermanas influyen sobre él?

—Sí; ellas y su amigo.

—No puedo creerlo. ¿Por qué han de hacerlo? Si ellas quieren su felicidad y él está enamorado de mí, ninguna otra mujer podrá asegurársela.

—Tu primera afirmación es falsa. Pueden desear muchas cosas además de su felicidad; por ejemplo, su enriquecimiento y su elevación en categoría social, que se case con una muchacha que reúna cuanto significan el dinero, una familia aristocrática y el orgullo.

—Vamos, que desean que elija a Miss Darcy —repuso Jane—; pero es posible que sus motivos sean mejores que lo que supones. La conocían mucho antes que a mí; no hay que admirarse, pues, de que la quieran más. Pero, cualesquiera que sean sus deseos, es muy improbable que se hayan opuesto a los de su hermano. ¿Qué hermana se creería con derecho a hacerlo, a no ser que existiese un obstáculo muy digno de tener en cuenta? Si hubieran advertido que está enamorado de mí no habrían procurado separarnos; si él lo estuviera, no tendrían éxito. Y si fuese cierto, todos obrarían de manera irracional y equivocada, provocando mi infelicidad. No me avergüenzo de haberme equivocado, o por lo menos esto es poca cosa comparado con lo que sentiría si pensase mal de él o de sus hermanas. Deja que siga teniendo el más alto concepto de ellos.

Lizzy no podía oponerse a tales deseos, y desde entonces el nombre de Bingley apenas fue pronunciado entre ambas.

Mrs. Bennet continuaba aún extrañada de que él no regresase, aun cuando no pasaba día sin que Lizzy le explicase claramente el motivo. Pero en vano ésta trató de convencer a su madre de algo que ella misma no creía: que las atenciones prodigadas a Jane habían sido mero afecto de un capricho pasajero que cesó en cuanto dejó de verla. Pero aunque Mrs. Bennet admitía la posibilidad de lo que su hija decía, sólo hallaba consuelo pensando que Bingley regresaría en verano.

Mr. Bennet consideraba de diferente manera la cuestión.

—De modo, Lizzy —dijo un día—, que tu hermana ha sufrido un desengaño amoroso. Le doy la enhorabuena. Una muchacha está más próxima a casarse cuando se frustran sus amores. Algo hace pensar así, aparte de que la distingue entre sus

compañeras. Y ¿cuándo te toca a ti? No me gustaría que Jane se te adelantara. Actúa con rapidez; aquí en Meryton hay suficientes oficiales para decepcionar a todas las jóvenes del condado. Cástate con Wickham. Es un muchacho muy agradable, y es seguro que te dejaría plantada caballerosamente.

—Gracias, papá, pero me conformaría con un hombre menos agradable. No todas podemos esperar tener tanta suerte como Jane.

—Así es —dijo Mr. Bennet—; pero ante cualquier cosa que te suceda al respecto, es un consuelo pensar que tienes una madre afectuosa que siempre sacará partido de la situación.

La compañía de Wickham sirvió para mitigar la tristeza en que los últimos desgraciados sucesos habían sumido a varios miembros de la familia de Longbourn. Lo veían a menudo, y a sus otras cualidades añadió en esta ocasión la de una absoluta franqueza. Todo lo que Lizzy había oído, sus quejas contra Darcy y lo mucho que había sufrido a causa de él, era ahora conocido por todos y discutido en público, y todo el mundo se complacía de haberlo odiado ya antes de conocer esos detalles.

Jane era la única que admitía la posibilidad de alguna circunstancia atenuante, desconocida por la sociedad del condado. Su candoroso temperamento abogaba siempre por la indulgencia y exigía la posibilidad de una equivocación; pero Darcy estaba reputado por todos los demás como el más malvado de los hombres.

Tras una semana pasada entre promesas de amor y planes de felicidad, llegó el sábado y Collins tuvo que despedirse de su adorada Charlotte. Pero la pena de su separación se vio aliviada con los preparativos para recibir a su novia; pues tenía sobrados motivos para esperar que en su próximo viaje al condado de Hunsford, se fijase el día de la boda. Se despidió de sus parientes de Longbourn con idéntica solemnidad que la vez anterior; deseó de nuevo a sus queridas primas salud y dicha, y prometió a Mr. Bennet otra carta de agradecimiento.

El lunes siguiente Mrs. Bennet tuvo el placer de recibir a su hermano y a la esposa de éste, que vinieron, como de costumbre, a pasar la Navidad en Longbourn. Mr. Gardiner era hombre sensible, caballeroso, muy superior a su hermana tanto en carácter como en educación. A las mujeres de Netherfield les hubiese resultado difícil creer que semejante persona, que vivía del comercio y siempre estaba metido en su almacén, pudiera ser tan bien educado y agradable. Mrs. Gardiner, bastantes años más joven que Mrs. Bennet y Mrs. Philips, era mujer culta, amable y gran favorita de todas sus sobrinas de Longbourn, en especial de las dos mayores, que habían pasado algunas temporadas con ella en la capital. Lo primero que hizo Mrs. Gardiner al llegar fue distribuir sus regalos y describir las nuevas modas. Agotado el tema, su papel se remitió, prácticamente, a escuchar. Mrs. Bennet tenía muchas desgracias que comunicarle y no poco de qué quejarse. Había sufrido mucho desde la última vez que viera a su hermana. Dos de sus hijas habían estado a punto de casarse, pero al final todo había quedado en nada.

—No censuro a Jane —continuó—, porque habría atraído al señor Bingley si hubiera podido; pero Lizzy, ¡oh hermana! Es muy duro pensar que a estas horas podría ser la esposa de Collins si no se hubiera opuesto a ello. Él le hizo una proposición de casamiento en este mismo cuarto, y ella la rechazó. La consecuencia es que lady Lucas tendrá una hija casada antes que yo, y que la propiedad de Longbourn pasará a manos de ésta. Los Lucas, hermana, son gente muy astuta: se dedican a pillar lo que pueden. Me entristece hablar así de ellos, pero es la verdad. Me pone muy nerviosa y enferma verme contrariada de ese modo por mi propia familia y tener vecinos que piensen en sí antes que en los demás. Con todo, tu llegada es el mayor de los consuelos, y me siento muy dichosa al oír lo que me cuentas de las mangas largas.

Mrs. Gardiner, que ya estaba enterada de todo lo sucedido por las cartas que Jane y Lizzy le habían enviado, dio a su hermana una respuesta somera y cambió de tema por compasión hacia sus sobrinas. Al hallarse luego a solas con Lizzy se explayó más sobre el particular.

—¿De modo que habría sido una boda muy apetecible para Jane? —dijo—. Me duele que se haya frustrado. ¡Pero esas cosas ocurren tan a menudo! Un joven como

me pintas a Mr. Bingley se enamora con facilidad de una muchacha bonita por unas pocas semanas, y cuando, por una casualidad, se separan, la olvida con idéntica facilidad. Eso es muy frecuente.

—En cierto modo, eso constituye un consuelo —repuso Lizzy—; pero no es nuestro caso. A nosotras no nos ha dañado ninguna casualidad; lo que ocurrió es que se han interpuesto unas amigas que pretenden persuadir a un joven independiente a que no piense más en una muchacha a quien pocos días antes amaba con vehemencia.

—Pero es que esa expresión «amaba con vehemencia» es tan manida, tan ambigua, tan indefinida, que no me dice nada. Lo mismo se aplica a sentimientos que brotan a la media hora de conocerse que a efectos reales y profundos. Explícame cómo era la vehemencia del amor del señor Bingley.

—Nunca he visto una inclinación más prometedora. No atendía a nadie más que a Jane, y sólo a ella estaba dedicado. Cada vez que se veían resultaba eso más cierto y patente. En la fiesta que él mismo organizó llegó a molestar a dos o tres señoritas por no sacarlas a bailar, y yo misma hablé con él un par de veces sin obtener respuesta. ¿Pueden existir síntomas más claros? ¿No es la descortesía a los demás la esencia verdadera del amor?

—Sí, de esa clase de amor que, supongo, él sentía. ¡Pobre Jane! Estoy triste por ella, porque, dado su modo de ser, no creo que lo olvide pronto. Habría sido mejor que te ocurriera a ti, Lizzy; tú te habrías reído pronto de todo. Pero ¿crees que podría convencerla de venir con nosotros a Londres? Un cambio de ambiente sería favorable, y acaso le convenga alejarse por un tiempo de esta casa.

A Lizzy le agradó mucho la proposición, y no dudó de que su hermana accedería.

—Supongo —añadió Mrs. Gardiner— que no influirá en ella la presencia de ese joven en la ciudad. Vivimos en un barrio tan diferente, toda nuestra vida social es tan distinta, y, como sabes bien, salimos tan poco de casa, que es muy poco probable que se encuentren si él no viene expresamente a verla.

—Y eso es imposible, porque por ahora se encuentra bajo la custodia de su amigo, y Mr. Darcy no permitiría que él visitase a Jane en el barrio donde vives. ¿Qué opinas, querida tía? Es posible que Mr. Darcy haya oído mencionar alguna vez una calle llamada Gracechurch, pero ni un mes de abluciones bastaría para limpiarlo de sus impurezas, y no dudo que Mr. Bingley no daría un paso sin su compañía.

—Tanto mejor. De ese modo no habrá peligro de que se encuentren. Pero ¿no mantiene Jane correspondencia con la hermana de él? Porque en ese caso se verá obligada a visitarla.

—Cortará por completo su amistad.

Pero a pesar de lo segura que estaba Lizzy al respecto, a poco que comenzó a reflexionar sobre ello llegó a la conclusión de que no era improbable que Mr. Bingley y Jane se encontraran. De hecho era posible, y a veces lo juzgaba verosímil, que el afecto de Bingley se reanimara y éste luchara contra la presión de sus allegados ante la influencia, más natural, de los atractivos de su hermana.



Jane aceptó gustosa la invitación de su tía, y al hacerlo sólo pensaba en los Bingley, y se le ocurrió que si Caroline, como era muy probable, no viviese con sus hermanos, alguna vez podría pasar una mañana con ella sin peligro de encontrarse con el joven.

Los Gardiner permanecieron en Longbourn una semana, y entre los Philips, los Lucas y los oficiales no se pasó un día sin convidados. Mrs. Bennet había cuidado tan bien de entretener a sus hermanos, que jamás se sentaron a comer en familia. Cuando el convite era en la casa, siempre acudían al mismo algunos oficiales, entre quienes Wickham era imprescindible; y Mrs. Gardiner, puesta en guardia por los calurosos elogios que Lizzy hacía de él, observó con minuciosidad a los dos. Sin suponer, por lo que alcanzó a ver, que estaban seriamente enamorados, sus muestras de simpatía bastaron para inquietarla un poco; y así, resolvió hablar con Lizzy sobre el particular antes de abandonar el condado, con la intención de que comprendiese que seguir alimentando una relación amorosa como aquélla constituía una imprudencia.

A los ojos de Mrs. Gardiner Wickham resultaba simpático, y no sólo por sus cualidades. Diez o doce años antes de casarse ella había pasado bastante tiempo en la zona del condado de Derby de donde era él oriundo. Poseían, por lo tanto, muchas relaciones comunes, y aunque Wickham permaneciera poco allí desde el fallecimiento del padre de Darcy, ocurrido hacía cinco años, podía darle noticias más frescas acerca de sus antiguas amistades.

Mrs. Gardiner había estado en Pemberley y conocido a la perfección el carácter del difunto Mr. Darcy. Eso era, por consiguiente, tema inagotable de conversación. Comparando sus recuerdos de Pemberley con la minuciosa descripción que Wickham hacía, y elogiando sin cesar el carácter de su último poseedor, se deleitaban ambos. Al enterarse del trato que el actual Darcy había dado a Wickham, recordó algo de la fama que tenía el carácter de aquel caballero cuando aún era un muchacho. Por fin confesó haber oído decir que Fitzwilliam Darcy era un muchacho orgulloso y malvado.

Mrs. Gardiner aprovechó la primera ocasión para hablar a solas con Lizzy. Tras exponerle con calma su pensamiento, le dijo:

—Eres una muchacha lo bastante juiciosa para enamorarte sólo porque te aconsejan lo contrario, y por eso no temo hablarte sin rodeos. Créeme cuando te advierto que debes andar con cuidado. No te dejes llevar por afecto espontáneo que la carencia de fortuna puede hacer por demás imprudente. Nada tengo que decirte contra él; es muy interesante, y si poseyera la posición que le es debida, yo misma te aconsejaría que no lo dudaras. Pero dadas las actuales condiciones, debes evitar que tu imaginación te arrebate. Posees gran inteligencia, y todos esperamos que la emplees. Estoy segura de que tu padre confía en tu firmeza y buena conducta. No lo defraudes.

—Querida tía, esto está poniéndose demasiado serio.

—Sí, y confío en que así lo consideres.

—Bien, pues no tienes que alarmarte. Cuidaré de mí misma y de Wickham. No se enamorará de mí si puedo impedirlo.

—Ahora no hablas en serio, Lizzy.

—Perdóname; trataré de expresarme con seriedad. Por el momento no amo a Wickham, estoy segura de ello. Pero él es, sin comparación, el hombre más agradable que he conocido, y, por si en realidad se enamora de mí, creo que sería mejor que no lo fuera tanto. Sé que semejante cosa es una imprudencia. ¡Oh, qué abominable es Mr. Darcy! La opinión que mi padre tiene de mí me honra mucho, y sería injusto que no correspondiese a la misma. Mi padre, no obstante, es partidario de Wickham. Te aseguro, tía querida, que lamentaría mucho hacer desgraciado a alguien, pero puesto que a menudo cuando dos jóvenes se aman poco importa la falta de fortuna, ¿cómo puedo prometer ser más cuerda que otras muchachas si me viese tentada? O ¿cómo habré de comprender que sería más prudente resistir? Cuanto puedo prometerme, por consiguiente, es actuar con prudencia. No juzgaré con precipitación su anhelo; cuando esté en compañía de él, no lo desearé. En suma, haré lo que pueda.

—Acaso eso surtiría efecto si lo desanimases a visitarte tan a menudo. Por lo menos, no deberías recordarle con tanta insistencia a tu madre que debe invitarlo.

—Como sucedió el otro día —repuso Lizzy con una sonrisa—. Cierto que sería oportuno poner moderación en eso. Pero no creas que viene con tanta frecuencia. Es por consideración a ti que esta semana ha sido invitado tantas veces. Ya conoces las ideas de mi madre sobre la necesidad de procurar constante compañía a sus amigas. Pero por mi honor que trataré de proceder como crea más atinado, y espero que ahora quedes más satisfecha.

Su tía le aseguró que lo estaba, y tras darle Lizzy las gracias por su bondadosa advertencia, se marcharon. He aquí un admirable ejemplo de cómo puede darse un

consejo sobre tan delicado asunto sin dar lugar a resentimiento.

Collins regresó al condado poco después de haberlo abandonado los Gardiner y Jane; pero como residió con los Lucas, su llegada no molestó a Mrs. Bennet. Se acercaba el día de la boda y ésta se encontraba al fin tan resignada, que lo miraba como inevitable, y aun repetía, bien que de mal talante, que deseaba felicidad a los novios. La ceremonia tendría lugar el jueves, y el miércoles hizo Miss Lucas su visita de despedida; y cuando se levantó para marcharse, Lizzy, avergonzada de los forzados cumplidos de su madre, y, además, sinceramente afectada, la acompañó fuera. Al bajar juntas por la escalera, Charlotte dijo:

—Espero tener noticias de ti a menudo, Lizzy.

—Las tendrás.

—Y aún debo suplicarte otro favor. ¿Vendrás a verme?

—Supongo que vendrás a menudo a visitar a tus padres.

—Durante un tiempo no creo que pueda dejar Kent. Prométeme que vendrás a Hunsford.

Lizzy no pudo rehusar la invitación, aun cuando la idea no le agradaba.

—Mi padre y Mary vendrán a verme en mayo —añadió Charlotte—, y espero que consientas en unirte a ellos. En verdad, Lizzy, serás recibida con la misma alegría.

La boda se celebró; la novia y el novio se marcharon a Kent desde la puerta de la iglesia, y todos tuvieron, como de costumbre, algo que decir sobre el asunto. Lizzy tuvo pronto noticias de su amiga, y su correspondencia fue tan regular y frecuente como siempre. Sin embargo, le resultaba imposible ser tan franca y expansiva. No podía escribirle sin advertir que había desaparecido entre ellas la confianza que nace de la amistad sincera, y aun cuando decidió que seguiría escribiéndole, lo hacía en atención a lo que su amistad había sido, no a lo que era. Abría con ansiedad las primeras cartas de Charlotte. No podía menos que ser curioso saber cómo hablaba de su nuevo hogar, qué opinión le merecía lady Catherine, hasta qué punto se consideraba feliz. Pero al leer esas primeras misivas, Lizzy observó que Charlotte se expresaba exactamente como había previsto. No había en las cartas otra cosa que elogios para todo cuanto la rodeaba. La casa, el vecindario y los caminos, todo era de su gusto, y lady Catherine la mujer más amigable y atenta. La descripción de Hunsford y Rosings coincidía con la de Collins, aunque más razonable y comedida, y Lizzy comprendió que debía aguardar su visita para enterarse de lo demás.

A todo esto Jane había enviado unas líneas a su hermana anunciándole su feliz llegada a Londres, y Lizzy esperó que en la siguiente le comunicara algo referente a los Bingley.

Su impaciencia fue recompensada, como suele ocurrir. Jane llevaba una semana en la capital sin ver a Caroline ni oír hablar de ella. Lo explicaba suponiendo que quizá la carta que le había escrito desde Longbourn se había extraviado.

«Mi tía —continuaba— irá mañana a aquella parte de la ciudad y tendré ocasión de acercarme a la calle de Grosvenor.»

Escribió de nuevo una vez efectuada la visita en que vio a Miss Bingley. «No encontré a Caroline de buen humor, pero se alegró mucho de verme, reprochándome, sin embargo, el no haberle dado noticia de mi llegada a Londres. Yo estaba en lo cierto: no había recibido mi última carta. Luego, como era natural, pregunté por su hermano. Estaba bien, pero tan ocupado en cuestiones en común con Mr. Darcy que apenas lo veía. Me encontré con que Miss Darcy estaba invitada a comer. Deseaba verla, pero mi visita no fue larga, pues Caroline y Mrs. Hurst debían salir. Supongo que en breve las tendré por aquí.»

Lizzy sacudió la cabeza pensativamente al terminar de leer la carta, y quedó convencida de que sólo por casualidad Bingley podría descubrir que su hermana estaba en la capital.

Pasaron cuatro semanas, y Jane seguía sin ver a Mr. Bingley. Trató de convencerse de que no lo lamentaba, pero no pudo permanecer por más tiempo ciega hacia la falta de atención de Miss Bingley. Tras esperar en casa todas las mañanas durante quince días e inventar para aquélla una nueva excusa todas las tardes, la visita llegó al fin; pero la brevedad de la misma, y la extraña actitud de la visitante, eliminaron las dudas que Jane tenía respecto a ella. La carta que con ese motivo dirigió a su hermana demostró lo que sentía:

Estoy segura, mi queridísima Lizzy, de que serás incapaz de vanagloriarte de tu buen juicio cuando te confiese que he estado engañada por completo acerca del afecto de Miss Bingley hacia mí. Pero, querida hermana, aunque los hechos hayan demostrado que tenías razón, no me juzgues obstinada si aún afirmo que, considerando su proceder, mi confianza era tan natural como tus sospechas. Después de todo, no comprendo la razón que le asistía para desear ser mi amiga íntima, pero si otra vez se produjeran las mismas circunstancias, es bien cierto que nuevamente volvería a engañarme. Caroline no ha devuelto mi visita hasta ayer, y ni una esquela ni una línea suya he recibido entretanto. Quedó patente que me visitaba de mala gana; dio una excusa ligera, de pura fórmula, por no haberme visitado antes, no dijo palabra de volver a vernos y estaba tan alterada que cuando se fue decidí firmemente que no continuaría su relación. Si bien no puedo evitar censurarla, la compadezco. Obró mal al apartarse de mí como lo hizo. Puedo decir, sin mentir, que todas las tentativas de intimidad nacieron de ella. Pero la compadezco porque tarde o temprano comprenderá que se ha comportado mal, y porque estoy segura de que la zozobra por su hermano es la causa de todo. No necesito explicarme más, y aunque sabemos que no hay motivos para semejante zozobra, con todo, si es que la experimenta, fácilmente podrá explicar su conducta para conmigo, y siendo él tan merecidamente querido para ella, cuanta zozobra pueda sentir por él es natural y comprensible. Pero no puedo por menos que admirarme de que salga ella ahora con temores por el estilo, porque si él se hubiera cuidado de mí, hace tiempo que nos habríamos encontrado en la ciudad. Él sabe que estoy en Londres; de eso estoy segura por algo que ella misma me ha comunicado, y con todo, por el modo de expresarse parecía como si Caroline necesitara persuadirse de que en realidad él está enamorado de Miss Darcy. No lo entiendo. Si no temiera juzgarla con dureza, casi me atrevería a decir que en todo esto hay grandes apariencias de falsedad. Pero en lo sucesivo sólo pensaré en aquello que puede hacerme feliz: tu cariño y la bondad que me demuestran mis queridos tíos. Hazme saber pronto de vosotros. Miss Bingley dijo algo de no regresar jamás a Netherfield y deshacerse de la casa, pero no sé si lo harán. Será mejor que no hablemos de eso. Me complace mucho que hayas tenido tan buenas noticias de nuestros amigos de Hunsford. Te ruego que vayas a verlos con sir William y Mary. Estoy convencida de que te encontrarás muy bien allí.

Tuya

JANE.

La lectura de esta carta disgustó a Lizzy, pero le procuró cierto consuelo el saber que Jane ya no viviría engañada, al menos respecto a Miss Bingley. Toda esperanza relativa al hermano quedaba ahora disipada por completo. Cuanto más pensaba en él, más descendía en su estima, y como si esto supusiera un castigo para él a la vez que una ventaja para Jane, deseaba sinceramente que se casase pronto con la hermana de Darcy, ya que, según Wickham, lo obligaría a arrepentirse de haberla despreciado.

Mrs. Gardiner recordó por entonces a Lizzy su promesa acerca de Wickham, y le pidió noticias sobre el particular. Las que Lizzy podía proporcionarle eran más satisfactorias para su tía que para sí misma. El aparente interés de él había desaparecido y sus atenciones habían acabado; ahora admiraba a otra. Lizzy vigilaba lo suficiente para verlo todo, y podía observarlo y escribir sobre ello sin verdadero pesar. Apenas si se sentía herida, y su vanidad se veía satisfecha por creer que si la posición social lo hubiese hecho posible, habría sido ella la elegida. La inesperada herencia de diez mil libras era el mayor atractivo que podía ofrecer la joven a quien ahora él procuraba agradar. Pero Lizzy, acaso con menor perspicacia que en el caso de Charlotte, no disintió con él por sus anhelos de independencia. Por el contrario, nada juzgaba más natural; y como podía suponer que le costaba a él algún esfuerzo abandonarla, estaba dispuesta a considerar el hecho como una solución apetecible para ambos, y podía desearle sinceramente que fuese feliz.

Todo eso fue expuesto a Mrs. Gardiner, y tras relatar las circunstancias, añadía: «Tengo la certeza, querida tía, de que nunca he estado muy enamorada, pues si realmente hubiera experimentado esa pasión pura y elevada, ahora detestaría hasta el nombre de semejante individuo y le desearía toda suerte de males. Pero no sólo abrigo sentimientos cordiales hacia él, sino que miro con imparcialidad a Miss King, y no la odio sino que, por el contrario, la considero buena muchacha. No puede haber amor en todo eso. Mi desvelo ha sido real; y aunque si estuviera frenéticamente enamorada de él resultaría ahora más interesante para todos sus conocidos, no puedo decir que lamento mi relativa insignificancia. A veces la importancia se paga demasiado cara. Kitty y Lydia son más sensibles que yo en lo que a asuntos del corazón se refiere; son jóvenes y todavía no están hechas a la mortificante convicción de que los hombres atractivos han de tener algún recurso para vivir, como todos los demás.»

Sin otros acontecimientos dignos de importancia ni más variación que los paseos a Meryton, unas veces con lodo y otras con frío, pasaron para Lizzy los meses de enero y febrero. En marzo debía ir a Hunsford. Al principio no había pensado seriamente en hacerlo, pero vio que Charlotte se había empeñado en ello y, poco a poco, acabó por decidirse a efectuar el viaje. La ausencia de su amiga había acrecentado sus deseos de verla y amenguado la antipatía que sentía hacia Collins. El proyecto ofrecía cierta novedad, y como con tal madre y tan poco sociables hermanas no podía resultar apetitosa la estancia en casa, no sentaría mal un cambio. El viaje le proporcionaba, además, el placer, de dar un abrazo a Jane, y, en suma, cuando llegó el momento de marchar le hubiese sabido mal cualquier dilación.

Todo salió a pedir de boca y de acuerdo con el conocido plan de Charlotte. Acompañaría a sir William y a su segunda hija. Incluso se mejoró el plan añadiéndole una noche en Londres, de modo que resultó perfecto.

La única pena de Lizzy era separarse de su padre, que la echaría de menos. En efecto, antes de que partiese éste le pidió que le escribiese, y hasta casi prometió que contestaría su carta.

Wickham la despidió amistosamente. Sus actuales intereses amorosos no hacían olvidar a Lizzy que había sido la primera en merecer su atención, la primera en escucharlo y compadecerlo, la primera a quien admiró; y en su manera de decirle adiós, deseándole toda clase de dichas, recordándole lo que había de esperar de lady Catherine de Bourgh y confiando en que sus opiniones sobre ella y sobre todos coincidirían, hubo tal solicitud e interés que sintió un deber corresponderle con el más sincero afecto. Así, partió convencida de que, lo mismo casado que soltero, Wickham sería siempre un modelo de hombre amable y agradable.

Los compañeros de viaje no eran como para hacer éste muy grato. Sir William Lucas y su hija Mary, muchacha simpática, aunque con la cabeza tan hueca como su padre, no tuvieron nada que decir que valiera la pena, y así, los escuchó con el mismo interés que oía el ruido del carruaje. Lizzy gustaba del absurdo, pero conocía a sir William desde hacía mucho tiempo. Nada nuevo podía referirle ya de las maravillas de su presentación en la corte y de su dignidad de caballero, y sus modales eran tan anticuados como sus noticias.

Era un viaje de veinticuatro millas, y lo emprendieron tan temprano, que al mediodía estaban en Londres, en la calle Gracechurch. Al detenerse ante la puerta de los Gardiner, Jane se asomó a la ventana del salón, donde estaba esperando su llegada; al entrar en el comedor, allí estaba para darles la bienvenida, y Lizzy, tras contemplarla con ansiedad, se alegró de hallarla tan sana y cariñosa como siempre. En la escalera había un tropel de niños y niñas cuya impaciencia por la llegada de su prima, a quien no veían desde hacía un año, no les permitía esperar en el salón, por

estarles vedado. Todo era alegría y muestras de cariño. El día transcurrió gratamente: la tarde, en caminar y recorrer tiendas, y la noche, en un teatro.

Lizzy tuvo ocasión de conversar con su tía. El primer tema que abordaron fue Jane, y le causó pena, más que extrañeza, oír que aunque su hermana se esforzaba en conservar la entereza de ánimo, sufría períodos de profunda melancolía. Con todo, era razonable esperar que no se prolongasen por mucho tiempo. Le contó también Mrs. Gardiner ciertos detalles sobre la visita de Miss Bingley, refiriéndole la conversación mantenida entre Jane y ella, lo que demostraba que aquélla había borrado de su corazón todo sentimiento de amistad.

Mrs. Gardiner reanimó a su sobrina por la deserción de Wickham, felicitándola por la facilidad con que lo había olvidado.

—Pero, querida Lizzy —añadió—, ¿qué clase de muchacha es Miss King? Mucho sentiría pensar que nuestro amigo resultó un vulgar mercenario.

—Dime, tía, ¿qué diferencia hay, en cuestiones de matrimonio, entre un mercenario y una persona prudente? ¿Dónde acaba la discreción y comienza la avaricia? La Navidad pasada temías que me casara con él porque habría sido una imprudencia, y ahora, por declararse a una joven que acaba de heredar diez mil libras, lo tildas de mercenario.

—Si supiese qué clase de muchacha es Miss King, te diría qué pienso de ella.

—Creo que es una muchacha muy buena. Nada malo he oído decir de ella.

—Pero él no le dedicó la menor atención hasta la muerte de su abuelo, lo que la hizo dueña de su fortuna.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Si no podía obtener mi afecto por carecer yo de dinero, ¿qué motivo existía para que se mostrase interesado por una muchacha tan pobre como yo?

—Pero es indecoroso que comenzara a cortejarla poco después de lo ocurrido entre vosotros.

—Un hombre que carece de recursos no puede permitirse el lujo de perder el tiempo simulando el decoro elegante de los pudientes. Si ella no se lo reprocha, ¿por qué hemos de hacerlo nosotras?

—El que ella no se lo reproche, no lo justifica a él. Sólo muestra que ella carece de algo, bien de prudencia, bien de sentimiento.

—De acuerdo —repuso Lizzy—, como quieras. Serán, él, mercenario, y ella, necia.

—No, Lizzy; no pretendo eso. Ya sabes cuánto me dolería pensar mal de un joven que ha vivido tanto tiempo en el condado de Derby.

—Si eso es todo, yo tengo muy mala opinión de jóvenes que viven en ese condado; y sus íntimos amigos, que viven en el de Hunsford, no son mucho mejores. Estoy harta de todos ellos. Gracias a Dios, mañana me encontraré con un hombre que no posee ninguna cualidad agradable, que carece de modales y hasta de sentido que

puedan recomendarlo. Los hombres necios son, después de todo, los únicos que vale la pena conocer.

—Cuidado, Lizzy, que esas palabras revelan demasiado disgusto.

Antes de separarse, Lizzy tuvo la dicha inesperada de que sus tíos la invitasen a acompañarlos en un viaje de recreo que se proponían emprender durante el verano.

—No hemos decidido aún hasta dónde llegaremos —dijo Mrs. Gardiner—, pero es probable que vayamos a los Lagos.

Ningún proyecto podía causar más satisfacción a Lizzy, y así, aceptó de inmediato, agradecida.

—Querida tía —exclamó con entusiasmo—, ¡qué feliz me haces! Me dais nuevo vigor. ¡Adiós a los disgustos y al mal humor! ¿Qué son los hombres al lado de los valles y las montañas? ¡Oh! ¡Qué horas felices pasaremos! Y al regresar no seremos, como otros viajeros, incapaces de dar idea exacta de lo vivido. Sabremos adónde hemos ido, recordaremos lo que hayamos visto. Lagos, montañas y ríos estarán mezclados en nuestra imaginación, y al tratar de describir una escena particular no comenzaremos por disputar sobre el lugar donde tuvo lugar. Que nuestras primeras efusiones sean menos insoportables que las de la mayoría de los viajeros.



Todo lo que aconteció al día siguiente fue nuevo e interesante para Lizzy. Estaba feliz de ver a su hermana, cuyo aspecto había hecho que se desvanecieran sus temores por su estado de salud, y la perspectiva de un viaje por el Norte era una fuente inagotable de delicias.

Cuando dejaron la carretera principal para tomar el camino de Hunsford, las miradas buscaban la abadía, y todos, al salir de cada curva, esperaban tenerla a la vista. La valla de Rosings Park era su límite por uno de los lados. Lizzy sonrió al recordar cuántas cosas había oído de sus habitantes.

Por fin, divisaron la abadía. El jardín, que se extendía hasta el camino, la casa que se alzaba en él, la verde empalizada, el seto de laurel; todo declaraba que se acercaban. Collins y Charlotte aparecieron a la puerta, respondiendo a los saludos y sonrisas de los viajeros, y el carruaje se detuvo ante una pequeña entrada que a través de una estrecha alameda conducía a la casa. Cuando descendieron del coche, se regocijaron mutuamente de verse. Mrs. Collins dio la bienvenida a su amiga con grandes muestras de alegría, y Lizzy, al verse tan afectuosamente recibida, se sintió feliz de estar allí. Al instante observó que los modales de su primo no habían variado con el matrimonio; su ceremoniosa cortesía seguía siendo la misma, y la entretuvo por unos instantes ante la puerta para que oyese y respondiera sus preguntas sobre toda la familia. Entraron en la casa sin más dilación que la necesaria para apreciar la limpieza que reinaba en ella, y en cuanto se vieron en la sala de estar, Collins les dio de nuevo la bienvenida con ostentosa formalidad, repitiendo punto por punto los ofrecimientos que su mujer les hiciera de servirles un refrigerio.

Lizzy no estaba preparada para escuchar grandezas, y advirtió que al elogiar su primo las buenas dimensiones de la estancia y su aspecto y mobiliario se dirigía en particular a ella, con la intención de que lamentase el haber perdido tanto al rechazarlo. Pero aunque todo parecía limpio y cómodo, no pudo complacerlo con miradas de arrepentimiento, antes bien, se admiraba de que su amiga pudiera mostrarse tan alegre con semejante compañero. Cuando Collins decía algo de lo que su mujer debiera razonablemente ruborizarse, lo que ocurría a menudo, Lizzy, sin poder evitarlo, miraba a Charlotte. En un par de ocasiones descubrió en ella un débil sonrojo, pero, en general, la esposa no lo escuchaba, con lo que daba muestras de cordura. Tras permanecer allí el tiempo suficiente para admirar uno a uno los muebles de la estancia, desde el armario hasta la rejilla de la chimenea, y contar el viaje y todo lo ocurrido en Londres, Collins las invitó a dar una vuelta por el jardín, de cuyo cuidado se encargaba personalmente. Trabajar en el jardín era uno de sus mayores placeres, y Lizzy admiró la moderación con que Charlotte elogiaba lo saludable del ejercicio y reconocía que animaba a su marido a hacerlo. Guiándolos a través de sendas y encrucijadas, y concediéndoles apenas algún intervalo para expresar las

alabanzas de rigor, fue señalando los lugares a su juicio más atractivos con una minuciosidad que superaba en mucho su belleza. Describía los campos que se veían y sabía de memoria el número de árboles que había en los lugares más distantes. Pero de todo lo que abarcaba la vista, la campiña y aun el reino en general, nada podía equipararse a Rosings, situada en un claro de la arboleda que rodeaba el parque, enfrente mismo de la casa. Rosings era un edificio moderno, hermoso y bien emplazado sobre una loma no muy elevada.

Desde su jardín, Collins pretendía llevarlos a recorrer sus dos prados, pero como las señoras carecían de calzado adecuado, desistieron de hacerlo. Y mientras Sir William lo acompañaba, Charlotte invitó a su hermana y a Lizzy a entrar en la casa, muy satisfecha de tener oportunidad de mostrársela sin ayuda de su marido. Era más bien pequeña, pero bien dispuesta, y todo estaba arreglado con limpieza y propiedad, lo que reconoció Lizzy ante su amiga. Si se hubiese podido prescindir de Collins, todo habría resultado más cómodo, y por la actitud de Charlotte, Lizzy supuso que a menudo debía olvidarse de él.

Ya le habían comunicado que lady Catherine seguía en el campo. Cuando estaban cenando volvió a hablarse de ella, y Collins, sumándose a la conversación, dijo:

—Sí, Lizzy, tendrás el honor de ver a lady Catherine de Bourgh el domingo próximo en la iglesia, y te aseguro que la hallarás muy agradable. Es todo afabilidad y condescendencia, y no dudo de que serás honrada con alguna observación suya cuando termine el servicio religioso. No tengo dudas de que os invitará a ti y a mi hermana Mary durante vuestra estancia aquí. Su conducta respecto de mi querida Charlotte es encantadora. Comemos en Rosings dos veces por semana, y nunca nos permite que regresemos a pie. Siempre dispone para nosotros de su carruaje; mejor dicho, de uno de los carruajes, porque tiene varios.

—Lady Catherine es, en verdad, una mujer respetable y afectuosa —intervino Charlotte—, y una vecina muy atenta.

—Muy cierto, querida; eso es justamente lo que yo digo. Es una mujer para quien todo elogio es poco.

La velada se empleó, principalmente, en hablar del condado de Hertford y en repetir lo que ya se había dicho por escrito, y cuando terminó, Lizzy, en la soledad de su habitación, reflexionó sobre el grado de satisfacción de Charlotte y la paciencia que demostraba para con su marido y su habilidad para sacar partido de él. Pensó también en cómo pasarían los días que durase su visita, en qué ocuparían el tiempo, en las molestas interrupciones de Collins y en la alegría que podía brindar el trato con los de Rosings. En su viva imaginación, todo quedó pronto decidido.

Hacia la mitad del día siguiente, cuando estaba en su cuarto dispuesta a salir de paseo, un repentino ruido que se produjo abajo pareció sumir la casa en la confusión, y tras aguzar el oído, advirtió que alguien subía por la escalera a toda prisa y la llamaba en voz alta. Abrió la puerta y se encontró en el corredor con Mary, quien, sin aliento y visiblemente agitada, exclamó:

—¡Oh, mi querida Lizzy! ¡Date prisa y ve al comedor, porque hay algo que ver allí! No puedo decirte qué es. Apresúrate y baja cuanto antes.

En vano preguntó Lizzy qué ocurría. Mary no quiso decir más, y ambas corrieron al comedor, cuyas ventanas daban al camino, para ver el motivo de tanto alboroto. De inmediato Lizzy comprobó que un faetón se había detenido ante la puerta del jardín y que en él había dos damas.

—¿Y eso es todo? —exclamó Lizzy—. ¡Esperaba, por lo menos, que los lechoncillos hubieran entrado en el jardín, y no es sino lady Catherine con su hija!

—¡Oh, querida! —repuso Mary, extrañadísima de la equivocación—, no se trata de lady Catherine. La anciana es Mrs. Jenkinson, que vive con ellas. La otra es Miss de Bourgh. Mira sólo a ésta. Parece una niña. ¿Quién habría imaginado que era tan delgada y pequeña?

—Es muy poco considerado tener a Charlotte fuera con este viento. ¿Por qué no entra?

—¡Oh! Charlotte dice que nunca lo hace. Es un favor extraordinario el que Miss de Bourgh se digne entrar.

—Me gusta su aspecto —dijo Lizzy, que tenía otros pensamientos en mente—. Parece enferma y de mal talante. Sí, a él le resultará una esposa muy adecuada.

Collins y su mujer estaban de charla con las señoras, y sir William para gran regocijo de Lizzy, se hallaba en el camino, contemplando la escena con actitud solemne, inclinándose cortésmente cuando Miss de Bourgh lo miraba.

Por fin la conversación se acabó; las señoras siguieron su camino, y los otros entraron en la casa. Apenas se hubieron marchado, Collins comenzó a felicitarlas por su suerte. Charlotte intervino a continuación para comunicarles que todos estaban invitados a comer en Rosings al día siguiente.

La satisfacción de Collins por la invitación fue completa. El poder mostrar la amabilidad de su protectora ante sus admirados visitantes, y hacerles ver su cortesía para con él y su esposa eran las cosas que más anhelaba; y el que tan pronto se hubiese presentado la ocasión para ello era una prueba tan evidente de lady Catherine, que no sabía cómo elogiarla bastante.

—Confieso —dijo— que nada me habría sorprendido una invitación de Su Señoría para tomar el té el domingo y pasar la tarde en Rosings; antes bien, conociendo su afabilidad, esperaba que aconteciese. Pero ¿quién podía prever una atención como ésta? ¿Quién habría imaginado que todos los de la casa seríamos invitados a comer allí tan inmediatamente después de vuestra llegada?

—Yo soy el menos asombrado de lo ocurrido —replicó sir William—, ya que sé cómo se comportan los aristócratas, debido a mi posición social. En la corte esos ejemplos no son raros.

Todo ese día y la mañana siguiente apenas se habló de otra cosa que de la visita a Rosings. Collins fue instruyéndolos con cuidado acerca de lo que iban a ver, para que la vista de tanto lujo, de tantos criados y de tan espléndida comida no los sobrecogiese.

Cuando las señoras se separaban para vestirse, dijo a Lizzy:

—No te inquietes, querida prima, por lo que vayas a lucir. Lady Catherine está muy lejos de exigir de nosotros la elegancia que ostentan ella y su hija. Sólo te recomendaría que te pusieras el mejor vestido que tengas; eso es todo. Lady Catherine no te juzgará mal porque vayas vestida con sencillez. Le agrada que se le reserve la distinción correspondiente a su rango.

Mientras se vestían, él se acercó dos o tres veces a las respectivas puertas recomendando prisa, pues lady Catherine censuraba mucho tener que esperar para la comida.

Tan elevadas noticias de Su Señoría y de su modo de ser habían asustado a Mary Lucas, poco hecha a los actos sociales, quien miraba su entrada en Rosings con tanto temor como su padre había experimentado cuando fue presentado en St. James.

Como hacía buen tiempo, se tuvo la idea de dar un agradable paseo de media milla por el parque. Todo parque posee sus bellezas y sus perspectivas, y Lizzy halló en aquél mucho que le agradó, aunque no le produjo tanto entusiasmo como esperaba Collins cuando éste le hizo la relación del número de ventanas de la fachada de la casa y la cantidad que, en conjunto, le habían costado las vidrieras a sir Lewis de Bourgh.

Cuando subían por la escalinata hacia el vestíbulo, la excitación de Mary crecía por momentos, y ni sir William se encontraba tranquilo por completo. Lizzy conservaba la calma. Nada había oído de lady Catherine que le revelase un talento

extraordinario o la virtud de una santa, y estaba convencida de que no iba a deslumbrarse ante la majestad del dinero y del rango.

Desde el vestíbulo de entrada, del que Collins hizo notar con entusiasmo las armoniosas proporciones y el delicado ornato, siguieron a los criados, a través de una antecámara, a la habitación donde lady Catherine, su hija y Mrs. Jenkinson se encontraban. Su Señoría, con gran amabilidad, se levantó para recibirlos, y como Mrs. Collins había acordado con su marido que ella se encargaría de las presentaciones, éstas se hicieron de manera conveniente, sin ninguna de las excusas y muestras de agradecimiento que él habría juzgado necesarias.

A pesar de haber estado en St. James, sir William quedó tan admirado de la grandiosidad de cuanto lo rodeaba, que apenas tuvo valor para hacer una gran reverencia, tomó asiento sin decir palabra; y su hija, asustada y como fuera de sí, se sentó también en el borde de una silla, sin saber adónde mirar. Lizzy permanecía totalmente tranquila y observó con calma a las tres damas que tenía ante sí. Lady Catherine era muy alta y gruesa, de facciones fuertemente marcadas, que tal vez hubiesen sido bellas en sus tiempos. Su aire no era atrayente ni sus modales fueron, al recibirlos, propios para hacer olvidar a sus visitantes su inferior jerarquía. No la hacía imponente el silencio, pero lo que decía lo decía con tono tan autoritario que hacía resaltar su importancia, lo que hizo que Lizzy recordase al instante a Wickham, y que comprobase que lady Catherine era punto por punto como aquél la había retratado.

Cuando, tras examinar a la madre, en cuyo aspecto y proceder pronto descubrió semejanza con Darcy, volvió los ojos a la hija, casi se asombró tanto como Mary al ver que era tan delgada y menuda. Ni en la figura ni en el rostro había la menor semejanza entre las dos. Miss de Bourgh era pálida y enfermiza; sus facciones, aunque no ordinarias, insignificantes, y hablaba poco, excepto, en voz baja, con Mrs. Jenkinson, en cuyo aspecto nada había de notable, que se hallaba siempre pendiente de ella.

Tras permanecer sentadas unos minutos, fueron llevadas a una de las ventanas, para admirar el paisaje, cuya belleza apuntó Collins, informándoles amablemente lady Catherine de que era mucho mejor en el verano.

La comida fue ciertamente succulenta, y en ella se vieron todos los criados y toda la vajilla de plata que Collins había prometido; y, como probablemente había pronosticado, se sentó él a la cabecera de la mesa a requerimientos de Su Señoría, lo que hizo dando a entender que la vida no podía brindarle nada mejor. Trinchaba, comía y alababa todo con deliciosa vivacidad, y cada plato era ponderado primero por él y luego por sir William, que se hallaba ya lo suficiente sereno para ser el eco de cuanto decía su yerno, de tal modo que Lizzy se admiraba de que lady Catherine pudiese soportarlos. Pero ésta parecía encantada con algunas expresiones de admiración y sonreía graciosamente, en especial cuando algún plato resultaba novedad para aquéllos. Los demás no conversaban mucho. Lizzy estaba dispuesta a hablar en cuanto se le diera oportunidad, pero se hallaba sentada entre Charlotte y

Miss de Bourgh, la primera de las cuales se dedicaba a escuchar a lady Catherine, en tanto que la segunda no soltó prenda en toda la comida. Mrs. Jenkinson se ocupaba sobre todo de vigilar la alimentación de Miss de Bourgh, invitándola a que tomase de algún otro plato y temiendo que estuviese indispuesta. Mary pensaba que debía callar, y los caballeros no hacían sino comer y expresar su admiración.

Cuando las señoras regresaron al salón, poco hubo que hacer en él fuera de escuchar la charla de lady Catherine, que duró sin descanso hasta que llegó el café, dando a conocer su opinión sobre toda clase de asuntos, de modo tan resuelto que revelaba cuán poco acostumbrada estaba a que se discutiesen sus juicios. Interrogó a Charlotte sobre los quehaceres domésticos, y le dio infinidad de consejos para resolverlos; incluso la instruyó acerca del modo de cuidar las vacas y los pollos, y todo lo hizo de manera detallada y tono familiar. Lizzy notó que la gran señora aprovechaba cualquier ocasión para dar consejos a los demás. En los intervalos de su conferencia con Mrs. Collins, dirigió varias preguntas a Mary y Lizzy, en especial a ésta, de cuyas relaciones sabía menos, y de quien dijo a Mrs. Collins que era muchacha muy gentil y agradable. En diferentes ocasiones le preguntó cuántas hermanas tenía, si eran mayores o menores que ella, si alguna iba a casarse pronto, si eran guapas, si habían sido bien educadas, de qué talante era su padre, y cuál había sido el apellido de soltera de su madre. A Lizzy le pareció una impertinencia aquella serie de preguntas, pero las contestó con toda corrección. Lady Catherine observó entonces:

—Me han informado que la propiedad de su padre pasará algún día a Mr. Collins. Por usted —dijo volviéndose a Charlotte— lo celebro; pero por lo demás, no veo motivo para vincular estados fuera de la línea femenina. En su momento la familia de sir Lewis de Bourgh no lo juzgó necesario. ¿Toca usted o canta, Miss Bennet?

—Un poco.

—¡Ah! Entonces, confío en que alguna vez tendremos el gusto de escucharla. Nuestro piano es excelente; probablemente superior al... Algún día lo probará usted. Y sus hermanas ¿tocan y cantan?

—Una de ellas.

—¿Por qué no han aprendido todas? Deberían haberlo hecho. Todas las señoritas Webb saben tocar, y sus padres no poseen tan buenos ingresos como los de ustedes. ¿Dibujan ustedes?

—No; nada en absoluto.

—¿Cómo? ¿Ninguna de ustedes?

—Ninguna.

—Es muy raro. Supongo que se deberá a que no han tenido ocasión. Su madre debería haberlas llevado a la capital todas las primaveras para poder tener buenos maestros.

—Mi madre no se habría opuesto; pero mi padre odia Londres.

—¿Las ha abandonado su institutriz?

—Nunca tuvimos institutriz.

—¡Sin institutriz! ¿Cómo ha sido posible? ¡Cinco hijas educadas en casa, sin institutriz! Jamás oí nada semejante. Su madre ha debido de ser esclava de la educación de sus hijas.

Lizzy, con dificultad, reprimió una sonrisa al asegurarle que la cosa no había sido así.

—Entonces, ¿quién les enseñó? ¿Quién las cuidó? Sin institutriz, tuvieron que estar por completo abandonadas.

—En comparación con ciertas familias, creo que lo estábamos; pero a aquella de nosotras que deseó aprender, nunca le faltaron medios. Siempre se nos estimulaba a leer, y teníamos cuantos maestros eran precisos. Verdad es que quienes preferían estar ociosas podían estarlo.

—¡Ah, no hay duda!; pero eso se evita teniendo en casa una institutriz, y si yo hubiera conocido a su madre, le habría aconsejado con insistencia que tomase una. Siempre sostengo que en materia de educación nada se consigue sin instrucción sólida y ordenada, y sólo una institutriz puede darla. Es maravilloso ver las muchas familias a quienes he proporcionado medio de servirse de ellas. Siempre me agrada colocar bien a una joven. Lo he hecho con cuatro sobrinas de Mrs. Jenkinson, y el otro día recomendé a otra joven de quien por casualidad se me habló, y la familia está muy complacida con ella. Mrs. Collins, ¿le he dicho que estuvo ayer lady Metcalfe para darme las gracias? Tiene a Miss Pope por un tesoro. «Lady Catherine», me dijo, «me ha dado usted un tesoro». ¿Ha sido presentada en sociedad alguna de sus hermanas menores, Miss Bennet?

—Sí, señora, todas.

—¡Todas! ¡Cómo!, ¿las cinco a la vez? ¡Es muy singular! Y usted es la segunda. ¡Las menores, presentadas antes de que estén casadas las mayores! Sus hermanas menores deben ser muy jóvenes...

—Sí; la menor aún no ha cumplido dieciséis años. Acaso sea demasiado joven para presentarla en sociedad. Pero, en realidad, señora, estimo que sería muy duro para las menores que careciesen de trato mundano y entretenimientos por el simple hecho de que las mayores no poseyesen medios o inclinación para casarse pronto. La última nacida tiene tanto derecho como la primera a los placeres de la juventud. ¡Y demorarlos por ese motivo! Creo que eso no sería muy a propósito para promover el cariño fraternal ni la delicadeza de pensamientos.

—A fe mía —exclamó lady Catherine— que da usted sus opiniones de modo muy resuelto para ser tan joven. Haga el favor de decirme qué edad tiene.

—Con tres hermanas menores que yo y ya crecidas —replicó Lizzy con una sonrisa—, Su Señoría no esperará que lo confiese, ¿verdad?

Lady Catherine pareció asombrarse de no recibir una respuesta directa, y Lizzy sospechó de sí misma que era la primera criatura que se había atrevido a replicar adecuadamente una impertinencia de tan aristocrática persona.

—No puede tener más de veinte, estoy segura; por lo tanto, no hay motivo para que oculte su edad.

—Aún no he cumplido veintiuno.

Cuando los caballeros se les unieron y se hubo tomado el té, se dispusieron las mesitas de juego. Lady Catherine, sir William y Mr. y Mrs. Collins se sentaron a jugar una partida de cuatrillo, y como Miss de Bourgh prefirió jugar a *cassino*, las dos muchachas tuvieron el honor de ayudar a Mrs. Jenkinson a completar la suya. Resultó muy aburrido para aquéllas. Apenas se dijo una palabra que no se refiriera al juego, excepto cuando la mencionada señora expresaba sus temores de que Miss de Bourgh tuviera excesivo calor o excesivo frío, o la luz fuese escasa o excesiva. La otra mesa estaba más animada. Lady Catherine casi no paraba de hablar, señalando las equivocaciones de los demás o relatando alguna anécdota relativa a sí misma. Collins no hacía otra cosa que manifestar su acuerdo con cuanto decía Su Señoría, y le daba las gracias cuando ganaba o se excusaba si creía que la ganancia era excesiva. A sir William no se le oía mucho; no hacía sino traer a la memoria anécdotas y apellidos de la nobleza.

Cuando Lady Catherine y su hija se cansaron de jugar, quitáronse las mesas y se ofreció a Mr. y Mrs. Collins el coche, que fue aceptado con gratitud y pedido al punto. La reunión entonces se congregó junto al fuego, para oír a lady Catherine hablar del tiempo que iba a hacer al día siguiente. En eso estaban cuando se les avisó de la llegada del coche, y con muchas frases de agradecimiento por parte de Collins y numerosas reverencias por la de sir William, se marcharon. En cuanto salieron, Lizzy fue invitada por su primo a dar su opinión sobre lo que acababa de ver en Rosings, a lo que ella, en atención a Charlotte, se prestó, haciéndolo del modo más favorable. Pero su elogio, por mucho esfuerzo que le costara, no satisfizo a Collins, quien se vio obligado a tomar por su cuenta el elogio de Su Señoría.



Sir William sólo permaneció una semana en Hunsford, pero su visita bastó para convencerlo de que su hija estaba muy bien instalada y de que poseer tal marido y semejante vecina no eran cosa corriente. Mientras sir William estuvo allí, Collins dedicaba la mañana a sacarlo en su coche abierto y mostrarle la campiña; pero cuando se marchó toda la familia volvió a sus habituales tareas, alegrándose Lizzy de que el cambio de vida le permitiese no ver a su primo tanto como antes, porque la mayor parte del tiempo entre el almuerzo y la comida lo pasaba trabajando en el jardín, leyendo, escribiendo o mirando a través de la ventana de su biblioteca, que daba al camino. La estancia donde solían estar las señoras daba a la parte posterior de la casa. Al principio Lizzy se extrañaba de que Charlotte no prefiriese para uso común el comedor, habitación más grande y de mejor aspecto, pero pronto comprendió que su amiga estaba acertada al obrar así, pues Collins se habría quedado mucho menos en su aposento si ellas hubieran usado otro tan alegre, y dio la razón a Charlotte por su proceder.

Desde aquel salón no podían distinguir nada del camino, y por eso siempre tenían que enterarse por Collins de los coches que pasaban, y en especial de lo a menudo que Miss de Bourgh lo hacía en su faetón, cosa que él jamás dejaba de comunicarles, aunque ocurriese casi todos los días. No pocas veces se detenía ella en la abadía y charlaba por unos minutos con Charlotte, pero ésta casi nunca lograba convencerla de que bajase del carruaje.

Collins iba andando a Rosings casi a diario, y a menudo su esposa se creía obligada a hacer lo propio, y hasta que Lizzy recordó que podía haber otra familia dispuesta a lo mismo, no pudo comprender el sacrificio de tantas horas. De vez en cuando los honraba con una visita Su Señoría, a quien nada de cuanto ocurría en el salón pasaba inadvertido. Observaba, en efecto, sus ocupaciones, miraba sus labores y les aconsejaba hacerlas de otro modo; hallaba defectos en la disposición de los muebles o descubría negligencias en la criada, y si aceptaba algún refrigerio, parecía hacerlo únicamente para encontrar que los que ella daba eran más refinados y estaban mejor servidos.

Pronto se percató Lizzy de que aun cuando la paz del condado no estaba encomendada a la gran señora, ésta era muy activa magistrada en su propia parroquia, cuyos asuntos, por nimios que fuesen, le comunicaba Collins, y siempre que uno de los aldeanos salía pendenciero o se mostraba descontento o se sentía demasiado pobre, se presentaba en el lugar oportuno dispuesta a zanjar las diferencias o a acallar las quejas, procurando armonía y abundancia.

La invitación para comer en Rosings se repetía un par de veces por semana, y desde la partida de Sir William, como sólo había una mesa de juego durante la velada, el entretenimiento era siempre el mismo. Sus restantes invitaciones eran

escasas, pues el modo de vivir de tan distinguida vecina era, en general, distinto del de los Collins. Eso no le preocupaba a Lizzy, quien procuraba pasar el tiempo lo mejor posible. Platicaba animadamente con Charlotte y, como el tiempo era hermosísimo dada la estación, disfrutaba a menudo de esparcimiento fuera de casa. Su paseo favorito, que efectuaba mientras los demás visitaban a lady Catherine, era a lo largo de la alameda que bordeaba aquel lado del parque, donde había un sendero ligeramente accidentado que nadie parecía apreciar sino ella, y en el que se hallaba fuera del alcance de la curiosidad de Su Señoría.

De aquella manera tranquila transcurrió la primera quincena de su estancia. Se acercaba la Pascua, y la semana anterior a la misma iba a aportar aumento en la familia de Rosings, aumento que en tan reducido círculo parecía resultar de la mayor importancia. Lizzy había oído, poco después de su llegada, que se esperaba a Darcy en pocas semanas, y aunque hubiese preferido la llegada de cualquier otro de sus conocidos, era cierto que el arribo de aquél podía prestar alguna relativa variedad a las veladas en Rosings, y ella se divertiría observando hasta qué punto serían ineficaces las intrigas de Miss Bingley y la actitud de Darcy para con su prima. Era evidente que lady Catherine lo tenía destinado a su hija, pues siempre hablaba de la llegada de él en términos de admiración, e incluso se mostraba molesta cuando Miss Lucas y Lizzy manifestaban que lo habían visto con frecuencia.

Su llegada fue conocida pronto en la abadía, porque Collins llevaba paseándose toda la mañana con la vista fija en las casitas que daban entrada al camino de Hunsford, y después de hacer una profunda reverencia cuando el coche entró en el parque, se apresuró a ir a casa a comunicar la gran noticia. A la mañana siguiente fue a Rosings para ofrecerle sus respetos. Había allí dos sobrinos de lady Catherine, porque Darcy había llevado consigo al coronel Fitzwilliam, hijo menor de su tío, un lord, y para gran sorpresa de toda la casa, cuando Collins regresó, ambos caballeros lo acompañaron. Charlotte los había visto desde la habitación de su marido, cuando cruzaban el camino, y al instante comunicó a las muchachas el alto honor que las esperaba, añadiendo:

—Debo darte las gracias, Lizzy, por esa muestra de cortesía. Mr. Darcy no habría venido tan pronto a visitarme.

Lizzy apenas tuvo tiempo de negar sus derechos a semejante cumplido, cuando sonó la campanilla, y poco después los tres caballeros entraron en la estancia. El coronel Fitzwilliam, que iba delante, aparentaba unos treinta años, y, aunque no era guapo, su atuendo y sus modales anunciaban su condición de caballero. El aspecto de Darcy no había cambiado; hizo sus cumplidos a los Collins con su habitual reserva, y, cualesquiera que fuesen sus sentimientos hacia Lizzy, la saludó con tranquila compostura. Ella se limitó a devolverle el saludo sin decir palabra.

El coronel Fitzwilliam intervino enseguida en la conversación, con la desenvoltura y facilidad de un hombre bien educado, charlando muy animadamente. Pero su primo, tras hacer algunas observaciones a Collins sobre el jardín y la casa,

permaneció sentado por un rato sin dirigir la palabra a nadie. Finalmente, no obstante, su cortesía lo obligó a preguntar a Lizzy por la salud de su familia. Respondió ella brevemente, y tras un momento de silencio, añadió:

—Mi hermana mayor ha estado en Londres los tres últimos meses. ¿No la ha visto por casualidad usted allí?

Sabía perfectamente que no la había visto, pero lo que buscaba era que él mismo revelara algo de lo ocurrido entre los Bingley y Jane, y le pareció que estaba algo confuso al responder que jamás había tenido la suerte de encontrarse a Miss Bennet. No se habló más del asunto, y los caballeros se fueron poco después.

Los modales del coronel Fitzwilliam fueron muy elogiados en la abadía, y las señoritas comprendieron que su presencia haría más agradables las veladas en Rosings. Con todo, pasaron algunos días hasta que recibieron otra invitación, porque mientras en la casa hubiera huéspedes de mayor prestigio no se contaba con ellos. Y no fue sino el día de Pascua, una semana después de la llegada de los caballeros, cuando se vieron honrados con semejante atención, y aun entonces se les hizo saber, al salir de la iglesia, que fueran por la tarde. La última semana habían visto poco a Lady Catherine y a su hija. El coronel Fitzwilliam había visitado la abadía más de una vez durante ese tiempo; pero a Darcy sólo lo vieron en la iglesia.

La invitación fue, desde luego, aceptada, y a la hora señalada se presentaron en el salón de Lady Catherine. Su Señoría los recibió con amabilidad, pero resultaba patente que su compañía no le era tan grata como cuando no tenía otra visita. En efecto, estuvo muy dedicada a sus sobrinos, y en particular a Darcy, a quien hablaba con más locuacidad que al resto de los que se hallaban en el salón.

El coronel Fitzwilliam parecía verdaderamente satisfecho de verlas; todo en Rosings le servía de alivio y era bien recibido, y la bella amiga de Mrs. Collins lo tenía cautivado. En esta ocasión se sentó a su lado, y habló tan agradablemente de Kent y de Hertford, de sus viajes y de su estancia en casa, de libros nuevos y de música, que Lizzy nunca se sintió tan a gusto en aquel salón, y conversaron con tal ingenio y efusión, que atrajeron la atención de lady Catherine y Darcy. Éste los había mirado varias veces con curiosidad, y Su Señoría, que tras un rato participó del mismo sentimiento, no tuvo reparo en exclamar:

—¿Qué es lo que dices, Fitzwilliam? ¿De qué estáis hablando? ¿Qué está usted contando, Miss Bennet? Permitidme oír de qué se trata.

—Hablábamos de música, señora —dijo él cuando comprendió que no podía evitar responder.

—¡De música! Pues haced el favor de hablar en voz alta. No hay tema de conversación que me agrade más. Si habláis de música, quiero intervenir. Creo que hay pocas personas en Inglaterra que experimenten mayor placer con la música que yo, o que posean mejor predisposición natural hacia ella. Si me lo hubiese propuesto, habría sido una gran intérprete. Y lo mismo hubiese sucedido a Anne si su salud se lo hubiera permitido. Estoy segura de que habría tocado maravillosamente. Dime, Darcy, ¿ha progresado al respecto Georgina?

Darcy hizo un cordial elogio de la aplicación de su hermana.

—Me alegro mucho de recibir tan buenas noticias —dijo lady Catherine— y te suplico que le digas de mi parte que no espere sobresalir si no practica mucho.

—Puedo asegurar —replicó él— que no necesita tal advertencia. Practica constantemente.

—Tanto mejor, pues nunca es demasiado, y la próxima vez que le escriba se lo recordaré. Con frecuencia digo a las jóvenes que nunca se llega a ser un gran intérprete sin práctica constante. Muchas veces he dicho a Miss Bennet que jamás tocará bien si no lo practica más; y aunque Mrs. Collins no tiene piano, será bienvenida, como le he dicho otras veces, si visita Rosings todos los días y toca el piano en la habitación de Mrs. Jenkinson. En esa parte de la casa no molestará a nadie.

Darcy pareció avergonzarse un tanto de aquella muestra de mala educación por parte de su tía y no contestó.

Después de tomar el café, el coronel Fitzwilliam recordó a Lizzy que le había prometido tocar el piano, y ella se dispuso de inmediato a cumplir la promesa. Él se sentó a su lado. Lady Catherine escuchó media pieza y después siguió hablando, como antes, a su otro sobrino, hasta que éste, con su habitual cautela, la dejó sola y se acercó al piano de forma de poder contemplar el hermoso rostro de la joven. Lizzy notó lo que hacía, y a la primera pausa le dirigió una sonrisa significativa y dijo:

—¿Cree usted que me asusta, Mr. Darcy, al venir de esa manera a escucharme? Pues yo no me acobardo, aunque su hermana toque tan bien. No me dejo asustar por nadie, sépalo. Cualquier intento de intimidarme no hace más que estimular mi valor.

—No le diré que está equivocada —replicó él—, aunque bien sabe que no es mi intención intimidarla. Tengo el placer de conocerla desde hace bastante tiempo para saber que le gusta expresar opiniones que en realidad no son las suyas.

Lizzy rió al oír esa descripción de sí misma y dijo al coronel Fitzwilliam:

—Su primo pretende que se haga una bonita idea de mí enseñándole a no creer palabra de cuanto le diga. Me tengo por especialmente desgraciada al dar con persona tan dispuesta a descubrir mi verdadero carácter en un sitio donde yo había esperado obtener algún crédito. La verdad, Mr. Darcy, es que resulta poco generoso por su parte mencionar cuanto de malo pudo usted ver de mí durante su estancia en el condado de Hertford, y permítame decirle que es también muy imprudente, porque eso es provocarme al desquite, y podrían salir a la luz tales cosas que sus parientes quedarían horrorizados al escucharlas.

—No me da usted miedo —dijo él con una sonrisa.

—Haga el favor de decirme de qué intenta acusarlo —exclamó el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se conduce mi primo cuando está en compañía de extraños.

—Se lo diré; pero prepárese para algo muy espantoso. Ha de saber que la primera vez que lo vi en Hertford fue en un baile, y en ese baile ¿qué cree usted que hizo? Pues sólo bailó cuatro veces, a pesar de que los caballeros escaseaban y más de una señora estuvo sentada por falta de pareja. Mr. Darcy, no puede usted negar que es cierto.

—Entonces no tenía el honor de conocer a ninguna de las jóvenes que allí había, fuera de las que iban conmigo.

—Es verdad, y nadie puede ser presentado en un baile. Bien, coronel Fitzwilliam, ¿qué quiere que toque ahora? Mis dedos aguardan sus órdenes.

—Acaso —añadió Darcy— habría sido juzgado mejor si hubiese buscado a alguien que me presentase; pero no sirvo para recomendarme a personas desconocidas.

—¿Tendremos que preguntar a su prima la razón de ello? —dijo Lizzy dirigiéndose todavía al coronel Fitzwilliam—. ¿Le preguntaremos cómo un hombre educado, juicioso y por demás mundano no sirve para recomendarse por sí a los desconocidos?

—Yo puedo responder a esa pregunta —dijo Fitzwilliam—. El motivo es que no quiere tomarse esa molestia.

—Sin duda —dijo Darcy— no poseo el talento de otros que pueden conversar con facilidad con quienes nunca han visto. No tengo valor para ello ni puedo adaptarme al carácter de los demás con la facilidad que otros lo hacen.

—Mis dedos —dijo Lizzy— no se mueven sobre este teclado del modo magistral con que he visto hacerlo a muchas mujeres; no tienen la misma fuerza y agilidad, y no pueden producir igual impresión. Pero siempre he supuesto que era culpa mía, por no haberme tomado la molestia de ejercitarme más. No es que mis dedos sean incapaces de lograr una ejecución tan perfecta como la de cualquier otra mujer.

Darcy sonrió y dijo:

—Tiene usted razón. Ha empleado usted el tiempo mucho mejor. Nadie que tenga el privilegio de oírla podrá pensar que le falta a usted algo. Ninguno de nosotros hace comedias ante desconocidos.

En este punto fueron interrumpidos por lady Catherine, quien preguntó de qué hablaban. Lizzy volvió a tocar. Su Señoría se acercó y tras escuchar por unos minutos, dijo a Darcy:

—Miss Bennet no tocaría mal si practicara más y hubiera tenido las ventajas de un buen profesor de Londres. Tiene una noción bastante correcta del movimiento de los dedos, aunque su gusto artístico es inferior al de Anne. Anne habría sido una extraordinaria pianista si su salud le hubiera permitido aprender.

Lizzy miró a Darcy para observar el cordial asentimiento al elogio de su prima; pero ni en aquel momento ni en ningún otro pudo advertir una señal de amor; y del proceder de él con respecto a Miss de Bourgh dedujo una conclusión bastante consoladora para ésta, a saber: que le habría gustado casarse con ella si hubiera sido posible.

Lady Catherine continuó sus advertencias relativas a la forma en que Lizzy tocaba el piano, mezclándolas con numerosas instrucciones sobre la ejecución y el gusto. Lizzy las recibió con cuanta paciencia es patrimonio de la cortesía, y a petición de los caballeros siguió tocando hasta que el coche de Su Señoría estuvo dispuesto para llevarlos a su casa.

A la mañana siguiente Lizzy estaba sola escribiendo a Jane, mientras Mrs. Collins y Mary habían ido de compras al pueblo, cuando se sobresaltó al oír la campanilla de la puerta, señal inequívoca de visita. Aunque no había oído el ruido de carruaje alguno, pensó podía tratarse de Lady Catherine, por lo que guardó de inmediato la carta a medio escribir a fin de evitar preguntas impertinentes. Pero cuando se abrió la puerta, Lizzy observó con sorpresa que se trataba de Darcy. Venía solo.

Él también pareció asombrarse de encontrarla sola, y tras disculparse por su intromisión, le aseguró que creía que todas las señoras estaban en casa.

Ambos se sentaron, y tras las preguntas relativas a Rosings, pareció que iban a quedar en silencio. Con todo, era necesario pensar en algo, y recordando la última vez que se habían visto en el condado de Hertford y sintiendo curiosidad por saber lo que diría sobre su rápida marcha, dijo Lizzy:

—¡Qué repentinamente abandonaron ustedes Netherfield el pasado noviembre, Mr. Darcy! Debió de ser una sorpresa muy grata para Mr. Bingley verlos a todos tan pronto; porque, si mal no recuerdo, se había marchado el día anterior. Supongo que tanto él como sus hermanas se encontrarían bien cuando salió usted de Londres.

—Perfectamente, gracias.

Lizzy advirtió que no iba a recibir otra contestación, y después de un breve silencio añadió:

—He oído decir que Mr. Bingley no tiene intención de regresar a Netherfield.

—No me ha informado al respecto, pero es probable que en adelante disponga de poco tiempo. Tiene muchos amigos, y está en una época de la vida en que los amigos y las invitaciones aumentan continuamente.

—Si proyecta estar poco en Netherfield sería mejor para el vecindario que lo abandonase por completo, porque de ese modo sería posible que otra familia se instalase allí. Pero quizá Mr. Bingley no tenga la casa tanto por conveniencia del vecindario como por la suya propia, y es de suponer que la conservará o se desprenderá según le convenga.

—No me sorprendería —manifestó Darcy— que se desprendiera de ella en cuanto se le ofreciese una oportunidad aceptable.

Lizzy no contestó. Temía seguir hablando de Mr. Bingley, y como no tenía otra cosa que decir, decidió que fuese Darcy quien encontrara tema de conversación.

Él así lo comprendió, y tras una breve pausa, dijo:

—Esta casa parece muy confortable. Creo que Lady Catherine la ha mejorado mucho poco antes de que llegase Mr. Collins.

—Creo que así, y estoy segura de que no podría haber mostrado su bondad de manera mejor.

—Mr. Collins debe de ser muy afortunado por la esposa que ha elegido.

—En efecto. Sus amigas pueden alegrarse de que haya dado con una de las pocas mujeres sensibles que lo habrían aceptado o hecho feliz tras aceptarlo. Mi amiga es muy inteligente, aunque no tengo su casamiento con Mr. Collins por lo más cuerdo que ha hecho. Sin embargo, se la ve enormemente dichosa, y desde un punto de vista material, para ella ha sido un buen partido.

—Ha de ser muy grato para Mrs. Collins vivir tan cerca de su familia y sus amigos.

—¿Le parece a usted que cincuenta millas es cerca?

—Habiendo una buena carretera, suponen muy poco. Apenas medio día de viaje.

—No había considerado la distancia como una de las ventajas de casarse con Mr. Collins —exclamó Lizzy—. Jamás habría afirmado que mi amiga vive cerca de su familia.

—Eso prueba su apego al condado de Hertford. Todo cuanto esté más allá de la vecindad de Longbourn le parece muy lejano.

Mientras hablaba, Darcy sonreía de un modo que Lizzy creyó comprender; quizá se figurase que ella estaba pensando en Jane y en Netherfield. Al contestar, se ruborizó.

—No pretendo afirmar que una mujer no pueda dejar de estar demasiado cerca de su familia. Lejos y cerca son cosas relativas y dependen de muy variadas circunstancias. Si hay suficiente fortuna para no conceder importancia a los gastos de viaje, la distancia no es un inconveniente. Pero ése no es el caso que nos ocupa. Mr. y Mrs. Collins poseen ingresos suficientes, pero no como para permitirse realizar viajes frecuentes, y estoy segura de que mi amiga no diría que vive cerca de su familia a menos que se encontrase a la mitad de esta distancia.

Darcy acercó su silla a la de ella y dijo:

—Usted no tiene derecho a sentirse tan ligada afectivamente a su residencia. No siempre debió de vivir en Longbourn.

Lizzy pareció sorprendida, y él cambió de actitud. Hizo retroceder la silla, cogió un diario de encima de la nueva y, echándole una mirada, preguntó con frialdad:

—¿Le gusta a usted Kent?

Siguió a esto un corto diálogo sobre esta comarca, conciso y moderado por ambas partes, y pronto puso fin al mismo la aparición de Charlotte y su hermana, que acababan de regresar de su paseo. Sorprendidas al ver a Darcy, éste refirió la equivocación que había ocasionado su llegada y el modo en que había importunado a Miss Bennet, y tras permanecer sentado pocos minutos más, sin hablar gran cosa con nadie, se marchó.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó Charlotte en cuanto se fue—. Querida Lizzy, debe de estar enamorado de ti, pues de otra manera nunca nos habría visitado con esa familiaridad.

Pero cuando Lizzy habló del silencio que él había guardado, las sospechas de Charlotte parecieron sin fundamento; y tras desechar varias conjeturas supusieron que



su visita se debía a la dificultad de encontrar algo mejor que hacer, lo cual parecía lo más probable, dada la estación. La temporada de deportes había acabado. En casa de lady Catherine había libros y una mesa de billar, pero los caballeros no soportan permanecer siempre en casa; y bien por la proximidad de la abadía, bien por el placer del paseo hasta allí, bien por la gente que en ella vivía, los dos primos sentían la tentación de ir cotidianamente. Se presentaban a diversas horas de la mañana, unas veces separados y otras juntos, y alguna acompañados de su tía. Era evidente para todos que el coronel Fitzwilliam venía porque encontraba agradable su compañía, persuasión que, como es natural, lo recomendaba aún más; y Lizzy se acordaba, por lo que le había gustado verse con él y porque era evidente que él la admiraba, de su primer favorito, George Wickham. Aunque al compararlos notaba que los modales del coronel Fitzwilliam eran menos afables, lo encontraba más culto e inteligente que aquél.

Pero era más difícil de comprender el motivo por el cual Darcy iba tan a menudo a la abadía. No debía de ser para buscar compañía, porque permanecía sentado diez minutos sin abrir la boca, y cuando hablaba, más bien semejaba hacerlo por necesidad que por gusto; antes parecía sacrificio que placer. Rara vez parecía verdaderamente animado. Mrs. Collins no sabía qué hacer con él. El modo en que el coronel Fitzwilliam reía en ocasiones de la estupidez de Darcy probaba que era diferente, aunque el trato del caballero no diese indicio de ello a Charlotte, y como había deseado creer que ese cambio era obra del amor y el objeto de tal amor su amiga Lizzy, se empeñó en descubrirlo. Vigilábale siempre que estaban en Rosings y cuando él venía a Hunsford, pero sin éxito. Era indudable que Darcy miraba mucho a su amiga, pero la expresión de tales miradas era dudosa. Aunque atenta y meditativa, dudaba, sin embargo, que hubiese entusiasmo en él, y a veces parecía sencillamente distraído.

Dos o tres veces había expuesto a Lizzy la posibilidad de que él estuviese interesado en ella, pero ésta siempre reía al escucharla, y Mrs. Collins no consideró conveniente insistir en el tema por temor a que naciesen esperanzas que sólo podían acabar en disgustos; porque, en su opinión, no había duda de que todo el disgusto que inspiraba a su amiga habría de disiparse en cuanto ésta supiese que lo tenía en su poder.

En sus cariñosos proyectos sobre Lizzy entraba, a veces, el de casarla con el coronel Fitzwilliam. Era éste, sin comparación, el hombre más agradable de ambos, la admiraba de veras, y su posición era apetecible; pero, como para contrapesar esas ventajas, Darcy tenía gran patronato en la iglesia y su primo no poseía ninguno.

En sus paseos por el parque, Lizzy se había encontrado más de una vez, inesperadamente, con Darcy. La primera lo lamentó y para evitarlo en lo sucesivo, se guardó bien de no indicarle que aquél era su lugar favorito. Era raro, por lo tanto, que dicho encuentro ocurriese por segunda vez y, sin embargo, ocurrió, y aun una tercera. Parecía, por parte de Darcy, fruto de maldad ingénita o acaso penitencia voluntaria, porque en tales ocasiones la cosa no se reducía a unas preguntas de cumplido y marchar luego cada uno por su lado, sino que ahora él juzgaba necesario retroceder y pasear con ella. Jamás hablaba mucho ni la forzaba a hacerlo, pero en ocasión del tercer encuentro a Lizzy le sorprendió que le preguntase ciertas cosas raras, como si le gustaba estar en Hunsford, si le placían los paseos solitarios, o qué opinión tenía de la felicidad de Mrs. Collins, y sobre todo, que al hablar de Rosings y del imperfecto conocimiento que ella tenía de la casa, pareciese suponer que cuando ella regresase a Kent también residiría allí. Al decir aquello, ¿estaría pensando en el coronel Fitzwilliam? Suponía que, de referirse él a algo, debía de aludir a lo que pudiera resultar por ese lado. Esto le produjo cierta turbación, y por eso se alegró de hallarse ya a la puerta de la empalizada y de la abadía.

Pocos días después, mientras paseaba leyendo la última carta de Jane, se detuvo para reflexionar en cierto pasaje que parecía escrito de mal humor, cuando, en vez de verse sorprendida de nuevo por Darcy, notó, al levantar la vista, que se encontraba ante ella el coronel Fitzwilliam. Guardó la carta de inmediato y, esbozando una sonrisa, dijo:

—No sabía que le gustase a usted pasear por aquí.

—He estado dando una vuelta por el parque —repuso él—, como suelo hacerlo todos los años, y pensaba terminarla con una visita a la abadía. ¿Va usted muy lejos?

—No, me disponía a regresar.

Y así, en efecto, se volvió y ambos echaron a andar hacia la abadía.

—¿Abandona usted Kent el sábado? —preguntó ella.

—Sí, a menos que Darcy aplaze de nuevo la partida. Pero yo estoy a su disposición, y haré lo que a él le plazca.

—Y si no resulta conforme con lo que dispone, al menos tendrá el gusto de poder elegir. No conozco a nadie que parezca gozar de la facultad de hacer lo que quiere como Mr. Darcy.

—Le gusta satisfacer sus caprichos —dijo el coronel Fitzwilliam—. Pero eso nos ocurre a todos. Sólo que él posee más medios, porque es rico, en tanto que otros somos pobres. Hablo por experiencia. Usted sabe que un hijo menor, como yo, ha de habituarse a la dependencia y el sacrificio.

—En mi opinión, el hijo menor de un conde debe de saber poco esas cosas. Vamos, en serio, ¿qué sabe usted de sacrificio y dependencia? ¿Cuándo se ha visto

usted impedido por falta de dinero a ir a donde le plazca o procurarse algún gusto?

—Ésas son cuestiones muy íntimas, y acaso esté en condiciones de decir que no he experimentado muchas privaciones por el estilo. Pero en cuestiones más importantes puedo sentir la falta de dinero. Los hijos menores no pueden casarse cuando les place.

—A no ser que tengan la oportunidad de elegir una mujer de fortuna, que es lo que sucede a menudo.

—Nuestro hábito de gastar nos hace demasiado dependientes, y no hay muchos hombres en mi situación que puedan consentir en casarse sin prestar alguna atención al dinero.

Lizzy se preguntó si se refería a ella, y se sonrojó al pensarlo; pero, reponiéndose, dijo con tono jovial:

—Ahora dígame, ¿a qué precio suele cotizarse el hijo menor de un conde? A no ser que el hermano mayor sea enfermizo, no pedirán ustedes menos de cincuenta mil libras.

Él contestó con el mismo tono, y el tema se agotó. Para impedir un silencio que podría impulsarlo a imaginar que lo dicho la había afectado, Lizzy comentó:

—Yo creo que su primo lo ha traído aquí, sobre todo, para tener alguien a su disposición. Me extraña que no se case, para disponer así de una persona sujeta a su capricho. Pero acaso su hermana le baste para no sentirse solo, por ahora, y como está bajo su cuidado podrá hacer con ella lo que quiera.

—No —repuso el coronel Fitzwilliam—; ésa es una ventaja que tiene que compartir conmigo. Estoy unido a él en lo que atañe a la tutela de Miss Darcy.

—¿De veras? Y dígame, ¿qué clase de tutela ejercen ustedes? ¿Les da mucho que hacer esa carga? Las jóvenes de su edad son, a veces, algo difíciles de gobernar, y si posee el mismo carácter de Mr. Darcy, le gustará hacer siempre su voluntad.

Mientras él hablaba, ella lo observaba con detenimiento, y el modo en que le preguntó cómo suponía que Miss Darcy podía darles un disgusto, la convenció de que, de una manera u otra, se había acercado a la verdad. A esa pregunta contestó directamente:

—No tiene usted de qué preocuparse. Jamás he oído nada que le agraviase, y le aseguro que es una de las muchachas más encantadoras del mundo. Conozco a muchas personas que sienten por ella un gran aprecio; entre otras, Mrs. Hurst y Miss Bingley. Creo que usted las conoce.

—Un poco. Su hermano es un caballero agradable, gran amigo de Darcy.

—¡Oh, sí! —exclamó Lizzy áspidamente—. Mr. Darcy es muy afectuoso con Mr. Bingley y se interesa por su bienestar.

—Así es. En realidad, se interesa por él cuando cree que lo necesita. Por algo que me dijo durante el viaje, puedo afirmar que Bingley le debe mucho. Pero debo pedirle que me dispense, porque no tengo derecho a suponer que Bingley fuese la persona a quien se refería. Ha sido una conjetura mía.

—¿A qué se refiere usted?

—Es algo que Darcy no querría que se hiciera público, porque si llegase a conocimiento de la familia de la dama resultaría muy desagradable.

—Puede usted contar con que no diré una palabra.

—Recuerde que carezco de pruebas para suponer que se trata de Bingley. Lo que me confió fue que se congratulaba de haber librado hace poco a un amigo de cierto casamiento muy imprudente. Aunque no mencionó nombres ni otras particularidades, sospeché que se trataba de Bingley sólo porque me parece un joven muy capaz para verse en semejante situación y por saber que habían estado juntos el verano último.

—¿Le expuso Mr. Darcy las razones que tuvo para su intervención?

—Entendí que había algunas objeciones de peso contra la dama en cuestión.

—¿Y cómo se las arregló para separarlos?

—No me habló de sus artimañas —respondió Fitzwilliam con una sonrisa—. Sólo me comunicó lo que le he dicho a usted.

Lizzy guardó silencio y siguió meditando, con el corazón henchido de indignación. Tras contemplarla por un instante, Fitzwilliam le preguntó por qué estaba tan pensativa.

—Estoy pensando en lo que usted me ha relatado —contestó ella—. La conducta de su primo no me satisface. ¿Qué razón tenía para constituirse en juez?

—¿Considera usted que no obró correctamente?

—No veo qué derecho asistía a Mr. Darcy para que decidiese sobre los sentimientos de su amigo y determinase el modo en que éste debía alcanzar la felicidad. Pero —añadió, conteniéndose—, como no conozco los detalles no puedo censurarlo. Sin embargo, no creo que hubiese un afecto profundo entre ambos.

—Es natural sospecharlo —aseguró Fitzwilliam—; pero eso resta méritos al triunfo de mi primo.

Aunque dijo esto último en broma, a Lizzy le pareció un retrato tan exacto de Darcy, que prefirió no contestar, y por eso, cambiando de tema, habló de generalidades hasta que llegaron a la abadía. Allí, encerrada en su habitación en cuanto Fitzwilliam se hubo marchado, pudo reflexionar sin interrupción acerca de cuanto había oído. No cabía suponer que el coronel se refiriese a otras personas, sino a aquellas con quienes estaba relacionado; no podían existir dos hombres sobre los que pudiese ejercer Darcy tan ilimitada influencia. Jamás había dudado de que éste hubiera intervenido en las medidas tomadas para separar a Bingley y Jane, pero siempre había atribuido a Miss Bingley el papel principal y el haberlas ideado. No obstante, ahora, si su propia vanidad no le hacía errar, resultaba que él era la causa, que su orgullo y su capricho eran los causantes de cuanto Jane había sufrido y seguía sufriendo. Él había destruido toda esperanza de felicidad en el más amable y generoso corazón del mundo, y nadie era capaz de calcular cuánto daño había causado.

Que «había algunas objeciones de peso contra la dama en cuestión», tales habían sido las palabras del coronel Fitzwilliam, y esas objeciones serían, probablemente, que tenía un tío procurador rural y otro comerciante en Londres.

¡Objeciones contra Jane!, se decía a sí misma. ¡Contra ella, que es todo amabilidad y ternura! Es inteligente, talentosa y educada, posee modales cautivadores. Nada malo puede decirse de mi padre, quien, a pesar de sus rarezas, posee aptitudes que no desdeñaría el propio Darcy y una respetabilidad que éste acaso nunca alcance. Cuando pensó en su madre, su confianza vaciló un poco, pero no pudo conceder que ninguna objeción pudiera ser de peso para Darcy, cuyo orgullo —de ello estaba segura— se vería más profundamente herido, por la falta de categoría de los parientes de su amigo que por su carencia de sentido común, y quedó al fin convencida de que había sido guiado en parte por la peor clase de orgullo y en parte, también, por su deseo de reservar a Bingley para su hermana.

La agitación y las lágrimas que tales reflexiones causaron en ella, le produjeron jaqueca, y aumentó tanto ésta por la tarde que, sumada a su resolución de no ver a Darcy, la indujo a no acompañar a sus primos a Rosings, donde estaban invitados a tomar el té. Mrs. Collins, al advertir que se encontraba verdaderamente indispuesta, no la instó a que fuera, e impidió que su marido lo hiciese; pero Collins no pudo ocultar su temor de que a lady Catherine le disgustara el que se quedase en casa.

Cuando todos se marcharon, Lizzy, como si se propusiera exasperarse todo lo posible contra Darcy, se dedicó a releer las cartas de Jane que había recibido desde que se hallaba en Kent. No contenían lamentaciones, ni había en ellas nada que denotase que revivía el pasado, ni noticias de sufrimientos en la actualidad; pero en todas, y en casi todos los renglones, faltaba la alegría que solía caracterizar su estilo, el cual, procedente de un espíritu en paz consigo mismo y dispuesto afectuosamente para con los demás, apenas se había nublado nunca. Lizzy prestó atención a las frases reveladoras de desasosiego. El que Darcy pudiera jactarse de la aflicción que había causado, le proporcionaba una idea aún más intensa de los sufrimientos de su hermana. La consolaba en parte considerar que la visita de aquél a Rosings terminaría en dos días, y todavía más el que al cabo de quince días ella estaría de nuevo con Jane y podría contribuir con su afecto fraternal a devolver la alegría a su espíritu.

No podía pensar en que Darcy abandonaba Kent sin recordar que su primo se iba con él; pero el coronel Fitzwilliam le había manifestado claramente que no sentía por ella ninguna inclinación amorosa, y por más grato que él le fuera, no tenía por qué lamentar su marcha.

Mientras meditaba acerca de esto, fue repentinamente sorprendida por el sonido de la campanilla de la puerta principal, y experimentó una sensación de malestar al pensar que quizá se tratase del propio coronel Fitzwilliam, que ya los había visitado por la tarde y tal vez viniera a enterarse de su salud. Pero la idea se desvaneció pronto, y espantada comprobó que quien entraba en el salón era Darcy. Tomó asiento por unos momentos, y levantándose luego, se paseó por la estancia. Lizzy estaba sorprendida, pero no pronunció palabra. Tras un silencio de varios minutos, se acercó a ella y, con visible agitación, dijo:

—He luchado en vano. Ya no quiero hacerlo. Me resulta imposible contener mis sentimientos. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo.

El asombro de Lizzy fue mayúsculo. Se ruborizó y, boquiabierta, permaneció en silencio. Esto pareció infundirle a él aún más valor, y así, prosiguió declarando lo que sentía desde hacía tiempo por ella. Pero además de los sentimientos del corazón no fue menos elocuente en el tema de la ternura que en el del orgullo. La idea que tenía respecto de la inferior condición social de Lizzy, la creencia de que al proceder así él se degradaba, los obstáculos de familia que el buen juicio había opuesto siempre a la estimación, fueron cosas en las que insistió con un valor que demostraba lo mucho que esas cosas lo afectaban, pero a la vez no resultaba adecuado para favorecer su demanda.

A pesar de la profunda aversión que sentía hacia él, Lizzy no pudo ser insensible a aquellas manifestaciones de afecto, y aunque sus intenciones no variaron ni por un

instante, la entristeció pensar en lo mucho que lo haría sufrir, hasta que, resentida por el lenguaje que había empleado, su compasión se convirtió en ira. Trató, con todo, de contestar con calma. Él concluyó asegurándole la firmeza de sus sentimientos, que no había podido vencer a pesar de sus esfuerzos, y expresó su confianza en verse recompensado si aceptaba su mano. Al decir esto, ella percibió que Darcy no ponía en duda una contestación favorable. Hablaba de recelos, de ansiedad, pero su aspecto denotaba seguridad absoluta. Semejante modo de expresarse sólo logró exasperarla aún más, y cuando acabó, con el rostro sonrosado, le dijo:

—En casos como éste creo que es costumbre agradecer los sentimientos expresados, aun en el caso de que sean rechazados. Es natural, pues, sentirse obligada, y si yo pudiera experimentar algún sentimiento de gratitud, le daría a usted las gracias. Pero no puedo; nunca he deseado su consideración, y usted lo ha reconocido sin querer. Lamento causarle algún pesar, y espero que éste no dure mucho. Los sentimientos que, según usted, le han impedido durante largo tiempo expresar su afecto hacia mí, lograrán, sin gran dificultad, dominar ese pesar después de esta explicación.

Darcy, que estaba apoyado en la mesa, mirando a Lizzy fijamente a los ojos, pareció recibir sus palabras con no menos resentimiento que sorpresa. Palideció de ira, y la turbación de que era presa se manifestó en sus facciones. Luchaba por parecer mesurado, y no abrió los labios hasta que creyó conseguirlo. Ese silencio fue terrible para Lizzy. Por último, con tono de forzada serenidad, dijo él:

—¿Y ésta es toda la contestación que he de tener el honor de esperar? Quizá pudiera desear que se me informase por qué soy rechazado de forma tan poco cortés. Pero eso ya tiene poca importancia.

—Yo también podría —replicó ella— preguntar por qué se ha propuesto ofenderme e insultarme diciéndome que me ama contra su voluntad, contra su buen juicio y aun contra su carácter. ¿No es ésta sobrada excusa para mi falta de cortesía, si es que en realidad la he cometido? Pero tengo otros motivos para rechazar su proposición, usted lo sabe. Aun cuando mis sentimientos no hubieran sido indiferentes o le fueran favorables, ¿piensa usted que podría existir alguna consideración que me indujera a aceptar a un hombre que ha sido la causa de que mi querida hermana haya visto destruida para siempre su felicidad?

Cuando ella pronunció estas palabras, Darcy cambió de color; pero la emoción fue pasajera, y siguió escuchando sin intención de interrumpirla:

—Me sobran motivos para pensar mal de usted —continuó Lizzy—. No hay razón alguna que pueda justificar el papel injusto y falto de generosidad que usted desempeñó en tal caso. No puede negar que ha sido la principal causa, si no la única, de su separación y de exponer al uno a las censuras del mundo por su capricho y volubilidad, y a la otra a la burla por sus esperanzas decepcionadas, sumiendo así a ambos en la mayor desventura.

Guardó silencio por un instante y advirtió indignada, que él escuchaba con un gesto que no expresaba el menor remordimiento. Incluso la miraba con una sonrisa de afectada incredulidad.

—¿Puede usted negar que ha hecho eso? —preguntó ella.

Con fingida tranquilidad, contestó él:

—No he de negar que hice cuanto estuvo en mi mano para separar a mi amigo de su hermana, Lizzy, ni que celebro el haberlo logrado. He sido mejor con él que conmigo mismo.

Lizzy simuló aparentar que no había oído esas palabras, pero su significado no se le escapó, y no sirvió para reconciliarla.

—Pero no es sólo en ese asunto —prosiguió ella— en lo que se fundamenta mi disgusto. Su carácter me había sido revelado hace muchos meses ya por un relato que me expuso Mr. Wickham. Sobre el particular, ¿qué puede usted decir? ¿Qué acto de imaginaria amistad puede usted alegar en su defensa, o qué falso pretexto puede alegar para justificar su engaño?

—Tiene usted mucho interés por lo que afecta a ese caballero —dijo Darcy con tono menos tranquilo y el rostro enrojecido.

—¿Quién que conozca las desgracias que ha sufrido puede dejar de interesarse por él?

—¡Sus desgracias! —repitió Darcy desdeñosamente—. Sí, sus desgracias han sido grandes, en verdad.

—¡Y usted es el culpable! —exclamó Lizzy, enérgica—. Usted lo ha reducido a su presente estado de pobreza, de relativa pobreza. Usted ha marchitado las esperanzas que le estaban reservadas. Lo ha privado, en los mejores años de la vida, de aquella independencia que no le era menos debida que merecida. ¡Usted ha hecho todo eso! Y aún es capaz de despreciar sus desgracias y burlarse de ellas.

—¿Ésa es la opinión que tiene usted de mí? —exclamó Darcy, caminando nervioso, por la estancia—. ¿Ésa es toda la estima que le merezco? Le doy las gracias por su franqueza a pesar de todo. Según sus cálculos, mis faltas han sido graves. Pero quizá —añadió, deteniéndose y volviéndose hacia ella— esas faltas se habrían pasado por alto si su orgullo no se hubiera sentido ofendido por mi honrada confesión de los escrúpulos que durante largo tiempo me impidieron tomar una resolución. Habría evitado tan amargas acusaciones si yo, actuando con mayor sagacidad, hubiera ocultado mis luchas interiores, limitándome a hacerle creer que me había visto impelido a dar este paso un amor apasionado. Pero aborrezco el disimulo de toda especie. Me avergüenzo de los sentimientos expresados; aunque eran naturales y legítimos. ¿Podía usted esperar que me agradara que sus parientes fueran de clase inferior, que me regocijase con la esperanza de unirme a una familia de condición social más baja que la mía?

La ira de Lizzy aumentaba por momentos, pero aun así trató de hablar con mesura al decir:



—Se equivoca usted, Mr. Darcy, si supone que lo que más me ha afectado ha sido la forma de su declaración, si piensa que me habría ahorrado el mal rato de rechazarlo si se hubiera conducido de modo más caballeroso.

Al escuchar esto, él la miró fijamente, pero no abrió la boca, y así, ella prosiguió:

—No importa el modo en que me hubiese declarado su amor, siempre lo habría rechazado.

Él la miró con una mezcla de incredulidad y disgusto. Ella continuó:

—Desde el comienzo mismo, casi puedo decir que desde el instante mismo en que lo conocí, sus modales, que consideré propios de una persona arrogante, su vanidad, su desdén egoísta a los sentimientos ajenos, pusieron los cimientos de la desaprobación que los sucesos posteriores han convertido en firme desagrado; y aunque no lo hubiera conocido sino hace un mes, habría pensado que era usted el último hombre del mundo con quien podría casarme.

—Ha dicho usted más que suficiente, señorita. Comprendo perfectamente sus sentimientos, y sólo me resta avergonzarme de lo que han sido los míos. Perdóneme por haberle robado su precioso tiempo y acepte mis deseos de salud y felicidad.

Y con estas palabras abandonó con rapidez la estancia, y Lizzy lo oyó abrir la puerta principal y salir de la casa.

Se sentía confusa y abatida. No podía sostenerse en pie, y fue tal la debilidad que se apoderó de ella, que se sentó y lloró durante media hora. Su asombro crecía al recordar lo sucedido. Que hubiera recibido una proposición de matrimonio de Darcy; que él llevara tantos meses enamorado de ella hasta el punto de desear hacerla su esposa a pesar de las objeciones que le habían hecho impedir que su amigo se casase con su hermana, y que debieron hacerse sentir al fin y al cabo con igual fuerza en su propio caso, ¡todo eso era increíble! Sin duda era halagador haber inspirado afecto tan vehemente. Pero el orgullo de él, su desvergonzada confesión de lo que le había hecho a Jane, su imperdonable descaro al reconocerlo aun sin poder ofrecer justificación, y el modo insensible con que había hablado de Wickham, cuya crueldad hacia él no había osado negar, pronto prevalecieron sobre la compasión que el asombro le había hecho sentir por un instante. Continuó entregada a sus reflexiones hasta que el ruido del coche de lady Catherine le hizo percatarse de que en aquel momento no se veía con ánimo para recibir a Charlotte, y se apresuró a volver a su habitación.

Lizzy despertó a la mañana siguiente con los mismos pensamientos y cavilaciones que la noche anterior. Aún no podía reponerse de la sorpresa de lo ocurrido; no conseguía pensar en otra cosa, e incapaz de ocuparse de algo, después del desayuno resolvió dedicarse a tomar el aire y hacer ejercicio. Se dirigía a hacer su paseo favorito cuando, al recordar que se había encontrado varias veces con Darcy, se detuvo, y en lugar de entrar en el parque tomó el camino que conducía a la carretera. Pronto llegó a uno de los portillos que daban acceso a la finca.

Después de pasar dos o tres veces por esa parte del camino, el clima agradable la impulsó a detenerse y contemplar el parque. Las cinco semanas que llevaba en Kent habían transformado mucho la campiña, y cada día verdeaban más los árboles. A punto estaba de continuar su paseo, cuando vislumbró un caballero en el bosquecillo que bordeaba el parque; se dirigía hacia ella, y temiendo que fuera Darcy, Lizzy se retiró de inmediato. Pero el caballero ya la había visto, y, acelerando el paso, pronunció su nombre a viva voz. Ella se había vuelto, pero al oír que quien la llamaba era Darcy, se dirigió hacia el portillo. Él ya había llegado allí, y tendiendo una carta que ella instintivamente cogió, dijo con tono de altanero comedimiento:

—Llevo largo rato paseando por la alameda en espera de verla. ¿Quiere usted hacerme el honor de leer esta carta?

Y al instante, con una ligera inclinación, se internó de nuevo en el bosquecillo y pronto se perdió de vista.

Con la mayor curiosidad, pero sin esperanza de encontrar en ella nada agradable, Lizzy abrió la carta, y con sorpresa comprobó que el sobre contenía dos cuartillas llenas en su totalidad con letra muy apretada. Incluso el sobre estaba totalmente escrito. Prosiguiendo su paseo por el camino, comenzó a leer. Estaba fechada en Rosings a las ocho de la mañana y era como sigue:

No se alarme usted, señorita, al recibir esta carta creyendo que contiene una repetición de los sentimientos, una renovación de los ofrecimientos que tanto disgusto le causaron anoche. Escribo sin intención de importunarla o humillarla insistiendo en deseos que, para bien de ambos, no pueden olvidarse tan pronto; y el esfuerzo que la redacción y la lectura de esta carta tiene que causar podrían haberse ahorrado si mi temperamento no requiriese que se escriba y que se lea. Por lo tanto, ha de perdonarme la libertad con que solicito su atención; sé que sus sentimientos sólo pueden otorgarla de mala gana, pero lo solicito de espíritu de justicia.

Dos delitos de naturaleza muy diversa y en modo alguno de igual magnitud ha cargado usted sobre mí la pasada noche. El mencionado en primer término era que había separado a Mr. Bingley de su hermana, sin consideración a los sentimientos de ninguno de ellos, y el otro, que yo, a pesar de determinados derechos, a despecho del honor y de la humanidad, había arruinado la prosperidad inmediata y marchitado las esperanzas de Mr. Wickham. Haber arrojado cruel e impúdicamente al compañero de mi juventud, al favorito de mi padre, joven que apenas tenía otro cobijo que el que nosotros le dábamos y que había sido educado en la esperanza de que ése se ejerciese, sería un acto depravado con que no podría compararse la separación de dos jóvenes cuyo afecto tal vez fuese cosa de unas pocas semanas. Pero de la severidad con que me censuró usted anoche espero verme libre en el futuro si lee usted la siguiente relación de mis actos y de los motivos de éstos. Si me veo en la necesidad de revelar sentimientos que pudieran ofender los

suyos, créame que lo lamento. Hay que obedecer a aquello que se considera necesario, y toda excusa sería absurda.

No llevaba mucho tiempo en el condado de Hertford cuando observé, como los demás, que Mr. Bingley distinguía a su hermana mayor sobre todas las muchachas de la región. Pero no fue hasta la noche del baile de Netherfield cuando me convencí de que sentía por ella afecto verdadero. Varias veces lo había visto enamorado. En aquella velada, mientras tenía yo el honor de bailar con usted, supe por primera vez, porque así me lo informó casualmente sir William Lucas, que las atenciones de Bingley hacia su hermana habían hecho concebir esperanzas de matrimonio. Él me habló de ello como algo seguro, y que sólo quedaba por decidir la fecha. Desde aquel momento observé con atención la conducta de mi amigo y noté que su interés por Miss Bennet era mayor de cuanto había visto en él. También observé a su hermana. Su actitud y sus modales eran francos, alegres y atractivos, como siempre, pero no expresaban estimación particular; y del examen de la velada quedé convencido de que, aun recibiendo con gusto las atenciones de él, no correspondía a ellas con idéntico sentimiento. Si usted no se ha equivocado en cuanto a esto, será que yo he estado en un error. Usted, evidentemente, conoce mejor a su hermana, lo cual hace más probable lo último; y si es así, si inducido por ese error le he causado alguna clase de aflicción a usted, su resentimiento no ha sido infundado. Pero no tendría escrúpulos en asegurar que su hermana parecía tan serena que cualquiera que la hubiese observado habría tenido la convicción de que, aun siendo de carácter amistoso, su corazón no parecía fácil de herir. Es cierto que yo deseaba creer en su indiferencia, pero me atrevo a afirmar que mis investigaciones y mis decisiones no suelen dejarse influir por esperanzas o temores. No la creía indiferente porque yo lo deseaba, sino que la juzgaba así con imparcialidad, como si lo desease razonablemente. Mis objeciones a tal matrimonio no eran exactamente las que la última noche reconocí que requerían, en mi caso, la mayor fuerza pasional para dejarlas de lado; la desproporción no sería tan grave mal para mi amigo como para mí, pero había otros motivos, motivos que también existen ahora en mi caso, pero que entonces había procurado olvidar puesto que no me afectaban directamente. Los mencionaré aunque sea brevemente. La situación de la familia de su madre, si bien discutible, no era nada en comparación con la absoluta falta de prudencia de la que tan a menudo daban muestra ella misma, sus tres hermanas menores y, a veces, su padre. Perdóneme, no es mi intención ofenderla, pero en medio de su inquietud por los defectos de sus parientes más próximos y de su disgusto por la mención de los mismos, consuélese considerando que el haberse conducido ustedes de tal modo que haya evitado la menor sombra de tales censuras, es no menos elogioso para usted y su hermana mayor el que todo el mundo considere la conducta de ambas como intachable. Sólo diré que con lo que pasó aquella noche se confirmó por completo mi sospecha y crecieron los motivos que antes habían podido impulsarme a preservar a mi amigo de lo que yo consideraba una boda descabellada. Él se marchó de Netherfield rumbo a Londres al día siguiente, como usted recordará, con la intención de regresar pronto.

Falta ahora explicar cuál fue mi actuación en el asunto. Sus hermanas y yo estábamos inquietos por igual; pronto descubrimos que nuestros sentimientos coincidían, y conocedores de que no había tiempo que perder en separar a Bingley, resolvimos reunirnos inmediatamente con él en Londres. En vista de ello, fuimos allí, y de inmediato me dediqué a la empresa de hacer ver a mi amigo los peligros que entrañaba semejante elección. Se los enumeré con lujo de detalles. Pero aunque una exposición así pudiera lograr que su determinación vacilara, no creo que hubiese impedido a la postre el matrimonio si no hubiera sido secundada por la seguridad, que no dudé en darle, de la indiferencia de su hermana. Hasta entonces había creído que ella correspondía a su afecto con sincera aunque no igual estimación. Pero Bingley tiene una gran modestia natural que le induce a someter siempre su juicio a mi opinión. Con todo, convencerlo de que se había engañado no fue cosa fácil; persuadirle de no volver al condado una vez convencido de aquello, sólo me llevó un instante. No puedo censurarme por haber hecho todo eso. Creo que en todo obré bien salvo en una cosa: acceder a adoptar medidas tales que ocultaran a Bingley la presencia de Jane en la capital. Tanto yo como Miss Bingley estábamos al corriente, pero el hermano de ésta aún lo ignoraba. Es probable que se hubieran encontrado sin malas consecuencias; pero su afecto no me parecía lo suficientemente extinguido como para que la viese sin peligro. Acaso esa ocultación fuera indigna de mí, pero la tuve por lo mejor. En ese asunto no tengo más que decir ni otra excusa que ofrecer. Si he herido los sentimientos de Jane, ha sido involuntariamente, y aunque los motivos que me guiaron es natural que puedan parecerle insuficientes, aún no he podido condenarlos.

Con respecto a la otra acusación, más grave, de haber perjudicado a Mr. Wickham, sólo puedo refutarla presentando ante usted la totalidad de su relación con mi familia. Ignoro de qué me ha acusado él en particular, pero de la verdad de cuanto voy a contar a usted puedo citar más de un testigo de garantía innegable.

Mr. Wickham es hijo de un hombre muy respetable que durante muchos años se encargó de la administración de nuestro patrimonio de Pemberley, y cuya buena conducta en el desempeño de su cargo inclinó, como era natural, a mi padre a favorecerlo, a él y también a su ahijado, George Wickham. Mi padre le costeó la escuela y después Cambridge, ya que su progenitor, siempre pobre por los despilfarros de su esposa, no habría podido educarlo como a un caballero. El mío, no sólo gustaba de la compañía del muchacho, cuyos modales eran siempre atractivos, sino que tenía la más alta opinión de él, y esperando que el servicio eclesiástico fuera su profesión, trató de procurarle una situación económica holgada. En cuanto a mí, hace muchos años que comencé a pensar de él de muy diferente manera. Las propensiones viciosas, la falta de principios, que cuidaba de ocultar al conocimiento de su mejor amigo, no pudieron escapar a la atención de un joven de casi su misma edad y que podía observarlo en momentos de espontaneidad, cosa que no podía ver mi padre. A partir de este momento, lamento volver a decepcionarla, pero cualesquiera que sean los sentimientos que Mr. Wickham haya despertado en usted, no me impedirá desenmascarar su verdadero carácter.

Mi excelente padre murió hace cinco años, y su afecto hacia Mr. Wickham siguió tan constante hasta el fin, que en su testamento me recomendó que velara por su prosperidad del mejor modo que su profesión consintiera; y, si recibía las órdenes, deseaba que fuese suyo un beneficio eclesiástico capaz de satisfacer a una familia en cuanto quedase vacante. También había allí un legado de mil libras. Su propio padre no sobrevivió mucho al mío, y antes de medio año, tras ambos decesos, Mr. Wickham me escribió informándome de que, habiendo resuelto por fin no ordenarse, suponía que yo no tendría por indebido que esperase alguna ventaja pecuniaria más inmediata a cambio del beneficio que no había de disfrutar. Añadía que tenía la intención de estudiar leyes y que yo debía comprender que los intereses de mil libras no bastaban para lograrlo. En cuanto a mí, más bien deseaba creer que él fuera sincero; pero de todos modos estuve dispuesto a acceder a su proposición. Sabía que Mr. Wickham no debía ser clérigo; el asunto se arregló, por consiguiente, con su renuncia a toda pretensión de un beneficio eclesiástico, y como compensación aceptó tres mil libras. Toda cuestión entre ambos parecía, así, zanjada. Pensaba de él demasiado mal como para invitarlo a Pemberley o admitir su compañía en la capital. Creo que vivió sobre todo en ésta; pero sus estudios de leyes sólo fueron un pretexto, y viéndose libre de todo yugo, se entregó al ocio y la disipación. Durante tres años oí poco de él, pero a la muerte del poseedor del beneficio al que había estado destinado, me envió una carta pidiéndome el cargo. Me aseguraba, y yo le creía, que su situación económica era en extremo precaria, y que estaba decidido a tomar las órdenes si yo lo presentaba para ocupar el beneficio en cuestión, de lo cual él no tenía duda, por saber que yo no disponía de otra persona a quien proponer y por no poder olvidar las intenciones de mi venerable padre. Con dificultad me censurará usted por haberme negado a satisfacer esa petición. Su resentimiento fue proporcional a lo calamitoso de sus circunstancias, y sin duda fue tan violento en ultrajarme ante los demás como en sus reproches directos a mí. Tras el suceso, acabó toda apariencia de relación entre ambos. Ignoro cómo vivía. Pero el verano pasado volvió penosamente a ocupar mi atención.

He de mencionar ahora a usted una circunstancia que yo mismo quisiera olvidar y que no menor obligación que la actual podría inducirme a revelar a ningún ser humano. Habiendo hablado tanto, no dudo de que guardará el secreto. Mi hermana, que es más de diez años menor que yo, quedó bajo la tutela de mi madre, el coronel Fitzwilliam y yo mismo. Hará cosa de un año salió de la escuela y se instaló en Londres, y el verano último fue, con Mrs. Younge, la mujer que dirigía su casa, a Ramsgate, y allí fue también Mr. Wickham, a no dudarlo, adrede, porque se probó que había mediado relación anterior entre él y Mrs. Younge, sobre cuyo carácter habíamos sido, por desgracia, engañados; y con la complicidad de ésta y su ayuda, aquél se dedicó a Georgina, cuyo tierno corazón se sintió intensamente impresionado por la amabilidad que él le demostraba; tanto, que se creyó enamorada y consintió en fugarse. Podemos excusarla, puesto que sólo tenía quince años, y me complace añadir que a ella misma debí el conocimiento del plan. Me reuní con ellos inesperadamente un día o dos antes de la proyectada fuga, y entonces Georgina, incapaz de soportar la idea de afligir y ofender a un hermano, a quien casi consideraba como padre, me lo comunicó todo. En atención al buen nombre y a los sentimientos de mi hermana me abstuve de dar un escándalo público; pero escribí a Mr. Wickham, quien abandonó al punto aquel lugar, y Mrs. Younge fue, como es natural, destituida de su cargo. La principal mira de Mr. Wickham era, sin duda, la fortuna de mi hermana, consistente en treinta mil libras; pero no puedo dejar de sospechar que la esperanza de vengarse de mí fuese otro estímulo poderoso. En efecto, habría sido una venganza completa.

Ésta es, señorita, la fiel narración de cuantos hechos se han referido a ambos; y si la acepta usted, espero que retire esa acusación de crueldad para con Mr. Wickham. No sé cómo ni con qué mentiras la ha embaucado, pero no me extraña su reacción, ya que ignoraba usted todo lo concerniente a él y a mí. El averiguarlo no estaba a su alcance y no se sentía usted inclinada a sospecharlo.

Es posible que le extrañe a usted el que yo no le haya revelado todo esto la noche pasada, pero entonces no era dueño de mí mismo para discernir qué podía revelar y qué no. De la verdad de cuanto aquí he contado puedo apelar en particular al testimonio del coronel Fitzwilliam, quien por nuestro próximo parentesco y constante intimidad, y aún más como albacea testamentario de mi padre, ha sido inevitablemente puesto al corriente de todo esto. Si el odio que usted siente hacia mí restara valor a mis afirmaciones, confíe al menos en mi primo, a quien podrá consultar. Trataré de encontrar la ocasión para hacer llegar esta carta a sus manos en el curso de esta mañana. Sólo me resta añadir que Dios la bendiga.

FITZWILLIAM DARCY.

Si Lizzy no esperaba, cuando Darcy le dio la carta, que en ésta se renovaran los ofrecimientos amorosos, tampoco podía figurarse cuál era su contenido. Es de suponer la avidez con que la leyó y los sentimientos encontrados que produjo en ella. Al principio pensó, con extrañeza, que Darcy sólo pretendía excusarse, firmemente persuadida de que no podía dar explicación alguna que un sentido convincente del decoro no debiera ocultar. Con una gran dosis de prejuicio hacia cuanto pudiera decir, empezó a leer la relación de lo ocurrido en Netherfield. La leía con rapidez tal, que apenas comprendía nada, y en su impaciencia por saber qué decía la frase siguiente era incapaz de entender el sentido de la que tenía ante los ojos. Desde luego, rechazó sus alegatos sobre la pretendida insensibilidad de Jane, y la lectura de lo principal, o sea, sus objeciones al casamiento, le molestaron demasiado para dignarse hacerles justicia. No se mostraba arrepentido de lo que había hecho, sino que daba muestras de arrogancia. Todo era orgullo e insolencia.

Pero sus sentimientos fueron más penosos y difíciles de definir cuando leyó el relato del comportamiento de Wickham, el cual, de ser cierto, echaba por tierra la opinión que de éste se había formado. Deseaba que no fuese verdad, y varias veces exclamó para sí: ¡Eso tiene que ser falso, eso no puede ser!; y cuando hubo leído la totalidad de la carta, aun sin conocer apenas nada de la última página, o de las dos últimas, la guardó precipitadamente, jurándose que jamás volvería a poner sus ojos en ella.

Profundamente perturbada, echó a andar, hasta que al cabo de medio minuto sacó de nuevo la carta y, tratando de sobreponerse, comenzó otra vez la mortificante lectura de lo relativo a Wickham, imponiéndose a sí misma examinar el sentido de cada frase. Lo que decía de su relación con la familia de Pemberley coincidía exactamente con lo que él mismo le había referido, así como la bondad del difunto Mr. Darcy. Cuanto Wickham había expuesto sobre su beneficio estaba fresco en la memoria de Lizzy, y al recordar las mismas palabras que había pronunciado le fue imposible no comprender que había doblez de una parte o de otra, y estaba segura de que sus deseos no la engañaban. Pero cuando leyó y releyó con la máxima atención las particularidades que siguieron tras renunciar Wickham a sus pretensiones sobre el beneficio eclesiástico, el hecho de recibir a cambio del mismo una suma tan considerable como tres mil libras, la hizo dudar. Dejó la carta y meditó sobre las probabilidades de sinceridad de cada relato, pero con escaso éxito; ambas partes se contradecían. Siguió leyendo; cada línea probaba con mayor claridad que la conducta de Darcy en aquel caso no merecía censura alguna.

Lo del desorden y la perversidad que Darcy no vacilaba en endilgar a Wickham le causaba verdadero disgusto, tanto más cuanto que no podía aportar ninguna prueba de su injusticia. Jamás había oído hablar de él antes de su ingreso en la milicia del

condado, en la que había entrado a ruegos de un joven que al encontrarse con él por casualidad en la capital había renovado un superficial conocimiento. De su antiguo modo de vivir, todo lo que se sabía en Hertford era lo que él mismo había contado. En cuanto a su verdadero carácter, ella no había tenido ocasión de analizarlo detenidamente. De hecho, nunca había sentido deseos de descubrirlo: su aspecto, acento y modales lo habían colocado de una vez en posesión de todas las virtudes. Trató de recordar alguna prueba de bondad, algún rasgo especial de integridad o benevolencia capaz de librarlo de los ataques de Darcy, o al menos que lo compensase de aquellos errores circunstanciales entre los cuales pretendía interpretar lo descrito por Darcy como pereza y vicios muy arraigados. Pero no surgió semejante recuerdo. Podía representarlo al instante en todo su atractivo y elegancia, pero nada más sustancial acudía a su memoria fuera de la general estimación por parte de la vecindad y la consideración que su trato social le había granjeado entre sus camaradas. Después de detenerse en ese punto durante un rato, continuó la lectura. Pero, ¡oh!, la historia que seguía acerca de sus planes para con Miss Darcy resultaba plenamente confirmada con lo sucedido entre el coronel Fitzwilliam y ella la mañana anterior. Al final se hacía referencia, para probar la verdad de todas estas acusaciones, al propio coronel, de quien había recibido noticias anticipadas sobre su intervención en todos los asuntos de su primo y cuya veracidad no tenía motivo para poner en duda. Casi resolvió recurrir a él, pero desistió porque hacerlo habría sido considerado una grosería, y convencida, además, de que Darcy jamás se habría arriesgado a citar el nombre de su primo sin tener la certeza de que éste corroboraría su afirmación.

Recordaba a la perfección cuanto habían hablado Wickham y ella en su primer encuentro en casa de Mr. Philips; muchas de sus expresiones aún estaban frescas en su memoria. Ahora notaba lo impropio de tales confidencias a una persona extraña, y se admiraba de no haberlo advertido antes. Veía la falta de delicadeza que implicaba ponerse en evidencia, como lo había hecho, y la diferencia entre sus aseveraciones y su conducta. Recordaba que se había jactado de no temer ver a Darcy, de que éste tendría que abandonar el campo, pero que él permanecería en su sitio; pero una semana más tarde no asistió al baile celebrado en Netherfield. También recordaba que hasta después de marcharse Darcy y los Bingley a Londres, no había referido su historia más que a ella, y al cabo de poco tiempo, todo el mundo parecía estar al corriente, y que ya en esta ocasión no tenía reservas ni escrúpulos a la hora de criticar a Darcy, por más que con anterioridad le había asegurado que por respeto al padre de éste nunca haría tal cosa.

¡Cuán diferente le parecía ahora todo cuanto se refería a él! Sus atenciones a Miss King se revelaban ahora como odiosamente interesadas, y la escasa fortuna que ella misma poseía ya no aparecía como prueba de la moderación de sus deseos, sino de su ambición. El modo en que se había comportado con ella no podía obedecer a ningún motivo aceptable: o se había engañado en cuanto a su fortuna o había tratado de alentar, vanidosamente, el afecto que Lizzy, sin advertirlo, le había demostrado. Todo

esfuerzo en su favor se debilitaba cada vez más; y, como mayor justificación de Darcy, no pudo por menos que aceptar que Bingley, al ser interrogado por Jane, había manifestado hacía ya tiempo la inocencia de aquél en ese asunto; que por más orgulloso y repulsivo que fuera, nunca, en el curso de su relación con él —relación que últimamente se había acrecentado, proporcionándole cierta intimidad con su carácter—, jamás había visto nada que lo delatase como persona injusta o carente de principios, nada que le mostrara falta de piedad o poseedor de hábitos inmorales; que entre sus propias relaciones era apreciado y querido; que hasta Wickham le había reconocido méritos como hermano, y ella misma le había oído hablar a menudo de su hermana con afecto tal que probaba ser capaz de algún sentimiento tierno; que si sus acciones hubieran sido como Wickham las pintaba, ocultarlas habría sido imposible y que la amistad entre una persona capaz de eso y un hombre tan amable como Bingley escapaba a toda comprensión.

Lizzy se sentía cada vez más avergonzada de sí misma. No podía pensar en Darcy ni en Wickham sin reconocer que había estado ciega, que había sido parcial, absurda y que se había dejado dominar por los prejuicios.

—¡Con qué bajeza he obrado —exclamó—, yo, que me enorgullecía de mi inteligencia! ¡Yo que tantas veces he desdeñado el candor de mi hermana y halagado mi vanidad con recelos inútiles o censurables! ¡Qué humillante es este descubrimiento!, pero ¡cuán merecida esta humillación! Ni aun enamorada habría sido desdichadamente ciega. Pero mi locura no ha sido el amor sino la vanidad. Complacida con la preferencia del uno y ofendida por el desprecio del otro, me he dado, desde el principio de nuestra relación, a la presunción y a la ignorancia, huyendo de la razón cuando se trataba de cualquiera de los dos. Hasta este momento no he logrado conocerme a mí misma.

Sus pensamientos la llevaron a Jane, y de ésta a Bingley, recorriendo un camino que pronto le hizo recordar que en la carta había un párrafo en el que Darcy pretendía explicar el motivo por el cual había intervenido en favor de su hermana. Volvió a leerlo, y el efecto que le produjo esta segunda lectura fue muy distinto. ¿Cómo podía negar crédito a sus aseveraciones en uno de los puntos si se había visto forzada a concedérselo en el otro? Darcy declaraba que siempre había sospechado que su hermana no estaba interesada, y Lizzy no pudo por menos que recordar cuál había sido la opinión de Charlotte. Tampoco podía negar que su descripción de Jane era exacta; sabía que los sentimientos de ésta, aunque fervientes, habían sido poco exteriorizados y que denotaban complacencia en aire y maneras, algo que muy pocas veces va unido a una gran sensibilidad.

Cuando llegó a la parte de la carta en que se mencionaba a su familia en términos tan mortificantes y hasta censurables, su sentimiento de vergüenza fue intenso. La justicia de los cargos era demasiado evidente para negarla, y las circunstancias a que aludía como ocurridas en el baile ofrecido en Netherfield, eran tan ciertas que ella aún se sentía mortificada al recordarlas.



El cumplido dirigido a ella y a su hermana no le pasó inadvertido. Era adulator, pero no bastante para consolarla del desprecio que implicaba para el resto de la familia; y al considerar que los disgustos de Jane habían sido, en realidad, obra de sus más inmediatos parientes, y al reflexionar sobre el perjuicio que ocasionaba a ambas conducta tan inconveniente, su desaliento aumentaba por momentos.

Después de caminar dos horas a lo largo del camino, sumida en sus pensamientos, volvió a considerar los hechos, determinando posibilidades, hasta que la fatiga y el recuerdo de lo prolongado de su ausencia la obligaron a regresar a la casa. Al entrar se esforzó por parecer alegre como siempre, y resolvió reprimir cualquier reflexión que le impidiera conversar con afabilidad.

Enseguida le comunicaron que los dos caballeros de Rosings habían estado allí durante su ausencia; Darcy, sólo unos instantes, para despedirse; pero que el coronel Fitzwilliam había pasado con ellos casi una hora, aguardando su regreso, y que a punto había estado de salir en su busca. Lizzy apenas logró fingir que lamentaba no haberlo visto, pues en realidad se alegraba de ello. El coronel Fitzwilliam ya no le interesaba; sólo podía pensar en la carta.

Ambos caballeros abandonaron Rosings a la mañana siguiente, y Collins, que había estado a la espera cerca del umbral para despedirse efusivamente de ellos, volvió a casa con la grata noticia de que parecían estar bien y animados, a pesar de la triste despedida que sin duda había tenido lugar. Se apresuró, por lo tanto, a ir a Rosings a fin de consolar a lady Catherine y a su hija, y a su regreso, trajo, con gran satisfacción, un mensaje de Su Señoría relativo a que estaba tan triste que deseaba que acudieran todos a comer en su compañía.

Al ver a lady Catherine, Lizzy no pudo evitar recordar que, de habérselo propuesto, en ese momento habría sido presentada a ella como futura sobrina, ni pensar, sin sonreír, en lo indignada que se habría sentido Su Señoría. ¿Qué habría dicho?, ¿qué habría hecho?, se preguntó.

El primer tema de conversación fue la marcha de los huéspedes de Rosings.

—Les aseguro que lo siento mucho —dijo lady Catherine—. Creo que nadie siente la ausencia de los amigos tanto como yo. Pero, además, ¡aprecio tanto a esos jóvenes y ellos me aprecian tanto a mí! Estaban muy tristes al marcharse, como siempre. El querido coronel conservó la entereza de espíritu hasta el final; pero Darcy parecía abatido, más, a mi juicio, que el año pasado. Sin duda, cada vez disfruta más de sus estancias en Rosings.

Collins intervino para aludir a ello y hacer un cumplido, recibido amablemente con una sonrisa por la madre y la hija.

Lady Catherine observó, después de la comida, que Miss Bennet parecía un poco triste, y convencida de que el motivo era el que tuviera que regresar tan pronto a casa de sus padres, le dijo:

—Si es por eso, lo único que tiene que hacer es escribir a su madre pidiéndole que le permita quedarse aquí unos días. Estoy segura de que Mrs. Collins se alegrará mucho de su compañía.

—Le agradezco mucho tan amable invitación —replicó Lizzy—, pero no puedo aceptarla. Tengo que estar en la capital el próximo sábado.

—¡Cómo! Según eso, habrá permanecido usted aquí sólo seis semanas. Esperaba que estuviera dos meses; así se lo dije a Mrs. Collins antes de venir. No puede haber motivo para marcharse tan pronto. Mrs. Bennet podrá pasarse sin usted otros quince días.

—Pero mi padre no. La semana pasada me escribió pidiéndome que adelantara el regreso.

—¡Oh! Si su madre puede prescindir de usted, su padre también podrá. La presencia de una hija nunca es de tanta necesidad para un padre. Y si usted quisiera quedarse otro mes, podría llevarla a Londres, porque a principios de junio pasaré una semana en esa ciudad, y como Danson no se negará a ir en el pescante, quedará lugar

para una de ustedes, y si hace frío, no me opondré a que vengan ambas, ya que ninguna es gruesa.

—Sois todo bondad, señora, pero tenemos que ceñirnos a nuestro plan primitivo.

Lady Catherine pareció resignarse.

—Mrs. Collins, tendrá usted que enviar una sirvienta con ellas. Ya sabe que no soporto la idea de que dos jóvenes vayan solas en un coche. De modo que alguien tendrá que acompañarlas. Las jóvenes deben permanecer guardadas y atendidas en relación con su posición. Cuando el verano pasado mi sobrina Georgina fue a Ramsgate, insistí en que fueran con ella dos criadas. Miss Darcy, la hija de Mr. Darcy de Pemberley y de Lady Anne, no podría presentarse decentemente de otro modo. Doy la mayor importancia a esas cosas. Tiene usted que enviar a John con las muchachas, Mrs. Collins. Me alegro de que se me haya ocurrido hacerlo presente, porque enviarlas solas habría significado un descrédito para usted.

—Mi tío enviará a un criado a buscarnos.

—¡Ah! ¿Su tío envía para eso a un criado? Pues celebro que tenga usted a alguien que se ocupe de esas cosas. ¿Dónde cambiarán de caballos? ¡Oh!, en Browley, desde luego. Si menciona mi nombre en La Campana, la atenderán mejor.

Lady Catherine tenía otras muchas preguntas que hacer acerca del viaje, y como no todas eran contestadas, Lizzy tuvo que prestarle atención; lo que juzgó una suerte, pues de otro modo, preocupada como estaba, habría olvidado dónde se encontraba. La meditación tenía que reservarla para las horas de soledad.

Estaba en camino de saberse la carta de Darcy de memoria. Estudiaba cada frase, y sus sentimientos hacia su autor eran, a veces, contradictorios. Cuando pensaba en el tono en que estaba escrita, se sentía indignada, pero cuando consideraba lo injusta que había sido con él, volvía la ira contra sí misma, y el desengaño que él había sufrido le inspiraba compasión. El afecto de Darcy hacia ella incrementaba su gratitud, y su modo de ser en general le inspiraba respeto, pero no podía aceptarlo, y ni por un instante se arrepintió de su rechazo ni tuvo el menor deseo de volver a verlo. Se reprochaba el modo en que se había comportado, y en los defectos de su familia encontraba motivos de inagotable pesadumbre. No existía modo de poner remedio a ello. Su padre se contentaba con reírse de sus hermanas menores y jamás trataba de contener su espíritu desbordante, y en cuanto a su madre, cuyos modales eran tan reprochables, no había esperanza de que cambiase. Lizzy a menudo había unido esfuerzos con Jane para tratar de reprimir la imprudencia de Kitty y Lydia, pero mientras a éstas las amparaba la indulgencia de su madre, ¿qué probabilidades había de mejorarlas? La debilidad de ánimo de Kitty, irritable y sometida a la voluntad de Lydia, se había sublevado siempre contra sus adversarios; y ésta, voluntariosa y desenfadada, no atendía a los consejos de prudencia. Ambas eran ignorantes, perezosas y vanidosas. Mientras quedara un oficial en Meryton, coquetearían con él, y mientras Meryton estuviera a un paseo de Longbourn, siempre irían allí.

Pero lo que más le preocupaba era Jane, y la explicación de Darcy, al hacer que volviese a tener buena opinión de Bingley, la obligaba a comprender mejor lo que su hermana había perdido. Evidentemente, el afecto de él había sido sincero, y su conducta, intachable, a menos que se le reprochase su ciega confianza en su amigo. ¡Cuán triste era pensar que de situación tan apetecible y ventajosa, tan prometedora de dichas, Jane había sido privada por la locura y falta de decoro de su propia familia!

Cuando a esos recuerdos se añadía el descubrimiento de la verdadera personalidad de Wickham, fácilmente se habría podido creer que la bendita alegría que rara vez había faltado en ella se había transformado de tal manera que le resultaba casi imposible mostrarse tan jovial como antes.

Durante la última semana de su estancia las invitaciones a Rosings fueron tan frecuentes como al principio. La última velada también la pasaron allí, y Su Señoría se interesó de nuevo en los detalles del viaje, les dio instrucciones relativas al mejor modo de disponer los baúles e insistió en la necesidad de colocar los vestidos de la única manera que tenía por buena, hasta el punto que Mary se creyó obligada, a su regreso, a deshacer todo el trabajo de la mañana y volver a rehacer su baúl.

Cuando salieron, lady Catherine se dignó desearles feliz viaje, invitándolas a regresar a Hunsford el año próximo, y Miss de Bourgh, con gran esfuerzo, hizo una ligera reverencia y les estrechó la mano.

El sábado por la mañana Lizzy y Collins se encontraron a la hora del almuerzo minutos antes de que llegasen los demás, y él aprovechó la oportunidad para hacerle los cumplidos de despedida, que juzgaba indispensables.

—Ignoro, Lizzy —le dijo—, si Mrs. Collins te ha expresado lo mucho que aprecia tu amabilidad por venir aquí, pero estoy seguro de que no abandonarás esta casa sin recibir por ello su agradecimiento. Apreciamos enormemente el favor de tu grata compañía. Sabemos que a nadie puede tentar nuestra humilde morada. Nuestro sencillo modo de vivir, nuestras reducidas habitaciones y escasos criados han de hacer a Hunsford en extremo aburrido para una joven como tú; pero espero que nos creerás agradecidos por tu condescendencia, como también creerás que hemos hecho cuanto estaba en nuestro poder para impedir que pasase el tiempo desagradablemente.

Lizzy fue expresiva al dar las gracias y manifestarse satisfecha. Había pasado seis semanas deliciosas y el placer de estar con Charlotte, así como las amables atenciones que había recibido, justificaban que fuese ella la agradecida. Collins lo celebró, y con risueña solemnidad respondió:

—Me proporciona una gran alegría escuchar que tu estancia entre nosotros ha sido agradable. Hemos procedido, en verdad, lo mejor que hemos podido. Nos sentimos muy afortunados al haber podido presentarte en tan distinguida sociedad; y por nuestra relación con Rosings y los frecuentes medios de variar la humilde vida doméstica, creo que podemos vanagloriarnos de no haber hecho por completo enfadosa tu visita a Hunsford. Nuestra situación respecto a la familia de lady Catherine es, en verdad, fuente de dicha, así como una ventaja extraordinaria. Ya ves nuestra posición. He de reconocer que, con todas las desventajas de esta humilde abadía, no he de tener compasión de nadie que venga aquí mientras siga nuestra íntima amistad con Rosings.

Las palabras eran insuficientes para expresar sentimientos tan elevados y Collins se vio obligado a pasear por la estancia mientras Lizzy hacía acopio de cortesía para reunir la verdad en escasas y breves frases.

—Puedes, pues, llevar buenas noticias al condado de Hertford, querida prima. Al menos, me enorgullezco de que puedas hacerlo así. Has sido testigo a diario de la amabilidad de lady Catherine para con Mrs. Collins, y confío en que tu amiga no te habrá parecido desgraciada. Pero en cuanto a esto, mejor será callar. Permíteme sólo asegurarte, querida Lizzy, que te deseo de corazón igual felicidad en el matrimonio. Mi amada Charlotte y yo no tenemos sino un solo pensamiento y una sola voluntad. Hay entre nosotros notables semejanzas de carácter y de ideas; parecemos nacidos el uno para el otro.

Lizzy pudo contestar sin fingir que eran muy afortunados, y con igual sinceridad añadió que lo creía firmemente y que se regocijaba con su felicidad doméstica; pero,

no obstante, no lamentó la aparición de la dama que la proporcionaba. ¡Pobre Charlotte! ¡Era triste dejarla en semejante compañía! Pero la había elegido, y aunque era evidente que lamentaba que sus visitantes se marcharan, no parecía demandar compasión. Su hogar y sus quehaceres, su parroquia y su gallinero, y todo lo que a ello se refería, aún no habían perdido encanto para ella.

Al cabo, llegó la silla de postas, los baúles fueron cargados, se acomodaron los paquetes y se dijo que todo estaba a punto. Tras afectuosa despedida entre las amigas, Lizzy fue acompañada hasta el coche por Collins, quien mientras cruzaba el jardín le encargó sus afectuosos respetos para toda su familia, sin omitir su agradecimiento por las bondades de que fuera objeto en Longbourn durante el invierno, ni sus cumplidos para los señores de Gardiner, aun sin conocerlos. Diole la mano luego a Mary, y estaba por cerrar la portezuela cuando, de repente, les recordó que habían olvidado dejar recuerdos para lady Catherine y su hija.

—Pero —añadió—, seguro que desearéis que les sean transmitidos vuestros humildes respetos con vuestro agradecimiento por su amabilidad durante vuestra estancia aquí.

Lizzy no se opuso; la portezuela se cerró y partió el carruaje.

—¡Dios mío! —exclamó Mary tras unos minutos de silencio—. No parece sino que hace un día o dos que llegamos, y, sin embargo, ¡cuántas cosas han ocurrido!

—Muchas, ciertamente —contestó Lizzy con un suspiro.

—Hemos comido nueve veces en Rosings, además de tomar el té en dos ocasiones. ¡Cuánto tengo que contar!

Lizzy dijo para sus adentros: «¡Y cuánto tendré que mantener oculto!»

El viaje transcurrió plácidamente, y a las cuatro horas de haber dejado Hunsford alcanzaron la casa de los Gardiner, donde iban a permanecer unos días.

El aspecto de Jane era excelente, y Lizzy tuvo pocas ocasiones de sondear su estado de ánimo debido a las numerosas invitaciones que la bondad de su tía había reservado para ellas. Pero Jane iba a regresar con ella a Longbourn, y allí habría muchas oportunidades para observarla.

Entretanto, no sin esfuerzo tuvo que esperar hasta Longbourn antes de contar a su hermana las proposiciones de Darcy. El saber que podía revelar lo que había de asombrar tanto a Jane, satisfaciendo al mismo tiempo su propia vanidad dentro del límite de lo razonable, era tal tentación para sincerarse que nada la había vencido sino el estado de indecisión en que estaba sumida y lo mucho de lo que tenía que contar, además del temor de verse obligada a decir algo relativo a Bingley que sólo serviría para entristecer aún más a su hermana.

Era la segunda semana de mayo cuando las tres muchachas marcharon de la casa de sus tíos para regresar a Hertford, y al llegar cerca de la posada donde había de encontrarse el coche de Mr. Bennet, advirtieron al instante, como prueba de la puntualidad del cochero, que Kitty y Lydia estaban asomadas a la ventana del comedor del piso superior. Las dos llevaban cerca de una hora allí, felizmente ocupadas en visitar a una modista, observar al centinela de guardia y preparar una ensalada de pepino.

Después de dar la bienvenida a sus hermanas, les mostraron triunfalmente una mesa dispuesta con cuanta carne fría puede proporcionar la despensa de una posada, exclamando:

—¿No es esto precioso? ¿No es una sorpresa agradable?

—Lo hemos hecho para obsequiaros —añadió Lydia—; pero tendréis que prestarnos dinero, porque hemos gastado el nuestro en varias tiendas de por aquí. —Y enseñando sus compras agregó—: Mirad qué sombrero he adquirido. No es muy bonito, pero lo desharé en cuanto lleguemos a casa y veré si puedo convertirlo en algo mejor.

Y al tildarlo sus hermanas de feo, replicó con indiferencia:

—¡Oh!, pues había en la tienda dos o tres mucho más feos, y cuando haya comprado un bonito satén para adornarlo de nuevo, veréis cómo os gustará. Por otra parte, no importa mucho lo que una pueda llevar este verano después de que el regimiento se haya marchado de Meryton, cosa que hará dentro de quince días.

—¿De veras se va? —exclamó Lizzy con satisfacción.

—Acamparán cerca de Brighton, y por eso es preciso que papá nos lleve allí a todas este verano. Sería un plan delicioso, y me atrevo a afirmar que, después de todo, apenas costaría nada. A mamá también le encantará ir. Sólo piensa en el triste verano que, de otra manera, tendremos.

Sí, pensó Lizzy, sería un plan maravilloso. ¡Cielos! ¡Brighton y un campamento de soldados para nosotras, que ya hemos quedado trastornadas con un mísero regimiento de milicia y con los bailes mensuales de Meryton!

—Tengo algunas noticias para vosotras —dijo Lydia en cuanto se sentaron a la mesa—. ¿Qué creéis? Se trata de algo nuevo, de una noticia importantísima relativa a cierta persona que a todas nos resulta muy simpática.

Jane y Lizzy se miraron e indicaron al camarero que se retirara. Lydia rió y dijo:

—¡Ah!, eso es muy propio de vuestra formalidad y discreción. ¿Pensáis que el camarero no ha de escuchar si quiere? Me atrevo a apostar que oye con frecuencia cosas peores que las que voy a comunicaros. Pero me alegro de que se haya ido; jamás he visto una barba tan larga. Bien, ahora, a mis noticias. Se refieren a nuestro querido Wickham; demasiado buenas para el camarero, ¿no es así? No hay que temer

que Wickham se case con Mary King. Ahí lo tenemos para nosotras. Ella se ha ido a Liverpool a casa de su tía, y, según parece, para no volver. ¡Wickham está a salvo!

—Y Mary King está a salvo también —añadió Lizzy—; a salvo de una unión imprudente, por lo que respecta al dinero.

—Muy torpe es marchándose si lo ama.

—Pero supongo que no habrá amor por ningún lado —dijo Jane.

—Estoy segura de que no lo hay por parte de él; ella nunca le importó un bledo. ¿Quién podría cargar con una mujer tan insociable y llena de pecas?

Lizzy se escandalizó, pensando que, aunque fuese incapaz de referirse a alguien en esos términos, ella no podía evitar ser de la misma opinión.

Después de comer, las mayores pagaron la cuenta y pidieron el coche; y tras alguna discusión, todo el grupo, con sus cajas, bolsas y paquetes, y la mal recibida adición de las compras de Kitty y Lydia, se acomodaron en él.

—¡Qué apretadas vamos! —exclamó Lydia—. ¡Me alegro de haber comprado el sombrero sólo por el gusto de llevar otra caja! Bien; vamos a ponernos cómodas y a charlar y reír durante todo el camino hasta casa. Y en primer lugar oigamos lo que os ha ocurrido desde que os fuisteis. ¿Habéis visto hombres agradables? Tenía la esperanza de que alguna de vosotras consiguiera marido antes de regresar. Jane pronto será una vieja, ¡casi tiene veintitrés años! ¡Señor, qué avergonzada estaré si no me he casado antes de esa edad! No podéis figuraros cuánto desea la tía Philips que os caséis. Dice que Lizzy debería haber aceptado a Collins, pero me parece que no habría sido muy divertido. ¡Dios mío, cuánto me gustará contraer matrimonio antes que vosotras! Y entonces os acompañaría a todos los bailes. ¡Ah, queridas, cómo nos hemos divertido el otro día en casa del coronel Forster! Kitty y yo fuimos a pasar la velada allí, ¡Mrs. Forster y yo somos tan amigas! Invitaron también a las dos de Harrington; pero Harriet estaba enferma, y por eso Pen se vio obligada a ir sola; y entonces, ¿qué pensáis que hicimos? Vestimos de mujer a Chamberlayne, con el propósito de que pasase por una señora. ¡Figuraos qué divertido! Nadie lo sabía, excepto el coronel, Mrs. Forster, Kitty y yo, y mi tía, pues tuvimos que pedirle prestado uno de sus vestidos, y no podéis ni imaginar lo bien que le estaba. Cuando llegaron Denny, Wickham y Pratt, y dos o tres más, no lo reconocieron. ¡Señor, cómo me reí! ¡Y lo mismo Mrs. Forster! Creí morirme. Y eso hizo sospechar a los hombres, que pronto descubrieron la broma.

Con análogas historias de reuniones y chanzas trató Lydia, ayudada con las acotaciones y comentarios de Kitty, de divertir a sus compañeras durante todo el camino hasta Longbourn. Lizzy escuchó lo menos que pudo, pero no se le escapó la frecuente mención del nombre de Wickham.

El recibimiento que les dispensaron en su casa fue muy cariñoso. Mrs. Bennet se alegró de ver que Jane seguía tan hermosa como siempre, y más de una vez durante la comida dijo de corazón Mr. Bennet a Lizzy:

—Me alegro de que hayas vuelto, hija.



El comedor estaba muy concurrido, pues casi todas las Lucas fueron a buscar a Mary, y a oír las noticias, y fueron variados los temas que las ocuparon. Lady Lucas interrogaba a su hija desde el otro lado de la mesa sobre el bienestar y el gallinero de Charlotte; Mrs. Bennet se encontraba doblemente ocupada, recibiendo por un lado informaciones acerca de las modas de actualidad, de Jane, que estaba algo lejos de ella, y volviéndose hacia las jóvenes Lucas para transmitir las. Lydia, con voz más ruidosa que las demás explicaba a quien quisiera oírla cómo se había divertido aquella mañana.

—¡Oh, Mary! —exclamó—. Cuánto me habría gustado que vinieses con nosotras, ¡porque nos hemos divertido tanto! Cuando Kitty y yo íbamos solas, cerramos las ventanillas, simulando que no viajaba nadie en el coche, y así habríamos ido todo el camino si Kitty no se hubiera mareado. Cuando llegamos a la hostería nos comportamos espléndidamente pues obsequiamos a nuestras hermanas y a Mary Lucas con el más delicado refrigerio del mundo, y si hubieras ido te habríamos obsequiado a ti también. ¡Y al regresar nos divertimos tanto! Creía que no conseguiríamos entrar en el coche. Me moría de risa. ¡Y lo pasamos tan bien durante el camino! Hablábamos y reíamos tan alto que habrían podido oírnos a diez millas.

A eso respondió con gravedad Mary:

—Lejos de mí, querida hermana, el despreciar tales placeres. Serán sin duda propios del carácter de casi todas las mujeres. Pero confieso que no me atraen. Prefiero, con mucho, un libro.

Pero de esta contestación Lydia no oyó una palabra. Rara vez escuchaba a nadie más de medio minuto, y jamás prestaba atención a Mary.

Por la tarde, Lydia propuso con insistencia ir a Meryton con los demás de la familia a ver cómo estaban todos. Lizzy se opuso resueltamente al plan; no quería que se dijera que las señoritas Bennet no podían permanecer en casa medio día sin perseguir a los oficiales. Y tenía otra razón para oponerse: temía encontrarse con Wickham, y resolvió evitarlo en lo posible. Su satisfacción ante la inminente partida del regimiento era superior a cuanto puede expresarse. Iba a marcharse al cabo de quince días, y una vez que esto ocurriese, ya nadie la molestaría con noticias de él.

No llevaba muchas horas en casa cuando advirtió que el proyecto de ir a veranear a Brighton era objeto de frecuente discusión entre sus padres. Lizzy comprendió de inmediato que su padre no tenía la menor intención de ceder; pero sus contestaciones eran a la vez tan vagas y equívocas, que su madre, aunque con frecuencia descorazonada, no perdía la esperanza de salirse con la suya.

La impaciencia de Lizzy por comunicar a Jane lo que le había ocurrido, hizo que decidiese omitir cualquier detalle que se refiriese a su hermana y, después de anunciarle que se llevaría una sorpresa, a la mañana siguiente le contó lo más importante de su encuentro con Darcy.

El asombro de Jane fue mitigado por el profundo amor fraternal; pronto le pareció muy natural que la admiraran, y la sorpresa dio paso a otros sentimientos. Lamentaba que Darcy hubiera expresado los suyos de modo tan inadecuado, pero todavía le apenaba más el pesar que debía de haberle causado el rechazo de su hermana.

—Fue un error creerse tan seguro del éxito —dijo—, y es evidente que no debía aparentarlo, pero ¡imagina cuál habrá sido su desengaño!

—Verdad —repuso Lizzy—, y lo lamento por él. Pero abriga otros sentimientos, que probablemente le harán olvidar su afecto hacia mí. Pero, dime, ¿me censuras por haberlo rechazado?

—¡Censurarte! ¡Oh!, no.

—¿Y me censuras por haber hablado de Wickham con tanta vehemencia?

—No, no creo que obraras mal al decir lo que dijiste.

—Pero lo creerás cuando sepas lo que ocurrió al día siguiente.

Entonces le habló de la carta, repitiéndole la totalidad de su contenido en cuanto se refería a George Wickham. ¡Qué golpe supuso para la pobre Jane, que jamás habría sospechado que tanta maldad pudiera darse en un solo ser humano! Ni aun la vindicación de Darcy, tan grata a sus sentimientos, bastaba para consolarla de semejante descubrimiento. Con gran tesón procuró defender la probabilidad de un error, tratando de justificar a uno sin comprometer al otro.

—No prosigas —dijo Lizzy—. Nunca conseguirás hacer bueno a ninguno de los dos. Elige lo que quieras, pero sólo uno podrá satisfacerte. Entre ambos no sumarían méritos suficientes para hacer un hombre bueno. Por mi parte, me inclino a creer que la razón corresponde a Mr. Darcy; tú puedes opinar lo que te parezca.

Pasó largo rato antes de que Jane pudiera esbozar una sonrisa.

—¡No sé qué me ha sorprendido más! —exclamó al cabo—. ¡Wickham tan rematadamente malo! Es casi increíble. ¡Y pobre Mr. Darcy! ¡Querida Lizzy, no pienso sino en lo que habrá sufrido! ¡Qué disgusto! ¡Y conocer, además, tu mala opinión acerca de él! ¡Y tener que contar tales cosas de su hermana! Es muy penoso, en verdad. Estoy segura de que lo creerás así.

—¡Oh, no! Mi contrariedad y mi compasión se han disipado al ver tu reacción. Sé que le harás justicia y que cada vez me sentiré más libre e indiferente. Tu generosidad al respecto me salva, y si sigues lamentándote de él, mi corazón quedará tan ligero como una pluma.

—¡Pobre Wickham! ¡Hay tal expresión de bondad en su rostro, tal franqueza en sus modales!

—Es evidente que hubo algún error en la educación de esos dos hombres. El uno acaparó toda la bondad y el otro toda su apariencia.

—Jamás tuve a Darcy por tan falto de buenas apariencias como tú lo suponías.

—Y con todo, me creía muy sagaz cuando, sin motivo, lo encontraba desagradable. Todos tenemos cierto prurito que nos hace presumir de ingenio al tener tales aversiones. Una puede injuriar continuamente sin decir nada que sea justo, pero no puede burlarse siempre de un hombre sin decir de vez en cuando una frase chistosa.

—Estoy segura, Lizzy, de que al leer la carta por primera vez no habrás considerado el asunto como ahora lo haces.

—Eso es muy cierto. Estaba bastante resentida y me sentía desgraciada. ¡Y no tener entonces a nadie a quien revelar mis sentimientos, a una Jane que me consolara y me dijera que no había sido tan débil, vana y absurda como yo creía! ¡Oh, cuánto te eché de menos!

—¡Qué lástima que usaras expresiones tan fuertes hablando de Wickham a Darcy, ya que ahora las juzgas inmerecidas!

—Es verdad; pero el expresarme con amargura fue desdichada consecuencia de los prejuicios que había ido alimentando. Hay un punto sobre el cual necesito tus consejos. Quiero que me digas si debo o no dar a conocer a nuestras amistades el verdadero carácter de Wickham.

Jane meditó por unos instantes y dijo después:

—A buen seguro que no hay razón de peso para que lo hagas. ¿Cuál es tu opinión?

—Que no debo hacerlo. Mr. Darcy no me ha autorizado a divulgar sus confidencias. Por el contrario, todos los pormenores relativos a su hermana parecían reservados a mí; y, por otra parte, si tratase de desengañar a la gente hablando mal de Wickham, ¿quién me creería? El prejuicio general contra Darcy es tal, que tratar de ponerlo en buen lugar supondría enfrentarse con la mitad de las buenas personas de Meryton. No sirvo para eso. Wickham se marchará pronto, y a nadie diré lo que es en realidad. Dentro de un tiempo todo se sabrá, y entonces podremos reírnos de quienes lo ignoraban. Por ahora no diré nada a nadie sobre este asunto.

—Tienes mucha razón. Dar a conocer sus errores podría arruinarlo para siempre. Acaso se arrepienta ahora de lo que hizo y ansíe reivindicar su buen nombre. No debemos hacer que se desespere.

La conversación con su hermana logró tranquilizar a Lizzy. Se había librado de uno de los dos secretos que habían pesado sobre ella durante quince días, y estaba segura de encontrar en Jane quien la escuchase cuando quisiese hablar acerca de ello. Pero aún ocultaba lo que la prudencia le impedía revelar. No osaba poner a su hermana en conocimiento de la otra mitad de la carta ni decirle con cuánta sinceridad

había sido amada por su amigo. Era ése un secreto que con nadie podía compartir, y sabía que sólo un completo acuerdo entre las partes podría justificar que se librase de él. Y aun entonces, se decía, sólo podría contar lo que Bingley creyera conveniente. ¡La libertad de comunicar ese secreto no puedo obtenerla hasta que haya perdido todo su valor!

Como apenas salía de casa, Lizzy estaba en situación de observar el verdadero estado de ánimo de su hermana. Jane no era feliz; conservaba todavía muy tierno afecto hacia Bingley. Puesto que nunca antes se había considerado enamorada, su afecto poseía la fuerza del primer amor, y, por su edad y temperamento, más firmeza de la que los primeros amores suelen mostrar. Apreciaba tanto el recuerdo de Bingley, lo prefería tanto a cualquier otro hombre, que se requerían todo su buen sentido y toda su atención a los sentimientos de los suyos para combatir su pesadumbre, que podía resultar perjudicial para su salud y la tranquilidad de sus familiares.

—Bien, Lizzy —dijo un día Mrs. Bennet—, ¿cuál es ahora tu opinión sobre el triste asunto de Jane? Por mi parte, estoy resuelta a no volver a hablar del mismo a nadie. Así se lo dije el otro día a mi hermano Philips. Pero no puedo creer que Jane no lo viese en Londres. Sí, sí; es un muchacho bien indigno, y no me figuro que haya al presente la menor probabilidad de que logre pescarlo. No se habla de que regrese a Netherfield este verano, y eso que he preguntado a cuantos pueden estar enterados.

—Confío en que nunca más vuelva a Netherfield.

—Que haga lo que quiera. Nadie necesita que venga. Siempre diré que se ha comportado extremadamente mal con mi hija, y si yo fuese ella, no me conformaría tan fácilmente. Bien, lo único que me consuela es la seguridad de que Jane morirá de pena, y entonces él lamentará lo que ha hecho.

Pero como Lizzy no podía encontrar consuelo con esperanzas por el estilo, no contestó.

—Bien, querida —continuó su madre—, ahora dime, ¿los Collins viven muy confortables, no es así? Bien, bien; espero que su bienestar sea duradero. ¿Y comen bien? Tengo a Charlotte por excelente administradora. Si es la mitad de lista que su madre, ahorrarán bastante. Supongo que no hace ningún derroche.

—No, en absoluto.

—Gran parte de la buena administración depende de eso. Sí, sí; seguro que no gastarán más de lo que pueden. Nunca sufrirán estrecheces. Bien, espero que sean dichosos. Y supongo que hablarán a menudo de cuando posean Longbourn una vez haya muerto tu padre. Deben de considerar que esto ya les pertenece.

—Pues no hablaron de ello en mi presencia.

—Claro; habría sido raro que lo hicieran. Pero estoy segura de que hablarán a menudo entre ellos. Bien; si son capaces de vivir contentos con un patrimonio que legalmente no es suyo, mejor. Yo estaría avergonzada de poseer una hacienda conseguida de semejante manera.

La semana que siguió al regreso de las muchachas pasó deprisa. Comenzó la segunda. Era la última de la permanencia en Meryton del regimiento y todas las jóvenes de la vecindad languidecían. La tristeza era casi general. Sólo las mayores de las Bennet eran capaces de comer, beber y dormir, de seguir al acostumbrado curso de la vida. A menudo eran tachadas de insensibles por Kitty y Lydia, cuya tristeza era tan extremada que no podían comprender que existieran personas en su familia con el corazón tan duro.

—¡Dios mío! ¿Qué será de nosotras? ¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamaban a menudo, en medio de su dolor—. ¿Cómo puedes sonreír, Lizzy?

Su cariñosa madre participaba de su pesar; recordaba que también había sufrido por idéntica razón, veinticinco años atrás.

—Recuerdo —decía— que lloré dos días seguidos cuando se marchó el regimiento del coronel Miller. Pensé que el corazón se me partía.

—Estoy segura de que eso es lo que le ocurrirá al mío —dijo Lydia.

—¡Si una pudiera ir a Brighton! —exclamó Mrs. Bennet.

—¡Oh, sí! ¡Si pudiera ir una a Brighton! ¡Pero papá es tan poco condescendiente!

—Unos baños de mar me restablecerían definitivamente.

—Y Mrs. Philips está segura de que a mí me sentarían muy bien —añadió Kitty.

Tal era la clase de lamentaciones que resonaban de continuo en la casa de Longbourn. Lizzy trataba de apartarse de todos, pero cuando lo hacía se sentía avergonzada. De nuevo se daba cuenta de la justicia de las objeciones de Darcy, y nunca como en ese momento había estado dispuesta a perdonar sus intromisiones en los proyectos de su amigo.

Pero la tristeza de Lydia pronto se disipó, porque recibió una invitación de Mrs. Forster, la esposa del coronel del regimiento, para acompañarla a Brighton. Esa inapreciable amiga de Lydia era muy joven y estaba casada desde hacía poco. La semejanza de carácter y la jovialidad de ambas habían hecho que simpatizaran pronto, y tras tres meses de relación se habían convertido en amigas íntimas.

El entusiasmo de Lydia en esta ocasión, la adoración que mostró por Mrs. Forster, así como la satisfacción de Mrs. Bennet y lo mortificada que se sintió Kitty, son cosas que apenas pueden describirse. Desatenta por completo a los sentimientos de su hermana, Lydia, que no cabía en sí de alegría, pidió a todos que la felicitaran, riendo y hablando en voz más alta que de ordinario, mientras la infortunada Kitty, enfadada, continuaba en el salón, lamentándose de su mala suerte.

—No sé por qué Mrs. Forster no me ha invitado también —decía—, aun cuando yo no sea tan amiga suya como Lydia. Tengo el mismo derecho que ella a ser invitada, y tal vez más porque soy dos años mayor que ella.

En vano procuró Lizzy que entrase en razón, y en vano también Jane pretendió que se resignase. A Lizzy, la mencionada invitación estuvo lejos de inspirarle idénticos sentimientos que a su madre y a Lydia. Comprendió que tampoco en esta ocasión podía esperarse que su hermana mostrase el mínimo sentido común, y no pudo por menos que pedir a su padre que no la dejase ir. Le expuso algunos reparos respecto de la conducta de Lydia, las escasas ventajas que podía obtener con la amistad de una mujer como Mrs. Forster, y la posibilidad de que con semejante compañía fuese todavía más imprudente en Brighton, donde las tentaciones habían de ser mayores que en casa. Él la escuchó con atención y dijo:

—Lydia no estará tranquila hasta que se exhiba en un sitio u otro, y nunca podremos esperar que lo haga con tan poco gasto o sacrificio para su familia como en las presentes circunstancias.

—Si conocieras —repuso Lizzy— los grandes daños que a todos puede acarreamos lo que la gente diga del comportamiento imprudente de Lydia, por no hablar del que ya nos ha ocasionado, segura estoy de que juzgarías la cuestión de modo muy diferente.

—¡Que ya nos lo ha ocasionado! —repitió Mr. Bennet—. ¿Qué, ha ahuyentado a alguno de tus pretendientes? ¡Pobre Lizzy! Pero no te desanimes. Esos jóvenes tan inescrupulosos que renuncian a ti por una nimiedad semejante, no valen la pena. Ven, hazme conocer la lista de esos despreciables que te han abandonado por culpa de las locuras de Lydia.

—Estás muy equivocado. No me quejo de los daños particulares sino de los generales. Nuestro prestigio, nuestra respetabilidad, habrán de resentirse por la volubilidad extremada, el descaro y la falta de juicio propios de Lydia. Perdona, pero te hablaré con franqueza. Si tú, querido padre, no quieres tomarte el cuidado de reprimir su carácter y enseñarle que sus actuales anhelos no han de ser la ocupación de su vida, pronto estará lejos de poder enmendarse. Su carácter se afirmará, y a los dieciséis años será la más redomada coqueta y se pondrá en ridículo, haciendo de su familia el hazmerreír de todos. Su único atractivo residirá en su juventud y en su presencia bastante agraciada. Pero jamás será capaz, por su ignorancia y su carencia de sentido común, de librarse del desprecio general que suscitará su ansia de ser admirada. El mismo peligro corre Kitty, quien al parecer sigue los pasos de Lydia. Es vanidosa, ignorante, perezosa e incapaz de aceptar un consejo. ¡Oh querido, padre!, ¿puedes suponer que no serán las dos censuradas y menospreciadas donde sean conocidas, y que no arrastrarán en su desgracia a sus demás hermanas?

Mr. Bennet se percató de que Lizzy hablaba con total sinceridad, y tomándole afectuosamente la mano, contestó:

—No te preocupes, querida. Dondequiera que estéis, Jane y tú seréis respetadas y queridas, y no supondrá perjuicio alguno para vosotras el que tengáis dos, puede incluso que tres, hermanas muy necias. No tendremos paz en Longbourn si Lydia no va a Brighton. Déjala, pues, que vaya. El coronel Forster es un hombre sensato y

cuidará de ella, y tu hermana no tiene fortuna suficiente para ser objeto de la codicia de nadie. En Brighton, el que actúe como una coqueta tendrá menos importancia que aquí. Los oficiales se fijarán en otras mujeres más interesantes. Esperemos que su estancia allí le haga conocer su propia insignificancia. De todas formas, no puede empeorar mucho, y esto no nos autoriza a encerrarla bajo llave por el resto de su vida.

Con esta respuesta se vio obligada Lizzy a contentarse; pero su opinión personal continuó siendo la misma, y se separó de su padre disgustada y triste. No era, con todo, su intención acrecentar sus disgustos insistiendo en ellos. Confiaba en haber representado su papel, y no estaba en su ánimo destruir males inevitables o aumentarlos con su ansiedad.

Si Lydia o su madre hubieran conocido la sustancia de la confidencia con su padre, la indignación de ambas no habría encontrado adecuada expresión, dada su común volubilidad. En la imaginación de Lydia, una visita a Brighton reunía cuanto puede constituir la felicidad terrena. Imaginaba las calles de aquella alegre playa llenas de oficiales, y a sí misma como objeto de la atención de docenas de ellos, por el momento desconocidos. Se imaginaba en un campamento bellamente dispuesto, rodeada de jóvenes alegres, deslumbrantes en sus chaquetas rojas; y para completar el cuadro, casi pudo verse sentada al lado de una tienda de campaña, coqueteando tiernamente con no menos de seis oficiales a la vez.

Si hubiese sabido que su hermana intrigaba para arrebatarle tales perspectivas, tales realidades, ¿cuáles habrían sido sus sentimientos? Sólo Mrs. Bennet podría entenderlos, pues prácticamente experimentaba lo mismo que su hija. La ida de Lydia a Brighton era cuanto la consolaba de la melancólica convicción de que su marido jamás iría allí.

Pero ambas ignoraban lo que había pasado; y así, su entusiasmo y exaltación continuaron hasta el día mismo en que Lydia abandonó la casa.

Lizzy iba a ver ahora a Wickham por última vez. Como había estado con frecuencia en su compañía desde que regresara, su turbación casi había desaparecido, y en cuanto a su interés por él, ya no existía. Había aprendido a descubrir en aquella misma amabilidad que al principio le atraía, cierta afectación, y hasta le disgustaba y cansaba. Por otra parte, a Lizzy le desagradaba el modo en que ahora se comportaba con ella, porque los deseos, que pronto manifestó, de renovar las atenciones características de su primera época de relación, sólo podían servirle, después de todo lo ocurrido, para exacerbarla aún más. Perdió todo interés por él al verse objeto de tan vana y frívola galantería; y al contenerla con finura, no podía por menos que sentir la ofensa que entrañaba la creencia de que por más tiempo que hubiera pasado sin prodigarle sus atenciones, y cualquiera que hubiera sido la causa de interrumpirlas, satisfaría la vanidad de ella y tendría asegurada su preferencia con sólo renovarlas.

El último día de la permanencia del regimiento en Meryton, Wickham comió en Longbourn con otros oficiales. Lizzy se encontraba tan poco dispuesta a hablar con él amigablemente, que al preguntarle Wickham cómo había pasado el tiempo en

Hunsford, respondió que el coronel Fitzwilliam y Darcy habían permanecido tres semanas en Rosings, y le preguntó a su vez si conocía al primero.

Wickham pareció sorprendido, molesto, alarmado; pero repuesto al instante, y esbozando una sonrisa, contestó que en una época había frecuentado su amistad. Después de afirmar que era hombre muy caballeroso, le preguntó qué opinión le merecía. La contestación de Lizzy fue entusiasta y favorable, y, con aire de indiferencia, añadió él poco después:

—¿Cuánto tiempo ha dicho usted que estuvo en Rosings?

—Cerca de tres semanas.

—¿Y lo veía con frecuencia?

—Sí, casi todos los días.

—Sus modales son bien diferentes de los de su primo.

—Sí, muy diferentes. Pero creo que Mr. Darcy impresiona más favorablemente a medida que se lo conoce mejor.

—¿De veras? —exclamó Wickham con un gesto involuntario que no pasó inadvertido a Lizzy. Pero, reprimiéndose, agregó con tono más jovial—: Esa mejora, ¿se refiere acaso a su trato? ¿Se ha dignado añadir algo de cortesía a sus modales ordinarios? Porque no me puedo creer —continuó con tono más serio— que haya mejorado en lo esencial.

—¡Oh, no! —repuso Lizzy—. En lo esencial pienso que aún es más de lo que siempre fue.

Mientras ella hablaba, Wickham parecía no saber si regocijarse con sus palabras o desconfiar del significado de las mismas. En la actitud de Lizzy había algo que le hizo escuchar con atención y con recelo, cuando añadió:

—Al decir que gana con el trato no quiero dar a entender que sus modales se vayan perfeccionando, sino que cuando se lo conoce mejor, también se comprende mejor su modo de ser.

Wickham no pudo ocultar ahora su inquietud, pues se ruborizó y pareció agitado. Guardó silencio por un instante, hasta que, repuesto, dijo con tono más amable:

—Usted que conoce muy bien mis sentimientos hacia Mr. Darcy, comprenderá cuán sinceramente me alegra el que sea al menos capaz de fingir una actitud correcta. En este sentido, su orgullo puede ser útil, si no para él mismo, para otros muchos, porque lo apartará de proceder descabellados, cuyas consecuencias he sufrido. Pero temo que esa especie de cautela a que parece aludir usted la emplee sólo cuando visita a su tía, a quien interesa siempre causar una buena impresión. Miedo a ella lo ha tenido siempre que estaban juntos, lo sé bien, y en buena parte puede imputarse al deseo de acelerar su casamiento con Miss de Bourgh, por la que sé que está muy interesado.

Lizzy no pudo reprimir una sonrisa al oír esto, pero sólo contestó con una leve inclinación de la cabeza. Advertía que él pretendía desviar la conversación hacia el viejo tema de los agravios, y no estaba de humor para permitírselo. El resto de la



velada trató él de aparentar jovialidad, pero sin tratar de halagar de nuevo a Lizzy. Al fin se separaron ambos con mutuas muestras de cortesía y, probablemente, deseando ambos no volver a verse.

Al terminar la reunión, Lydia se fue con Mrs. Forster a Meryton, de donde partirían a la mañana siguiente, muy temprano. La despedida fue más ruidosa que patética. Kitty fue la única que derramó lágrimas, pero lo hizo más de envidia que de tristeza. Mrs. Bennet expresó una y otra vez sus deseos de dicha para su hija y añadió que no perdiese la oportunidad de divertirse todo lo posible, advertencia que seguramente sería atendida. Y con las expresiones de alegría de la propia Lydia al decir adiós, los menos efusivos saludos de sus hermanas apenas si se oyeron.

Si Lizzy hubiese tenido que fundar sus opiniones sólo en lo que veía en su propia familia, no habría podido albergar muy grata idea de la felicidad conyugal o la comodidad domésticas. Su padre, cautivado por la juventud, la hermosura y, sobre todo, por la apariencia de ambas, se había casado con una mujer cuya mezquindad y falta de inteligencia habían puesto fin, ya en los comienzos del matrimonio, a todo afecto real hacia ella. El respeto, la estimación y la confianza se habían desvanecido para siempre, y las perspectivas de felicidad doméstica de aquél se habían disipado. Pero no era propio del carácter de Mr. Bennet buscar consuelo para las consecuencias de su propia imprudencia en ninguno de los placeres que consuelan a menudo, con locuras o vicios, a los infortunados. Amaba el campo y los libros, y de semejantes aficiones había extraído sus principales goces. Poco debía a su mujer, a no ser la diversión que le habían procurado su necedad y su ignorancia. No es ésa la clase de dicha que un hombre desea, por lo común, deber a una mujer; pero donde faltan otros medios de diversión, el verdadero filósofo sabe sacar partido de los que están a su alcance.

Lizzy, no obstante, jamás había dejado de percatarse de las inconveniencias de la conducta de su padre como marido. Siempre la había observado con pena, pero, respetuosa de su talento y agradecida por el modo afectuoso con que la trataba, procuraba olvidar lo que no podía pasar por alto, apartando de su pensamiento aquella continua infracción de los deberes conyugales y del decoro, que, por el hecho de exponer a su esposa al desprecio de sus propias hijas, era tan reprehensible. Nunca había sentido con tanta fuerza los daños que pueden causar a los hijos matrimonios tan incongruentes, ni nunca se había percatado tanto de los peligros que derivan de tan errada dirección del talento; talento que, empleado debidamente, habría mantenido incólume, por lo menos, la respetabilidad de las hijas, aunque no hubiese bastado para aumentar la inteligencia de la esposa.

Si bien es cierto que Lizzy se alegró de la marcha de Wickham, no puede decirse que encontrara motivo de satisfacción en la del regimiento. Salía menos que antes, y en casa tenía una madre y una hermana cuyas constantes quejas por el aburrimiento de cuanto las rodeaba entristecían su vida doméstica. Aunque Kitty llegase a recobrar con el tiempo algo de su sentido común, puesto que ya no existían las causas que la perturbaban, Lizzy pensaba con intranquilidad en su otra hermana, cuya locura e imprudencia aumentarían al frecuentar, con cierta libertad, la playa y el campamento. En resumidas cuentas, ocurría ahora, como tantas veces antes, que un acontecimiento por el que tanto había suspirado no podía, al verlo realizado, proporcionarle toda la dicha soñada. Era preciso, por lo tanto, señalar otros límites para el comienzo de su felicidad, tender a otro punto al que quedasen ligados sus deseos y esperanzas y que, proporcionándole placer anticipado, la consolase del presente y la preparase para otro

disgusto. Su excursión a los Lagos era, por el momento, el objeto de sus pensamientos. Resultaba su mayor consuelo en los momentos desagradables que pasaba soportando el descontento de su madre y de Kitty, y todo habría sido perfecto si el plan de viaje hubiese incluido a Jane.

Es una suerte, pensaba, que tenga algo que desear. Si todo fuera completo, mi disgusto sería seguro. Pero ahora, al cargar con la incesante fuente de pena por la separación de mi hermana, puedo, razonablemente, pensar que todas mis esperanzas de placer quedarán colmadas. Un proyecto que promete innumerables delicias nunca puede tener éxito, y la decepción general sólo se salva gracias a algún detalle molesto.

Al marcharse, Lydia prometió escribir a menudo a su madre y a Kitty, pero sus cartas se hicieron esperar mucho tiempo, y todas fueron breves. En las que dirigía a su madre siempre repetía lo mismo: que acababan de regresar de la sala de lectura, bellamente decorada, donde tales y cuales oficiales las habían saludado; que poseía un vestido nuevo o una nueva sombrilla que describiría con más lujo de detalle si no se viese obligada a dejarlo para otra ocasión por tener prisa, pues Mrs. Forster la llamaba para ir al campamento. De las cartas a su hermana aún se extraía menos información, pues aunque eran más largas, tenía demasiadas palabras subrayadas como para hacerla pública.

Dos o tres semanas después de la marcha de Lydia, la salud, el buen humor y la alegría comenzaron a brillar en Longbourn. Todo presentaba más grato aspecto. Regresaban las familias que habían pasado el invierno en la capital y volvían a celebrarse reuniones veraniegas. Mrs. Bennet dejó de quejarse y hacia mediados de junio, Kitty estuvo lo bastante restablecida para poder entrar en Meryton sin llorar. Hecho tan insólito hizo abrigar esperanzas a Lizzy de que para la próxima Navidad su hermana ya se encontraría en disposición de no mencionar a los oficiales más que una vez al día, a no ser que por alguna cruel y maligna orden del Ministerio de la Guerra se acuartelara en Meryton otro regimiento.

La época fijada para su excursión al Norte se aproximaba ya. Faltaban sólo dos semanas cuando se recibió una carta de Mrs. Gardiner, que a la vez dilataba su comienzo y abreviaba su duración. Mr. Gardiner se veía impedido, a causa de sus negocios, de partir hasta dos semanas después de comenzado julio, y le era forzoso estar de nuevo en Londres al cabo de un mes. Como esto reducía demasiado el tiempo para ir tan lejos como habían proyectado, y como esta circunstancia no les permitía ir demasiado lejos ni verlo todo con el reposo y comodidad necesarios, se sentían en la obligación de renunciar a los Lagos, sustituyéndolos por otra excursión más breve. Por consiguiente, habían decidido no ir más allá del condado de Derby. En esta comarca había bastantes cosas dignas de verse para ocupar la mayor parte del tiempo, y a Mrs. Gardiner le hacía mucha ilusión ir allí. La ciudad donde había pasado algunos años de su vida y ahora descansarían unos días, acaso fuera para

Lizzy objeto de curiosidad tan grande como todas las célebres bellezas de Matlock, Chatsworth, Dovedale o el Peak.

Lizzy se sintió muy disgustada; había puesto sus anhelos en ver los Lagos, y creía que habrían tenido tiempo suficiente. Pero no tenía más remedio que conformarse, y seguro que sería feliz, por lo que pronto se resignó.

Con el nombre de Derby asociaba muchas ideas. Lizzy no podía oír esa palabra sin pensar en Pemberley y en su propietario. «Pero de seguro —se decía— podré entrar en sus dominios impunemente y hurtarle algunos fósiles sin que se dé cuenta.»

Por todo esto, la espera se hizo doblemente larga. Cuatro semanas transcurrieron antes de que llegaran sus tíos. Pero los señores de Gardiner se presentaron por fin en Longbourn con sus cuatro hijos. Éstos, dos niñas de seis y ocho años respectivamente y dos varones menores, quedarían bajo el cuidado especial de su prima favorita, Jane, cuyo carácter tranquilo y temperamento dulce la hacían perfectamente apta para instruirlos, jugar con ellos y quererlos.

Los Gardiner pasaron la noche en Longbourn y partieron con Lizzy a la mañana siguiente en busca de novedades y esparcimiento. La excursión sin duda sería agradable, pues los tres tenían una excelente disposición para el compañerismo, gozaban de buena salud y podían adaptarse a cualquier clase de incomodidades.

No es objeto de esta obra describir el condado de Derby ni ninguno de los notables puntos del itinerario de nuestros viajeros: Oxford, Blenheim, Warwick, Kenelworth, Birmingham, etcétera, son suficientemente conocidos. A una reducida parte del condado se refiere lo que sigue: a la pequeña ciudad de Lambton, escenario de la antigua residencia de Mrs. Gardiner, donde supo después que le quedaban algunos conocidos y adonde se encaminaron los expedicionarios después de ver las principales maravillas de la campiña; y el corazón dictó a Lizzy que a menos de cinco millas de Lambton estaba situado Pemberley, no en el camino directo, sino a una o dos millas de él. Mrs. Gardiner había manifestado el día anterior su deseo de volver a ver aquella residencia. Mr. Gardiner dio su aprobación y solicitó la de Lizzy.

—Querida, ¿no te gustaría ver un lugar del que tanto has oído hablar? —le dijo su tía—. Lugar, además, con el que tan relacionadas están algunas personas que conoces. Ya sabes que Wickham pasó su juventud allí.

Lizzy se vio de pronto en un aprieto. Sabía que nada tenía que hacer en Pemberley y hubo de confesar que no tenía interés en verlo. Añadió que estaba harta de contemplar grandes palacios, que tras haber visto tantos, ya no encontraba placer en las alfombras lujosas ni en las cortinas de seda.

Mrs. Gardiner censuró su desinterés.

—Si sólo se tratase de una casa ricamente amueblada —le dijo—, tampoco me interesaría a mí; pero la finca es deliciosa. Tiene uno de los mejores bosques de la comarca.

Lizzy no habló más, pero su espíritu ya no tuvo paz; temía la posibilidad de encontrarse con Darcy mientras visitaban el lugar. ¡Sería horroroso! La sola idea hizo

que se sonrojase, y pensó que sería mejor hablar con claridad a su tía que correr semejante riesgo. Pero había objeciones contra ese proceder, y a la postre resolvió que sería el último recurso si sus indagaciones particulares sobre la ausencia de la familia del propietario eran contestadas de manera desfavorable.

En consecuencia, cuando se retiró por la noche preguntó a la criada si Pemberley era un lugar bonito, cuál era el nombre de su propietario y, luego, si la familia estaba allí durante el verano. Acogió con infinito alivio la respuesta negativa a esta pregunta, y más tranquila, comenzó a sentir una gran curiosidad por ver la casa. Por consiguiente, cuando por la mañana se volvió a hablar del asunto, manifestó, con fingida indiferencia, que no le disgustaba. Así pues, fueron a Pemberley.

Mientras se dirigían hacia allí, Lizzy contempló los bosques de Pemberley con cierta turbación, y cuando por fin entraron en la finca, se sentía muy inquieta.

El parque era muy extenso y abarcaba gran variedad de tierras. Entraron en él por una de las zonas más bajas y el coche avanzó por un hermoso bosque.

Lizzy tenía demasiadas preocupaciones como para conversar, pero aun así pudo observar y admirar las bellezas de aquel paraje. Subieron gradualmente durante media milla, y por fin llegaron a una elevación desde la cual se distinguía la casa de Pemberley, situada al lado opuesto del valle por el cual se deslizaba el algo abrupto camino. Era una construcción de piedra, amplia y hermosa, bien emplazada en un terreno elevado, que destacaba sobre una cadena de altas colinas cubiertas de bosques, y tenía enfrente un considerable arroyo bastante caudaloso y orillas irregulares y descuidadas. Lizzy estaba maravillada. Jamás había visto un lugar tan mimado por la naturaleza o donde la belleza natural fuera menos contrariada por el mal gusto. Todos se mostraron admirados, ¡y en aquel instante se dio cuenta de que ser la dueña de Pemberley era algo muy importante!

Descendieron por la ladera de la colina, cruzaron un puente y siguieron hasta la puerta, y mientras examinaban el aspecto de la casa desde cerca, se renovó en Lizzy el temor de encontrarse con su propietario. Temía que la criada se hubiera equivocado. Al pedir permiso para visitar la casa fueron introducidos en el vestíbulo; mientras esperaban al ama de llaves, Lizzy no pudo por menos que maravillarse de hallarse donde se hallaba.

El ama de llaves era una mujer anciana y respetable, mucho menos distinguida pero más cortés de lo que había imaginado. La siguieron al comedor. Era una estancia amplia y hermosamente amueblada. Lizzy, tras una rápida mirada, se acercó a una ventana para gozar del panorama. La colina coronada de bosque por cuya ladera habían bajado, resultaba hermosa. Toda la disposición del terreno era acertada, y con delicia contempló la escena: el arroyo, los árboles esparcidos por sus orillas, y la curva del valle hasta donde la vista alcanzaba. Cuando pasaron a otras habitaciones, las mencionadas vistas aparecían en disposiciones diferentes; pero desde todas las ventanas había algo bello que contemplar. Las estancias, por su parte, eran altas y bellas, y su mobiliario en armonía con la fortuna de su propietario; pero Lizzy notó, admirando el gusto de éste, que no había nada muy llamativo ni vanamente lujoso, que reinaba menos esplendor pero más elegancia que en la mansión de Rosings.

¡Y de este sitio, pensaba, habría podido ser dueña! ¡Estas habitaciones podrían ser ahora familiares para mí! ¡En lugar de visitarlas como forastera podría disfrutarlas como mías y recibir en ellas a mis tíos! Pero no, se dijo, recobrándose, eso no habría podido ser, pues seguramente hubiese perdido a mis tíos al no permitírseme invitarlos.

Ésa fue una afortunada reflexión, pues la libró de algo parecido a la tristeza.

Deseaba averiguar por el ama de llaves si el dueño de todo aquello estaba de veras ausente, pero carecía de valor para ello. Al fin, hizo la pregunta su tío, y ella se volvió alarmada al contestar Mrs. Reynolds afirmativamente, añadiendo:

—Pero lo esperamos mañana. Llegará con numerosos amigos.

Lizzy se alegró al oír aquello, así como de que su viaje no hubiese tenido que demorarse un día.

La llamó en ese momento su tía para mostrarle un cuadro. Se aproximó y vio el retrato de Wickham sobre un tapete, entre otras miniaturas. Su tía le preguntó, con una sonrisa, qué le parecía. El ama de llaves se acercó y les dijo que aquel retrato era de un joven hijo del último administrador de su amo, educado por éste y a sus expensas.

—Se ha alistado en el ejército —añadió—, y temo que se haya vuelto muy desenfrenado.

Mrs. Gardiner dirigió una sonrisa a su sobrina, pero ésta no se la devolvió.

—Y éste —dijo Mrs. Reynolds refiriéndose a otra de las miniaturas— es el retrato de mi amo. Fue pintado al mismo tiempo que el otro, hace unos ocho años.

—Mucho he oído elogiar las facciones de su amo —dijo Mrs. Gardiner mirando el retrato—; es un rostro bello. Pero, Lizzy, dime si se le parece o no.

El respeto de Mrs. Reynolds por Lizzy pareció aumentar al enterarse de que conocía a su amo.

—¿Conoce esta señorita a Mr. Darcy?

—Un poco —respondió Lizzy, sonrojándose.

—¿Y no le tiene usted por muy apuesto caballero, señorita?

—Sí, muy apuesto.

—Estoy segura de que no conozco otro tan guapo. Pero en la galería del piso superior verán ustedes un retrato de él mejor y más grande. Esta habitación era la favorita de mi anterior amo, y estas miniaturas se hallan exactamente como solían estar entonces. Le gustaban mucho.

Eso explicó a Lizzy el motivo por el cual el retrato de Wickham se encontraba allí entre ellas.

Mrs. Reynolds dirigió entonces la atención de los visitantes hacia una miniatura de Miss Darcy pintada cuando sólo tenía ocho años.

—Y Miss Darcy ¿es tan agraciada como su hermano? —preguntó Mrs. Gardiner.

—¡Oh, sí! Jamás he visto señorita más hermosa e instruida. Se pasa el día cantando y tocando el piano. En la habitación de al lado hay un piano nuevo, recién traído para ella, regalo de mi amo. Llegará mañana con él.

Mr. Gardiner, cuyos modales eran complacientes y amables, la animaba a hablar con preguntas y advertencias, y Mrs. Reynolds, ya por orgullo, ya por afecto, tenía gran satisfacción en dar noticias de su amo y de la hermana de éste.

—¿Reside su amo en Pemberley mucho tiempo durante el año?

—No tanto como sería mi deseo, pero puedo afirmar que pasa aquí la mitad del tiempo; y en cuanto a Miss Darcy, no puede moverse de aquí durante los meses de verano.

Excepto, pensó Lizzy, cuando va a Ramsgate.

—Si su amo se casase le vería más a menudo.

—Sí, señor; pero no sé cuándo llegará ese momento. No sé quién será bastante buena para él.

Mr. y Mrs. Gardiner sonrieron. Lizzy no pudo evitar decir:

—Le honra el que usted tenga de él tan alto concepto.

—No digo sino la verdad y lo que dirá cualquiera que le conozca —replicó Mrs. Reynolds. Lizzy vio que la adulación era excesiva, y escuchaba con creciente asombro, cuando el ama dijo—: Nunca en mi vida he recibido de él una palabra de enojo, y lo conozco desde que tenía cuatro años.

Era ése un elogio mucho más extraordinario que los otros y más opuesto a lo que Lizzy pensaba de Darcy. Su firme opinión había sido que él no era hombre de buen carácter. Sintió entonces mucha curiosidad; ansiaba oír más, y quedó complacida con su tío cuando éste dijo:

—Pocas personas hay de quienes se pueda decir eso. Es usted afortunada teniendo un amo así.

—Sí, señor, sí que lo soy. Si recorriera el mundo no podría dar con otro mejor. Pero con los años he observado que quienes muestran buen carácter desde niños lo conservan cuando son mayores; y él siempre fue el muchacho más dulce y más generoso que se pueda imaginar.

Lizzy miró fijamente a la mujer y pensó: ¿Puede ser ése Darcy?

—Creo que su padre era una excelente persona —intervino Mrs. Gardiner.

—Sí, señora, lo era, en efecto; y su hijo es exactamente igual, tan afecto a los pobres.

Lizzy escuchaba, se admiraba, dudaba y estaba impaciente por oír más. Mrs. Reynolds no despertaba su interés con otra cosa. En vano le hablaba de los cuadros, de las dimensiones de las habitaciones y del valor del mobiliario. Mr. Gardiner, a quien divertía esa especie de prejuicio de familia a que Mrs. Reynolds atribuía los excesivos elogios a su amo, pronto volvió al tema; y, mientras subían por la escalera, la mujer insistió en los muchos méritos de Darcy.

—Mi señor es el mejor amo —dijo— que ha habido jamás; no se parece a esos alocados jóvenes que no piensan sino en sí mismos. No hay uno solo de sus arrendatarios y criados que no lo elogie. Algunos dicen que es orgulloso; pero estoy segura de no haber notado nada de eso. Imagino que se lo tiene como tal porque no suele charlar como otros.

¡Qué favorable resulta todo eso para él!, pensó Lizzy.

—Tan delicado elogio —susurró su tía a su oído mientras recorrían la casa— no se aviene con su conducta para con nuestro pobre amigo.



—Quizá estemos equivocados.

—No lo creo. Nuestra información era muy digna de crédito.

Cuando llegaron al amplio corredor de arriba, el ama les mostró un hermoso saloncito, recientemente reformado y dispuesto con mayor elegancia y sencillez que las estancias inferiores, y les dijo que todo se había hecho por complacer a Miss Darcy, quien había tomado apego a dicha habitación la última vez que estuvo en Pemberley.

—Es de veras un buen hermano —dijo Lizzy mientras se encaminaba hacia una de las ventanas.

Mrs. Reynolds manifestó el placer que sentiría Miss Darcy cuando entrase en aquel saloncito.

—Y así se porta él siempre —añadió—. Cuanto puede proporcionar una alegría a su hermana, no duda en hacerlo. Haría todo lo que fuese por ella.

La galería de pinturas y dos o tres de los principales dormitorios era cuanto quedaba por enseñar. En la primera lucían varios cuadros buenos; pero Lizzy no entendía nada de arte, y sólo se interesó por ciertos dibujos a lápiz de Mrs. Darcy, cuyos asuntos eran, en general, más interesantes y, a la vez, más inteligibles.

En la galería había también varios retratos de familia; pero pocos valían lo suficiente para atraer la atención de un extraño. Lizzy la recorrió buscando el único retrato cuyas facciones había de reconocer. Al llegar a él se detuvo, advirtiendo la sorprendente semejanza con Darcy, en cuyo rostro aparecía cierta sonrisa que ella recordaba muy bien. Permaneció varios minutos ante la pintura, contemplándola atentamente, y aún volvió a ella de nuevo antes de abandonar la galería. Mrs. Reynolds le hizo saber que había sido hecha en tiempos del fallecido Mr. Darcy.

En ese momento, en el ánimo de Lizzy había, en verdad, más inclinación hacia el original de la que había experimentado hasta entonces. Los elogios de Mrs. Reynolds no eran poca cosa. ¿Qué elogio más valioso que el de un criado inteligente? ¡Consideraba a cuánta gente podía hacer feliz como hermano, como señor y como amo!; ¡cuánto placer y cuánta pena podía proporcionar!; ¡cuánto bien y cuánto mal podía hacer! Todo lo manifestado por el ama de llaves hablaba en favor de su carácter, y al colocarse ante el lienzo en que estaba representado, fijos los ojos en ella, juzgó el interés que le manifestó con más profundo sentimiento de gratitud del que antes le había suscitado. Al recordar su furia, dulcificó las palabras, por otra parte impropias que había pronunciado.

Una vez visto cuanto de la casa se abría al público, volvieron a bajar, y despidiéndose de ellos, el ama de llaves les presentó al jardinero, que esperaba a la puerta del vestíbulo.

Cuando se encaminaban, cruzando el prado, hacia el arroyo, Lizzy se volvió para mirar de nuevo la casa; su tío y su tía se detuvieron también, y mientras aquél hacía conjeturas sobre la época de construcción del edificio, el propietario del mismo se

acercaba de prisa hacia ellos desde el camino que por detrás conducía a las caballerizas.

Estaban a menos de veinte yardas, y tan repentina fue su aparición, que resultó imposible impedir que los viera. Los ojos de Lizzy y de Darcy se encontraron al instante, y los rostros de ambos se ruborizaron. Él se paró en seco, y permaneció por un instante inmóvil a causa de la sorpresa; pero recobrándose rápidamente, se acercó al grupo y habló a Lizzy, si no en términos amables, sí al menos corteses.

Ella se volvió, instintivamente, pero, tras detenerse cuando él llegó, recibió sus cumplidos con turbación imposible de disimular. Si su aspecto a primera vista, o su parecido con los retratos que acababan de contemplar, hubieran sido insuficientes para que Mr. y Mrs. Gardiner supieran que estaban ante Darcy, la expresión de sorpresa del jardinero al encontrarse con su amo habría tenido que revelárselo al punto. Se detuvieron a cierta distancia mientras Darcy hablaba con su sobrina, quien, asombrada y confusa, apenas osaba levantar los ojos hacia él y no sabía qué contestación dar a las preguntas que le dirigía sobre su familia. Sorprendida por el cambio que habían experimentado sus modales desde que se separaron por última vez, a cada frase que decía aumentaba su turbación, y al acudir a su mente las ideas de lo impropio que era encontrarse allí, durante los pocos momentos que estuvieron juntos no pudo evitar sentirse profundamente intranquila. Tampoco parecía él muy sereno; cuando hablaba, su acento no poseía nada de su calma habitual, y repetía sus preguntas acerca de cuándo había dejado Longbourn y sobre su estancia en el condado de Derby tantas veces, y con tal apresuramiento, que a las claras delataba lo agitado que estaba.

Al cabo, pareció que las ideas se negaban a acudir a su mente, y tras permanecer por unos instantes sin pronunciar palabra, se despidió y se dirigió hacia su casa.

Mr. y Mrs. Gardiner se reunieron entonces con Lizzy y elogiaron el aspecto de Darcy; pero ella no oía nada y, sumida en sus pensamientos, los siguió en silencio. Se sentía triste y avergonzada. ¡Haber ido a aquel lugar era la cosa más desatinada que había hecho jamás! ¡Qué extraño tenía que haberle parecido! ¡Cómo habría de tomar su actitud un hombre tan vanidoso! Podía creer que ella de nuevo había intentado cruzarse en su camino. ¡Ah! ¿Por qué había venido?, o ¿por qué había venido él un día antes? Si se hubiera adelantado sólo diez minutos, no se habrían encontrado pues era evidente que acababa de llegar en aquel momento. Se avergonzó una y otra vez de su desdichado encuentro. Y la conducta de él, tan notoriamente distinta, ¿qué podía significar? ¡Era sorprendente que todavía le hubiera hablado, pero hablarle con tanta cortesía, preguntarle por su familia! Jamás había advertido tal sencillez en sus modales, nunca le había oído hablar con tanta gentileza como en aquel inesperado encuentro. ¡Qué contraste ofrecía con la última vez que se había dirigido a ella, en el parque de Rosings, para entregarle la carta! No sabía qué pensar ni cómo interpretar todo aquello.

Entretanto, habían entrado en un hermoso paseo próximo al arroyo, y a cada paso se ofrecía, o un más bello declive del terreno, o una más preciosa vista de los bosques a que se aproximaban; pero transcurrió tiempo antes de que Lizzy se percatara de ello, y aunque respondía maquinalmente a las reiteradas preguntas de sus tíos y parecía dirigir la mirada a los objetos a que éstos se referían, no distinguía nada en absoluto. Sus pensamientos estaban fijos en aquel sitio de la casa de Pemberley, cualquiera que fuese, donde entonces debía de encontrarse Darcy. Anhelaba saber qué pasaba por la mente de él en ese momento, de qué modo pensaba de ella, y si a pesar de todo aún la quería. Acaso hubiera sido cortés tan sólo porque se sentía tranquilo; pero algo había en su voz que no delataba tranquilidad. No podía adivinar si él había sentido placer o pesar al verla, pero no cabía duda de que no la había visto con calma.

Las observaciones de sus tíos sobre su distracción hicieron que se sonrojara y sintió la necesidad de parecerse más a sí misma.

Entraron en el bosque y, alejándose del arroyo, subieron a uno de los puntos más elevados, desde el cual, en los sitios donde, desde algún claro entre los árboles, se divisaban muchos encantadores paisajes del valle, de las colinas opuestas, cubiertas de bosques y, de vez en cuando, atravesadas por algún arroyo. Mr. Gardiner manifestó deseos de rodear el parque, pero temía que eso resultara más que un simple paseo. Con sonrisa triunfal se les dijo que el parque tenía diez millas de circunferencia, lo que decidió la cuestión. Siguiendo el mismo camino, que los condujo a una pendiente con árboles inclinados sobre el borde del agua, en uno de los puntos más estrechos. Cruzaron el arroyo por un pequeño puente. El paisaje era menos frondoso y la hondonada, ahora convertida en cañada, sólo proporcionaba espacio para el arroyo y para un estrecho sendero en medio del rústico soto que lo bordeaba. Lizzy deseaba explorar aquellas revueltas, pero cuando hubieron cruzado el puente y advertido la distancia que los separaba de la casa, Mrs. Gardiner, que no era amiga de caminar, sólo pensó en volver al coche lo antes posible. Su sobrina, pues, se vio obligada a resignarse, y emprendieron el camino hacia la casa por el lado opuesto del arroyo y en la dirección más corta. Pero avanzaban lentamente, pues, Mr. Gardiner era muy aficionado a pescar, aunque pocas veces pudiera darse ese gusto, y se entretenía en vigilar la aparición de alguna trucha en el agua, y en hablar de este tema con el jardinero. Mientras caminaban a paso lento fueron de nuevo sorprendidos, y el asombro de Lizzy fue tan grande como el de la vez anterior al observar que Darcy se aproximaba a ellos y estaba ya a corta distancia. Como el camino allí era menos frondoso, pudieron verlo antes de encontrarse con él. Lizzy, aunque asombrada, hallábase más dispuesta que antes a entablar conversación, y resolvió manifestar calma en su aspecto y en su lenguaje, si realmente él intentaba salirles al encuentro. Por un instante creyó firmemente que Darcy se había dirigido por el otro sendero, y esa idea le duró mientras un recodo del camino le ocultaba la vista de aquél; pero pasado dicho recodo lo encontraron ante ellos. A la primera mirada notó Lizzy que Darcy no había perdido nada de su reciente cortesía, y para

imitar su buena educación comenzó, en cuanto se reunieron, a elogiar la belleza del paisaje. Pero no había llegado a las palabras «delicioso» y «encantador», cuando algún desdichado recuerdo se interpuso, y Lizzy imaginó que elogiar a Pemberley sería mal interpretado. Palideció y no dijo más.

Mrs. Gardiner venía algo atrás, y aprovechando Darcy el silencio de Lizzy le preguntó si le haría el honor de presentarle a sus amigos. Ésa fue una muestra de cortesía para la que no estaba preparada, y con dificultad pudo evitar una sonrisa al ver que él pretendía conocer a algunas de aquellas personas contra las que había manifestado su desdén al declarársele. ¿Cuál será su sorpresa, pensó, cuando sepa quiénes son? Ahora los toma por gente distinguida.

Con todo, la presentación se hizo al instante, y al mencionar el parentesco, miró con rapidez a Darcy para ver cómo recibía la noticia, y no sin esperar que huyera tan pronto como pudiese de tan poco gratos compañeros. Que quedó sorprendido por aquella noticia, fue evidente; la soportó no obstante con entereza, y en lugar de continuar adelante, retrocedió con todos ellos, entrando en conversación con Mr. Gardiner. Lizzy no pudo por menos que alegrarse y considerarse triunfante. Era consolador que él supiese que tenía algunos parientes de los que no era preciso avergonzarse. Escuchó muy atenta la conversación entre Darcy y su tío, congratulándose de toda frase de este último que denotara su inteligencia, su gesto y sus buenos modales.

El tema de la pesca surgió enseguida, y la joven oyó que Darcy invitaba a su tío a pescar allí siempre que quisiera, ofreciéndose, además, a procurarle aparejos de pesca y señalándole los puntos del río donde de ordinario ésta abundaba. Mrs. Gardiner, que paseaba cogida del brazo de Lizzy, la miraba con expresión de asombro. Lizzy no dijo nada, pero le agradó mucho la situación; el cumplido tenía que ser, de seguro, por ella. Su asombro, con todo, era extraordinario, y sin cesar se repetía: «¿Por qué está tan cambiado? No puede ser por mí, no puedo ser la causante de que sus modales se hayan dulcificado tanto. Mis reproches de Hunsford no podían producir un cambio así. Es imposible que aún me ame.»

Después de pasear un rato de esa forma, las dos señoras delante y los dos caballeros detrás, al volver a emprender de nuevo el camino, tras un descenso al borde del arroyo, con objeto de contemplar mejor cierta curiosa planta acuática, se efectuó un trueque. Lo originó Mrs. Gardiner, quien, fatigada por el ejercicio del día, encontraba el brazo de su sobrina inadecuado para sostenerla, y en consecuencia prefirió el de su marido. Darcy se situó entonces al lado de Lizzy y siguieron así su paseo. Después de un corto silencio, ella se animó a hablar. Deseaba hacerle saber que se había cerciorado de su ausencia antes de llegar a ese sitio, y por ello comenzó por observar que su llegada había sido inesperada.

—Su ama de llaves —añadió— nos había informado de que no vendría hasta mañana; y aun antes de salir de Bakewell entendimos que no se lo esperaba a usted pronto.

Él reconoció la verdad de todo eso y dijo que asuntos con su administrador habían motivado que se adelantara algunas horas al resto del grupo con que viajaba.

—Mañana temprano —prosiguió— se unirán todos conmigo, y entre ellos hay algunos que querrán verla a usted; me refiero a Mr. Bingley y sus hermanas.

Lizzy sólo contestó con una ligera inclinación de la cabeza. Su pensamiento voló al instante a la última ocasión en que el nombre de Bingley había sido mencionado por ambos, y, a juzgar por la expresión de Darcy, éste debía de estar pensando en lo mismo.

—Figura también otra persona en la partida —continuó él después de una pausa—; alguien que desea conocerla. ¿Me permitirá usted, o es pretender demasiado, presentarle a mi hermana mientras están ustedes en Lambton?

La sorpresa por semejante pedido fue grande, en verdad. Lizzy no podía imaginar cómo aquélla pretendía semejante cosa; pero al instante comprendió que cualquier deseo de conocerla que abrigase Miss Darcy tenía que ser obra de su hermano, y por ende, sin que hubiese más que pensar en ello, resultaba grato saber que el resentimiento no le había hecho pensar mal de ella.

Siguieron paseando en silencio, profundamente sumidos ambos en sus pensamientos. Lizzy no estaba tranquila, érale imposible, pero se sentía halagada y complacida. El deseo de Darcy de presentarle a su hermana era una atención muy digna de ser tenida en cuenta. Pronto dejaron atrás a los otros, y cuando alcanzaron el coche, Mr. y Mrs. Gardiner estaban a un cuarto de milla de distancia.

Él la invitó entonces a entrar en la casa, pero Lizzy respondió que no estaba cansada, y permanecieron juntos en el prado. Durante ese tiempo habrían podido decir mucho, y este silencio fue una verdadera torpeza. Al fin, Lizzy recordó que había viajado, y habló de Matlock y Dovedale con efusión. El tiempo pasaba, su tía se movía con calma y su paciencia y sus ideas se consumían antes de acabarse la conversación. Cuando Mr. y Mrs. Gardiner hubieron llegado, se invitó a todos a entrar en la casa y tomar un refrigerio, pero la invitación fue rehusada y se separaron con la mayor cortesía. Darcy acompañó a los señores al coche, y cuando éste partió, Lizzy vio a aquél encaminarse despacio hacia la casa.

Entonces comenzaron las observaciones de sus tíos, declarando ambos que Darcy era infinitamente superior a cuanto podía esperarse.

—Es educado, cortés y sencillo —dijo el tío.

—Estoy convencida de que hay en él algo de orgullo —continuó la tía—, pero no le sienta mal. Puedo decir, con el ama de llaves, que aunque se le tilde de arrogante, yo no he visto en él nada de eso.

—Me ha sorprendido su conducta para con nosotros. Más que cortés, ha sido atento, y no tenía necesidad de semejante atención. Su relación con Lizzy era muy superficial.

—Cierto, Lizzy —dijo la tía—, que no es tan guapo como Wickham, o mejor dicho, que no posee su figura, pero sus facciones son perfectas. Mas ¿por qué motivo

insistías en que era tan desagradable?

Lizzy se disculpó lo mejor que supo: dijo que al encontrarlo en Kent le había gustado más que con anterioridad, y que nunca lo había hallado tan amable como ese día.

—Acaso su amabilidad sea algo caprichosa —dijo el tío—. Estos personajes suelen ser así. Por eso no consideré su invitación en lo referente a la pesca, no sea que cualquier día cambie de opinión y me eche de la finca.

Lizzy comprendió que habían confundido por completo su carácter, pero no dijo nada.

—De lo que hemos visto en él —continuó Mrs. Gardiner— no habría pensado que se portara con nadie tan mal como lo ha hecho con Wickham; no tiene aspecto de persona cruel. Por el contrario, hay en su voz algo agradable. Y también algo de dignidad en su porte que a nadie haría desconfiar de sus sentimientos. Pero la buena mujer que nos enseñó la casa le atribuía carácter más ardiente. Al oírla decir eso, tuve que reprimir la risa. Pero será que se trata de un amo generoso, y a los ojos de una sirvienta eso comprende todas las virtudes.

Lizzy se sintió en ese momento obligada a salir en defensa del proceder de Darcy para con Wickham; y así, les dio a entender, con la mayor delicadeza de que fue capaz que, por lo oído a los parientes que él tenía en Kent, sus actos podían interpretarse de muy diferente modo, y que ni su carácter era tan malo ni el de Wickham tan bueno como se había creído en el condado de Hertford. En confirmación de lo dicho, refirió las particularidades de todas las transacciones pecuniarias en que habían tomado parte, sin mencionar la fuente de donde las tomaba, pero afirmando que todo era tal como lo contaba.

Mrs. Gardiner quedó sorprendida e interesada con todo eso, pero como en aquel momento iban acercándose al teatro de sus pasados placeres, estas ideas cedieron al encanto de sus recuerdos, y se ocupó de señalar a su marido los interesantes puntos que les rodeaban, para pensar en otra cosa. Así que, a pesar de la fatiga producida por el paseo de la mañana, apenas hubieron terminado de comer salieron de nuevo en busca de antiguas amistades, y la velada transcurrió en medio de la satisfacción producida por un trato renovado tras muchos años de interrupción.

Los acontecimientos del día habían sido demasiado interesantes para permitir a Lizzy prestar mucha atención a ninguno de sus nuevos amigos, y no pudo sino reflexionar con asombro en la amabilidad de Darcy, y más aún en el deseo de éste de que conociera a su hermana.

Lizzy había calculado que Darcy y su hermana le harían una visita al día siguiente de su llegada, y, en consecuencia, había resuelto no perder de vista la pensión en toda la mañana. Pero su cálculo resultó equivocado, pues sus visitantes vinieron el mismo día que llegaron a Pemberley. Lizzy y Mr. y Mrs. Gardiner paseaban por la población con algunos de los nuevos amigos, y regresaban en aquel momento a la pensión para vestirse e ir a comer con ellos, cuando el ruido de un carruaje los hizo asomarse a la ventana, desde donde vieron a un caballero y a una señorita en un cabriolé que subía por la calle. Lizzy, que reconoció al instante la librea, adivinó lo que eso significaba y proporcionó no escasa sorpresa a sus parientes poniéndolos al corriente del honor de que iba a ser objeto. Su tío y su tía quedaron asombrados, y el nerviosismo en el modo de hablar de ella, unido al hecho mismo y a muchas de las circunstancias del día anterior, les hizo concebir el asunto desde un nuevo aspecto. Nada lo había dado a entender antes, pero ahora convinieron en que no había otro medio de explicarse esas atenciones por parte de él, sin suponer cierto interés por su sobrina. Mientras acudían a sus mentes esas nuevas ideas, la perturbación de Lizzy aumentaba por momentos. Admirábase de su propia inquietud, pero, entre otras causas de desasosiego, temía ahora que la parcialidad del hermano hubiera hablado a Miss Darcy demasiado en su favor, y deseosa de resultar particularmente agradable, no lo consiguiera.

Se apartó de la ventana para no ser vista, y mientras paseaba por la estancia, tratando de calmarse, percibió tales miradas interrogativas en sus tíos, que esto la puso aún más nerviosa.

Entraron Darcy y su hermana, y llegó el momento de las presentaciones. Con asombro advirtió Lizzy que su nueva conocida estaba casi tan azorada como ella misma. Desde su llegada a Lambton había oído que Miss Darcy era extremadamente orgullosa, pero tras estudiarla por unos minutos llegó a la conclusión que sólo era tímida en exceso. Se expresaba prácticamente con monosílabos.

Miss Darcy era más alta que Lizzy, y aun cuando sólo tenía dieciséis años, ya estaba desarrollada y su aspecto era femenino y muy agradable. Era menos agraciada que su hermano, pero su rostro denotaba inteligencia y buen carácter, y sus modales eran sencillos. Lizzy, que había creído encontrarla observadora y tan perspicaz y constante como había sido siempre Darcy, se sintió muy aliviada al observar cuán diferentes eran los dos hermanos.

Poco tiempo llevaban juntos cuando Darcy dijo a Lizzy que Bingley estaba en camino, y apenas había tenido tiempo de expresar su satisfacción y prepararse para semejante visita cuando oyeron los precipitados pasos de Bingley en la escalera, y al instante entró en la habitación. Toda la cólera de Lizzy contra él había desaparecido hacía tiempo, pero de haber sentido todavía alguna, difícilmente habría podido

resistirse a la franca cordialidad con que se expresó. Le preguntó por su familia y se condujo y habló con el buen humor que le eran habituales.

Para Mr. y Mrs. Gardiner, Bingley era un personaje poco menos interesante que para Lizzy. Hacía tiempo que deseaban conocerlo. En realidad, todos los presentes les inspiraban la mayor curiosidad. Las sospechas que acababan de concebir sobre Darcy y su sobrina los forzaron a dirigir la atención, y pronto tuvieron la certeza absoluta de que uno de ellos dos, al menos, estaba enamorado. De los sentimientos de Lizzy dudaron un poco, pero la admiración del caballero era patente.

Lizzy, por su parte, estaba muy ocupada tratando de adivinar los sentimientos de cada uno de sus visitantes; debía también contener los suyos propios y mostrarse amable con todos. Bien es verdad que en cuanto a lo último, aun temiendo equivocarse, estaba segura del éxito, porque aquellos a quienes trataba de complacer sentían por ella verdadera simpatía. Bingley estaba dispuesto, Georgina, dispuesta, y Darcy, resuelto a quedar complacidos.

Al ver a Bingley, Lizzy pensó, como es natural, en su hermana; y ¡oh, con cuánto ardor deseaba saber si los pensamientos de aquél seguían la misma dirección! A veces imaginaba que él hablaba menos que en ocasiones anteriores, y una o dos veces se complació con la idea de que al mirarla él trataba de descubrir un parecido. Pero aun siendo todo imaginaciones, no podía equivocarse en cuanto al modo en que él se comportaba con Miss Darcy, que era considerada la rival de Jane. Ni una mirada descubrió que pudiera justificar las esperanzas de la hermana de aquél; en cuanto a eso, pronto quedó satisfecha, y aún ocurrieron dos o tres cosas antes de que se marchasen que, según interpretó, denotaban por parte de Bingley un recuerdo de Jane no exento de ternura y de deseo de decir algo más, que hubiese podido conducir a mencionarla si se hubiera atrevido. En un momento de la conversación él le indicó, con un tono que revelaba sincero pesar, que «hacía mucho que no tenía el gusto de verla», y antes de que ella pudiera responder, añadió:

—Hace cerca de ocho meses. No nos hemos visto desde el veintiséis de noviembre, en ocasión de aquel baile de Netherfield.

Lizzy se regocijó con la exactitud de su memoria, y él, después, cuando los demás no se fijaban, tuvo ocasión de preguntarle si todas sus hermanas estaban en Longbourn. No había nada de particular ni en la pregunta ni el recuerdo precedente, pero ambos fueron acompañados de unas miradas y unos ademanes significativos.

Lizzy no podía dirigir muy a menudo la mirada hacia Darcy, pero cada vez que lo hizo advirtió en él cierta expresión de complacencia, y en todo cuanto dijo percibió un acento tan carentes de altanería o desdén, que se convenció a sí misma de que la mejoría de carácter que había observado el día anterior, había continuado por lo menos al siguiente. Al verlo solicitando el trato y procurándose la buena opinión de personas cuya conversación meses antes había considerado aburrida, al encontrarlo tan cortés no sólo con ella sino con los mismos parientes que abiertamente había menospreciado, y recordar al mismo tiempo la última escena que había tenido lugar



en la abadía de Hunsford, la diferencia, el cambio que notaba era tan grande y con tal fuerza hería su mente, que a duras penas pudo impedir sentirse asombrada. Nunca, ni aun en compañía de sus amigos de Netherfield o de sus ricos parientes de Rosings, lo había visto tan ansioso de agradar, tan poco dispuesto a darse aires o mostrarse reservado, como lo estaba ahora, precisamente cuando el éxito de sus esfuerzos podía carecer de importancia y cuando incluso el trato de aquellos a quienes dirigía sus atenciones habría sido censurado y hasta ridiculizado tanto por las señoras de Netherfield como por las de Rosings.

Los visitantes permanecieron alrededor de media hora, y cuando se levantaron para despedirse, Darcy invitó a su hermana a unírsele para expresar su deseo de invitar a comer a Pemberley a Mr. y Mrs. Gardiner y a Miss Bennet antes de que abandonasen la comarca. Miss Darcy, aunque no solía tener invitados, estuvo de acuerdo. Mrs. Gardiner miró a su sobrina, deseosa de adivinar si ésta, a quien se dedicaba la invitación, se sentía dispuesta a aceptarla, pero Lizzy había vuelto la cabeza. Presumiendo, con todo, que su estudiada evasiva significaba turbación momentánea antes que disgusto por la proposición, y al advertir que su marido, a quien le agradaban las reuniones sociales, tenía deseos de acudir a ésa, se arriesgó a aceptar la invitación, que se fijó para dos días después.

Bingley manifestó gran satisfacción ante la perspectiva de volver a ver a Lizzy, ya que, según dijo, aún tenía que decirle muchas cosas y hacerle muchas preguntas sobre todos los amigos del condado de Hertford. Ella, interpretándolo como deseo de oírla hablar de su hermana, se alegró, y por semejante hecho y por algunos otros, cuando los visitantes se fueron se sintió capaz de recordar la última media hora como bastante satisfactoria, aunque hubiera disfrutado poco durante su transcurso. Ansiosa de verse sola, y temerosa de las preguntas o imaginaciones de sus tíos, se quedó sólo lo suficiente para escuchar la favorable opinión de los mismos sobre Bingley, y se apresuró a ir a vestirse.

Pero no tenía motivos para temer la curiosidad de Mr. y Mrs. Gardiner, que no tenían intención de forzarla a hablar. Era evidente que estaba mucho mejor relacionada con Darcy de lo que ellos habían creído, así como que él estaba muy enamorado de ella. Habían visto muchos detalles que despertaron su interés, pero nada que justificase hacer ninguna pregunta indiscreta.

Era preciso ahora pensar bien de Darcy, y en cuanto al comportamiento de éste, no había nada que pudiera considerarse censurable. No podían permanecer indiferentes a su cortesía, y si hubieran tenido que describir su carácter basándose en lo que ellos mismos opinaban y en los informes de su ama de llaves, prescindiendo de todo lo demás, aquellos del condado de Hertford que habían tenido tratos con él no lo habrían reconocido. Inclínábanse a creer al ama de llaves, y pronto concedieron ambos que el testimonio de una sirvienta que lo conocía desde los cuatro años, y cuyo propio modo de ser indicaba respetabilidad, no debía ser rechazado de buenas a primeras. Por otra parte, en los comentarios de sus amigos de Lambton no había nada

capaz de aminorar el peso de aquel testimonio. No podían acusarlo sino de orgullo, y en cuanto a esto, se lo imputaban los habitantes de una localidad pequeña a quienes no visitaba la familia. Pero había que reconocer su generosidad y su preocupación por los pobres.

Respecto a Wickham, los viajeros vieron pronto que no era tenido allí en mucha estima, pues aunque lo más sustancial de sus relaciones con el hijo de su amo se conocía imperfectamente, era notorio, en cambio, que al salir del condado de Derby había dejado tras de sí muchas deudas, las cuales saldó Darcy.

En cuanto a Lizzy, esa noche sus pensamientos estuvieron en Pemberley más aún que la anterior, y aunque mientras transcurría le pareció larga, no lo fue bastante para interpretar sus sentimientos hacia uno de los moradores de aquella mansión, y permaneció echada, pero despierta, dos horas enteras tratando de concretarlos. No podía decirse que lo odiara. No, el odio se había desvanecido hacía mucho tiempo, y ahora se avergonzaba casi de haber experimentado hacia esa persona un sentimiento que pudiera calificarse de antipatía. El respeto debido a la convicción en sus valiosas cualidades, aunque admitido al comienzo contra su voluntad, se había tornado respeto y aprecio, pero, sobre todo, gratitud; gratitud no sólo por haberla amado, sino por amarla todavía lo bastante para olvidar el modo en que lo había rechazado y las injustas acusaciones que acompañaron a su repulsa. Quien debía considerarla —y de eso estaba persuadida— una verdadera enemiga, parecía ahora ansioso por conservar su relación, mostrándose amable con sus parientes y llegando al punto de desear que su hermana la conociese. Semejante cambio en un hombre tan orgulloso no sólo movía a asombro, sino a gratitud, pues no podía por menos que atribuirse a un amor ardiente. Por eso en aquel momento estaba segura de que lo respetaba, lo estimaba, le estaba agradecida, sentía un verdadero interés por su felicidad, y sólo le faltaba saber hasta qué punto deseaba que esa felicidad dependiera de ella y si podía contribuir a la dicha de ambos el que emplease el poder, que su imaginación le presentaba aún como suyo, de arrastrarlo a renovar su proposición.

Aquella misma tarde la tía y la sobrina habían acordado que una atención tan sorprendente como la que había temido Miss Darcy al visitarlos el mismo día de su llegada a Pemberley —pues había llegado a la hora de almorzar, y tarde— debía ser imitada, y, en consecuencia, convinieron en que sería sumamente acertado visitarla en Pemberley a la mañana siguiente. A Lizzy le alegró mucho esta decisión, aunque cuando se preguntaba a sí misma por qué, no atinaba a hallar respuesta.

Mr. Gardiner se marchó después del almuerzo. La invitación a pescar había sido renovada el día anterior, y se le había asegurado que a mediodía encontraría en Pemberley a alguno de los caballeros dispuesto a acompañarlo.

Lizzy estaba convencida de que el origen de la antipatía de Miss Bingley eran los celos; y no podía apartar de su pensamiento cuán funesto tenía que ser para ésta su aparición en Pemberley, y sentía curiosidad por saber en qué grado de cortesía iba a renovar su relación con ella.

Al llegar a la casa atravesaron el vestíbulo y entraron en un salón cuya orientación al Norte lo hacía ideal para el verano. Las ventanas posteriores a la casa, abiertas de par en par, ofrecían una vista encantadora de las altas colinas pobladas de bosque, y más cerca los hermosos robles y castaños españoles esparcidos por el prado.

En ese salón fueron recibidas por Miss Darcy, que estaba sentada junto a Mrs. Hurst, Miss Bingley y la señora con quien vivía en Londres. El recibimiento de Georgina fue muy cortés aunque no pudo evitar aquella turbación que procedía de su profunda timidez y del temor de ser interpretada como una prueba de orgullo y reserva por alguien de condición social inferior. Pero Mrs. Gardiner y su sobrina lo comprendieron enseguida y no se molestaron en analizar sus gestos.

Mrs. Hurst y Miss Bingley la saludaron sólo con cortesía y después de sentarse se produjo un silencio engorroso, como suele suceder en tales reuniones. La primera que se decidió a hablar fue Mrs. Annesley, una afable y atractiva mujer que demostró así estar mejor educada que cualquiera de las otras, y entre ella y Mrs. Gardiner, con alguna intervención de Lizzy, logró mantenerse la conversación. Miss Darcy parecía no atreverse a tomar parte en ella, y sólo de vez en cuando se aventuraba a pronunciar alguna frase breve cuando creía que nadie podría oírla.

Lizzy pronto advirtió que estaba estrechamente vigilada por Miss Bingley y que no podía pronunciar una palabra, y en particular si iba dirigida a Miss Darcy, sin llamar su atención. Semejante descubrimiento no le hubiera impedido hablar con esta última de haberse sentado más cerca una de otra, pero no lamentó el hecho de no poder conversar mucho pues estaba sumida en sus propios pensamientos. Deseaba y temía a la vez que apareciese el dueño de la casa y apenas podía determinar si lo deseaba más que lo temía. Transcurrió casi un cuarto de hora sin oír para nada la voz de Miss Bingley, cuando de pronto Lizzy salió de su ensimismamiento al preguntarle aquélla con frialdad sobre la salud de su familia. Ella respondió con igual indiferencia, y la otra no dijo nada más.

Afortunadamente, la entrada de los criados con fiambres, pasteles y frutas del tiempo, amenizó la reunión, pero para que eso aconteciera Mrs. Annesley tuvo que dirigir muchas miradas significativas a Miss Darcy para recordarle sus deberes. Ello proporcionó motivo de entretenimiento al grupo, pues aunque no podían hablar todas la vez, las hermosas pirámides de uvas, ciruelas y melocotones las congregaron pronto alrededor de la mesa.

Mientras se ocupaban de charlar y comer, Lizzy se dedicó a pensar con detenimiento si temía o deseaba más la presencia de Darcy. Enseguida tuvo la oportunidad de saberlo al verle entrar de pronto en la sala, y aunque un instante antes había creído que predominaban los deseos de verle, lamentó que se hubiese presentado.

Darcy había pasado varias horas en el río con Mr. Gardiner y otros dos o tres caballeros invitados, a quienes había dejado al enterarse de que las damas de su familia proyectaban visitar a Georgina aquella misma mañana. Tan pronto hubo entrado en la sala, Lizzy se esforzó en mostrarse tranquila y natural, decisión necesaria, pero quizá difícil de cumplir, ya que sabía que todos en la reunión estaban pendientes de ella y de la actitud de Darcy. Pero ninguno de los allí presentes reflejaba en su rostro tanta curiosidad como el de Miss Bingley, a pesar de las sonrisas que brotaban de él al hablar a cualquiera de los componentes del grupo ya que los celos aún no la habían desesperado y seguía prodigando sus atenciones a Darcy. La hermana de éste se esforzó mucho más en hablar al verlo entrar, y Lizzy advirtió que él estaba ansioso de que su hermana y ella intimasen, para lo cual favorecía toda tentativa de conversación entre ellas dos. Miss Bingley se dio cuenta e impulsada por un imprudente despecho aprovechó la primera oportunidad para decir con irónica afabilidad:

—Miss Lizzy, ¿es cierto que el regimiento del condado ha abandonado Meryton? Si es así, representará una gran pérdida para su familia.

Aunque no se atrevió a pronunciar el nombre de Wickham en presencia de Darcy, Lizzy comprendió que era a él a quien se refería y los recuerdos relacionados con él le causaron una momentánea tristeza, pero reaccionó enseguida y pudo contestar en tono despreocupado. Al hacerlo, una mirada involuntaria le permitió ver a Darcy que, ruborizado, la miraba con atención, y a su hermana, visiblemente confusa e incapaz de levantar la vista. Si Miss Bingley hubiera sabido cuánto apenaba a su amado amigo, sin duda, se habría abstenido de hacer aquella alusión, pero sólo había tratado de confundir a Lizzy trayendo a colación la idea de un hombre por quien la creía interesada, para que en el rostro de la joven apareciera alguna emoción que la dañara a los ojos de Darcy, y quizá también para que éste recordara los absurdos incidentes ocurridos a la familia de Lizzy por sus relaciones amistosas con ciertos oficiales de ese regimiento. Miss Bingley desconocía el proyecto de fuga de Miss Darcy, que no había sido revelado a nadie, excepto a Lizzy, y que, seguramente, Darcy ansiaba ocultar, en especial a todos los parientes de Bingley, por el deseo de que llegara a casarse con éste. En efecto, ése fue el propósito de Darcy, aunque no la única causa de pretender separar a su amigo de Miss Bennet.

La serena e inteligente reacción de Lizzy apaciguó su emoción. Ofendida y decepcionada, Miss Bingley no se atrevió a hacer nuevas alusiones a Wickham. Georgina se recobró enseguida del sofocón aunque no lo suficiente como para poder intervenir de nuevo en la conversación. Su hermano, cuyas miradas temía encontrar,

apenas conservó interés por el asunto, y pareció fijarse en ella con mayor simpatía aún después de la desafortunada alusión de Miss Bingley.

La visita no se prolongó mucho más y mientras Darcy los acompañaba al coche, Miss Bingley desahogó su mal humor criticando la persona, la conducta y el vestido de Lizzy. Pero Georgina no le hizo caso. La recomendación de su hermano era suficiente para asegurar su beneplácito; sabía que nunca se equivocaba al juzgar a una persona, y había hablado de Lizzy en términos tan elogiosos que ella sólo podía encontrarla amable y encantadora.

Cuando Darcy regresó al salón, Miss Bingley no pudo resistir la tentación de hacerle saber algo de lo dicho a su hermana.

—¡Qué fea estaba Lizzy Bennet esta mañana, Darcy! —exclamó—. Jamás he apreciado un cambio tan grande como el que se ha producido en ella desde el invierno pasado. Se ha vuelto morena y vulgar. Louisa y yo conveníamos en que no la hubiésemos reconocido.

Aunque a Darcy le hicieron muy poca gracia estas palabras, se limitó a responder con frialdad que sólo había notado en Lizzy un ligero cambio en el tono de la piel, lo que era consecuencia natural de viajar en verano. Pero no satisfecha con esta respuesta, Miss Bingley replicó:

—Por mi parte he de confesar que nunca he apreciado en ella ninguna belleza. Su rostro es demasiado delgado, su cutis muy poco fino, y sus facciones no son nada bonitas; a su nariz le falta carácter, y nada resalta en su perfil; su dentadura es cosa corriente, y no acierto a comprender cómo es posible que haya personas que digan que sus ojos son hermosos; no veo que tengan nada de extraordinario. Su mirada es sarcástica, no me gusta; y hay tantas pretensiones en su aire en general y en su forma de andar que resulta intolerable.

Persuadida como estaba Miss Bingley de que Darcy admiraba a Lizzy, no era ése el mejor sistema para recomendarse a sí misma; pero la prudencia no suele acompañar a las personas que se encolerizan con facilidad y lo único que consiguió fue verle por fin algo ofendido. Y como él continuaba obstinadamente callado, decidida a hacerle hablar, prosiguió:

—Aún recuerdo que la primera vez que la vimos en el condado de Hertford quedamos sorprendidos de que se la considerara como una belleza, y viene a mi memoria una frase que usted dijo una noche, después de haber comido en Netherfield: «¡Ella una belleza! Antes se podría considerar a su madre un genio.» Sin embargo, parece que desde entonces tiene usted mejor concepto de ella y, si no me equivoco, más bien la tiene usted por bonita.

—Sí —replicó Darcy, que no pudo contenerse más—; eso fue sólo al principio de conocerla, porque hace muchos meses ya que la considero como una de las más bellas mujeres que conozco.

Una vez dicho esto partió, y Miss Bingley se quedó con la satisfacción de haberlo obligado a decir lo que no apenaba a nadie más que a ella misma.

Mientras regresaban, Mrs. Gardiner y Lizzy hablaron de cuanto había ocurrido durante la visita, excepto de aquellos detalles que les interesaban particularmente a ambas. Discutieron los modales y el comportamiento de todas las personas que habían visto, excepto los de quien les había ocupado más intensamente la atención. Hablaron de la hermana de Mr. Darcy, de sus amigos, de su casa, de sus frutas, de todo excepto de él, a pesar de que a Mrs. Gardiner le habría agradado muchísimo que su sobrina entrara en materia.

Lizzy sufrió una gran decepción al no encontrar carta de Jane a su llegada a Lambton. Sin embargo, al tercer día de su estancia recibió dos a la vez. En uno de los sobres había una nota que explicaba que la carta había sido enviada a otro destino lo que no sorprendió a Lizzy, pues Jane había escrito las señas con una letra casi ininteligible.

Cuando llegaron las cartas se disponían para salir a dar un paseo. Sus tíos decidieron dejarla sola para que las disfrutara con tranquilidad, y se marcharon solos.

Tenía que leer primero la que se había extraviado, que había sido escrita hacía cinco días. El comienzo contenía una relación de algunas veladas y breves viajes con las noticias que la localidad daba de sí, pero la última parte, fechada un día después y escrita con evidente agitación, daba pormenores más importantes. Decía así:

Desde que escribí lo anterior, querida Lizzy, ha ocurrido algo grave e inesperado. Pero tranquilízate: todos estamos bien. Lo que he de decirte se refiere a nuestra pobre hermana Lydia. Anoche, cuando acabábamos de acostarnos, llegó un señor enviado por el coronel Forster para informarnos de que Lydia se había marchado inesperadamente a Escocia con uno de los oficiales, para decir verdad, con Wickham. ¡Imagina nuestra sorpresa! Sin embargo, a Kitty no pareció sorprenderle demasiado. Estoy muy afligida. ¡Qué imprudencia por parte de ambos! Pero no quiero ser pesimista y espero que él no sea tan malo como se ha pretendido. Me inclino a creer que es simplemente un atolondrado, pero este hecho —y alegrémonos de ello— no le pinta como de mal corazón. Su elección, al fin y al cabo, es desinteresada, pues has de saber que nuestro padre nada puede darle. Nuestra pobre madre está desconsolada; papá lo soporta mejor. ¡Cuánto agradezco que ninguna de las dos les haya hecho saber los rumores que circulan contra él! Nosotras mismas hemos de olvidar lo que se dice por ahí. Se supone que se escaparon el sábado a las doce aproximadamente, pero no se les echó en falta hasta ayer a las ocho de la mañana. Querida Lizzy, deben haber pasado a menos de diez millas de vosotros. El coronel Forster dice que vendrá enseguida a vernos. Lydia dejó escritas unas líneas para su esposa, informándole de sus intenciones. Voy a terminar esta carta porque no puedo dejar largo rato sola a la pobre mamá. Temo que no entiendas lo escrito, pues apenas sé lo que he puesto.

Sin detenerse a meditar, y sin apenas saber lo que hacía, Lizzy cogió la otra carta y, abriéndola con la mayor impaciencia, comenzó a leerla. Estaba fechada un día después de la primera:

A estas horas, mi querida hermana, habrás recibido mi carta anterior escrita a toda prisa. Espero que ésta sea más inteligible, pero, aun disponiendo de tiempo, mi cabeza está tan trastornada que no puedo ser coherente. Queridísima Lizzy, tengo malas noticias para ti y no puedo dilatarlas. Por más imprudente que resulte una boda entre Wickham y nuestra pobre Lydia, estamos ansiosos por saber si ésta se ha efectuado, pues hay sobradas razones para temer que no se hayan ido a Escocia. El coronel Forster estuvo ayer en casa. Salió de Brighton el día anterior, no muchas horas después que el propio. Aunque la breve carta de Lydia a Mrs. F. daba a entender que iban a Gretna Green, Denny dijo saber algo acerca de eso, y expresó su convicción de que W. jamás había pensado en ir allí ni en casarse con Lydia, y tras contárselo al coronel Forster, se marchó alarmado de B. con idea de seguir el camino de aquéllos. Siguió su rastro con facilidad hasta Clapham, pero no más adelante, porque al llegar a dicho punto despidieron la silla de postas que los había llevado desde Epsom y cogieron otro coche. Todo lo que se sabe es que se los vio seguir el camino de Londres. No sé qué pensar. Tras hacer las investigaciones posibles, el coronel F. vino al condado de Hertford, renovando ansiosamente sus pesquisas en todos los portazgos y hosterías de Bonnet y Hartfield, pero sin ningún éxito; nadie había visto por allí a tales personas. Con el mayor pesar llegó a Longbourn y manifestó sus recelos con vehemencia. Estoy apenada por él y por Mrs. F., y nadie podrá censurarlos.

Nuestra aflicción, querida Lizzy, es enorme. Papá y mamá esperan lo peor; pero yo no me siento inclinada a pensar tan mal de él. Por muchas circunstancias tal vez hayan elegido casarse secretamente en la capital que seguir su plan primitivo, y aun suponiendo que abrigara intenciones reprobables contra una joven como Lydia, ¿he de suponer en ella tal falta de sensatez? ¡Imposible! Me apena, con todo, ver que el coronel F. no está dispuesto a confiar en el matrimonio: negó con la cabeza cuando manifesté mis esperanzas, diciendo que temía que W. no fuese de fiar. Nuestra pobre madre está enferma de veras y no sale de su habitación. Si pudiera esforzarse sería mejor; pero no hay que esperararlo. En cuanto a papá, jamás lo he visto tan afectado. La pobre Kitty está furiosa consigo misma por haber ocultado estos amoríos. Pero hay que maravillarse de que una cosa así fuera objeto de confidencias. Me alegro, queridísima Lizzy, de que te hayas ahorrado estas dolorosas escenas; pero ahora que el primer golpe ha pasado, ¿confesaré que anhelo tu regreso? Sin embargo, no soy tan egoísta como para instarte si hay inconvenientes. Adiós. Cojo nuevamente la pluma para hacer lo que acabo de decirte que no haría; las circunstancias son tales que no puedo evitar suplicarte que vengas lo antes posible. Conozco tan bien a mis tíos que no temo pedirselo, y aún tengo algo más que pedirle a él. Papá ha marchado de inmediato a Londres con el coronel Forster para intentar encontrar a los prófugos. Desconozco qué piensa hacer, pero su excesiva pena no le permitirá tomar las medidas adecuadas, y el coronel Forster está obligado a regresar a Brighton mañana por la noche. En tal situación, los consejos y la asistencia de mi tío serían de incalculable utilidad. Él comprenderá enseguida nuestros sufrimientos, y cuento con su bondad.

—¡Oh! ¿Dónde está mi tío? —exclamó Lizzy poniéndose en pie de un salto en cuanto acabó la carta, ansiosa de seguirlo sin perder un instante, pero cuando llegó a la puerta, un criado la abrió para permitir la entrada a Darcy. El semblante pálido y los modales impetuosos de ella lo obligaron a detenerse, y antes de reponerse lo suficiente para hablar, pues sólo pensaba en la situación de Lydia, exclamó ansiosa:

—Perdone usted, pero tengo que dejarlo; necesito hablar al punto con Mr. Gardiner de un asunto que no puede dilatarse. No puedo perder un instante.

—¡Dios mío! ¿De qué se trata? —exclamó él con más simpatía que cortesía; y después, reprimiéndose, añadió—: no pretendo entretenerla, pero permítame que yo mismo vaya en busca de Mr. Gardiner o envíe a mi criado. Usted no se encuentra bien del todo, y no puede ir.

Lizzy dudó por un instante, pero al notar que las rodillas le temblaban, comprendió que nada ganaría tratando de alcanzarlo. Por consiguiente, llamando al criado, le encargó que fuera sin dilación en busca de sus tíos, aunque sus palabras resultaron casi ininteligibles, pues le faltaba el aliento.

Al abandonar el criado la estancia, ella se sentó, incapaz de sostenerse, y su aspecto eran tan alarmante, que Darcy consideró que no debía dejarla sola, y con tono amigable y compasivo, le dijo:

—Permítame llamar a su doncella. ¿No hay nada que pueda tomar para aliviarse? ¿Un vaso de vino? Voy a traerlo. Usted está mala de veras.

—No, gracias —replicó ella, tratando de serenarse—. No tiene importancia. Me encuentro bien. Sólo estoy desconsolada por una horrible noticia que acabo de recibir de Longbourn.

Al decir esto, se echó a llorar, y por unos minutos no pudo articular palabra. Darcy sólo pudo decir que lo lamentaba mucho y observarla guardando un silencio compasivo. Al fin, ella volvió a hablar.



—Acabo de recibir carta de Jane con noticias horribles, que no pueden ocultarse a nadie. Mi hermana menor ha abandonado a los suyos, se ha fugado, se ha entregado a... Wickham. Juntos se han marchado de Brighton. Usted lo conoce demasiado bien para que tenga que explicarle el resto. Ella no tiene dinero ni tiene relaciones, nada que pueda tentarlo. Está perdida para siempre.

Darcy quedó mudo de estupor.

—¡Cuando pienso —prosiguió ella, muy agitada— que yo podría haberlo evitado! ¡Yo, que sabía qué clase de hombre era él! ¡Si hubiese revelado a mi familia una parte de lo que conocía! Si hubiera sabido cuál era el verdadero temperamento de Wickham, nada de todo esto hubiera ocurrido. Pero ahora ya es tarde para todo.

—Estoy en verdad apenado —exclamó Darcy—; apenado y espantado. Pero ¿está usted completamente segura?

—¡Oh, sí! Se fueron de Brighton el domingo por la noche y les han seguido el rastro hasta cerca de Londres. Luego fue imposible. No cabe duda de que no han ido a Escocia.

—¿Qué se ha hecho para encontrarlos?

—Mi padre ha ido a Londres y Jane escribe solicitando la inmediata ayuda de mi tío. Confío en que en media hora nos pongamos en camino. Pero la verdad es que no sé qué se puede hacer. ¿Cómo detener a hombre semejante? ¿Cómo, siquiera, descubrirlos? No abrigo la menor esperanza. Es horrible.

Darcy sacudió la cabeza en silencio.

—¡Oh! ¡Si cuando se me abrieron los ojos y vi su verdadero carácter hubiera sabido qué hacer! Pero no lo supe; temí hablar demasiado. ¡Qué desgraciado error!

Darcy no contestó. Apenas parecía escucharla, paseando de un lado para otro de la habitación, absorto en sus pensamientos, con las cejas fruncidas y aire sombrío. Lizzy lo observó y al instante lo comprendió todo. El poder que había ejercido sobre él se desmoronaba por momentos. Era lógico que ocurriese ante tamaña prueba de la debilidad de su familia, ante la certeza de su profunda deshonra. No podía ni admirarse ni condenarlo; mas la creencia de haber sido conquistada por él no aportó ningún consuelo a su corazón ni ningún paliativo a su pesar. Al contrario, aquello parecía calculado exactamente para que ella comprendiese sus propios deseos, y jamás comprendió tan claramente que podía haberle amado como en aquel momento, cuando todo amor ya era imposible.

Pero no se demoró en lamentarse de sí misma. Lydia, la humillación, la desgracia que había acarreado a todos, reclamaron al instante su atención, y cubriendo su rostro con un pañuelo, Lizzy desapareció para todo lo demás. Tras un silencio de varios minutos, sólo recobró la conciencia de su situación por la voz de su compañero, quien, con tono que expresaba compasión y cierto azoramiento a la vez, le dijo:

—Temo que está deseando usted que me marche, y ningún pretexto puedo alegar para excusar mi permanencia aquí, que un interés tan sincero como inútil. ¡Quiera el Cielo que pueda yo decir o hacer algo que le proporcione consuelo en semejante

desgracia! Pero no quiero atormentarla con deseos que parecerían pretender que me dé usted las gracias. Temo que este infortunado asunto haya de privar a mi hermana de la alegría de verla hoy en Pemberley.

—¡Oh, sí! Tenga usted la bondad de ofrecer mis excusas a Miss Darcy. Dígale que asuntos urgentes nos obligan a regresar a casa sin demora. Oculte usted la triste verdad tanto tiempo como le sea posible, aunque sé que no podrá ser mucho.

Él le aseguró que guardaría el secreto, expresó de nuevo su pena por lo ocurrido, le deseó que esperaba un desenlace favorable en el asunto, y encargándole que saludara a sus familiares, se marchó con sólo una mirada de despedida.

Cuando él abandonó la habitación, Lizzy comprendió cuán poco probable era que se viesen de nuevo del modo cordial que había caracterizado sus encuentros en el condado de Derby; y al lanzar una ojeada retrospectiva a la totalidad de su relación con él, tan llena de contradicciones y variaciones, le sorprendieron sus propios sentimientos que ahora habrían promovido la continuación de la misma y antes la habrían impulsado a poner fin a ella.

Si la gratitud y el aprecio son buenas bases para el afecto, el cambio de sentimientos de Lizzy no parecerá ni improbable ni equivocado. Pero si, por el contrario, el interés que brota de tales fuentes no es razonable o natural en comparación con el tantas veces descrito como nacido de su primer coloquio, y aun antes de haber cambiado con él dos palabras, nada podrá alegarse en defensa de aquélla sino que había ensayado el último procedimiento con Wickham, y que su poco éxito podría, acaso, autorizarla a poner en práctica el otro método para buscar el cariño. De cualquier modo que fuera, vio marchar a Darcy con gran pesar, como primera muestra de lo que podía acarrear la infamia de Lydia. Y su dolor aumentó al reflexionar sobre tan desdichado asunto.

Desde que leyera la segunda carta de Jane, jamás había alimentado la esperanza de que Wickham tratara de casarse con Lydia. Creía que sólo aquélla era capaz de abrigar semejante esperanza. La sorpresa era el último de los sentimientos que tal desenlace podía producirle. Mientras pensaba en el contenido de la primera carta, Lizzy se dijo que jamás habría podido imaginar que Wickham llegara a casarse con una muchacha sin dinero, y le parecía imposible que Lydia hubiera podido enamorarlo. Pero ahora todo resultaba sobradamente comprensible. Para atracción semejante contaba con suficientes encantos, y aun sin suponer que Lydia se hubiese comprometido deliberadamente a la fuga sin intención de casarse, no se atrevía a asegurar que su virtud y su juicio la hubieran preservado de ser presa fácil.

Mientras el regimiento estuvo en el condado de Hertford nunca notó que Lydia demostrase simpatía alguna por Wickham, pero estaba convencida de que su hermana necesitaba de muy poco estímulo para aficionarse a cualquiera. Unas veces un oficial, otras otro, había sido su favorito a medida que la hacía objeto de sus atenciones. Sus afectos siempre habían sido fluctuantes, si bien jamás sin un objeto. ¡Cuánto

lamentaba Lizzy ahora que el descuido y la indulgencia errada causaran semejante daño a aquella muchacha!

Ansiaba estar en su casa para oír, para ver, para encontrarse en situación de compartir con Jane las preocupaciones que ahora pesaban sobre ella; con una familia tan insensata, un padre ausente y una madre incapaz de realizar esfuerzo alguno, que requería muchos cuidados.

Mr. y Mrs. Gardiner regresaron deprisa y alarmados, pues suponían por el recado que su sobrina se había puesto enferma; y tras tranquilizarlos al instante sobre tal extremo, Lizzy les comunicó la causa de su llamada, leyéndoles en voz alta las dos cartas e insistiendo con trémula energía en la posdata de la última. Aun cuando Lydia nunca había sido su favorita, Mr. y Mrs. Gardiner se mostraron profundamente afectados. No sólo a Lydia, sino a todos alcanzaba el suceso; y así, pasadas las primeras exclamaciones de sorpresa y horror, Mr. Gardiner prometió cuanta asistencia estuviese en sus manos. Lizzy, que no esperaba menos, se lo agradeció con lágrimas en los ojos, y animados por un mismo pensamiento dispusieron todo lo necesario para el viaje. Partirían lo antes posible.

—Pero ¿qué haremos en lo relativo a Pemberley? —exclamó Mrs. Gardiner—. John nos ha comunicado que Mr. Darcy estaba aquí cuando enviaste por nosotros. ¿Es cierto?

—Sí; y le dije que no estábamos en disposición de cumplir nuestro compromiso. Todo eso ya está arreglado.

Todo arreglado, pensó Mrs. Gardiner mientras corría a prepararse; ¿y son tales palabras suficientes para descifrar la verdad? ¡Ojalá me fuera dado saber de qué han estado hablando esos dos!

Pero su curiosidad no fue satisfecha. Únicamente le sirvió para entretenerla durante una hora. Si Lizzy hubiera tenido posibilidad de estar ociosa, habría supuesto que cualquier trabajo era irrealizable para una desgraciada como ella; pero tenía tantas ocupaciones como su tía, entre otras, escribir algunas notas para sus amigos de Lambton inventando excusas por su marcha repentina. En una hora todo quedó listo, y habiendo entretanto Mr. Gardiner abonado la cuenta en la posada, no quedaba sino partir. Lizzy, tras la pesadumbre de la mañana, se halló, en menos tiempo del que habría supuesto, sentada en el carruaje y camino de Longbourn.

—He vuelto a pensar en ello, Lizzy —le dijo su tío cuando salían de la ciudad—, y en realidad, por muy serias consideraciones, me veo cada vez más inclinado a juzgar este asunto de la misma manera que tu hermana mayor. Me parece tan poco probable que un joven abrigase intenciones tan aviesas contra una muchacha que no carece de protección y de amigos, que vivía entonces con la familia de su coronel, que tengo la esperanza de que suceda lo mejor. ¿Podía él suponer que los amigos de ella no intervendrían de inmediato? ¿Cabía que pensase que lo admitirían de nuevo en el regimiento después de tamaña ofensa al coronel? La tentación no era proporcionada al riesgo.

—¿Piensas de veras así? —exclamó Lizzy, algo más animada por un instante.

—Yo también empiezo a pensar como tu tío —dijo Mrs. Gardiner—. En realidad existe una violación demasiado escandalosa de la decencia, del honor y del interés para que Wickham no lo haya tenido en cuenta. No puedo pensar tan mal de él. Tú misma, Lizzy, ¿lo desprecias tanto como para creerlo capaz de todo eso?

—Tal vez no en lo que atañe a que obrara contra su propio interés, pero de los otros olvidos lo considero capaz. ¡Si fuera como suponéis! Pero no oso esperarlo. ¿Por qué no fueron a Escocia si era ése el propósito?

—En primer lugar —arguyó Mr. Gardiner—, no hay prueba de que no hayan ido.

—Sí, pero el cambio de la silla de postas por un coche de alquiler es indicio de ello. Además, no se ha encontrado rastro de ellos en el camino de Barnet.

—Bien; pues supongamos que están en Londres. Pueden hallarse allí con el único propósito de ocultarse. No es probable que ninguno de los dos tenga mucho dinero, y habrán creído que se casarían más económicamente, aunque no con igual prontitud, en Londres que en Escocia.

—Pero ¿a qué viene tanto misterio? ¿Por qué habrían de casarse en secreto? Por Jane sabes que el más íntimo amigo de él opinaba que Wickham jamás había pensado en casarse con Lydia. Jamás se casaría con una mujer sin dinero: él no puede aportarlo. Y ¿qué títulos posee Lydia, qué atractivos, aparte de la salud, la juventud y el buen humor, que puedan forzarlo a privarse por ella de la posibilidad de beneficiarse con un buen matrimonio? Ignoro cuánto lo habrá deshonrado su proceder ante sus compañeros de armas, pero en cuanto a tus restantes objeciones, me parece difícil que puedan sostenerse. Lydia no tiene hermanos que puedan defenderla, y dado el proceder de mi padre, así como su indolencia con respecto a la familia, imagino que no puede esperarse que haga nada.

—Pero ¿acaso consideras a Lydia tan incapaz de pensar en otra cosa que su amor para consentir en vivir con él si no es unida en legítimo matrimonio?

—Así parece —repuso Lizzy con lágrimas en los ojos—, y en verdad es muy triste que pueda dudarse del sentido de la decencia y de la virtud de una hermana. En

realidad, no sé qué decir. Tal vez sea injusta con ella. Es muy joven, jamás se la ha habituado a pensar en cosas serias, y durante los últimos meses, mejor aún, durante el último año, no se ha dado sino a las diversiones y a la vanidad. Se le ha permitido disponer de tiempo para el ocio y la frivolidad y hacer sólo lo que se ceñía a sus deseos. Desde que la milicia del condado se acuarteló en Meryton, no ha pensado en otra cosa que en el amor, el coqueteo y los oficiales. Pensando y hablando sólo sobre esto, ha hecho cuanto era posible para dar, ¿cómo lo llamaré?, mayor susceptibilidad a sus sentimientos, que por naturaleza son ya bastante vivos, y todos sabemos que Wickham tiene encantos suficientes para cautivar a una mujer.

—Pero ya sabes —dijo su tía— que Jane no cree que Wickham sea capaz de semejante infamia.

—Jane nunca piensa mal de nadie. A pesar de ello, sabe tan bien como yo quién es Wickham en realidad. Ambas sabemos que ha sido un libertino en toda la extensión de la palabra, que carece de integridad y de honor, que es tan falso y engañoso como atractivo.

—¿Y crees todo eso? —exclamó Mrs. Gardiner, que no podía disimular su curiosidad para conocer la fuente de tal creencia.

—Lo creo de veras —replicó Lizzy, sonrojándose—. Ya te hablé el otro día de su infame conducta con Mr. Darcy, y tú misma oíste la última vez en Longbourn de qué manera hablaba del hombre que con tanta generosidad se había portado con él. Y aún hay otra circunstancia que no tengo libertad... que no vale la pena contarla; pero lo cierto es que sus embustes sobre la familia de Pemberley no tienen fin. Por lo que nos había comunicado de Miss Darcy yo estaba preparada para encontrarme con una muchacha altiva, reservada y desagradable. La retrató justamente al revés. Hay que reconocer que es tan amigable y sencilla como la hemos visto.

—Pero ¿no sabe Lydia nada de eso? ¿Puede ignorar lo que Jane y tú al parecer conocéis tan bien?

—¡Eso es lo peor! Hasta que estuve en Kent y traté tanto a Mr. Darcy como a su pariente el coronel Fitzwilliam, ignoraba la verdad. Cuando llegué a casa, la milicia del condado iba a abandonar Meryton al cabo de tres semanas, y dado esto ni Jane, a quien referí todo, ni yo creímos necesario hacer pública la verdad, porque ¿de qué podía servir a nadie que se disipase la buena opinión que todo el mundo tenía de él? Y cuando se decidió que Lydia marchase con Mr. y Mrs. Forster, jamás se me ocurrió que hubiera necesidad de revelarle cuál era el verdadero carácter de Wickham; nunca supuse que éste pudiera engañarla. Comprenderéis que estaba muy lejos de mi pensamiento el que de mi silencio derivasen consecuencias como ésta.

—Pero al irse todos a Brighton supongo que no tendríais razones para juzgar que estuvieran enamorados.

—En absoluto. No recuerdo haber observado señal alguna de afecto por parte de ninguno. Sabéis que en mi familia nadie es capaz de ocultar sentimiento semejante. Cuando él ingresó en el regimiento, ella lo admiraba bastante, pero como todas

nosotras. Todas las muchachas de Meryton y los alrededores perdieron la cabeza por él durante los dos primeros meses, pero él nunca mostró preferencia por ninguna. En consecuencia, después de un período de locura juvenil, dejó de pensar en él, mientras otros oficiales del regimiento se convertían en sus favoritos.

Sin inconvenientes podrá creerse que, aun pudiendo añadir poco de nuevo a sus temores, esperanzas y conjeturas sobre este interesante asunto, no se habló de otra cosa durante el viaje. Lizzy no dejaba de hacerse reproches, y su pesar aumentaba por momentos.

Viajaron tan deprisa como fue posible, y tras dormir una noche en el camino, llegaron a Longbourn a la hora de comer del día siguiente. Fue un consuelo para Lizzy pensar que Jane no se habría impacientado por una larga espera.

Los hijos de los Gardiner, atraídos por la aparición de la silla de postas, esperaban en los escalones de la entrada de la casa. Cuando el cochero detuvo el vehículo ante ésta, les dieron la bienvenida entre risas, brincos y cabriolas.

Lizzy se apeó, y después de dar a cada cual un presuroso beso, corrió al vestíbulo, donde Jane, que descendía corriendo de la habitación de su madre, se encontró con ella.

Las hermanas se abrazaron y lloraron, y Lizzy preguntó al instante a Jane si se sabía algo de los fugitivos.

—Aún no —respondió Jane—. Pero espero que la llegada de mi querido tío solucione todo con rapidez.

—¿Está papá en la capital?

—Sí, se fue el martes, como te informaba en mi carta.

—¿Y habéis sabido de él a menudo?

—Sólo una vez. Me puso unas líneas el miércoles participando su llegada y comunicándome su dirección, lo cual le había pedido que hiciese. Sólo añadía que no volvería a escribir hasta que tuviera algo importante que contar.

—Y mamá, ¿cómo se encuentra? ¿Cómo estáis todas?

—Mamá está bastante bien, aunque un poco abatida todavía. Está arriba y tendrá gran satisfacción en veros. Aún no sale de su habitación. Mary y Kitty se hallan perfectamente, gracias a Dios.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? —preguntó Lizzy—. Pareces pálida. ¡Cuántas cosas habrás tenido que hacer!

Pero su hermana le aseguró que se encontraba perfectamente bien, y la conversación, que habían mantenido mientras Mr. y Mrs. Gardiner se ocupaban de sus hijos, acabó cuando se unió a ellos el grupo. Jane corrió hacia su tío y su tía, les dio la bienvenida y las gracias en medio de sonrisas y lágrimas.

Una vez todos en el salón, las preguntas que ya había formulado Lizzy fueron repetidas por los Gardiner, quienes advirtieron que Jane no tenía nuevas noticias. A

pesar de ello, no la había abandonado la esperanza que la benevolencia de su corazón le inspiraba. Todavía confiaba en que todo acabase bien y en que en cualquier momento llegaría una carta, de Lydia o de su padre, que explicaría lo sucedido o anunciaría quizá, el casamiento.

Mrs. Bennet, a cuya habitación subieron tras unos minutos de charla, los recibió como podía esperarse: con lágrimas y lamentaciones, invectivas contra la detestable conducta de Wickham y quejas a causa de sus sufrimientos, censurando a todo el mundo, salvo a la persona a cuyo mal juicio se debían de modo especial, los errores de su hija.

—Si hubiera podido realizar mi proyecto de ir a Brighton con toda mi familia —decía—, esto no habría ocurrido. Pero la pobre Lydia no tenía a nadie que se cuidase de ella. ¿Por qué no la vigilaron mejor los Forster? Estoy segura de que hubo gran descuido o algo semejante por su parte, pues no es muchacha que obre así estando bien vigilada. Siempre creí que no eran idóneos para hacerse cargo de ella, pero nadie me hizo el menor caso, como siempre me ocurre. ¡Pobre hija querida! Y ahora Bennet se ha ido, y supongo que desafiará a Wickham allí donde lo encuentre, y como morirá, ¿qué va a ser de nosotras? Los Collins nos echarán antes de que su cadáver se haya enfriado en la tumba, y si tú, hermano, no te muestras generoso con nosotros, no sé qué haremos.

Todos protestaron contra tan terroríficas ideas, y tras asegurarle Mr. Gardiner el afecto que sentía por ella y su familia, le dijo que proyectaba estar en Londres al día siguiente con la intención de ayudar a Mr. Bennet a encontrar a Lydia.

—No te alarmes inútilmente —añadió—. Aunque conviene prepararse para lo peor, no hay razón para darlo por seguro. No hace una semana que salieron de Brighton. En pocos días más tendremos alguna noticia suya, y hasta que sepamos que no están casados y que no abrigan propósitos de estarlo, no demos el asunto por perdido. En cuanto llegue a la capital buscaré a mi hermano, y entonces, juntos, decidiremos qué hacer.

—¡Oh, querido hermano! —exclamó Mrs. Bennet—, eso es justamente lo que más deseaba. Y cuando llegues a la capital, descubre dónde están, y si no se han casado oblígales a hacerlo. Y en cuanto a los trajes de boda, di a Lydia que tendrá cuanto dinero quiera para comprarlos después de casados. Y sobre todo, impide que Bennet se bata a duelo con Wickham. Dile lo mal que me encuentro: espantada, con tales temblores y tal agitación, tales dolores de la cabeza y palpitaciones de corazón, que no consigo descansar ni de día ni de noche. Y di a mi querida Lydia que no encargue la confección de los trajes hasta que me haya visto, pues desconoce los mejores almacenes. ¡Oh, hermano, qué bueno eres! Sé que lo arreglarás todo.

Pero Mr. Gardiner, aun volviendo a asegurarle que haría cuanto fuese posible, no pudo evitar recomendarle moderación tanto en sus esperanzas como en sus temores; y conversando con ella de ese modo hasta que la comida estuvo en la mesa, dejó que

desahogase sus sentimientos con el ama de llaves que la asistía en ausencia de las hijas.

Aunque Mr. y Mrs. Gardiner estaban convencidos de que no existían motivos para excluirla de la mesa, no se atrevieron a oponerse a su voluntario retiro porque sabían que carecía de la suficiente prudencia para refrenar la lengua en presencia de los criados, y juzgaron mejor que una sola de las sirvientas, en la que más podían confiar, escuchara sus lamentaciones.

A continuación bajaron al comedor Mary y Kitty, que habían permanecido demasiado atareadas en sus habitaciones. La una venía de sus libros; la otra, de su tocador. Pero los rostros de ambas estaban serenos, sin advertirse cambio alguno, excepto que la pérdida de la hermana favorita o el coraje con que había tomado el asunto había tornado más colérico que de costumbre la expresión de la segunda. En cuanto a la primera, fue lo bastante dueña de sí como para murmurar al oído de Lizzy, con tono grave y reflexivo, poco después de que se sentaran a la mesa:

—Seguramente se hablará mucho de este asunto tan desgraciado, pero hemos de hacer frente a la oleada de malicia y derramar sobre el alma herida el bálsamo del consuelo fraternal.

Lizzy la escuchó, pero como no parecía dispuesta a responder, añadió:

—Aunque para Lydia el suceso ha de ser, por fuerza, desdichado, nosotras podemos sacar de él la lección más provechosa: que la pérdida de la virtud en la mujer es irreparable; que un solo paso en falso supone la ruina final; que su corazón no es menos quebradizo que admirable su belleza, y nunca puede resultar demasiado cuidadosa contra las indignidades del otro sexo.

Lizzy, asombrada, alzó los ojos, pero estaba demasiado abrumada para contestar. Mary continuó consolándose con deducciones morales por el estilo fundadas en el infortunio que veía ante sí.

Por la tarde, las dos hermanas mayores consiguieron estar a solas durante media hora, y Lizzy aprovechó la oportunidad para hacer muchas preguntas que Jane tenía igual deseo de satisfacer.

Tras lamentarse ambas de las terribles consecuencias del suceso, que Lizzy daba por cierto y la otra no podía dar por imposible, aquélla dijo:

—Pero cuéntame todo lo que no haya oído todavía. Dame más pormenores. ¿Qué dijo el coronel Forster? ¿No sospechaba nada de la fuga? Seguro que debía verlos siempre juntos.

—El coronel Forster confesó que a menudo había sospechado que estaban enamorados, sobre todo Lydia, pero no observó nada que lo alarmase. ¡Estoy tan apenada por él! Su conducta fue tan atenta y amable. Vino a vernos para hacernos saber su interés, antes de tener idea de que no habían ido a Escocia; cuando lo supo, adelantó el viaje.

—Y Denny, ¿estaba convencido de que Wickham no se casaría? ¿Supo que intentaban fugarse? ¿Ha visto el coronel Forster a Denny?



—Sí; pero cuando lo interrogó, Denny negó saber nada acerca del plan y rehusó dar su verdadera opinión sobre el asunto. No repitió su creencia de que no iban a casarse y por eso me inclino a pensar que antes le entendimos mal.

—Supongo que hasta la llegada del coronel Forster, ninguno de vosotros dudó que estuviesen casados.

—¿Cómo podía caber otra idea en nuestra cabeza? Yo estaba inquieta, y dudaba que Lydia fuese feliz casándose con él, sabiendo como sabía que su conducta no siempre había sido correcta. Ni papá ni mamá estaban al corriente; sólo reconocían que semejante casamiento era una imprudencia. Entonces Kitty confesó, con la natural satisfacción de saber más que el resto, que la última carta de Lydia la había preparado para ese trance. Al parecer hacía semanas que sabía que se amaban.

—Pero ¿eso empezó antes de que el regimiento partiese hacia Brighton?

—Creo que no.

—Y el coronel Forster, ¿parecía opinar mal de Wickham? ¿Conoce su verdadero modo de ser?

—He de confesar que no habló de él en términos tan favorables como antes. Lo consideraba atolondrado y derrochador. Y después del triste suceso, hay quien afirma que dejó en Meryton muchas deudas; pero espero que resulte falso.

—¡Oh Jane, si hubiéramos sido menos reservadas y hubiésemos dicho lo que sabíamos de él, no habría ocurrido esto!

—Acaso hubiera sido mejor —repuso su hermana—. Pero dar a conocer las faltas anteriores de una persona desconociendo cuáles son sus sentimientos en el presente, es injustificable. Nosotras obramos con la mejor intención.

—¿Explicó el coronel Forster los detalles de la carta de Lydia a su esposa?

—La trajo consigo para que la viésemos —respondió Jane. A continuación la sacó de su cuaderno de notas y se la dio a Lizzy. Éste era su contenido:

Querida Harriet:

Te vas a reír al saber adónde me he ido, y yo misma no puedo dejar de reírme pensando en tu sorpresa cuando mañana me eches de menos. Me voy a Gretna Green, y si no puedes adivinar con quién, creeré que eres una tonta, pues no hay sino un hombre en el mundo a quien amo, y que este hombre es un ángel. Nunca sería feliz sin él, de modo que a nadie haré daño yéndome con él. No tienes que decir palabra de mi fuga a nadie de Longbourn si no quieres, porque así será mayor la sorpresa cuando les escriba y firme como Lydia Wickham. ¡Qué broma más graciosa será! La risa casi me impide escribir. Te suplico que me excuses con Pratt por no cumplir con mi promesa de bailar con él esta noche; dile que espero que me dispense cuando lo sepa todo, y que bailaré con él con mucho gusto en la primera fiesta en que nos encontremos. Enviaré por mis vestidos cuando vaya a Longbourn; pero deseo que le digas a Sally que remiende mi traje de muselina bordada antes de que lo empaquetes. Adiós. Da mis recuerdos al coronel Forster. Supongo que brindarás por nuestro feliz viaje.

Tu afectísima amiga,

LYDIA BENNET.

—¡Oh, loca, loca Lydia! —exclamó Lizzy cuando hubo leído la carta—. ¡Escribir esto en semejante momento! Pero al menos demuestra que se tomaba en serio el

motivo de su viaje. Sea cual sea el propósito de él, el de ella no parece infamante. ¡Pobre papá! ¡Cómo lo habrá sentido!

—Jamás he visto a nadie tan disgustado. No pudo articular palabra durante diez minutos. Mamá se puso mala en el acto, y a partir de ese momento en la casa comenzó a reinar la confusión.

—¡Oh, Jane! —exclamó Lizzy—. ¿Hubo algún criado que no supiese la historia antes de acabar el día?

—No lo sé; creo que no. Pero ser reservado en tales circunstancias es muy difícil. Mamá estaba histérica, y yo trataba de prestarle toda la asistencia posible; pero temo no haber hecho todo lo que era debido. El horror ante lo que podía haber sucedido me privó prácticamente de mis facultades.

—No te ha hecho ningún bien tener que cuidar de ella; no tienes buen semblante. ¡Ojalá hubiera estado yo contigo!

—Mary y Kitty han estado muy cariñosas, y estoy convencida de que habrían compartido tan penosa carga; pero no lo creí conveniente para ninguna de las dos. Mary estudia tanto, que sus horas de reposo no deben ser interrumpidas. Tía Philips vino a Longbourn el martes, después de que papá se hubo marchado, y tuvo la bondad de permanecer conmigo hasta el jueves. Fue de gran ayuda para nosotras. Y lady Lucas ha sido muy amable: vino el viernes por la mañana para compadecernos y ofrecernos sus servicios o los de alguna de sus hijas si lo creíamos necesario.

—Mejor habría sido que se quedase en casa —repuso Lizzy—; acaso sus intenciones fueran buenas, pero en desgracias como ésta se debe ver muy poco a los vecinos. La asistencia es imposible; la compasión, intolerable. Que lo celebren, si quieren, pero que se mantengan a distancia.

Después preguntó a su hermana sobre las medidas que proyectaba tomar su padre, cuando estuviese en la capital, para rescatar a su hija.

—Creo que piensa ir a Epson —contestó Jane—, pues allí fue donde cambiaron de caballos por última vez. Su intención interrogar a los postillones a fin de averiguar el número del coche de alquiler en que salieron desde Londres, y como papá opina que el hecho de que un caballero y una dama se muden de coche ha de llamar necesariamente la atención, intenta hacer algunas averiguaciones en Clapham. Por si le era dado descubrir de algún modo en qué casa había dejado antes el cochero a sus clientes, determinó investigar allí, con la esperanza de que no le sea difícil dar con la posada y con el número del coche. Desconozco si tiene otros proyectos, pues se marchó con tal prisa que sólo pude averiguar lo que te he dicho.

Todos esperaban recibir carta de Mr. Bennet a la mañana siguiente, pero llegó el correo sin traer una sola línea suya. Todos en su familia sabían que era remiso a escribir, pero habían confiado en que dadas las circunstancias, haría un esfuerzo. Por consiguiente, se vieron obligadas a deducir que no debía de tener ninguna noticia favorable, aunque incluso de eso habrían deseado cerciorarse. Mr. Gardiner sólo había aguardado esa posible carta antes de partir.

Cuando se hubo marchado, los demás tuvieron la seguridad de que recibirían por lo menos información constante de lo que pasaba, y Mr. Gardiner les prometió persuadir a Mr. Bennet de que regresase a Longbourn tan pronto como pudiera, para consuelo de su hermana, quien consideraba tal cosa como la única garantía de que su marido no muriese en duelo.

Mrs. Gardiner y sus hijos iban a permanecer en el condado de Hertford algunos días más, pues aquélla juzgaba su presencia útil a sus sobrinas. Alternaba con éstas en la asistencia a Mrs. Bennet y les era de gran alivio en las horas de ocio. Su otra tía también las visitaba a menudo, siempre, como decía, para levantarles el ánimo y darles bríos; pero como nunca dejaba de contarles alguna nueva muestra de las extravagancias o el desorden moral de Wickham, rara vez se marchaba sin dejarlas más desalentadas de lo que las había encontrado.

Todo Meryton parecía empeñado en dejar malparado al hombre que sólo tres meses antes era considerado una especie de ángel de luz. Se decía que había dejado deudas con todos los comercios de la localidad, a cuyos dueños había embaucado. Todos afirmaban que era el joven más malvado del mundo y comenzaron a decir que siempre habían desconfiado de su apariencia de bondad. Lizzy, aun cuando no daba crédito a la mitad de lo que se rumoreaba, creía lo bastante para reafirmar su primitiva convicción en la ruina de su hermana, y hasta Jane comenzó a mostrarse desesperanzada, sobre todo al pensar que en el caso de que hubiesen ido a Escocia, deberían haberse recibido noticias de ellos.

Mr. Gardiner salió de Longbourn el domingo, y el martes su mujer recibió carta. En ella decía, que había dado muy pronto con Mr. Bennet y lo había convencido de que regresara a su casa; que Mr. Bennet había estado en Epsom y en Clapham antes de llegar él, pero que no había obtenido ninguna noticia favorable, y que ahora se encontraba decidido a preguntar en todas las principales posadas de la capital, ya que su cuñado creía posible que se hubieran albergado en alguna a su llegada a Londres, antes de procurarse otro alojamiento. Mr. Gardiner no esperaba ningún resultado de tal medida, pero como Mr. Bennet estaba ansioso de tomarla, pensaba ayudarlo en la empresa. Añadía que éste era muy poco partidario de dejar Londres, al menos por el momento, y prometía escribir en breve. Había también una posdata que rezaba:

He escrito al coronel Forster suplicándole que averigüe por alguno de los íntimos del regimiento si Wickham cuenta con algunos parientes o amistades que sepan en qué parte de la capital puede estar oculto. Si hubiera alguien a quien pudiera acudir para obtener alguna pista, tal vez podríamos orientarnos. Por ahora nada tenemos que nos guíe. Estoy seguro de que el coronel Forster hará cuanto esté en su mano para satisfacernos, pero se me ocurre que quizá Lizzy pudiera señalarnos mejor que nadie si Wickham tiene parientes en la actualidad.

Lizzy comprendió al instante el motivo de semejante alusión, pero no podía dar ninguna información satisfactoria. Jamás había oído si tenía parientes, excepto su padre y su madre, muertos hacía muchos años. Sin embargo, era probable que alguno de los compañeros de regimiento pudiera dar más informes, y aun cuando no lo creía factible, consideraba que no estaba de más hacer la prueba.

En Longbourn los días transcurrían en medio de una gran ansiedad, sobre todo cuando se aguardaba la llegada del correo. Por carta se había de comunicar lo que hubiera que decir de bueno o de malo, y cada día que transcurría se esperaba alguna noticia de importancia.

Pero antes de que volvieran a saber de Mr. Gardiner, llegó para Mr. Bennet una misiva de Mr. Collins; y como Jane había recibido orden de abrir la correspondencia enviada a su padre en ausencia de éste, la leyó. Lizzy, que sabía cuán estrafalarias eran siempre tales epístolas, mirando por encima del hombro de su hermana, la leyó también. Era como sigue:

Mi querido primo:

Me siento llamado por nuestro parentesco y por mi situación en la vida a compadeceros por la penosa contrariedad que os aflige, de la cual fuimos informados por una carta fechada en ese condado. Ten por cierto, querido, que Mrs. Collins y yo os acompañamos en el sentimiento a ti y a tu respetable familia en tan desdichado trance, que tiene que ser de los más amargos, ya que ni el tiempo puede borrar la causa que lo ha producido. No se han de esperar de mí argumentos que puedan aliviar tan seria desventura o consolar en circunstancias que han de ser más aflictivas para un padre que para todos los demás. La muerte de una hija habría sido una bendición en comparación con esto. Y hay que lamentarlo más, ya que existen motivos para suponer, como mi querida Charlotte me comunica, que conducta tan licenciosa por parte de tu hija es el resultado de un erróneo grado de indulgencia; aunque, para consuelo tuyo y de tu esposa, me incline a pensar que el temperamento de tu hija sin duda la hace proclive a tales acciones deplorables, pues de otra forma no habría sido capaz de tamaña desvergüenza a edad tan temprana. Sea como sea, eres, por desgracia, de compadecer; opinión con la cual coincide no sólo Mrs. Collins, sino también lady Catherine y su hija, a quienes he contado el hecho. Conviene conmigo en que ese paso en falso de una hija será perjudicial para la suerte de las demás; porque, ¿quién, como la propia lady Catherine dice afablemente, querrá unirse a semejante familia? Y esta consideración me lleva, además, a recordar con mayor satisfacción cierto suceso del pasado noviembre, pues si la cosa hubiese sido de otro modo, me habría visto involucrado en vuestra tristeza y desgracia. Permíteme, pues, que te advierta, querido primo, que te consueles cuanto sea posible, que arranques a tu indigna hija de tu estimación para siempre, dejándola coger el fruto de tan detestable ofensa.

Quedo, querido, etc., etc.

Mr. Gardiner no volvió a escribir hasta haber recibido contestación del coronel Forster, y entonces nada placentero pudo comunicar. No se sabía que Wickham tuviese un solo pariente con quien se relacionara, y se daba por cierto que ningún miembro de su familia vivía ya. En un tiempo había tenido numerosas amistades, pero desde su ingreso en la milicia no parecía que se tratara mucho con ninguna de

ellas. No había, por consiguiente, quien pudiese ser juzgado apto para suministrar noticias de él. Y en el desdichado asunto de sus intereses había un poderoso motivo para el secreto, que se sumaba al temor de ser descubierto por la familia de Lydia, pues acababa de descubrirse que había dejado tras de sí deudas de juego en cantidad considerable. El coronel Forster opinaba que serían necesarias más de mil libras para satisfacer sus gastos en Brighton. Mucho debía en la ciudad; pero sus deudas de honor eran aún más formidables. Mr. Gardiner no osó ocultar esas particularidades a la familia de Longbourn. Jane las oyó con horror.

—¡Tramposo! —exclamó—; eso sí que no me lo esperaba. No tenía idea de ello.

Añadía Mr. Gardiner que Mr. Bennet estaría de regreso al día siguiente, sábado. Desanimado por la falta de éxito de sus pesquisas, había accedido a las sugerencias de su cuñado en el sentido de que volviera con su familia, y que dejara que él hiciera lo que considerase conveniente a partir de ese momento. Cuando Mrs. Bennet fue informada de esto, no expresó tanta satisfacción como sus hijas esperaban, teniendo en cuenta lo mucho que había temido por la vida de su esposo.

—¡Vuelve a casa, y sin la pobre Lydia! —exclamó—. Seguro que no abandonará Londres hasta haberlos encontrado. Si él regresa, ¿quién se batirá con Wickham y lo obligará a casarse con mi hija?

Como Mrs. Gardiner deseaba verse de nuevo en su casa, se convino que fuera con sus hijos a Londres al mismo tiempo que Mr. Bennet regresaba. Por consiguiente, el coche de la casa llevó a aquéllos y regresó con su dueño a Longbourn.

Volvía Mrs. Gardiner perpleja a causa de Lizzy y de su amigo del condado de Derby. Su sobrina no había pronunciado, al menos voluntariamente, el nombre de Darcy en presencia de ellos, y la clase de semiesperanza que se habían forjado de que tras ellos viniese alguna carta suya, se había desvanecido. Lizzy no había recibido desde su llegada ninguna que pudiera venir de Pemberley.

La desgraciada situación de la familia hacía innecesaria otra excusa para explicar el abatimiento de Lizzy; nada, por consiguiente, podía conjeturarse sobre el desagradable asunto, por más que la propia Lizzy, que por entonces conocía bastante bien sus propios sentimientos, supiese perfectamente que si no hubiera sabido nada de Darcy habría tolerado mejor los temores por la deshonra de Lydia. Pensaba que eso le habría ahorrado una o dos noches de insomnio.

Cuando Mr. Bennet llegó, tenía su habitual compostura de filósofo. Habló poco, como era típico de él, no mencionó el motivo que le había hecho regresar, y pasó un rato antes de que sus hijas se armaran de valor para hablar de tan desagradable asunto.

Sólo por la tarde, al reunirse a la hora del té, Lizzy se aventuró a sacar el tema a colación, y entonces, tras expresar brevemente su pena por lo que había tenido que sufrir, contestó:

—No digas eso. ¿Quién merece sufrir sino yo? Ha sido mi propia obra y he de lamentarme de ello.

—No debes ser tan severo contigo mismo —replicó Lizzy.

—Bien puedes hacerme advertencias sobre males tan grandes. ¡La naturaleza humana es tan propensa a caer en ellos! No, querida Lizzy, deja que por una vez en la vida me censure por lo que he hecho. No temo verme abrumado por la impresión; pasará pronto.

—¿Supones que están en Londres?

—Sí; ¿dónde si no podrían seguir tan ocultos?

—Y Lydia deseaba ir a Londres —añadió Kitty.

—En ese caso, debe de sentirse feliz —dijo su padre con retintín—, y es de suponer que su estancia allí dure bastante. —Después de un corto silencio prosiguió —: Lizzy, no te guardo rencor por el consejo que me diste el pasado mayo; lo ocurrido revela que tenías razón.

Fueron interrumpidos por Jane, que venía a buscar el té para su madre.

—¡He ahí una cosa que sienta bien —exclamó él—, que presta cierta elegancia a nuestra desdicha! Otro día yo también lo haré; me quedaré en mi biblioteca con mi gorro de dormir y mi bata y os proporcionaré todo el quehacer que me sea posible, o acaso espere para hacerlo a que Kitty se fugue.

—Yo nunca me fugaré, papá —dijo Kitty, colérica—. Si yo hubiera ido a Brighton me habría portado mejor que Lydia.

—¡Ir tú a Brighton! ¡No me fiaría de ti, ni en un sitio tan próximo como Eastbourne, por cincuenta libras! No, Kitty. Al fin he aprendido a ser cauto, y tú sentirás los efectos. Ningún oficial volverá a entrar en mi casa. Los bailes quedan prohibidos, a menos que asistáis a ellos con una de vuestras hermanas, y jamás iréis más allá de la puerta de casa sin haber demostrado capacidad para ser razonables al menos diez minutos cada día.

Kitty, que tomó en serio las amenazas, comenzó a llorar.

—Bien, bien —dijo él—; no te alarmes tanto. Si eres buena muchacha durante los próximos diez años, al final te llevaré a ver un desfile militar.

Dos días después del regreso de Mr. Bennet, mientras Jane y Lizzy paseaban juntas por el jardín de la parte posterior de la casa, vieron al ama de llaves acercarse a ellas, y calculando que venía a darles un recado de parte de su madre, corrieron a su encuentro; pero en vez del aviso esperado, la mujer dijo a Jane:

—Dispense usted, señorita, que la interrumpa; he supuesto que podría tener alguna buena noticia de la capital y por eso me he tomado la libertad de venir a preguntárselo.

—¿Qué dice usted, Hill? No he sabido nada.

—Querida señorita —exclamó Mrs. Hill, asombrada—, ¿ignora usted que ha venido un hombre enviado por Mr. Gardiner con carta para el amo?

Corrieron las muchachas hacia la casa, cruzaron el vestíbulo y se dirigieron hacia la biblioteca, pero su padre no estaba allí, y ya iban a subir al piso superior, donde estaba su madre, cuando toparon con el mayordomo, quien les dijo:

—Si buscan ustedes al amo, señoritas, lo encontrarán paseando por el sotillo.

Con tales informes volvieron a cruzar el vestíbulo y salieron en busca de su padre, quien, deliberadamente, seguía su camino hacia un bosquecillo al lado de la cerca.

Jane, que no era tan rápida ni estaba acostumbrada a correr como Lizzy, quedó rezagada, mientras ésta llegaba jadeante y exclamaba con ansiedad:

—Papá, ¿qué noticias hay? ¿Has sabido algo de mi tío?

—Sí, ha enviado un recadero con una carta suya.

—Bien, y ¿qué noticias trae, buenas o malas?

—¿Qué podía esperarse de bueno? —dijo al tiempo que sacaba la carta del bolsillo—. Pero tal vez os plazca leerla.

Lizzy la cogió con impaciencia; en ese momento llegó Jane.

—Léela en voz alta —dijo Mr. Bennet—, porque yo mismo apenas sé de qué trata.

Gracechurch Street  
Lunes 2 de agosto

Mi querido hermano:

Al fin puedo enviarte noticias de mi sobrina, y espero que las encuentres satisfactorias. Poco después de que me dejases el sábado, tuve la suerte de averiguar en qué parte de Londres estaban. Los detalles los reservo para cuando nos veamos; baste saber que han sido descubiertos. Los he visto a ambos.

—Entonces es lo que siempre he creído —exclamó Jane—. ¡Están casados!

Lizzy continuó leyendo:

Los he visto a ambos. No están casados, ni existe motivo que me haga sospechar que tuvieran intención de estarlo. Pero si quieres llevar a efecto los compromisos que me he aventurado a proponer de tu parte, creo que no pasará mucho sin que lo estén. Cuanto se requiere de ti es asegurar a tu hija como dote la parte que le corresponde de las cinco mil libras aseguradas para tus hijas después de tu muerte y la

de mi hermana, y comprometerte, además, a darle durante tu vida cien libras anuales. Ésas son las condiciones, que, considerando las circunstancias, no he dudado en aceptar en tu nombre. Envío ésta por un recadero, pues tu respuesta ha de llegar cuanto antes. Comprenderás por estos detalles que la situación de Mr. Wickham no es tan desesperada como se creía. La gente se ha equivocado al respecto, y me considero dichoso al decir que, aun satisfechas todas sus deudas, habrá algún dinerillo para dotar a mi sobrina, como adición a la propia fortuna de ésta. Si, como calculo que sucederá, me envías plenos poderes para obrar en tu nombre, daré de inmediato órdenes a Haggerston relativas a la redacción del oportuno contrato. No hay necesidad de que vuelvas a la capital; por consiguiente, quédate tranquilo en Longbourn y confía en mi diligencia y celo. Remite tu contestación tan pronto como puedas, y cuida de escribir con claridad. Hemos juzgado lo mejor que mi sobrina contraiga matrimonio y salga de esta casa, lo que espero aprobarás. Hoy vendrá. Volveré a escribir tan pronto como se determine algo más.

Tu, etc.

EDW. GARDINER.

—¿Es posible? —exclamó Lizzy cuando hubo acabado—. ¿Es posible que se case con ella?

—Wickham, por lo tanto —dijo su hermana—, no es tan indigno como hemos creído. Querido papá, te doy la enhorabuena.

—¿Y has contestado a la carta? —preguntó Lizzy.

—No; pero tendré que hacerlo cuanto antes.

Con la mayor vehemencia, Lizzy le rogó que no lo demorara por más tiempo.

—Querido papá —exclamó—, vuelve a casa y ponte a escribir de inmediato. Considera cuán importante es cada momento en estas circunstancias.

—Déjame escribir por ti —dijo Jane—, si no quieres hacerlo.

Y dicho eso, regresó con ellas a la casa.

—Y supongo —añadió Lizzy—, que aceptarás las condiciones.

—¡Aceptar! Sólo me avergüenzo de que pida tan poco.

—¡Y ha de casarse con semejante hombre!

—Sí, se casarán. No puede hacer otra cosa. Pero hay dos puntos que necesito aclarar; uno, cuánto dinero ha adelantado tu tío para resolver eso, y otro, cómo se lo pagaré.

—¡Dinero! ¡Mi tío! —exclamó Jane—. ¿Qué quieres decir?

—Digo que no hay hombre en sus cabales que se case con Lydia por la tentación de una cantidad como cien libras anuales durante mi vida y cincuenta tras mi muerte.

—Es muy cierto —dijo Lizzy—; no se me había ocurrido. Pagaré sus deudas y aún quedará algo. Eso debe de ser obra de mi tío. ¡Oh, qué bueno y generoso es! Temo que se haya arruinado; es imposible lograr semejante cosa con tan poco dinero.

—No —dijo su padre—. Wickham sería un loco si la aceptase por un céntimo menos que diez mil libras. Lamentaría pensar tan mal de él en el momento en que comienza nuestro parentesco.

—¡Diez mil libras! ¡No lo quiera el Cielo! ¿Cómo se podría pagar siquiera la mitad de esa cantidad?

Mr. Bennet no respondió, y sumidos los tres en sus pensamientos continuaron en silencio hasta llegar a la casa. El padre entró en la biblioteca para escribir, y las



muchachas se dirigieron hacia la salita de almorzar.

—¡Y es cierto que van a casarse! —exclamó Lizzy en cuanto se vieron solas—. ¡Qué extraño! ¡Y habremos de dar gracias! A pesar de lo escasa que es la probabilidad de dicha boda y lo malvado del carácter de él, no podremos por menos que alegrarnos de que estén casados. ¡Oh, Lydia!

—Me consuelo al pensar —dijo Jane— que de seguro no se habría casado con Lydia si no hubiera sentido verdadero interés por ella. Aunque nuestro generoso tío haya hecho algo para librarlo de sus deudas, no puedo creer que haya adelantado diez mil libras, ni nada que se le parezca. Tiene hijos, y aún puede tener más. ¿Cómo ahorraría la mitad de esa suma?

—Si pudiésemos averiguar a cuánto ascienden las deudas de Wickham —dijo Lizzy— y la dote que se ha fijado a nuestra hermana, sabríamos con exactitud qué ha hecho Mr. Gardiner por ellos, pues Wickham no posee ni medio chelín. La bondad de mi tío no se podrá pagar jamás. El llevarla a vivir a su casa y ponerla bajo su tutela y auxilio personal es sacrificio tal, que años de gratitud no bastarán para reconocerlo. Si tanta bondad no la hace ahora desdichada, nunca podrá ser feliz. Quisiera saber cómo se sintió al encontrarse con su tía.

—Ambas partes hemos de procurar olvidar cuanto ha pasado —dijo Jane—. Confío en que todavía puedan ser dichosos. En mi opinión el que haya consentido en casarse con Lydia es prueba de que empieza a ser juicioso. El amor que tengan el uno por el otro los hará ser prudentes, y me atrevo a creer que los tornará tan razonables que con el tiempo les hará olvidar su pasada imprudencia.

—Su proceder ha sido tal —contestó Lizzy—, que ni tú ni yo ni nadie podrá olvidarlo nunca. Es inútil hablar de ello.

En ese momento a las muchachas se les ocurrió que su madre seguramente ignoraría por completo lo que pasaba. Fueron, pues, a la biblioteca y preguntaron a su padre si no deseaba que se lo hicieran saber. Él estaba escribiendo, y sin levantar la cabeza respondió con frialdad:

—Como queráis.

—¿Podemos coger la carta de nuestro tío para leérsela?

—Coged lo que gustéis, y marchaos.

Lizzy cogió del escritorio la carta, y las dos hermanas subieron a la habitación de su madre. Mary y Kitty estaban con ella, y por consiguiente al comunicarlo a una se enteraba a todas. Tras una ligera preparación para las buenas nuevas, la carta fue leída en voz alta. Mrs. Bennet apenas podía contenerse durante la lectura, y así, en cuanto Jane comunicó las esperanzas de Mr. Gardiner de que Lydia se viese pronto casada, estalló su alegría, y todas las frases siguientes no hicieron sino aumentarla. Más exaltada estaba ahora por la satisfacción que antes por la angustia y el pesar. Saber que su hija iba a casarse, le bastaba. No se turbó con el temor de que no fuera feliz ni se consideró humillada con recuerdo alguno de su mal proceder.

—¡Mi querida, mi querida Lydia! —exclamó—. ¡Es una verdadera delicia! ¡Estará casada! ¡Volveré a verla! ¡Casada a los dieciséis años! ¡Oh, bueno y cariñoso hermano! ¡Ya sabía yo lo que había de suceder; ya sabía que todo se arreglaría! ¡Cuánto ansío verla! ¡Y también a Wickham! ¡Pero los trajes, los trajes de boda! Escribiré directamente a mi hermano Gardiner sobre eso. Lizzy, querida, corre a preguntarle a tu padre cuánto va a darle. Espera, espera, voy yo misma. Toca la campanilla, Kitty, para que venga Hill. Me vestiré de inmediato. ¡Mi querida, mi querida Lydia! ¡Qué contentas estaremos cuando nos veamos!

Jane trató de imponer un poco de moderación a su madre, dirigiendo sus pensamientos hacia la gratitud que todos debían a Mr. Gardiner por su generosa ayuda.

—Porque hemos de atribuir este feliz desenlace —añadió—, en gran parte, a su bondad. Estamos persuadidas de que se ha brindado a auxiliar con dinero a Wickham.

—Bien —exclamó Mrs. Bennet—; es muy natural. ¿Quién lo había de hacer sino tu tío? Si no hubiera tenido familia habríamos poseído su fortuna, ya lo sabéis, y ésta es la primera vez que hemos recibido algo de él, fuera de algunos regalos. Bien; ¡soy tan feliz! Dentro de poco tendré una hija casada, ¡Mrs. Wickham! ¡Qué bien suena eso! Y sólo cumplió dieciséis años el pasado junio. Querida Jane, estoy tan emocionada que sé que no podré escribir; así que yo dictaré y tú escribirás por mí. Después determinaremos con tu padre lo relativo al dinero. Pero las otras cosas hay que arreglarlas cuanto antes.

A continuación se extendió sobre los detalles de los percales, las muselinas y las batistas, y habría dictado algunas órdenes, de no haberla persuadido Jane, aunque con cierta dificultad, a que esperase a consultar con sosiego a su padre. Hizo notar que un día de dilación poco importaba; por fortuna, su madre estaba demasiado feliz para mostrarse obstinada como de costumbre. Además, tenía otros planes en mente.

—En cuanto me vista iré a Meryton —dijo— a comunicar tan excelentes nuevas a mi hermana Philips. Y al regreso visitaré a lady Lucas y a Mrs. Long. ¡Kitty, baja corriendo y pide el coche! Estoy segura de que tomar el aire me hará mucho bien. Niñas, ¿puedo hacer algo por vosotras en Meryton? ¡Oh! Aquí viene Hill. Querida Hill, ¿ha oído usted las buenas noticias? Miss Lydia va a casarse, y todas ustedes tendrán un bol de ponche que las alegre en la boda.

Mrs. Hill expresó al instante su satisfacción. Lizzy recibió sus felicitaciones, como las demás, y luego, cansada de tanta excitación, se refugió en su cuarto para pensar con libertad.

La situación de la pobre Lydia habría de ser, en el mejor de los casos, bastante mala. Pero no era lo peor, pues, además, tenía que quedar agradecida. Así lo creía Lizzy, y aunque pensando en el porvenir no podía esperar para su hermana ni dicha razonable ni una vida próspera, al recordar los temores que había tenido hasta hacía sólo dos horas, comprendió todas las ventajas de lo que había ganado.

Mr. Bennet había deseado muchas veces, antes de este conflicto, ahorrar cierta cantidad anual para mejorar el legado a sus hijas y su mujer si le sobrevivían, en vez de gastar todos sus ingresos, y ahora más que nunca se lamentaba de no haberlo hecho. Si hubiera procedido así, Lydia no necesitaría estar en deuda con su tío, tanto en cuestión de honra como de crédito. La idea de tentar a alguno de los más valiosos jóvenes de Gran Bretaña a que fuese su marido, no habría sido en absoluto descabellada.

Le preocupaba profundamente el que un asunto de tan escasa ventaja para nadie estuviese a punto de resolverse por obra de su cuñado, por lo que estaba decidido a averiguar, en la medida de lo posible, el importe por éste prestado y liquidar la deuda en cuanto estuviera en condiciones de hacerlo.

En los primeros tiempos de su matrimonio, Mr. Bennet había considerado inútil ahorrar, porque como era natural, tendría un hijo varón, quien heredaría el vínculo al llegar a la edad necesaria, y la viuda y las hijas menores quedarían así aseguradas. Pero vinieron al mundo, sucesivamente, tres hijas, y el varón todavía estaba por nacer; y aunque Mrs. Bennet, tres años después del nacimiento de Lydia, tenía por seguro que vendría, al fin perdió las esperanzas. Pero era ya demasiado tarde: Mrs. Bennet carecía de la virtud del ahorro, y sólo el amor de su marido a la independencia evitó que la totalidad de la renta de que disfrutaban fuese derrochada.

Cinco mil libras aseguraban las cláusulas matrimoniales a Mrs. Bennet y sus hijas; pero de la voluntad de los padres dependía la distribución de las mismas. Por fin, este punto iba a decidirse, sobre todo en lo que se refería a Lydia, y Mrs. Bennet no vaciló en acceder a lo propuesto. En términos, pues, de grato reconocimiento por la bondad de su hermano, aunque expresado todo muy concisamente, confió al papel su completa aprobación de todo lo hecho y su voluntad de cumplir con los compromisos contraídos en su nombre. Antes, jamás había imaginado que, si se podía persuadir a Wickham de casarse con su hija, esto se hubiera realizado con tan poco perjuicio para él como se derivaba del arreglo concertado. Diez libras anuales era todo lo que iba a perder al dar las cien que imponía el contrato, pues contando los gastos de manutención, el dinero de bolsillo y los continuos regalos en metálico que le hacía su madre, el gasto de Lydia prácticamente alcanzaba dicha suma.

Otra sorpresa agradable para Mr. Bennet fue que todo se había hecho sin que apenas supusiese molestia para él, pues su principal deseo siempre había sido que nadie perturbara sus asuntos. Pasado el primer impulso de ira, que había dado como fruto sus pesquisas, volvió de nuevo, como era de esperar, a su habitual indolencia. Despachó pronto la carta, porque, aunque lento en emprender asuntos, era rápido en su ejecución. En ella suplicaba más detalles a su cuñado acerca de lo que le debía, pero estaba demasiado resentido con Lydia para enviar recuerdos a ésta.

Las buenas nuevas corrieron velozmente por la casa y con relativa prontitud por la vecindad. Ciertamente que habría sido más ventajoso para los afectos al cotilleo que Miss Lydia Bennet hubiera venido de la ciudad, o mejor aún, hubiera sido recluida en alguna granja distante; pero había mucho que charlar sobre su matrimonio; y los buenos deseos de que le fuese bien, antes expresados por todas las comadres de Meryton, perdieron muy poco de su viveza por ese cambio de circunstancias, porque con semejante marido la desgracia se daba por segura.

Hacía quince días que Mrs. Bennet no bajaba de sus habitaciones, pero en día tan feliz volvió a ocupar su sitio a la cabecera de la mesa con ánimo radiante. No ensombrecía su triunfo ningún sentimiento de vergüenza. El matrimonio de una hija, principal objeto de sus anhelos desde que Jane había cumplido dieciséis años, iba ahora a celebrarse, y sus pensamientos y sus palabras sólo se referían a cosas relacionadas con bodas elegantes, muselinas finas y nuevos y numerosos criados. Se hallaba ocupadísima buscando en la vecindad vivienda conveniente para su hija, y sin saber ni considerar cuáles podían ser los ingresos de que ésta dispusiese, rechazó muchas por falta de amplitud o de ostentación.

—Nos convendría Haye Park —decía—, claro está, si los Goulding lo dejaran, o la casa de Stoke si el salón fuera más grande, ¡pero Ashworth está demasiado lejos! No resistiría tenerla a diez millas; y en cuanto a Purvis Lodge, las buhardillas son horribles.

Su marido la dejaba hablar mientras los criados estaban presentes. Pero cuando se marcharon, le dijo:

—Antes de alquilar alguna de esas casas, o todas ellas, para tu hija, quiero dejar algo bien sentado. En esta vecindad hay una casa donde nunca serán admitidos. No daré alas a la imprudencia de ninguno de los dos admitiéndolos en Longbourn.

Larga disputa siguió a esta declaración, pero Mr. Bennet se mantuvo firme. De este punto se pasó a otro, y Mrs. Bennet comprobó con asombro y horror que su marido no quería adelantar ni una guinea para comprar vestidos a su hija, pues en esta ocasión no pensaba dar a su hija la menor prueba de afecto. Mrs. Bennet no podía comprenderlo, excedía a cuanto imaginaba posible el que la ira de su marido alcanzase tan inconcebible grado de resentimiento como para negar a Lydia un privilegio sin el cual su matrimonio apenas parecería válido. Era más sensible a la desgracia que la falta de vestidos reportaría a la boda de su hija, que a la vergüenza por la fuga de ésta con Wickham, quince días antes de celebrarse semejante boda.

Lizzy lamentaba ahora profundamente el haber hecho partícipe a Darcy, impelida por el pesar del momento, de los temores por su hermana, pues ya que el casamiento iba a dar en breve feliz término a la fuga, debía suponerse que se ocultarían los desfavorables comienzos del asunto a cuantos el caso no afectara directamente.

Sabía que él no lo divulgaría. Pocas personas había en cuya discreción hubiera confiado más, pero, al mismo tiempo, no había nadie cuyo conocimiento de la flaqueza de su hermana la hubiera mortificado tanto, y no por temor a que esto

supusiese alguna desventaja para ella, porque, de todos modos, parecía mediar entre ambos un abismo invencible. Aun habiéndose arreglado el matrimonio de Lydia de la manera más honrosa, no era dado suponer que Darcy quisiera ingresar en una familia que a sus demás defectos añadía ahora la alianza y parentesco más íntimo con el hombre que con tanta justicia había despreciado.

Ante una cosa así no podía extrañarle que desistiera. El deseo de granjearse su afecto, del cual ella se había percatado juzgando los sentimientos de él en el condado de Derby, no podía sobrevivir razonablemente a semejante golpe. Se sentía, pues, humillada y triste, y arrepentida, aunque no sabía exactamente de qué. Ansiaba su estima cuando ya no podía esperar obtenerla; necesitaba oírlo cuando no parecía existir la menor probabilidad de avenencia; estaba convencida de que habría sido dichosa a su lado, cuando no era probable que se produjera un nuevo encuentro entre ambos.

¡Qué triunfo para él, pensaba a menudo, si supiera que las proposiciones que sólo hace cuatro meses desprecié con orgullo serían ahora alegre y gratamente recibidas!

No dudaba de la generosidad y lealtad de Darcy, pero mientras viviese, aquello tenía que constituir un triunfo para él.

Lizzy empezó a comprender que él era el hombre que por su situación y talento más le habría convenido. Su inteligencia y su temperamento, aunque muy distintos de los de ella, habrían colmado sus deseos. Habría sido una unión ventajosa para ambos: con la soltura y viveza de ella el carácter de él se hubiese dulcificado y sus modales mejorado, y del juicio, cultura y conocimiento del mundo que él poseía ella hubiese recibido importantes beneficios.

Pero semejante matrimonio no habría de mostrar a la admirada multitud en qué consistía la felicidad conyugal; iba a efectuarse en su familia otra unión diferente, que excluía la posibilidad de la primera.

No podía imaginar de qué modo Wickham y Lydia podrían sostenerse con aceptable independencia económica, y preveía con claridad la escasa dicha de que iba a gozar una pareja unida sólo porque sus pasiones eran más fuertes que su virtud.

Mr. Gardiner volvió a escribir pronto a su cuñado. Al agradecimiento de Mr. Bennet contestaba brevemente, asegurando su deseo de contribuir al bienestar de todos los miembros de su familia, y concluía solicitando que el asunto no volviera a mencionarse. El principal objeto de la carta era informarle de que Wickham había resuelto abandonar la milicia y añadía:

Mucho deseaba yo que así fuera en cuanto quedó concertado el matrimonio, y creo que convendrás conmigo en que la decisión de abandonar ese cuerpo es muy provechosa tanto para él como para mi sobrina. La intención de Mr. Wickham es entrar en el Ejército regular, y entre sus antiguos amigos hay todavía quien puede y quiere ayudarlo a conseguirlo. Se le ha prometido el grado de alférez en el regimiento del general \*\*\*, ahora acuartelado en el Norte. Es una ventaja tenerlo tan lejos de esta parte del reino. Él promete resueltamente, y espero que así sea, que viéndose entre otra gente, ante la cual ambos deberán conservar su reputación, serán más prudentes. He escrito al coronel Forster participándole nuestros arreglos y suplicándole que satisfaga a los acreedores de Mr. Wickham en Brighton y sus cercanías con seguridades de inmediato pago, al que me he comprometido. ¿Quieres tomarte la molestia de

llevar iguales seguridades a los de Meryton, de los que te adjunto una lista de acuerdo con la información facilitada por el propio interesado? Nos ha confesado todas sus deudas, y espero que no nos haya engañado. Haggerston tiene nuestras instrucciones, y todo habrá concluido en una semana. Entonces se unirá al regimiento, a no ser que primero se lo invite a Longbourn. Sé por Mrs. Gardiner que su sobrina abraza verdaderos deseos de veros a todos antes de dejar el Sur. Se encuentra bien y suplica que os acordéis de ella tú y su madre.

Tu, etc.

EDW. GARDINER.

Mr. Bennet y sus hijas comprendieron las ventajas de la salida de Wickham del condado, con tanta claridad como lo había visto Mr. Gardiner. Pero Mrs. Bennet se sintió decepcionada. El que Lydia se estableciera en el Norte, precisamente cuando ella había esperado que se estableciese cerca de Longbourn, le disgustaba, pues había deseado disfrutar de su compañía. Además, era una verdadera lástima que Lydia se alejara de un regimiento donde todos la conocían y admiraban.

—Quiere tanto a Mrs. Forster —decía— que le será horrible dejarla. Además, hay varios muchachos que le gustan mucho. En el regimiento del general \*\*\* los oficiales no serán tan simpáticos.

La súplica de su hija —pues como tal había que considerarla— de ser recibida por la familia antes de partir rumbo al Norte recibió rotunda negativa por parte de Mr. Bennet. Pero Lizzy y Jane, suplicaron a éste con tanta insistencia y tan acertados razonamientos, que él acabó por pensar y desear lo mismo que ellas. Así, Mrs. Bennet tuvo la satisfacción de saber que podría presentar a la vecindad a su hija casada antes de que ésta partiera hacia su destierro en el Norte. En consecuencia, cuando Mr. Bennet volvió a escribir a su cuñado, dio su permiso para que viniesen los novios, decidiéndose que en cuanto acabase la ceremonia saldrían para Longbourn. A Lizzy le sorprendió que Wickham aceptase semejante plan, y, de haberse dejado llevar por su propio deseo, no habría deseado volver a verlo.

El día de la boda de Lydia llegó, y Jane y Lizzy se interesaron por ésta más, probablemente, que aquélla. Se envió el coche para que los recogiera en \*\*\*, y se los esperaba a la hora de comer. De su llegada dieron aviso las hermanas mayores, y en especial Jane, quien suponía en Lydia los mismos sentimientos que a ella le habrían embargado si hubiera sido la culpable, y se hallaba muy apenada pensando en lo que su hermana debía de sufrir.

Llegaron. La familia estaba reunida en la salita de almorzar para recibirles. La sonrisa adornaba el rostro de Mrs. Bennet cuando el coche se detuvo a la puerta; su marido se veía muy serio; sus hijas, alarmadas, ansiosas, inquietas.

Se oyó la voz de Lydia en el vestíbulo; se abrió la puerta y corrió al encuentro de su madre, que la abrazó y le dio con entusiasmo la bienvenida; ofreció con afectuosa sonrisa su mano a Wickham, que seguía a su mujer, deseando felicidad a ambos con una alegría que no dejaba duda sobre su dicha.

El recibimiento no fue tan cordial por parte de Mr. Bennet, hacia quien luego se volvieron. El aspecto de éste más bien ganó en austeridad, y apenas abrió los labios. El tranquilo descaro de la joven pareja era, en verdad, suficiente para provocarlo. Lizzy se sintió disgustada, y Jane asustada de lo que veía. Lydia era Lydia: indómita, imprudente, atolondrada y atrevida. Fue de hermana en hermana pidiendo que la felicitaran, y cuando al cabo todos se sentaron, miró atentamente alrededor, tomó nota de ciertos cambios producidos en la estancia, y dijo, entre risas, que hacía mucho tiempo que no estaba allí.

Wickham tampoco parecía más triste que ella, pero sus modales siempre eran tan agradables, que si su carácter y su casamiento hubieran sido exactamente como debieran, sus sonrisas y sus desenvueltos ademanes al reclamar de sus cuñadas que lo trataran como a uno más de la familia, habrían agradado a todas éstas. Lizzy no lo hubiera creído capaz de semejante descaro, y al instante decidió no fijar en adelante límites a la desvergüenza de un hombre desvergonzado. Jane y ella se sonrojaron, pero las mejillas de los que causaban el sonrojo no experimentaron cambio alguno.

No faltó conversación. Ni la novia ni su marido podían hablar más deprisa, y Wickham, que finalmente se sentó al lado de Lizzy, comenzó a preguntar por sus conocidos de la vecindad con tanto aplomo y buen humor, que a ella le costó poder igualarlos al contestar. Ambos, Lydia y Wickham, parecían compartir los recuerdos más dichosos. Nada referente al pasado se evocaba con pena, y Lydia mencionó espontáneamente cosas que sus hermanas no se habrían atrevido a citar.

—¡Y pensar que sólo han transcurrido tres meses desde que me fui! —exclamó—. Parece que hayan transcurrido quince días, y, no obstante, han ocurrido bastantes cosas en ese tiempo. ¡Dios mío! Cuando me fui, no imaginé que al regresar estaría casada, aun cuando consideraba la idea muy divertida.

Su padre alzó los ojos, Jane se sintió afligida, Lizzy miró con severidad a Lydia, pero ésta, que nunca veía ni oía lo que no le interesaba, continuó alegremente:

—Mamá, ¿sabe la gente de por aquí que estoy casada? Temo que no, y por eso, cuando encontramos a William Goulding en su carromato decidí hacérselo saber; y así, bajé el cristal de la ventanilla, me quité el guante y dejé reposar mi mano justamente sobre el marco para que viese mi anillo; después lo saludé y sonreí, como dándoselo a entender.

Lizzy no pudo soportarlo más. Se levantó y salió de la estancia, y no volvió a reunirse con ellos hasta que oyó que pasaban por el vestíbulo en dirección al comedor. Al entrar, vio que Lydia se sentaba a la derecha de su madre, diciendo a su hermana mayor:

—Jane, ahora ocupo tu puesto; tú tienes que ir detrás, porque yo soy una mujer casada.

No había que suponer que el tiempo proporcionase a Lydia la cautela de que había carecido hasta el momento. Ansiaba ver a Mrs. Philips, a los Lucas, a todos los demás vecinos, y oír que todos la llamaran Mrs. Wickham. Apenas hubo comido, fue a mostrar su anillo, jactándose de estar casada, a Mrs. Hill y las dos criadas.

—Bien, mamá —dijo cuando volvieron a la salita de almorzar—; ¿qué piensas de mi marido? ¿No es un hombre encantador? Estoy segura de que mis hermanas me envidian; sólo deseo que sean la mitad de afortunadas que yo. Deben ir todas a Brighton: ése es el sitio para conseguir maridos. ¡Qué lástima, mamá, que no vayamos allí todos!

—Muy cierto; y si de mí dependiese, iríamos. Pero, querida Lydia, no me gusta que te vayas tan lejos. ¿Es preciso?

—¡Oh, claro que sí! Pero no importa; lo prefiero a cualquier otra cosa. Tú, papá y mis hermanas vendréis a vernos. Pasaremos el invierno en Newcastle, y me atrevo a asegurar que allí habrá algunos bailes. ¡Ya me ocuparé de conseguir buenas parejas para ellas!

—¡Sería fantástico!

—Y en ese caso, cuando regreséis podréis dejar con nosotros a una o dos de mis hermanas. Estoy segura de que antes de que termine el invierno encontrarán marido.

—Por mi parte, te agradezco la intención —dijo Lizzy—, pero no encuentro apropiado tu sistema de conseguir marido.

Los recién casados permanecerían en Longbourn unos diez días. Wickham había recibido su destino antes de dejar Londres y tenía que unirse a su regimiento al cabo de una quincena.

Nadie, excepto Mrs. Bennet, lamentaba que su estancia fuera tan breve, y empleó la mayor parte del tiempo en visitar vecinos con su hija y organizar frecuentes veladas en su casa. Semejantes reuniones eran gratas a todos; evitar el círculo de la familia era todavía más apetecible a los que reflexionaban que a los que no.



El afecto de Wickham por Lydia, tal como Lizzy había sospechado, no era igual al que ésta sentía por él. Lizzy apenas tuvo necesidad de observar a su hermana para comprender, por razón de los hechos mismos, que la fuga se había debido más al amor que ella sentía por él que a la inversa. Le había extrañado que Wickham se hubiese fugado con su hermana sin que estuviese profundamente enamorado, pero la difícil situación por la que atravesaba le había aconsejado hacerlo.

Lydia lo amaba con locura. Hablaba de su querido Wickham sin cesar, ningún hombre podía competir con él. A sus ojos, él todo lo hacía bien, y estaba segura de que cuando a comienzos de septiembre comenzara la temporada de caza, él cobraría más piezas que nadie.

Una mañana, poco después de su arribo, mientras estaba sentada con sus dos hermanas mayores, le dijo a Lizzy:

—Me parece, Lizzy, que no te he contado todavía los detalles de mi boda. No te encontrabas aquí cuando hablé con mamá y las otras sobre ello. ¿No te interesa saber cómo fue?

—En realidad, no —replicó Lizzy—; creo que no debes hablar mucho acerca de eso.

—¡Eres tan rara! Pero aunque no quieras oírlo, te lo contaré. Ya sabes que nos casamos en St. Clement, porque el alojamiento de Wickham pertenecía a dicha parroquia. Se había acordado que todos estuviésemos allí a las once. Mis tíos y yo iríamos juntos, y nos encontraríamos con los demás en la iglesia. Bien; pues llegó el lunes por la mañana. Yo estaba muy intranquila. ¡Temía tanto que ocurriese algo que lo echase todo a perder! Y mientras me vestía, allí estuvo mi tía hablándome como si me leyera un sermón. Pero no escuché ni la décima parte de sus palabras, porque, como supondrás, pensaba en mi querido Wickham. Ansiaba saber si se casaría con su traje azul. Bien; almorzamos a las diez, como de costumbre. Yo pensaba que aquello no iba a acabar nunca, porque has de saber, además, que mi tío y mi tía se comportaron de modo sumamente desagradable conmigo durante el tiempo que estuve con ellos. Créeme; no puse los pies fuera de casa en los quince días; ni una reunión, ni una excursión, ¡nada! Ciertamente que en Londres había poca gente, pero el Little Theatre siempre está abierto. Bien, pues así que llegó el coche a la puerta, mi tío fue requerido para cierto asunto por aquel horrible Mr. Stone. Y ya sabes que cuando están juntos la cosa no tiene fin. Bien, pues yo estaba muy nerviosa, ya que si llegábamos tarde se corría el riesgo de que no nos casaran hasta el día siguiente. Pero, felizmente, mi tío sólo se demoró diez minutos y enseguida nos pusimos en marcha. Sin embargo, después recordé que si él se hubiese visto imposibilitado de acudir, la boda no se habría suspendido, porque Mr. Darcy podría haberlo reemplazado.

—¡Mr. Darcy! —exclamó Lizzy, asombrada.

—Sí; tenía que acompañar a Wickham, ¿sabes? Pero, ¡pobre de mí, lo había olvidado por completo! No debería haber dicho ni una palabra de esto. ¡Se lo prometí a ambos! ¿Qué dirá Wickham? ¡Debía ser un secreto!

—Si tenía que quedar en secreto —dijo Jane—, no digas más sobre el asunto. No creas que tengo interés en conocer los pormenores.

—En efecto —intervino Lizzy, aunque se moría de curiosidad—; no te haremos preguntas.

—Gracias —dijo Lydia—, porque si las hicieréis es seguro que os contaría todo, y entonces Wickham se enfadaría.

Ante semejante invitación a preguntar, Lizzy se vio obligada a marcharse para resistir la tentación.

Pero vivir en la ignorancia de semejante cosa, o por lo menos, no tratar de informarse, era imposible. Darcy había asistido a la boda de su hermana. Precisamente era una ceremonia celebrada por unas personas que eran las menos a propósito para forzarlo a tomar parte en la misma. Por su mente cruzaron, rápidas y confusas, conjeturas sobre el significado de ese hecho, pero no quedó satisfecha con ninguna. Las que más la complacían, porque elevaban la figura de Darcy, parecían improbables. No podía soportar tamaña incertidumbre, y así, cogiendo presurosa una hoja de papel, escribió una breve carta a su tía pidiéndole aclaración de lo que Lydia había confesado, si es que era compatible con el secreto que debía guardarse.

«Con facilidad comprenderás —le decía— que mi curiosidad requiere saber cómo una persona desligada de todos nosotros, y, hablando comparativamente, un extraño a nuestra familia, ha estado con vosotros en ese momento. Te suplico que me escribas al instante y que me lo hagas comprender, a no ser que por muy poderosas razones haya de permanecer en el secreto que Lydia juzga necesario; y en ese caso, tendré que resignarme a ignorarlo todo.»

No es que haya de hacerlo, sin embargo, pensó para sus adentros, y acabó su carta: y, querida tía, si no me lo cuentas me veré forzada a usar tretas y estratagemas para descubrirlo.

El delicado sentido del honor que Jane tenía le impedía insinuar nada a Lizzy sobre lo que Lydia había dicho. Lizzy se alegró de que fuese discreta. Prefería no tener confidentes hasta que sus preguntas obtuvieran respuesta.

Lizzy tuvo la satisfacción de recibir muy pronto contestación a su carta. Apenas le fue entregada, corrió al sotillo, donde resultaba menos probable que nadie la interrumpiese, se sentó en un banco y se dispuso a disfrutar de las buenas noticias, pues la extensión de la misiva así se lo sugería.

Gracechurch Street  
6 de septiembre

Mi querida sobrina:

Acabo de recibir tu carta y voy a dedicar toda la mañana a contestarla, pues pienso que una breve exposición no sería suficiente para comunicarte cuanto tengo que decir. Te confieso que tu pregunta me sorprende; no la esperaba de ti. No te incomodes, pues sólo deseo hacerte saber que no imaginaba que semejantes indagaciones fuesen necesarias para tu padre. Si no quieres entenderme, perdona mi impertinencia. Tu tío está tan sorprendido como yo, y sólo la creencia de que eras parte interesada le habría permitido obrar como lo ha hecho. Pero por si en realidad eres inocente o ignorante, seré más explícita.

El mismo día en que llegué de Longbourn tu tío había tenido una visita muy inesperada. Mr. Darcy vino y estuvo encerrado con él varias horas. Todo estaba arreglado cuando yo llegué; así que mi curiosidad no se vio tan horriblemente atormentada como la tuya parece estarlo. Vino a decir a Gardiner que había descubierto dónde se encontraban Wickham y tu hermana, que los había visto y que había hablado con los dos; varias veces con Wickham, sólo una con tu hermana. Por lo que puedo colegir, abandonó el condado de Derby sólo un día después que nosotros, y vino a la capital con la intención de buscarlos. El motivo confesado era su convicción de que a él se debía el que el descrédito de Wickham no hubiera sido conocido al extremo de que resultase imposible que cualquier muchacha normal se enamorara de él. Con noble generosidad imputó todo a su ciego orgullo, confesando que antes había juzgado indigno de su persona hacer públicos los actos de Wickham; su propia conducta hablaría por él. Pero ahora advertía que su deuda aumentaba, y trataba de remediar un daño que él mismo había ocasionado. Si tenía otro motivo, supongo que no sería deshonoroso. Había pasado algunos días en la capital sin poder descubrirlos, pero disponía de algo que podía guiarlo en sus pesquisas, y que nosotros desconocíamos.

Parece que hay una señora, una tal Mrs. Younge, que tiempo atrás fue aya de Miss Darcy y hubo de ser destituida de su cargo por algún motivo censurable, aunque él no nos dijo cuál. Al ocurrirle esto, alquiló una amplia casa en Edward Street y desde entonces se ganaba la vida realquilando habitaciones. Esta Mrs. Younge se hallaba, según se enteró Darcy, en íntima relación con Wickham, y a ella acudió en busca de noticias de éste en cuanto llegó a la capital. Pero pasaron dos o tres días antes de que pudiese obtener de ella lo que necesitaba. Supongo que la mencionada señora no quería traicionar la confianza que habían depositado en ella los fugitivos, a menos que mediara una buena recompensa, pues lo cierto es que sabía dónde se encontraba su amigo. Wickham, en efecto, había acudido a ella a su llegada a Londres, y si hubiera podido recibirles en su casa habrían tenido alojamiento allí. Pero al cabo nuestro amable amigo consiguió la dirección que buscaba. Estaban en la calle de \*\*\*. Vio a Wickham, y después insistió en ver a Lydia. El objeto de esto último era, como reconoció, persuadirla de que reflexionara sobre su desgraciada situación y volviese junto a su familia en cuanto ésta estuviese dispuesta a admitirla, y ofreciéndole para ello todo el apoyo necesario. Pero encontró a Lydia resuelta a seguir donde estaba. Su familia no le importaba; la ayuda que él le ofrecía, no la necesitaba; no quería oír nada referente a abandonar a Wickham; estaba convencida de que más tarde o más temprano se casarían, y no le importaba mucho saber cuándo. Siendo éstos sus sentimientos, Darcy comprendió que sólo restaba facilitar y asegurar el matrimonio, ya que, en su primer diálogo con Wickham, supo que tal cosa no entraba en sus planes. Wickham se confesó obligado a abandonar su regimiento por ciertas deudas de honor que lo atosigaban; no tuvo escrúpulos en hacer recaer sólo sobre el atolondramiento de Lydia las malas consecuencias de su huida, y en cuanto a su futura situación, poco podía prever, salvo que tenía que irse a alguna parte, pero no sabía adónde, y reconocía que no contaba con medios económicos.

Mr. Darcy le preguntó por qué no se había casado de una vez con tu hermana. Aunque imaginaba que Mr. Bennet no era muy rico, algo habría podido hacer por él, y el matrimonio habría significado una

mejora para su situación. Pero en la respuesta a esta pregunta advirtió que Wickham acariciaba todavía la idea de obtener más sólida fortuna casándose con otra muchacha. Con todo, en las circunstancias en que se veía no parecía dispuesto a resistir la tentación de aceptar un remedio inmediato.

Se entrevistaron muchas veces, porque había mucho que discutir. Wickham, desde luego, necesitaba más de lo que podía conseguir, pero al fin se vio obligado a entrar en razón.

Cuando todo estuvo convenido entre ellos, el primer paso de Mr. Darcy fue informar de todo ello a tu tío, y entonces vino por primera vez a Gracechurch Street la tarde anterior a que yo llegase a casa. Pero Gardiner no pudo verlo, y Mr. Darcy supo, gracias a posteriores averiguaciones, que Mr. Bennet seguía aún con él, pero que iba a abandonar la capital a la mañana siguiente. No juzgó que tu padre fuera persona con quien poder tratar de esto tan bien como con tu tío, y al punto retrasó su entrevista hasta que aquél se hubiese marchado. No dejó, pues, su nombre, y hasta el día siguiente sólo se supo que un caballero había venido por cuestión de negocios.

El sábado volvió a presentarse. Tu padre se había ido, tu tío estaba en casa, y como te he dicho, tuvieron mucho de que hablar.

Se reunieron de nuevo el domingo, y entonces yo también lo vi. No estuvo todo decidido hasta el lunes, que fue cuando se envió un recadero a Longbourn. Pero nuestro visitante se mostró muy obstinado. Ten por seguro, Lizzy, que la obstinación es el verdadero defecto de su carácter. Ha sido acusado de muchas faltas en diferentes ocasiones, pero ésa es la única verdadera. Nada debía hacerse que no hubiera de hacerlo él mismo; aunque estoy segura (y no lo digo para que lo agradezcas, de modo que no hables de ello) de que tu tío lo habría arreglado todo al instante.

Durante largo rato estuvieron batallando, que fue mucho más de lo que ni el caballero ni la dama en cuestión merecían. Pero al cabo tu tío se vio obligado a ceder, y en vez de permitírsele que fuera útil a su sobrina, tuvo que resignarse a aparentarlo, aunque a regañadientes. Creo que en realidad tu carta le ha proporcionado gran placer, porque la explicación que pides servirá para poner las cosas en su sitio y hacer que el elogio recaiga en quien lo merece. Pero, Lizzy, te pido que esto no salga de nosotras dos, a lo más, de Jane.

Supongo que sabes suficientemente bien lo que se ha hecho por ese joven. Sus deudas, que creo que ascienden a una suma superior a mil libras, van a ser satisfechas; otras mil se han añadido a la dote de Lydia, y el empleo de él ha sido comprado. Las razones por las cuales Mr. Darcy ha hecho todo esto son las que te he expuesto con anterioridad: debíase a él, a su reserva y falta de consideración, que no se supiese quién era Wickham en realidad, lo cual hizo que éste gozara de un aprecio y una consideración que no merecía. Acaso haya alguna verdad en esto, aunque dudo que su reserva, ni la reserva de nadie, pueda ser responsable de semejante cosa. Pero a pesar de sus buenas palabras, mi querida Lizzy, puedes estar segura de que tu tío jamás lo hubiera consentido de no haber supuesto todos nosotros que a Mr. Darcy lo impulsaba «otro interés».

Cuando todo estuvo resuelto, volvió otra vez junto a sus amigos, que seguían todavía en Pemberley, pero prometió que estaría en Londres para la boda y que todas las cuestiones de dinero se solventarían entonces.

Creo que ya te lo he contado todo. Supongo que estas revelaciones te sorprenderán, pero, al mismo tiempo, espero que no te cause ningún desagrado. Lydia vino a nuestra casa y Wickham ha tenido constante acceso a ella. Se ha comportado tal como lo hacía en el condado de Hertford; mas no quisiera referirme a lo poco satisfecha que he quedado con la conducta de ella durante su permanencia con nosotros, si no hubiera notado, por la carta de Jane que recibí el miércoles, que su proceder al llegar a vuestra casa ha sido exactamente el mismo, por lo cual lo que ahora te diga no habrá de extrañarte. Le hablé repetidas veces, del modo más serio, de la desgracia que había acarreado a su familia. Si me oyó, sería por casualidad, porque estoy convencida de que no me atendía. En ocasiones me sentí al borde de la indignación, pero entonces me acordaba de mis queridas Lizzy y Jane, y en atención a ellas me revestía de paciencia.

Mr. Darcy fue puntual en su regreso, y, como os dijo Lydia, asistió a la boda. Comió con nosotros al día siguiente, e iba a salir de la capital el miércoles o jueves. ¿Te disgustarás conmigo, querida Lizzy, si aprovecho esta oportunidad para decirte, y perdona mi atrevimiento, lo mucho que me gusta? Su conducta con nosotros ha sido tan agradable como cuando estábamos en el condado de Derby. Su inteligencia, sus opiniones, todo me es grato; no le falta más que un poco de buen humor, y eso, si se casa prudentemente, su mujer se lo podrá enseñar. Lo he encontrado muy reservado, y apenas mencionó tu nombre. Pero la reserva parece estar de moda.

Te suplico que me dispenses si he sido muy presumida, o por lo menos que no me castigues hasta el punto de excluirme de P. Nunca seré por completo feliz hasta que haya dado la vuelta entera al parque. Un

faetón bajo con un bonito par de jacas sería ideal.

Pero no puedo escribirte más. Los niños me han estado echando de menos durante la última media hora.

Tu muy afectísima,

M. GARDINER.

Lizzy no atinaba a decidir si el estado de agitación que le produjo la lectura de la carta se debía a la alegría o a la pena. Quedaban probadas las vagas e indeterminadas sospechas que su incertidumbre sobre lo que Darcy hiciera para llevar adelante el casamiento de su hermana había hecho nacer, sospechas que había temido alentar por referirse a actos bondadosos demasiado grandes para ser probables, y que, al mismo tiempo, temió que se debieran al hecho de que debería humillarse al quedar agradecida. Darcy los había seguido expresamente a la capital, había emprendido la molesta tarea de buscarlos, en la que había sido necesaria la súplica a una mujer a quien debía de abominar, y donde se había visto obligado a tratar con frecuencia, a persuadir, y a la postre a sobornar, al hombre a quien más habría deseado evitar, cuyo solo nombre le repugnaba. Todo lo había hecho en beneficio de una muchacha por quien no podía interesarse y a quien no podía estimar. A Lizzy el corazón le decía que lo había hecho por ella, pero la esperanza era reprimida por otras consideraciones, y pronto reconoció que alimentaba su vanidad pretendiendo explicar el hecho por un afecto hacia una mujer que lo había rechazado; afecto que, de existir, tendría que ser capaz de sobreponerse a sentimiento tan natural como el odio a emparentar con Wickham. ¡Ser cuñado de Wickham! Cualquier clase de orgullo tenía que revolverse contra ese vínculo. Ciertamente que él había hecho mucho, y Lizzy estaba avergonzada de lo mucho que esto suponía; pero había dado una razón para intervenir, que no exigía extraordinario esfuerzo para ser creída. Era razonable pensar que Darcy había comprendido su error; era liberal y se hallaba en situación para serlo; y aun sin tenerse Lizzy por el principal motivo de su conducta, cabía pensar que sintiese todavía cierto interés por ella. Era penoso, extraordinariamente penoso haber contraído una deuda de gratitud con una persona a la que nunca podría recompensar. A él debían la salvación de Lydia, su buena reputación. ¡Cuánto lamentaba haber abrigado sentimientos tan ingratos contra él, todas las palabras insolentes que le dirigiera! Estaba avergonzada de sí misma, pero orgullosa de Darcy; orgullosa porque en un asunto en que estaba en juego la honra de una mujer, no habría podido actuar mejor. Leyó una y otra vez el elogio que de él hacía su tía, y aunque no lo encontraba suficiente, le agradó. Sentía una mezcla de placer y pena al ver cuánta seguridad abrigaban sus tíos de que subsistía el afecto y la confianza entre Darcy y ella.

Se puso de pie y salió de su meditación al notar que alguien se aproximaba, y antes de que pudiera llegar a otro sendero fue sorprendida por Wickham, quien le dijo:

—Temo interrumpir tu solitario paseo, querida hermana.

—Así es, en verdad —replicó ella con una sonrisa—. Pero eso no significa que la interrupción sea mal recibida.

—Mucho sentiría que lo fuese. Nosotros siempre hemos sido buenos amigos.

—Cierto. ¿Han salido los demás?

—No lo sé. Mrs. Bennet y Lydia han ido en coche a Meryton. Y bien, querida hermana, sé por nuestros tíos que hace poco has estado en Pemberley.

Ella contestó afirmativamente.

—Casi te envidio por ello, y aun creo que, si eso no fuera excesivo para mí, pasaría por allí en mi viaje a Newcastle. Supongo que verías a la anciana ama de llaves. ¡Pobre Reynolds! Siempre me quiso mucho. Pero, por supuesto, no mencionaría mi nombre delante de vosotros.

—Sí, lo hizo.

—¿Y qué dijo?

—Que te habías marchado el Ejército y que temía que no te hubiera ido bien. Desde tan lejos, comprendes, las cosas parecen muy distintas de lo que en realidad son.

—Cierto —contestó él, mordiéndose los labios.

Lizzy creyó haberlo reducido al silencio, pero pronto él añadió:

—Me ha sorprendido ver a Darcy el mes pasado en la capital. Estuvimos juntos muchas veces. Me pregunto qué habrá estado haciendo allá.

—Quizá preparando su boda con Miss de Bourgh —dijo Lizzy—. Debe de ser raro encontrarle allí durante esta estación.

—Sin duda. ¿Lo viste mientras estuvisteis en Lambton? Creo haber oído decir a los Gardiner que sí.

—Sí; nos presentó a su hermana.

—¿Y la encontraste simpática?

—Muchísimo.

—Se comenta que en estos últimos dos años ha mejorado extraordinariamente. La última vez que la vi no prometía mucho. Celebro que la encontraras agradable. Confío en que todo le irá bien.

—Me atrevo a decir que así será; ha superado la edad más difícil.

—¿Pasaste por el pueblo de Kimpton?

—No me acuerdo.

—Lo menciono porque es la parroquia que me correspondía. ¡Qué sitio tan delicioso! ¡Excelente abadía! ¡Me habría convenido desde todos los puntos de vista!

—¿Te hubiera gustado echar sermones?

—Mucho. Lo habría considerado como parte de mis obligaciones, y pronto habría sido nulo el esfuerzo de prepararlos. No debe uno quejarse, pero ten por cierto que eso habría sido a propósito para mí. La quietud, el retiro de semejante vida habrían colmado mis ideas de felicidad. ¡Pero no había de ser! ¿Has oído hablar a Darcy de ello cuando estuviste en Kent?

—De buena fuente he sabido que el beneficio eclesiástico se te concedió sólo condicionalmente y a voluntad del actual beneficiario.

—¿Has oído eso? Sí, algo había de eso. Recordarás que te lo conté cuando hablamos de ello por primera vez.

—También oí que hubo un tiempo en que el echar sermones no era para ti cosa tan grata como parece serlo ahora; que entonces declaraste tu resolución de no ordenarte nunca, y que el asunto se zanjó en armonía.

—Pues no deja de ser cierto. Debes recordar lo que te dije sobre el particular.

Estaban ya casi ante la puerta de la casa, pues Lizzy había seguido andando de prisa para librarse de él, y como no quería que se enfadase, en atención a su hermana, con sonrisa le dijo:

—Bien, Wickham, ahora somos hermanos, ¿sabes? Olvidemos el pasado. Espero que en adelante siempre estemos de acuerdo.

Le ofreció la mano, él la besó con afectuosa galantería, aunque apenas sabía qué cara poner, y entraron en la casa.

Wickham quedó tan satisfecho con esta conversación, que nunca más volvió a mencionarla ni provocó a su cuñada Lizzy con nuevas insinuaciones, y ella se alegró de haber dicho lo suficiente para que se mostrase discreto.

Pronto llegó el día de la partida de Wickham y Lydia, y Mrs. Bennet se vio forzada a una separación que tenía visos de continuar por lo menos un año, ya que de ningún modo entraba en los planes de su marido el que la familia fuese a Newcastle.

—¡Ah mi querida Lydia! —exclamaba—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—¡Dios mío! No lo sé; acaso en dos o tres años.

—Escríbeme a menudo, querida mía.

—Tan a menudo como pueda. Pero ya sabes que las mujeres casadas nunca disponen de mucho tiempo para escribir. Mis hermanas son quienes podrán escribirme; no tendrán otra cosa que hacer.

La despedida fue mucho más afectuosa por parte de Wickham que de su mujer. Sonrió con simpatía y dijo frases encantadoras.

—Es un muchacho tan agradable —dijo Mrs. Bennet en cuanto los recién casados se marcharon—. Jamás he conocido otro igual. Sonríe y nos hace la corte a todos. Me siento orgulloso de él. Ni el mismísimo William Lucas resultaría mejor yerno.

La pérdida de su hija sumió a Mrs. Bennet en una profunda tristeza por algunos días.

—Siempre he creído —decía— que no hay nada peor que separarse de las personas queridas. ¡Una se siente tan desamparada sin ellas!

—Pues ya lo ves; ésa es una consecuencia de casar a las hijas —dijo Lizzy—. Te servirá de consuelo el que las otras cuatro sigamos solteras.

—Nada de eso. Lydia no me abandona por haberse casado, sino porque el regimiento de su marido está lejos. Si hubiera estado más cerca, no se habría marchado tan pronto.

Pero la aflicción en que la sumió el suceso se alivió pronto, pues se entregó de nuevo a la esperanza a causa de una serie de noticias que por entonces comenzaron a circular. El ama de llaves de Netherfield había recibido órdenes de prepararse para la llegada de su amo, quien arribaría en dos o tres días para dedicarse a cazar durante unas semanas. Mrs. Bennet estaba sobre ascuas. Miraba a Jane y, alternativamente, sonreía y sacudía la cabeza.

—Bien, bien, conque viene Mr. Bingley, ¿eh, hermana? —le dijo Mrs. Philips cuando llegó con la noticia—. Pues mejor. No es que me interese mucho, en realidad. Sabes que nada tiene que ver con nosotros, y es bien seguro que no necesitaremos volver a verlo. Sin embargo, será muy bien recibido en Netherfield si le apetece venir. Y ¿quién sabe lo que pueda acontecer? No ignoras que hace tiempo convinimos en no decir palabra de eso. Pero ¿es seguro que viene?



—Puedes darlo por cierto —replicó Mrs. Bennet—, porque Mrs. Nichols estuvo en Meryton ayer por la tarde; la vi pasar y salí a fin de averiguar algo, y me dijo que sí, que era la pura verdad. Llega el jueves, puede incluso que el miércoles. Añadió que iba a la carnicería a encargar más carne para el miércoles y seis patos en condiciones de ser sacrificados.

Jane no quiso oír hablar de la llegada de Bingley sin ruborizarse. Hacía muchos meses que no mencionaba su nombre a Lizzy, pero en cuanto se encontraron a solas, le dijo:

—He notado, Lizzy, que hoy, cuando la tía hablaba de la noticia del día, me mirabas; y sé que te habré parecido triste, pero no creas que es a causa de una necesidad. Quedé confusa por un instante porque comprendí que sería observada. Te aseguro que la noticia no me causa alegría ni tristeza. Sin embargo me alegro de que venga solo, porque así lo veremos menos. No es que tenga miedo de mí misma, pero me molestan los comentarios de los demás.

Lizzy no sabía qué pensar. De no haberlo visto en el condado de Derby, lo habría creído capaz de venir tan sólo por el motivo que se aseguraba, pero aún lo juzgaba interesado por Jane, y hasta se arriesgaba a la probabilidad de que viniera con autorización de su amigo o fuese lo bastante atrevido para hacerlo sin ella.

¡Es decir, pensaba a veces, que este pobre hombre no puede venir a una casa alquilada legalmente sin provocar gran expectación! Preferiría no saber nada de él.

A pesar de lo que su hermana declaraba, y ella creía que eran sus verdaderos sentimientos, Lizzy advirtió que a Jane la afectaba el arribo de Bingley. Estaba más turbada, más desconcertada que nunca.

El tema sobre el que tan apasionadamente habían discutido hacía un año sus padres, surgió ahora de nuevo.

—Querido mío; supongo que en cuanto Mr. Bingley llegue, le harás una visita.

—Ni soñarlo. Me obligaste a ello el año pasado, prometiéndome que si lo hacía se casaría con una de mis hijas. Pero como eso acabó en nada, no quiero dar más pasos en balde.

Su mujer insistió en la necesidad de que todos los caballeros de la vecindad lo visitasen cuando llegara a Netherfield.

—Eso es una etiqueta que desprecio —replicó él—. Si necesita nuestra compañía, que la busque; ya sabe dónde vivimos. No puedo perder tiempo yendo detrás de mis vecinos cada vez que llegan o parten.

—Bien, lo único que sé es que será una descortesía no visitarlo. Por mi parte, estoy decidida a invitarlo a comer. En breve vendrán Mrs. Long y los Goulding, y como éstos harán trece con nosotros, habrá lugar en la mesa para él.

Consolada con esta resolución, soportó mejor la falta de cortesía de su esposo, por más que resultase muy mortificante que, debido a ello, todos sus vecinos pudieran ver antes a Bingley. Al aproximarse el día de la llegada, Jane dijo a Lizzy:

—Después de todo, empiezo a lamentar el que venga. Sé que podré comportarme con absoluta indiferencia, pero no soporto que se hable de él constantemente. Las intenciones de mamá son buenas, pero nadie sabe cuánto me hace sufrir lo que dice. Seré feliz cuando haya terminado su estancia en Netherfield.

—Querría poder consolarte —dijo Lizzy—, pero comprende que me resulta imposible. Ni siquiera puedo aconsejarte paciencia, porque sé que no hay quien te supere en eso.

Bingley llegó. Mrs. Bennet trató de obtener, con ayuda de las criadas, las primeras noticias, sin duda para que el período de ansiedad e irritación por su parte fuese lo más largo posible. Contaba los días que debían transcurrir para enviarle su invitación, ya que no abrigaba esperanzas de verlo antes. Pero a la tercera mañana de la llegada de Bingley al condado, vio desde la ventana de su tocador que él franqueaba la verja y se dirigía a caballo hacia la casa.

Llamó al instante a sus hijas para que compartieran su alegría. Jane, con resolución, siguió sentada a la mesa, pero Lizzy, para satisfacer a su madre, se acercó a la ventana, miró y vio que Darcy venía con él, tras lo cual volvió a ocupar su silla al lado de su hermana.

—Mamá, viene otro caballero con él —dijo Kitty—. ¿Quién podrá ser?

—Supongo que algún amigo suyo, querida. Estoy segura de que no lo conozco.

—¡Fíjate! —exclamó Kitty—. Se parece a aquel señor que antes solía estar con él. ¿Cuál es su nombre? Aquel señor alto y orgulloso...

—¡Dios mío! ¿Te refieres a Mr. Darcy? Y así es en verdad. Bueno, cualquier amigo del señor Bingley siempre será bienvenido en esta casa. De otro modo, habría de confesar que preferiría no verlo.

Jane miró a Lizzy con sorpresa y preocupación. No sabía sino muy poco de su encuentro en el condado de Derby, y, por consiguiente, comprendía el horror que sentiría su hermana al verlo por primera vez después de recibir su carta aclaratoria. Ambas hermanas estaban intranquilas, cada una sufría por la otra y, como es natural, por sí mismas. Su madre seguía hablando de lo mucho que le disgustaba ver a Darcy y de su resolución de mostrarse cortés con él sólo porque era amigo de Bingley, pero ni Jane ni Lizzy la escuchaban. Ésta, sin embargo, tenía motivos para sentirse inquieta y que Jane no podía sospechar, pues no conocía la carta de Mrs. Gardiner, como tampoco estaba al corriente de lo mucho que habían cambiado sus sentimientos hacia él. Para Jane Darcy era el hombre cuyas proposiciones Lizzy había rechazado y cuyos méritos había menospreciado. Pero para Lizzy se trataba de la persona a quien toda la familia debía el mayor de los favores, y a quien ella misma miraba con un interés, si no tan tierno, por lo menos tan razonable y justo como el que Jane sentía por Bingley. Su asombro ante su presencia en Longbourn, que acaso significara un interés por ella, era casi igual al experimentado en el condado de Derby al percibir su cambio de conducta.

Tras palidecer, Lizzy se ruborizó, y una sonrisa de placer añadió brillo a sus ojos al pensar que el afecto y las ansias de él debían de seguir iguales. Pero no quería darlo por seguro.

Veré primero cómo se conduce, pensó. Luego será tiempo de abrigar esperanzas.

Se esforzó por mostrarse tranquila, y no osó levantar los ojos hasta que su creciente curiosidad la obligó a mirar el rostro de su hermana al acercarse la criada a la puerta. Jane estaba algo más pálida que de ordinario, pero más sosegada de lo que Lizzy había supuesto. Al aparecer los caballeros, sus mejillas se encendieron, pero los recibió con bastante soltura y de manera tan libre de síntomas de resentimiento como de inoportuna complacencia.

Lizzy habló con ellos lo mínimo que la educación exigía, y se sentó de nuevo a continuar su labor. Sólo se aventuró a lanzar una mirada a Darcy. Éste permanecía tan serio como de costumbre, y ella lo tuvo por más parecido a lo que fuera en el condado de Hertford que a lo que había sido en Pemberley. Pero quizá en presencia de su madre no podía comportarse como delante de sus tíos. Tal suposición era penosa, pero no improbable.

Miró también por un instante a Bingley, y le pareció complacido y turbado a la vez. Mrs. Bennet lo había recibido con unas muestras de cortesía que avergonzaron a sus dos hijas, en especial por el contraste que ofreció con la fría y ceremoniosa manera con que saludó y trataba a Darcy.

En particular, Lizzy, que sabía cómo debía su madre a Darcy la salvación de su hija predilecta de una infamia irremediable, se ofendió y entristeció por tan desdichada distinción.

Darcy, después de preguntar cómo se encontraban Mr. y Mrs. Gardiner, pregunta que ella no supo contestar sin turbación, apenas dijo nada. No estaba sentado al lado de ella, y acaso a eso se debiera su silencio; pero no había estado así en el condado de Derby. Allí, cuando no podía hablarle a ella hablaba con sus amigas, pero ahora transcurrieron varios minutos sin que pronunciara palabra, y cuando, incapaz de resistir los impulsos de la curiosidad, levantaba la vista hacia él, descubría que miraba más a Jane que a ella, y a menudo sólo al suelo. A las claras parecía más pensativo y menos deseoso de agradar que en el último encuentro. Por eso estaba descontenta y enfadábase consigo misma.

¿Podía esperar que estuviese de otro modo?, se decía. ¿Y no obstante, por qué ha venido?

Lizzy no estaba de humor para conversar con nadie sino con él, y apenas tenía valor para hacerlo.

Lo único que se le ocurrió fue preguntarle por su hermana.

—Hace ya muchos meses que se marchó usted, Mr. Bingley —dijo Mrs. Bennet. Él convino en ello al instante.

—Empezaba a temer —continuó— que no volvería a verlo. La gente dice que proyecta abandonarnos definitivamente para instalarse en Michaelmas, pero aún

confío en que no sea verdad. Han ocurrido muchísimas cosas en la vecindad desde su marcha: Miss Lucas está casada y establecida, y también una de mis hijas. Supongo que lo habrá oído usted; seguro que lo ha leído en los periódicos; sé que publicaron la noticia en el *Times* y en el *Courier*, aunque no de la forma debida. Sólo decía: «Mr. George Wickham se ha casado con Miss Lydia Bennet», sin mentar a su padre, ni decir dónde vivía ella, ni nada. Mi hermano fue quien redactó la nota de prensa, y no acierto a comprender cómo cometió tamaña torpeza. ¿Lo leyó usted?

Bingley respondió que sí y le dio la enhorabuena. Lizzy no osaba levantar la mirada; y no pudo ver qué cara puso Darcy.

—Es delicioso tener una hija bien casada —prosiguió Mrs. Bennet—, pero al mismo tiempo, Mr. Bingley, es lamentable que se haya ido a vivir tan lejos. Se han marchado a Newcastle, punto muy al Norte según creo, y allí han de estar no sé cuánto. El regimiento de él tiene su asiento allí, porque supongo que habrá usted oído que ha dejado la milicia del condado, pasándose a los regulares. Gracias a Dios, todavía tiene algunos amigos, aunque quizá no tantos como merece.

Lizzy, conocedora de que lo último iba dirigido a Darcy, se sintió tan confusa que apenas pudo sostenerse en la silla. Con todo, hizo un esfuerzo por hablar y preguntó a Bingley si pensaba permanecer mucho tiempo en el campo. Él respondió que unas semanas.

—Cuando ya no le queden aves que cazar, Mr. Bingley —dijo Mrs. Bennet—, le suplico que venga y mate cuantas guste en nuestra propiedad. Estoy segura de que a mi marido le encantará poder complacerlo y dejará para usted lo mejor de sus nidadas.

El mal humor de Lizzy creció con tan innecesaria y oficiosa atención. Estaba convencida de que sus ilusiones y esperanzas acabarían, como el año anterior, de la misma desdichada manera. En aquel instante pensó que años enteros de felicidad no podrían compensar a Jane ni a ella de aquellos minutos de tan triste confusión.

Mi deseo más ferviente, se dijo a sí misma, es no encontrarme nunca más con ninguno de los dos. Su compañía no puede proporcionar placer que compense por desdichas como ésta. ¡Ojalá que no vuelva a verlos!

Pero esa desdicha que años de felicidad no podían compensar, se suavizó cuando observó que la belleza de su hermana volvía a excitar la admiración de su antiguo enamorado. Al entrar le había dirigido unas pocas palabras, pero a los cinco minutos parecía prestarle más atención. La encontraba tan bella como el año anterior, e igual de sensible y bondadosa, aunque no tan locuaz. Jane ansiaba que no se notase en ella diferencia alguna, y estaba convencida de que hablaba tanto como siempre; pero su mente se hallaba tan ocupada que no se percataba de su silencio.

Al ponerse de pie los caballeros para marcharse, Mrs. Bennet se acordó de sus proyectos y los invitó a comer en Longbourn a los pocos días.

—Me debe usted una visita, Mr. Bingley —añadió—, pues cuando partió para la capital el invierno pasado me prometió que comería con nosotros en cuanto regresase.

Ya ve que no lo he olvidado, y le aseguro que tuve una gran decepción al ver que no volvía.

Bingley pareció desconcertarse un poco con esa reflexión, y expresó su excusa por haberse visto impedido de hacerlo a causa de sus negocios. Los dos se marcharon.

Mrs. Bennet había estado tentada de invitarlos a que se quedaran a comer, pero aun teniendo siempre buena mesa, no creía que dos platos fueran bastantes para un hombre sobre quien abrigaba tan ambiciosos planes, ni para satisfacer el apetito y el orgullo de un poseedor de diez mil libras anuales.

En cuanto se marcharon, Lizzy salió a dar un paseo para cobrar ánimos, o, dicho en otras palabras, para meditar sobre las cosas que se los habían quitado. La conducta de Darcy la sorprendía y, al tiempo, hacía que se sintiese enfadada.

¿Por qué, pensaba, ha venido sabiendo que permanecería silencioso, con aire grave e indiferente?

No podía explicárselo de manera satisfactoria.

Si con mis tíos podía mostrarse amable y complaciente, ¿por qué no conmigo? Si me temía, ¿a qué vino aquí? Y si nada le importaba ya, ¿por qué estuvo callado? ¡Qué hombre tan extraño! ¡No quiero pensar más en él!

Esta resolución la mantuvo, bien que por poco tiempo e involuntariamente, al acercarse a ella su hermana, cuyo alegre aspecto la revelaba más satisfecha con sus visitantes que Lizzy.

—Ahora que ha pasado este primer encuentro —le dijo—, me siento tranquila. Conozco mi fortaleza, y su presencia no volverá a desconcertarme. Me alegro de que venga a comer el martes, entonces se hará público que por ambas partes no somos más que meros conocidos.

—Conque meros conocidos, ¿eh? —repuso Lizzy entre risas—. ¡Ah, Jane, ten cuidado!

—Querida Lizzy, ¿acaso me crees tan débil como para considerar que me hallo en peligro?

—Creo que ahora corres, más que nunca, el riesgo de enamorarte.

No volvieron a ver a Bingley hasta el martes, y Mrs. Bennet, mientras tanto, fue abriendo paso a todos los venturosos planes que el buen humor y la constante amabilidad del caballero habían hecho revivir en media hora de visita.

El martes hubo en Longbourn una numerosa reunión, y los dos que con más ansia eran esperados llegaron puntuales. Cuando entraron en el comedor, Lizzy observó con atención para ver si Bingley ocupaba el sitio que en las anteriores reuniones le había correspondido al lado de su hermana; pero su prudente madre, que también había pensado en ello, se abstuvo de invitarlo a sentarse a su lado. Él pareció dudar, pero Jane acertó a mirar alrededor con una sonrisa, y la cosa quedó decidida: se sentó al lado de Jane.

Lizzy, satisfecha, miró a su amigo. Éste le devolvió la mirada con indiferencia, y habría imaginado que Bingley recibiera ya permiso de aquél para ser feliz si no hubiera visto sus ojos vueltos igualmente hacia Darcy con expresión risueña y un punto alarmada.

La conducta de Bingley para con su hermana durante la comida reveló la admiración que sentía por ella, admiración que, aunque más circunspecta que antes, convenció a Lizzy de que, si de él dependiese, la felicidad de Jane y de él mismo

pronto estaría asegurada. Lizzy, que aún no se atrevía a confiar en el resultado, quedó muy satisfecha al observar ese comportamiento. Eso hizo que se animara, ya que no estaba de buen humor. Darcy se hallaba tan lejos de ella como permitía la mesa, sentado al lado de Mrs. Bennet, y Lizzy decidió que aquello no convenía ni a él ni a su madre. No se encontraba lo bastante cerca para oír lo que decían, pero observó que apenas se dirigían la palabra y que, cuando lo hacían, se mostraban ceremoniosos y distantes. El desagrado que Mrs. Bennet sentía por Darcy hizo más penoso para Lizzy el recuerdo de lo que todos le debían, y en ocasiones habría dado lo que no tenía por gozar del privilegio de decir que la amabilidad de él no era ni desconocida ni despreciada por el resto de la familia.

Esperaba que la velada le proporcionase la ocasión de acercarse a él, que antes de que terminase podría cruzar con él otras palabras que aquellas con que lo había saludado al llegar. Ansiosa y desasosegada, los minutos que pasó en el salón antes de que llegaran los caballeros fueron hasta tal punto penosos, que casi resultó descortés. De la llegada de Darcy dependía que la velada fuese satisfactoria.

Si entonces no se acerca a mí, pensaba, me olvidaré de él para siempre.

Los caballeros llegaron y ella creyó que él parecía responder a sus esperanzas; mas, ¡ay!, las damas se habían agrupado alrededor de la mesa donde Mrs. Bennet tomaba el té y Lizzy servía el café, y estaban tan juntas las unas de las otras que no quedaba ni un lugar que pudiera admitir una silla; y al acercarse los caballeros, una de las muchachas se aproximó más a ella y le dijo al oído:

—Los hombres no conseguirán separarnos, lo tengo decidido. ¿Quién necesita de ellos?

Darcy se dirigió hacia el otro extremo de la estancia. Lizzy lo seguía con la vista, envidiando a aquellas con quienes conversaba; apenas tenía paciencia para servir el café, y llegó a enfadarse consigo misma por ser tan necia.

¡Un hombre que ha sido rechazado!, pensó. ¿Cómo puedo ser tan necia para esperar que renazca su amor? ¿Hay uno solo de su sexo capaz de ceder hasta el extremo de hacer una segunda proposición a la misma mujer? Para un hombre no existe mayor indignidad.

Sin embargo, se sintió reanimada al ver que él se acercaba para devolverle su taza de té, y aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Está todavía su hermana en Pemberley?

—Sí, permanecerá allí hasta Navidad.

—¿Sola? ¿La han abandonado sus amigos?

—Mrs. Annesley está con ella; los demás se han ido por tres semanas a Scarborough.

A Lizzy no se le ocurrió qué más decir, pero si él hubiera deseado conversar, habría tenido éxito. Permaneció a su lado, no obstante, por minutos, aunque en silencio, y al cabo, cuando la muchacha comenzó a cuchichear con Lizzy, se marchó.

Cuando, tras retirar el servicio de té, se colocaron las mesas de juego, las mujeres se levantaron y Lizzy creyó verse pronto cerca de él, pero sus proyectos se desmoronaron al verlo caer víctima de la rapacidad de su madre por los jugadores de *whist*. En aquel momento perdió toda esperanza de felicidad. Pasaron la velada sentados en mesas diferentes, y sólo esperaba que Darcy tuviera la ocurrencia de dirigir a menudo la mirada hacia ella, y que esto lo hiciera jugar igual de mal que en su caso.

Mrs. Bennet había proyectado tener a cenar a los dos caballeros de Netherfield, pero, por desgracia, éstos pidieron su coche antes que nadie, y no hubo manera de retenerlos.

—Bien, niñas —dijo en cuanto se encontraron solas—, ¿qué decís hoy? Os aseguro que, en mi opinión, todo ha ido a pedir de boca, la comida, tan bien presentada como cualquiera de las que he visto; el venado asado, en su punto, y todos decían que nunca saborearon carne tan deliciosa; la sopa, cincuenta veces mejor que la que nos sirvieron la semana pasada en casa de los Lucas; y hasta Mr. Darcy ha reconocido que las perdices estaban muy bien condimentadas, y eso que supongo que él tendrá dos o tres cocineros franceses. Y, por otra parte, querida Jane, jamás te he visto tan guapa; Mrs. Long lo confirmó cuando se lo pregunté. Y ¿qué crees que me dijo? «¡Ah, Mrs. Bennet, por fin estaremos en Netherfield!» De veras que lo dijo. Opino que Mrs. Long es una mujer encantadora, y sus sobrinas, muchachas muy bien educadas y no del todo feas; de hecho, me gustan mucho.

En suma, Mrs. Bennet se sentía muy animada. Había observado bastante el comportamiento de Bingley para con Jane y estaba convencida de que lo conseguiría al fin; sus esperanzas de prosperidad para su familia fueron hasta tal punto más allá de lo razonable, que al día siguiente se llevó una gran decepción al ver que no venía a declararse.

—Ha sido un día muy grato —dijo Jane a Lizzy—. Los invitados eran muy escogidos y cordiales. Supongo que volverá a repetirse.

Lizzy sonrió.

—No hagas eso, Lizzy, que me disgusta. Te aseguro que ahora he aprendido a gozar de su conversación como de la de un muchacho agradable y sensible, sin desear nada más. Por su actual actitud, tengo la certeza de que jamás pretendió ganar mi afecto. Lo que sucede es que se ha enriquecido con gran dulzura de trato y mayor deseo de agradar, en general, que cualquier otro.

—Eres muy cruel —repuso su hermana—; no me permites sonreír y me invitas a hacerlo a cada momento.

—¡Cuán difícil es en algunos casos conseguir que a una le crean y cuán imposible en otros! Pero ¿por qué pretendes persuadirme de que siento más de lo que confieso?

—Ésa es una pregunta a la que no puedo contestar. Ambas queremos dar noticias, aunque revelando únicamente lo que no importa que los demás sepan. Perdóname, y si persistes en tu indiferencia, no me hagas tu confidente.



Pocos días después de la visita, Bingley volvió de nuevo, y solo. Su amigo lo había dejado aquella mañana para ir a Londres, pero regresaría a los diez días. Permaneció con ellas alrededor de una hora, y se mostró muy jovial. Mrs. Bennet lo invitó a comer con la familia, pero él lamentó no poder aceptar porque lo esperaban en otra casa.

—La próxima vez que venga —le dijo Mrs. Bennet— espero que seamos más afortunados.

—Tendría en ello especial gusto —contestó él, añadiendo que, si se lo permitían, aprovecharía la primera ocasión que se le presentase para visitarlos.

—¿Puede usted venir mañana?

—Sí, no tengo ningún otro compromiso —respondió al instante.

Al día siguiente llegó tan temprano que las señoras aún no estaban vestidas. Mrs. Bennet corrió al cuarto de sus hijas en bata y exclamando:

—¡Querida Jane, date prisa y ve abajo! Ha venido Mr. Bingley. Es él, sin duda; date prisa, date prisa. ¡Aquí, Sarah!; ve a ayudar a Miss Jane a vestirse. No olvides el peinado de Miss Lizzy.

—Bajaremos en cuanto podamos —dijo Jane—; pero estoy segura de que Kitty será la primera en hacerlo, porque empezó a arreglarse hace media hora.

—¡Deja a Kitty ahora! ¿Qué tiene que ver ella con todo esto? Vamos, date prisa, ¿dónde está tu faja, querida?

Pero cuando su madre salió, Jane no se decidió a bajar sin alguna de sus hermanas.

Idéntica ansiedad por retenerlo volvió a manifestar Mrs. Bennet durante la velada. Después del té Mr. Bennet se retiró a su biblioteca, como de costumbre, y Mary subió a tocar el piano. Habiendo desaparecido así dos obstáculos de los cinco, Mrs. Bennet se puso a mirar y hacer señas a Lizzy y Kitty, sin que al parecer éstas lo notaran. Lizzy no lo advirtió, y cuando al cabo lo hizo Kitty, exclamó con la mayor inocencia:

—¿Qué hay, mamá? ¿Qué quieres indicarme con esas señas? ¿Qué he de hacer?

—Nada, niña, nada. No te hacía señas.

Siguió, pues, sentada durante cinco minutos más; pero, incapaz de desperdiciar ocasión tan preciosa, se levantó de pronto, y diciendo a Kitty: «Ven, querida, tengo que hablarte», se la llevó a su habitación. Jane miró al instante a Lizzy, revelando su pesar por semejante marcha premeditada y suplicándole que no hiciera lo mismo.

Al cabo de pocos minutos, Mrs. Bennet abrió la puerta y dijo a Lizzy:

—Ven, querida, tengo que hablarte.

Lizzy se vio obligada a salir.

—Dejémoslos solos, ¿entiendes? —añadió su madre en cuanto estuvieron en el vestíbulo—. Kitty y yo vamos arriba, a mi tocador.

Lizzy no osó discutir con su madre; pero siguió quieta en el vestíbulo hasta que ésta y Kitty se perdieron de vista, y entonces regresó al salón.

Los planes de Mrs. Bennet quedaron sin efecto aquel día: Bingley era muy gentil, pero estaba lejos de ser el novio declarado de su hija. Su franqueza y optimismo contribuyeron mucho a que la reunión nocturna resultase agradable; fue objeto de la indecorosa indiscreción de Mrs. Bennet y oyó sus necias advertencias con una paciencia digna de elogio.

Apenas necesitó que se le invitase para quedarse a cenar, y antes de marcharse Mrs. Bennet le hizo prometer que a la mañana siguiente volvería para salir a cazar con su marido.

A partir de ese día, Jane ya no habló de que Bingley le fuera indiferente. Ni una palabra cambiaron las hermanas relativa a él; pero Lizzy se acostó aquella noche convencida de que todo se arreglaría pronto, a menos que Darcy regresase antes de lo que había anunciado. No obstante, empezaba a creer que todo aquello contaba con la anuencia de dicho caballero.

Bingley llegó puntual a la cita, y él y Mr. Bennet pasaron juntos la mañana del modo convenido, y el último estuvo mucho más agradable de lo que su compañero esperaba. Nada había en Bingley de presunción o extravagancia que pudiera provocar disgusto o motivo de mofa, y por ello Mr. Bennet estuvo más comunicativo y menos excéntrico que nunca. Bingley, por supuesto, se quedó a comer, y por la tarde Mrs. Bennet hizo de nuevo todo lo posible para dejarlo a solas con su hija. Lizzy, que tenía que escribir una carta, fue con ese propósito a la salita de almorzar poco después del té, ya que los demás se disponían a jugar a cartas y su presencia no era necesaria para frustrar los planes de su madre.

Pero al entrar en el salón una vez concluida la carta comprobó, con infinita sorpresa, que había razón para temer que su madre hubiese sido por demás ingeniosa. Al abrir la puerta vio juntos a su hermana y a Bingley, apoyados contra la chimenea, como si estuviesen ocupados en la más interesante plática; y por si eso no hubiera dado ya lugar a sospechas, los rostros de ambos, al volverse rápidamente y separarse, fueron por demás elocuentes. La situación resultó bastante embarazosa, sobre todo, pensó Lizzy, para la pareja. Ninguno de los tres pronunció palabra, y Lizzy estaba ya dispuesta a marcharse de nuevo, cuando Bingley, que, al igual que Jane, se había sentado, se puso de pie de improviso y, susurrando algo al oído de ésta, salió de la estancia.

Jane no podía ocultar a su hermana nada que la hiciese feliz, y así, abrazándola al instante, le confesó emocionada que se sentía la persona más dichosa del mundo.

—Es demasiado —añadió—; excesivamente demasiado. No lo merezco. ¡Ah! ¿Por qué no son todos felices?

La enhorabuena de Lizzy fue tan sincera, tan ardiente, reveló tanta complacencia, que las palabras no alcanzan para expresarla. Cada una de sus cariñosas frases fue

nuevo manantial de dichas para Jane. Pero ésta no pudo permanecer con su hermana ni decirle la mitad de lo que le quedaba por comunicar en ese momento.

—Tengo que ir enseguida a ver a mamá —le dijo—. No quiero decepcionar su afectuosa solicitud ni permitir que se entere por nadie que no sea yo. Él ha ido a hablar con papá. ¡Oh Lizzy! ¡Lo que voy a contar causará tanta alegría a mi querida familia! ¿Cómo podré resistir tanta dicha?

Se marchó presurosa a donde estaba su madre, que había suspendido la partida de naipes y se encontraba arriba con Kitty.

Lizzy se quedó sola, reflexionando con una sonrisa en los labios sobre la rapidez y facilidad con que se resolvía un asunto que tantos meses de incertidumbre y tristeza les había ocasionado.

Aquél, se dijo, era el resultado de la vigilante actitud de su amigo y de todas las falsías y maquinaciones de sus hermanas; el final más feliz, lógico y razonable.

A los pocos minutos estaba reunida con Bingley, cuya conferencia con el señor Bennet había sido breve.

—¿Dónde está su hermana? —le preguntó apenas abrió la puerta.

—Arriba, con mi madre. Supongo que bajará pronto.

Entonces él cerró la puerta y, acercándose a Lizzy, solicitó su enhorabuena y su afecto de hermana. Lizzy le expresó sinceramente su alegría por la perspectiva de su próximo parentesco. Diéronse la mano afectuosamente, y hasta que su hermana bajó hubo de escuchar cuanto él le dijo sobre su propia dicha y las cualidades de Jane. A pesar de que se trataba de un enamorado, Lizzy creyó de veras que todas esas esperanzas de felicidad tenían un fundamento racional por estar basadas en una inteligencia excelente y el aún más excelente corazón de Jane, sumados a una semejanza de sentimientos y aspiraciones.

La velada transcurrió en medio de la alegría general. El rostro de Jane reflejaba su íntima satisfacción, y la felicidad que sentía la hacía aparecer más hermosa que nunca. Kitty sonreía, confiando en que le llegase pronto su turno. Mrs. Bennet no encontraba palabras para expresar su satisfacción, a pesar de que durante media hora no habló de otra cosa con Bingley. En cuanto a Mr. Bennet, cuando se unió a ellos para cenar, delataba en su voz y en su actitud la alegría que lo embargaba.

Pero ni una palabra salió de sus labios que aludiese a ello hasta que su visitante se despidió, si bien tan pronto como éste se hubo marchado, se volvió hacia su hija y le dijo:

—Te felicito, Jane. Serás una mujer muy dichosa.

Jane corrió hacia él al instante, lo besó y le dio las gracias por su bondad.

—Eres una buena muchacha —añadió él— y me satisface saber que estarás felizmente casada. No dudo de que os entenderéis. Vuestros caracteres no tienen nada de opuestos. Sois tan condescendientes que jamás resolveréis nada, tan sencillos, que cualquier criado os engañará, y tan generosos que siempre gastaréis más de lo que vuestros ingresos os permitan.

—Espero que no aciertes, sobre todo en esto último. La imprudencia en cuestiones de dinero sería imperdonable en mí.

—¡Gastar más de lo que les permitan sus ingresos! —exclamó Mrs. Bennet—. Querido esposo, ¿qué estás diciendo? Él posee cuatro o cinco mil libras anuales de renta, y acaso más. —Después, dirigiéndose a su hija, añadió—: ¡Oh, mi querida Jane, soy tan dichosa que estoy segura de que no podré dormir en toda la noche! Ya sabía yo que esto llegaría; siempre dije que al final habría de ser así. Estaba convencida de que no podías ser tan bella en balde. Recuerdo que tan pronto como lo vi llegar a este condado el año pasado, presentí que llegaríais a ser marido y mujer. ¡Oh! ¡Es el hombre más encantador que he visto nunca!

Ya no se acordaba de Wickham ni de Lydia; Jane era ahora su hija favorita, sin comparación; en aquel momento ninguna otra le importaba. Sus hermanas menores pronto comenzaron a pedir a Jane cosas que harían su felicidad y que ella podría darles en el futuro.

Mary le pidió poder usar su biblioteca de Netherfield, y Kitty le suplicó con insistencia que organizara unos cuantos bailes allí durante el invierno.

Bingley se convirtió desde entonces, como era natural, en visitante cotidiano de Longbourn. Solía llegar antes del almuerzo y permanecía siempre hasta después de la cena, a menos que algún desalmado vecino, a quien por ello no podía detestar lo bastante, lo invitara a comer, y eso en caso de que se considerase obligado a aceptar.

Lizzy disponía ahora de escaso tiempo para conversar con su hermana, porque mientras él se hallaba presente, Jane no prestaba atención a nadie. Aun así, se consideraba muy útil a ambos en las horas de inevitable separación. En ausencia de Jane, él siempre se acercaba a Lizzy, pues le encantaba hablar con ella, y cuando Bingley se iba, Jane buscaba constantemente la misma fuente de consuelo.

—¡Me ha hecho tan feliz —dijo Jane una noche— al confesarme que ignoraba por completo que hubiese estado en la capital la primavera pasada! ¡No lo había creído posible!

—Lo sospechaba —replicó Lizzy—. Pero ¿cómo lo explica?

—Debe de haber sido cosa de sus hermanas. La verdad es que no querían que se relacionase conmigo, lo cual no me sorprende, pues podía haber elegido una novia más ventajosa que yo en muchos aspectos. Pero cuando adviertan, como supongo que advertirán, que su hermano es feliz a mi lado, se conformarán y volveremos a estar en buenos términos; aunque nuestra relación nunca será lo que fue.

—Ésa es la frase más imperdonable que te he oído jamás —dijo Lizzy—. ¡Qué inocente eres! ¡Me irrita comprobar de nuevo que confías en la sinceridad de Miss Bingley!

—¿Crearás, Lizzy, que al irse a la capital el pasado noviembre me amaba de veras, y que sólo la persuasión de que me era indiferente le impidió regresar aquí?

—No cabe duda de que se equivocó, pero eso hace honor a su modestia.

Esto, naturalmente, dio pie a un elogio de Jane a la timidez de su novio y al escaso valor que él asignaba a sus cualidades.

A Lizzy le agradó comprobar que Bingley no había traicionado a su amigo hablando de la intervención de éste, porque, aun cuando Jane tenía el más generoso e indulgente corazón del mundo, comprendía que esta circunstancia podría haberla enemistado con Darcy.

—Soy, ciertamente, la mujer más afortunada que existe —exclamó Jane—. ¡Oh, Lizzy! ¿Por qué me distinguió así en mi familia favoreciéndome entre mis hermanas? ¡Si por lo menos pudiera verte a ti tan feliz! ¡Si hubiera otro hombre así para ti!

—Aunque me dieras cuarenta como él, nunca sería tan feliz como tú. Mientras no posea tu carácter no podré tener tanta dicha. No, no, déjame como soy; y quizá, si tengo buena suerte, con el tiempo encuentre otro Collins.

Los acontecimientos producidos en la familia de Longbourn no podían mantenerse en secreto. Mrs. Bennet tuvo el privilegio de comunicárselo a su hermana Philips, y ésta se apresuró, sin previo permiso, a informar de ello a todos los vecinos de Meryton.

Los Bennet fueron pronto declarados la familia más afortunada del mundo, aunque sólo pocas semanas antes, en ocasión de la fuga de Lydia, se los hubiera tenido por los más desgraciados.

Una mañana, aproximadamente una semana después de anunciarse el compromiso de Bingley con Jane, mientras él y la familia estaban reunidos en el comedor, les llamó la atención el ruido de un carruaje, y al mirar por la ventana vieron una silla de postas con cuatro caballos cruzar el prado. Era demasiado temprano para visitas, y, además, por el equipaje no parecía que fuese ninguno de los vecinos; los caballos eran de posta, y ni el coche ni la librea del lacayo que lo precedía les eran conocidos. Pero como era evidente que alguien llegaba, Bingley convenció al instante a Jane de que, para evitar que el intruso interrumpiera su charla, salieran a pasear por el jardín. Se fueron, pues, ambos, y las tres que quedaron continuaron sus conjeturas, aunque no muy a gusto, sobre la llegada del coche, hasta que se abrió la puerta y entró la visita. Era lady Catherine de Bourgh.

Verdad es que todos esperaban una sorpresa, pero su asombro superó todo lo imaginable, y aunque Mrs. Bennet y Kitty desconociesen a dicha persona, su sorpresa, con todo, no fue menor que la de Lizzy.

Entró en la estancia con aire todavía más antipático que de costumbre, no respondió al saludo de Lizzy más que con una inclinación de la cabeza, y se sentó sin decir una palabra. Lizzy le dijo en voz baja a su madre el nombre de la recién llegada, aun sin mediar súplica de presentación.

Mrs. Bennet, sorprendida y a la vez halagada por recibir una visita tan importante, la acogió con la mayor cortesía. Tras permanecer unos momentos callada, lady Catherine dijo con expresión casi hostil a Lizzy:

—Supongo que se encuentra usted bien, y que esta señora será su madre.

Lizzy se limitó a contestar que sí.

—Y ésta otra imagino que será una de sus hermanas.

—Sí, señora —respondió Mrs. Bennet, muy complacida de hablar con lady Catherine—. Es casi la más joven, la menor se ha casado hace poco, y la mayor está en el jardín paseando con un muchacho que, espero, pronto formará parte de la familia.

—Tienen ustedes un parque muy pequeño —declaró Lady Catherine tras un breve silencio.

—No es nada en comparación con Rosings, señora, hay que confesarlo; pero le aseguro que es mucho más grande que el de sir William Lucas.

—Esta sala ha de ser muy incómoda para pasar en ella las tardes de verano; las ventanas dan a poniente.

Mrs. Bennet le aseguró que jamás permanecían en ella después de comer, y añadió:

—¿Puedo tomarme la libertad de preguntarle si se encuentran bien Mr. y Mrs. Collins?

—Sí, muy bien; los vi anteayer por la noche.

Lizzy creyó entonces que le daría una carta de Charlotte, ya que ése parecía el único motivo probable de su visita, pero no lo hizo, lo cual le extrañó.

Mrs. Bennet suplicó a Su Señoría que tomase un refrigerio, pero ésta rehusó el agasajo con ademán resuelto y no excesiva cortesía; y luego, levantándose, dijo a Lizzy:

—Miss Bennet, me parece que allí, a un lado del prado, hay un lugar precioso y retirado. Me gustaría dar una vuelta por él si quisiera usted favorecerme con su compañía.

—Ve, querida —exclamó Mrs. Bennet—, y enseña a Su Señoría los diversos paseos. Creo que la ermita le gustará.

Lizzy obedeció, y tras ir a su habitación en busca de su sombrilla, esperó abajo a su noble visitante. Al pasar por el vestíbulo, lady Catherine abrió las puertas del comedor y del salón, y declaró, tras inspeccionarlas, brevemente, que eran estancias decentes, y siguió andando.

Su carruaje continuaba en la puerta, y Lizzy vio que la camarera de Su Señoría estaba en él. Siguieron en silencio por el sendero que conducía al bosquecillo. Lizzy estaba decidida a no esforzarse en conversar con una mujer que se mostraba, más que nunca, insolente y desagradable.

La miró a la cara y se preguntó cómo habría podido encontrar a su sobrino parecido a ella.

Al entrar en el bosquecillo, lady Catherine comenzó de este modo:

—Seguramente conocerá usted, Miss Bennet, la razón de mi presencia aquí. Su propio corazón, su propia conciencia le habrán dicho ya por qué he venido.

Lizzy la miró con asombro no disimulado.

—Está usted equivocada; en realidad, señora, no me explico el honor de su visita.

—Miss Bennet —repuso Su Señoría con tono de enfado—, debe usted saber que no me gustan las burlas; pero por poco sincera que usted quiera ser, no la imitaré. Tengo fama de persona sincera y franca, y en asunto tan importante como éste no me apartaré de mi modo de ser. Se me ha dicho que no sólo su hermana está a punto de casarse muy ventajosamente, sino que usted, Miss Bennet, quedaría unida poco después con mi sobrino, Mr. Darcy. Aun sabiendo que eso es una espantosa falsedad, y a pesar de que no quiero agraviarlo suponiendo que tal vez sea cierto, resolví al instante venir aquí para exponerle a usted mis sentimientos.

—Si creyó usted imposible que eso fuese verdad —dijo Lizzy, sonrojada de asombro y desdén—, me admira que se haya molestado en venir desde tan lejos. ¿Qué se propone, lady Catherine?

—Ante todo, conseguir que ese rumor sea públicamente desmentido.

—El que se halle usted en Longbourn —dijo con frialdad Lizzy— servirá más bien para confirmar esos rumores, si es que realmente existen...

—¿Si existen! ¿Pretende usted, pues, ignorarlos? ¿Acaso no ha sido usted quien los ha hecho circular?

—Jamás.

—¿Y puede usted declarar también que carecen de fundamento?

—No pretendo tener igual franqueza que Su Señoría. Usted puede preguntar cosas que yo puedo considerar oportuno no responder.

—¿Es insoportable! Miss Bennet, insisto en que se me satisfaga. ¿Le ha hecho a usted mi sobrino ofrecimiento de matrimonio?

—Su Señoría ha declarado ya que eso era imposible.

—Tiene que serlo, mientras él conserve el uso de la razón. Pero sus malas artes y sus intentos de seducción pueden haberle hecho olvidar, en un momento de ceguera, su deber para con su familia y para consigo mismo. Puede usted haberlo embaucado.

—Si lo he hecho, seré la última persona que lo confiese.

—Miss Bennet, ¿sabe usted quién soy yo? No estoy acostumbrada a esa clase de lenguaje. Soy casi el pariente más próximo que le queda a mi sobrino, y tengo derecho a conocer sus afectos más íntimos.

—Pero no lo tiene usted para conocer los míos, y un proceder como el suyo jamás me inducirá a ser más explícita.

—Entiéndame usted bien. Ese casamiento a que tiene usted la pretensión de aspirar nunca podrá realizarse; nunca. Mr. Darcy está comprometido con mi hija. ¿Qué tiene usted que decir ahora?

—Sólo que si es así, no hay razón para que usted suponga que él me ha hecho proposición alguna.

Lady Catherine vaciló por un instante y al cabo replicó:

—El compromiso entre ambos es muy especial. Desde su infancia han sido destinados el uno para el otro. Ése era el deseo tanto de la madre de él como de la de ella. Desde que nacieron proyectamos su unión, y ahora, en el momento en que los anhelos de ambas hermanas iban a realizarse, ¿ha de verse impedido ese matrimonio por una joven de inferior condición social, sin importancia en el mundo y por completo ajena a la familia? ¿No tiene usted en cuenta los deseos de las personas que lo quieren referentes a su tácito compromiso con Miss de Bourgh? ¿Ha perdido usted todo sentimiento de decencia y delicadeza? ¿No me ha oído decir que desde los primeros instantes ha sido destinado para su prima?

—Sí, lo he oído; pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Si no hay otro obstáculo para que yo me case con su sobrino, eso no dejará de ocurrir porque suponga que su madre y su tía deseaban que se casase con Miss de Bourgh. Ambas hicieron todo lo posible para proyectar ese matrimonio, pero el que se lleve a cabo o no depende de otros. Si Mr. Darcy no se cree obligado a casarse con su prima por razones de honor o de afecto, ¿por qué no puede elegir a otra mujer? Y si yo soy la elegida, ¿qué puede impedir que lo acepte?



—El honor, el decoro, la prudencia y aun el interés. Sí, Miss Bennet, el interés; porque no espere usted atenciones de su familia o amigos si obra tercamente contra los deseos de todos. Será usted censurada, desairada, despreciada. Su unión será una calamidad; sus nombres no serán mencionados jamás por ninguno de nosotros.

—Graves son esas desgracias —replicó Lizzy—. Pero la esposa de Mr. Darcy encontrará en el matrimonio tantos motivos de dicha, que a pesar de todo lo que me ha dicho nunca encontrará motivo de queja.

—¡Ah, niña obstinada y terca! ¡Me avergüenzo de usted! ¿Así agradece mis atenciones de la pasada primavera? Sentémonos. Ha de saber usted, Miss Bennet, que he venido aquí firmemente resuelta a conseguir mi propósito. No cejaré; no estoy acostumbrada a someterme a los caprichos de nadie, ni a sufrir decepciones.

—Eso hará más lastimosa la situación actual de Su Señoría; pero a mí no me afecta.

—¡No quiero que se me interrumpa! Escuche usted en silencio. Mi hija y mi sobrino han nacido el uno para el otro. Por línea materna descienden del mismo ilustre linaje, y por la paterna, de familias respetables, honorables y antiguas, aunque sin título. La fortuna por ambos lados es espléndida. Están mutuamente destinados por el voto de todos los miembros de sus respectivas casas; y ¿qué es lo que ha de separarlos? Las repentinas pretensiones de una muchacha sin familia, ni parientes, ni fortuna. ¿Se puede tolerar eso? ¡De ninguna manera! Si supiera usted lo que le conviene, no querría abandonar la esfera en que ha nacido.

—Casarme con su sobrino no me obligaría a cambiar de condición social. Él es un caballero; yo, la hija de otro caballero; por consiguiente, somos iguales.

—Cierto; usted es hija de un caballero. Pero ¿quién es su madre? ¿Quiénes sus tíos y tías? ¿Acaso cree usted que ignoro su condición social?

—Cualesquiera que sean mis parientes —dijo Lizzy—, si su sobrino no los rechaza, a usted no tienen por qué importarle.

—Dígame usted de una vez si está comprometida con él.

Aunque Lizzy no habría contestado a esta pregunta por el mero hecho de complacer a lady Catherine, no pudo menos que decir, tras un momento de reflexión:

—No lo estoy.

Lady Catherine pareció satisfecha.

—¿Y me promete que nunca aceptará semejante compromiso?

—No puedo prometérselo.

—¡Miss Bennet, estoy horrorizada y sorprendida! Esperaba encontrar una joven más sensata. Pero no crea que estoy dispuesta a ceder. No me iré hasta que me haya dado la seguridad que le exijo.

—Y yo le aseguro que no se la daré jamás. No conseguirá usted intimidarme forzándome a hacer algo tan falto de sentido. Su Señoría necesita que Mr. Darcy se case con su hija, pero el que yo le diese a usted la promesa ansiada ¿haría más probable ese matrimonio? Suponiéndolo interesado por mí, ¿mi rechazo a aceptar su

mano lo haría desear ofrecérsela a su prima? Permítame decirle, lady Catherine, que los argumentos en que ha apoyado tan extraordinaria exigencia han sido tan frívolos como irreflexiva es la exigencia misma. Ha confundido usted de medio a medio mi carácter si supone que puedo obrar por persuasiones por el estilo. No sé hasta qué punto podrá aprobar su sobrino el que se entrometa en sus asuntos, pero le aseguro que no tiene usted derecho a entrometerse en los míos. Por consiguiente, he de suplicarle que no me importune más sobre este particular.

—No se precipite, Miss Bennet, que aún no he acabado. A cuantas objeciones he expuesto ya, tengo que añadir otra. No ignoro las particularidades del infame rapto de su hermana menor. Lo sé todo. Sé que el muchacho se casó con ella gracias a un remiendo aplicado al caso a expensas de su padre y de sus tíos. ¿Y semejante muchacha ha de ser cuñada de mi sobrino? El marido de ella, el hijo del antiguo administrador de su padre, ¿ha de convertirse en su cuñado? ¿Han de profanarse de manera tan vil las sombras de Pemberley?

—Le ruego que no prosiga —contestó Lizzy, enfadada—. Me ha insultado usted de todos los modos posibles. He de suplicarle que volvamos a casa.

Y diciendo esto se levantó. Lady Catherine hizo lo propio, y regresaron. Su Señoría estaba muy irritada.

—¿No tiene usted, pues, consideración a la honra y el crédito de mi sobrino? ¡Niña insensible y egoísta! ¿No considera que al unirse a mi sobrino caerá usted en desgracia a los ojos de todo el mundo?

—Lady Catherine, no tengo nada más que decir. Ya conoce usted mi modo de pensar.

—¿Está usted, por consiguiente, resuelta a casarse con él?

—No he dicho semejante cosa. Sólo estoy dispuesta a proceder de la manera que considere más apropiada para mi felicidad, sin tener en cuenta lo que piense usted ni ningún otro.

—Bien. Entonces rehúsa usted complacerme. Rechaza usted obedecer al imperio del deber, del honor y del agradecimiento. Está decidida a rebajar a mi sobrino ante la opinión de todos sus amigos y a hacer que todos lo desprecien.

—Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud —repuso Lizzy— puede alegar ningún derecho sobre mí en las presentes circunstancias. No violaría ninguno de esos principios casándome con Mr. Darcy. Y en cuanto al enfado de su familia o a la indignación del mundo, si tal cosa ocurriera por unirme en matrimonio con su sobrino, no me importaría en absoluto, y la gente en general tiene sobrado sentido común para sumarse a los que por semejante cosa se sienten indignados.

—¿Eso es lo que verdaderamente opina? ¿Es ésa su última palabra? Muy bien; ahora sé cómo he de obrar. No imagine usted, Miss Bennet, que su ambición quedará satisfecha. Vine a probarla. Esperaba encontrarla razonable; pero tenga por descontado que me saldré con la mía.

Así se expresó lady Catherine hasta que estuvieron ante la portezuela del coche, y entonces, volviéndose, añadió:

—No me despido de usted, Miss Bennet, ni envío recuerdos a su madre. Ninguno de ustedes merece esa atención. Estoy muy seriamente disgustada.

Lizzy no respondió, y, sin tratar de convencer a Su Señoría de que entrase en casa, se alejó de ella. Oyó partir el coche cuando subía por la escalera. Su madre, impaciente, salió a su encuentro para preguntarle cómo no había entrado lady Catherine para descansar.

—Se ha negado a ello —respondió Lizzy—. Ha preferido marcharse.

—Es una mujer muy distinguida, y su visita supone el colmo de la cortesía, porque imagino que habrá venido sólo a decirnos que los Collins están bien. Supongo que iría a algún sitio y al pasar por Meryton pensó que podría visitarnos. Me figuro que no tendría nada de particular que decirte, Lizzy.

La muchacha se vio obligada a mentir un poco sobre este punto, porque no podía revelar la sustancia de su coloquio.

A Lizzy le costó vencer la inquietud en que la sumió aquella extraordinaria visita, y durante muchas horas le fue imposible dejar de pensar en ella. Parecía que lady Catherine se había tomado la molestia de viajar desde Rosings con el propósito de echar por tierra su supuesto compromiso con Darcy, y Lizzy no lograba imaginar de dónde podía haber surgido el rumor de su noviazgo, hasta que pensó que el que él fuese tan íntimo amigo de Bingley y ella hermana de Jane, era motivo suficiente para explicarlo todo, ya que la inminencia de una boda predisponía a suponer otra. Se daba cuenta de que el matrimonio de su hermana les procuraría numerosas ocasiones de verse, y acaso por eso sus vecinos, los Lucas —por cuya correspondencia con los Collins suponía que habría llegado la misma a lady Catherine—, podrían haber dado por cierto e inmediato lo que ella había entrevisto como posible para más adelante.

Pero meditando sobre las palabras de lady Catherine no pudo evitar cierta intranquilidad por las posibles consecuencias de su intromisión. De lo dicho por ella sobre su resolución de impedir el casamiento dedujo Lizzy que había pensado interpelar a su sobrino, y no osaba decidir cómo tomaría él la relación consiguiente de los peligros que entrañaba semejante enlace. Desconocía el grado de cariño que él profesaba por su tía, así como el de su dependencia de los juicios de ésta, pero era lógico suponer que tuviera mejor concepto de Su Señoría que ella, y estaba segura de que al enumerarle las desdichas de un matrimonio con quien tenía parientes inmediatos tan desiguales a los suyos, lady Catherine lo atacaría por su punto más débil. Debido a las ideas de él sobre la dignidad, Lizzy creía probable que los argumentos que ante ella habían pasado por tan débiles y ridículos a él le pareciesen sólidos y sensatos.

Si antes él se había mostrado vacilante sobre lo que debía hacer, las advertencias a instancias de parienta tan próxima podían disipar todas sus dudas, determinándolo de una vez a ser todo lo feliz que cupiese sin mengua de su dignidad. En ese caso no regresaría. Lady Catherine podía verlo a su paso por la capital y quedaría sin cumplir la promesa que había hecho a Bingley de volver a Netherfield.

Por lo tanto, pensó, si en el plazo de unos pocos días su amigo recibe una carta en que se excusa de su compromiso, sabré cómo interpretarla. Entonces tendré que abandonar toda esperanza, todo anhelo de constancia por su parte. Si se satisface sólo con acordarse de mí cuando podría obtener mi afecto y mi mano, pronto dejaré de pensar en él.

La sorpresa del resto de la familia al saber la identidad de su visitante fue enorme, pero se contentaron con la misma suposición que había apaciguado la curiosidad de Mrs. Bennet, y Lizzy se ahorró más disgustos con ello.

A la mañana siguiente, cuando bajaba por la escalera, topó con su padre, que salía de la biblioteca con una carta en la mano.

—Lizzy —le dijo—, iba a buscarte; ven a mi habitación.

Ella lo siguió, y su curiosidad por saber qué tenía que comunicarle aumentó con la suposición de que estuviese relacionado de algún modo con la carta que llevaba en la mano. Repentinamente se le ocurrió que podía ser de lady Catherine, y se sintió inquieta ante la posibilidad de tener que dar explicaciones.

Una vez en la habitación, ambos se sentaron ante la chimenea. Entonces, dijo él:

—He recibido esta mañana una carta que me ha asombrado mucho. Como se refiere sobre todo a ti, debes conocer su contenido. No sabía hasta ahora que tenía dos hijas a punto de casarse. Permíteme que te felicite por tan importante conquista.

Lizzy se ruborizó al pensar que la misiva podía haber sido escrita por el sobrino en lugar de la tía, y no sabía si alegrarse de que Darcy hubiese decidido manifestar sus sentimientos, o enfadarse porque la carta no estaba dirigida a ella, cuando su padre continuó:

—Parece que lo adivinas. Las jóvenes poseéis gran poder de penetración en asuntos de esta índole, pero creo poder desafiar tu sagacidad invitándote a que descubras el nombre de tu admirador. La carta es de Collins.

—¿De Collins? ¿Qué tiene que decirme Collins?

—Como era de esperar, algo muy oportuno. Comienza con la enhorabuena por la próxima boda de mi hija mayor, boda de la cual parece informado por los Lucas, esos extraordinarios chismosos. No entretendré tu impaciencia con leerte lo que dice sobre eso. Lo referente a ti es como sigue: «Después de haberte felicitado por parte de Mrs. Collins y mía por tan fausto acontecimiento, permíteme añadir una breve advertencia sobre otro asunto, del cual hemos sido informados por el mismo testigo. Se supone que tu hija Lizzy no llevará largo tiempo el nombre de Bennet después de dejarlo su hermana mayor, y que la pareja elegida por su hado puede razonablemente considerarse como uno de los más ilustres personajes de este país.»

¿Sospechas, Lizzy, de quién se trata? Y añade: «Ese joven está adornado de modo especial con cuanto un mortal puede esperar: soberbias propiedades, ilustres parientes, gran influencia. Pero, a pesar de todas esas tentaciones, permíteme que os advierta a ti y a mi prima Lizzy sobre los peligros a que podéis exponeros por una precipitada aceptación de las proposiciones de semejante caballero, las cuales como es natural, os inclinaréis a considerar como inmediatamente ventajosas.» ¿Tienes idea, Lizzy, de quién es el caballero? Ahora lo sabrás: «Mi motivo para advertirte así es el siguiente: tenemos razones para creer que su tía, lady Catherine de Bourgh, no mira ese casamiento con buenos ojos.» Como ves, el hombre en cuestión es Mr. Darcy. Me parece, Lizzy, que te he sorprendido. ¿Ha podido Collins, o han podido los Lucas escoger en el círculo de nuestras relaciones otro cuyo nombre descubriera mejor la mentira de lo que propalan? ¡Mr. Darcy, que jamás mira a ninguna mujer sino para censurarla, y que probablemente no te habrá mirado en la vida! ¡Es verdaderamente extraordinario!

Lizzy trató de seguir la broma a su padre, pero sólo consiguió esbozar una tímida sonrisa. Mr. Bennet nunca había hecho gala de agudezas tan desagradables para ella.

—¿No te parece divertido?

—¡Oh, sí! Sigue leyendo, te lo suplico.

—«En cuanto mencioné la noche pasada a Su Señoría la posibilidad de ese casamiento, al instante expresó, con su habitual condescendencia, sus sentimientos sobre el asunto. Si resultase cierto, por varias objeciones relativas a la familia de mi prima, jamás daría ella su consentimiento para lo que considera una unión desgraciada. Yo consideraré mi deber el comunicar esto cuanto antes a mi prima, para que ella y su noble admirador reflexionen sobre lo que van a hacer y no se apresuren a contraer un matrimonio que no ha sido convenientemente sancionado.» Además, añade Collins: «Me alegro de veras de que la cuestión de tu hija Lydia se haya arreglado satisfactoriamente, y sólo lamento que se extendiera la noticia de que vivieron juntos antes de que el casamiento se celebrase. Pero no olvido los deberes que debo a mi condición, por lo que no puedo abstenerme de declarar mi asombro al saber que habías recibido a la joven pareja en tu casa en cuanto estuvieron casados. Eso fue alentar el vicio, y si yo hubiera sido rector de Longbourn me habría opuesto del modo más enérgico. Sin duda, como cristiano debes perdonarlos, pero jamás admitirlos ante tu presencia ni permitir que se pronuncien sus nombres ante ti.»

Tras una pausa, Mr. Bennet exclamó:

—¡Tal es su concepto de la misericordia cristiana! El resto sólo se refiere al estado de su amada Charlotte y a su esperanza de tener un joven retoño. Pero, Lizzy, parece que no lo encuentras divertido. Supongo que no irás a enfadarte pretendiendo que te ofende una noticia tan necia. ¿Para qué vivimos sino para entretener a nuestros vecinos y reírnos de ellos a la vez?

—No, si lo encuentro muy divertido —declaró Lizzy—. ¡Pero eso es tan extraño!

—Sí, y eso es lo que lo hace más gracioso. Si se hubieran fijado en otro hombre no habría nada de particular, pero la completa indiferencia de él hacia ti y tu profundo desagrado lo hacen deliciosamente absurdo. Por mucho que me moleste escribir, no evitaría la correspondencia con Collins por ningún motivo. La verdad es que al leer una carta suya no puedo evitar preferirlo incluso a Wickham, aun cuando la desvergüenza y la hipocresía de mi yerno son inigualables. Y dime, Lizzy, ¿qué dijo lady Catherine de semejante noticia? ¿Vino quizá para negar su consentimiento?

A esa pregunta su hija sólo respondió con una carcajada, y como se le había dirigido sin la menor sospecha, su padre no se molestó en repetirla. Ella jamás se habría visto en situación de tener que aparentar que sus sentimientos eran los que en realidad no eran. Ahora se vio obligada a reír cuando habría deseado llorar. Su padre la había mortificado muy cruelmente con lo que le había dicho sobre la indiferencia de Darcy, y ella se maravillaba de tamaña falta de intuición o acaso ocurría, sencillamente, que Lizzy se había hecho demasiadas ilusiones.

Bingley no recibió ninguna carta de excusa de su amigo, como Lizzy esperaba que sucediese. En cambio llegó a Longbourn acompañado de Darcy pocos días después de la visita de lady Catherine. Los caballeros se presentaron temprano, y antes de que Mrs. Bennet tuviese tiempo de decir a Darcy que habían visto a su tía, cosa que Lizzy temió al instante, Bingley, que necesitaba estar solo con Jane, propuso a todos salir a dar un paseo. Mrs. Bennet no tenía costumbre de pasear y Mary nunca podía perder tiempo; pero los cinco restantes se marcharon juntos. Bingley y Jane dejaron que se les adelantaran Lizzy, Kitty y Darcy. Ninguno de los tres habló mucho; Kitty tenía miedo de emitir palabra delante de Darcy; Lizzy estaba a punto de tomar una resolución desesperada, y acaso él estuviese dispuesto a hacer otro tanto.

Se dirigieron hacia la casa de los Lucas, porque Kitty deseaba ver a Mary, y como Lizzy vio que eso no podía interesar a los demás, cuando su hermana se alejó continuó audazmente sola con Darcy. Llegó entonces el momento de poner en práctica su resolución, y, haciendo acopio de valor, dijo:

—Mr. Darcy, soy una persona muy egoísta, y por satisfacer mis sentimientos soy capaz de no considerar cuánto he podido herir los de usted. No puedo evitar por más tiempo el agradecerle todo lo que ha hecho por mi pobre hermana. Desde que me enteré de ello he deseado hacerle presente la gratitud que siento. Si el hecho fuera conocido por el resto de mi familia, no sería sólo mi agradecimiento lo que estaría expresándole.

—Lamento enormemente —contestó Darcy con tono de sorpresa y de emoción— que haya sido usted informada de lo que, erróneamente interpretado, pudiera ocasionarle alguna inquietud. No creía que Mrs. Gardiner fuese tan poco discreta.

—No censure usted a mi tía. Fue el atolondramiento de Lydia lo que me puso al corriente de su intervención, y, como es natural, no estuve tranquila hasta conocer los detalles. Permítame que le agradezca de nuevo, en nombre de toda mi familia, la generosa compasión que le indujo a molestarse tanto para descubrir el paradero de mi hermana.

—Si me lo agradece —replicó él—, que sea sólo en nombre de usted. No he de negar que el deseo de proporcionarle una alegría pudo añadir fuerza a las otras razones que me impulsaron a ello; pero su familia no me debe nada. Aun cuando los respeto mucho, no pensé sino en usted.

Lizzy estaba demasiado turbada para pronunciar palabra. Tras una breve pausa, su compañero añadió:

—Es usted en extremo generosa como para bromear conmigo. Si sus sentimientos son aún los mismos que en abril pasado, dígamelo de una vez. Mi afecto y mis anhelos no han variado; pero una palabra suya me hará callar para siempre.

Ella, consciente de lo terrible de su situación, se esforzó por hablar, y al punto, aunque no con rapidez, le dio a entender que sus sentimientos habían experimentado un cambio tan absoluto que no podía por menos que recibir con gratitud y placer su actual declaración. El estado de felicidad que semejante respuesta proporcionó a Darcy fue tal como probablemente jamás lo había disfrutado, y se expresó en esta ocasión con el juicio y la vehemencia que cabe suponer en un hombre profundamente enamorado. Si Lizzy hubiera sido capaz de mirarlo a los ojos habría observado lo mucho que expresaban estos la dicha que lo embargaba. Pero si no lo miró, lo escuchó, y lo oyó revelar sentimientos que daban cada vez más valor a su afecto, pues demostraban cuán importante era ella para él.

Siguieron paseando sin cuidarse de la dirección que llevaban; había demasiado que pensar, sentir y decir para atender a nada más. Pronto supo ella que debían su actual avenencia a los afanes de lady Catherine, quien había visitado a su sobrino en camino de regreso a Rosings y le había contado de su ida a Longbourn y de lo sustancial de su conversación con Lizzy, insistiendo con énfasis en cuantas expresiones denotaban, en especial a juicio de Su Señoría, la perversidad y descaro de aquélla, en la creencia de que semejante relato le serviría de ayuda en su empresa de obtener del sobrino la promesa que Lizzy había rehusado dar. Pero, para desgracia de lady Catherine, el efecto había sido el contrario.

—Eso me hizo saber —dijo él— lo que antes apenas me habría atrevido a esperar. Conocía lo suficiente su carácter, Lizzy, para saber que, de estar absoluta e irrevocablemente decidida a rechazarme, se lo habría hecho saber a lady Catherine con claridad y franqueza.

Lizzy se sonrojó y, entre risas, contestó:

—Sí, conocía usted suficientemente mi franqueza para creermelo capaz de eso. Después de rechazarlo de modo tan abominable no podía tener escrúpulo en manifestar lo mismo a todos sus parientes.

—¿Qué me dijo usted que yo no mereciese? Porque aunque sus acusaciones eran infundadas, mi proceder entonces merecía el más severo reproche. Aquello fue imperdonable; no puedo pensar en ello sin horror.

—No discutamos sobre quién merece mayor censura por lo de aquella tarde —dijo Lizzy—. Mirándolo bien, la conducta de los dos fue reprochable. Pero me parece que ambos hemos ganado en cortesía desde entonces.

—No me resulta fácil reconciliarme conmigo mismo. El recuerdo de lo que entonces dije, de mi conducta, de mis modales, de mis expresiones durante la entrevista, es ahora, y ha de serlo por muchos meses, inexplicablemente penoso para mí. Nunca olvidaré su frase tan bien aplicada: «Si se hubiera usted conducido más caballerosamente.» Ésas fueron sus palabras. No sabe usted, no puede concebir cuánto me han torturado. No obstante, confieso que transcurrió algún tiempo hasta que reconocí que eran merecidas.



—Bien cierto es que estaba yo muy lejos de suponer que lo habían mortificado tanto. No tenía la menor idea de que pudiese sentirse así.

—No lo pongo en duda. Estoy seguro de que usted creía que yo estaba vacío de todo sentimiento elevado. Tampoco olvidaré jamás su talante al decirme que no podía haberme dirigido de otro modo menos a propósito para aceptarme.

—No me lo recuerde, por favor; olvidemos ese episodio. Le aseguro que hace tiempo que me avergüenzo de todo ello.

Darcy mencionó su carta.

—¿La indujo a pensar en mí? —preguntó—. ¿Dio crédito a su contenido al leerla?

Ella explicó cuál había sido el efecto de la misiva y cómo sus antiguos prejuicios se habían ido esfumando.

—Sabía —siguió él— que lo que escribiera había de apenarla, pero era preciso. Supongo que habrá destruido la carta. Había en la misma una parte, en especial el comienzo, que temía que leyese por segunda vez. Recuerdo ciertas expresiones que justamente podían hacer que me odiase.

—La carta se quemará si usted lo cree esencial para conservar mi afecto; pero aunque ambos tengamos razón para pensar que mis opiniones no son por completo invariables, no creo que hayan cambiado tan fácilmente como usted quiere dar a entender.

—Cuando escribí semejante carta —replicó Darcy— me juzgaba tranquilo y frío, pero después me convencí de que la redacté embargado por la más profunda amargura.

—Acaso comenzaba con amargura, mas no terminaba así; la despedida era todo benevolencia. Pero no piense más en la carta. Los sentimientos de la persona que la escribió y los de la que la recibió son ahora tan diferentes, que cuantas circunstancias desagradables se refieren a ella deben echarse al olvido. Ha de aprender usted algo de mi filosofía. Recuerde sólo en el pasado aquello que le sea grato.

—Me resulta imposible creer en esa filosofía. Sus evocaciones han de verse tan vacías de reproche que la satisfacción que le producen no proviene de filosofía alguna, sino de algo mejor, la ignorancia. Pero conmigo no se da ese caso; se interponen penosos recuerdos que no pueden, que no deben ser olvidados. He sido, durante toda mi vida, egoísta en la práctica, ya que no en los principios. Cuando niño me enseñaron qué estaba bien, pero nadie me enseñó a corregir mi temperamento. Me inculcaron buenas normas, pero dejaron que siguiese siendo orgulloso y vano. Por desgracia, como hijo único durante varios años, fui consentido por mis padres, quienes, aun siendo en sí buenos (mi padre en particular era todo benevolencia y amor), me permitieron, me alentaron, casi me enseñaron a ser egoísta y despótico, a no cuidarme de nadie fuera del círculo de mi familia, a considerar muy poco a los demás, o, por lo menos, a despreciar la cordura y el valor del prójimo en comparación con los míos. Así fui desde los ocho a los veintiocho años, y aún lo sería si no fuese

por usted, queridísima, amadísima Lizzy. ¿Qué no he de deberle? Me ha dado una lección, ciertamente dura al principio, pero muy provechosa; por usted quedé humillado como convenía, usted me mostró cuán insuficientes eran mis pretensiones para complacer a una mujer merecedora de ser complacida.

—¿Y está persuadido de que lo merezco?

—Por supuesto que lo estoy. ¿Qué pensará usted de mi vanidad? Creía que esperaba, que deseaba mi declaración.

—Mi actitud debió de inducirlo a engaño, pero le aseguro que sin intención. Nunca pretendí engañarlo; pero mi ánimo me conduce a menudo a errar. ¡Cuánto ha debido de odiarme desde aquella tarde!

—¿Odiarla a usted? Quizá me sintiese enfadado al principio, pero ese resentimiento mío comenzó pronto a tomar el rumbo conveniente.

—Casi no me atrevo a preguntarle qué pensó al encontrarme en Pemberley. ¿Me censuró usted por ir allí?

—No. Sencillamente me sorprendió.

—Su sorpresa no pudo ser mayor que la mía. Mi conciencia me aseguraba que no merecía una amabilidad como aquélla, y confieso que no esperaba recibir sino lo que me merecía.

—Mi propósito entonces —contestó Darcy— fue demostrarle, con cuanta cortesía pudiera, que no era tan ruin como para alimentar rencor por lo pasado; y esperaba obtener su perdón y aminorar su mala opinión de mí haciéndole ver que sus reproches habían sido tomados en cuenta. Ahora mismo me costaría decirle cuánto tardaron otros deseos en mezclarse con ése, pero creo que ocurrió a la media hora de haberla visto.

Al llegar aquí manifestó él la complacencia que tuvo Georgina con su trato y la desilusión que experimentó por la súbita interrupción del mismo, lo que condujo, como era natural, a la causa de tal interrupción. Y pronto supo Lizzy que la resolución de marchar del condado de Derby en busca de Lydia la había tomado antes de salir de la posada, y que su actitud grave y pensativa no se debían sino a las luchas morales relacionadas con semejante propósito.

Ella volvió a expresarle su gratitud, pero era un asunto demasiado penoso para insistir más en él.

Después de andar varias millas lentamente, demasiado abstraídos en su conversación, al mirar sus relojes vieron que era hora de regresar a casa.

—¿Qué habrá sido de Bingley y de Jane?

He ahí una pregunta que los llevó a tratar de los asuntos de éstos. Darcy estaba encantado de que se hubiesen prometido. Su amigo le había dado la noticia de inmediato.

—¿Me permite preguntarle si le sorprendió? —dijo Lizzy.

—De ninguna manera. Al marcharme comprendí que eso ocurriría pronto.

—Es decir, que usted le dio su autorización. Lo suponía.

Y aunque él protestó contra semejante frase, ella comprendió que de algún modo había sido así.

—La tarde anterior a mi salida para Londres —dijo él— hice a Bingley una confesión que debí haberle hecho hacía tiempo. Le expuse cuanto había ocurrido para cambiar en absurda e impertinente mi anterior intromisión en sus asuntos. Su sorpresa fue grande; jamás había abrigado la menor sospecha. Le dije, además, que me creía equivocado al suponer que le era indiferente a su hermana, Lizzy, y de inmediato me di cuenta de que su afecto hacia ella no había disminuido, de modo que no abrigué duda sobre su mutua felicidad.

Lizzy no pudo evitar sonreír ante el modo en que Darcy guiaba a su amigo.

—Cuando le dijo usted que mi hermana lo quería, ¿hablaba en base a su propia observación o sólo por lo que yo le informé la primavera pasada?

—Por lo primero. La estudié minuciosamente durante las dos últimas visitas que hice aquí, y quedé convencido de su afecto.

—Y supongo que su afirmación lo convenció de inmediato.

—Así fue. Bingley es muy modesto, carece de toda afectación. Su timidez ha impedido que se fiase de su propio juicio, pero su sumisión al mío lo facilitó todo. Tuve que confiarle una cosa que durante un tiempo, y no sin razón, le molestó. No pude permitirme ocultarle que su hermana había estado tres meses en la capital durante el invierno pasado, que yo lo sabía y que se lo oculté adrede. Eso le irritó. Pero estoy seguro de que su ira no duró sino el tiempo que permaneció en duda sobre los sentimientos de su hermana. Ahora me ha perdonado de corazón.

Lizzy habría deseado declarar que Bingley debía de ser un amigo encantador por la facilidad con que se dejaba guiar, pero se contuvo. Recordó que Darcy tenía que aprender a tomárselo a risa, y que era demasiado pronto para empezar. Hablando, pues, de la felicidad de Bingley, que por fuerza debía de ser inferior a la suya, continuó él su plática hasta que llegaron a la casa. En el vestíbulo, se separaron.

—Querida Lizzy, ¿por dónde habéis estado paseando? —preguntó Jane en cuanto se sentaron a la mesa del comedor con todos los demás. Como respuesta, sólo pudo decir que habían andado hasta donde acababa el terreno por ella conocido. Al decirlo se sonrojó, pero nada despertó sospecha.

La velada pasó con tranquilidad. Los novios oficiales charlaron y rieron; los enamorados secretos permanecieron callados. Darcy no era propenso a mostrarse alegre cuando se sentía feliz, y Lizzy, agitada y confusa, sabía, más que sentía, que era dichosa; porque además del aturdimiento por lo que ya se ha explicado, la embargaban otros temores. Preveía el modo en que reaccionaría su familia al conocerse su situación; sabía que nadie, aparte de Jane, simpatizaba con Darcy, y hasta creía que a los demás les causaba tanto disgusto que ni su fortuna ni su influencia podían borrarlo.

Por la noche se sinceró ante Jane, y aunque hasta la duda estaba muy lejos de los hábitos ordinarios de ésta, en este caso se mostró incrédula.

—¿Te burlas de mí, Lizzy? ¡Es imposible! ¡Prometida con Mr. Darcy! No me engañarás.

—¡Mal comienzo es éste, en verdad! Tenía cifrada en ti toda mi confianza, pues estoy segura de que nadie me creerá si tú no me crees. No digo sino la verdad. Él me ama todavía, y nos hemos prometido.

Jane la miró con expresión de duda.

—Lizzy, no puede ser; sé lo mucho que te desagrada.

—Tú no sabes nada de este asunto. Todo lo que dices pertenece al pasado. Acaso no lo haya amado siempre tanto como ahora, pero en casos así lo correcto es no tener memoria. Ésta es la última vez que lo recordaré.

Jane la miraba asombrada. Lizzy le aseguró de nuevo que era verdad.

—¡Dios mío! ¿Es posible? No me queda más remedio que creerte —dijo Jane—. ¡Mi querida, mi querida Lizzy, te felicitaría... te felicito ya! Pero ¿estás segura, y perdona la pregunta, estás completamente segura de que serás dichosa a su lado?

—Sin duda. Ya hemos convenido en que seremos la pareja más dichosa del mundo. Pero ¿estás contenta, Jane? ¿Te gustará que sea tu cuñado?

—Mucho, muchísimo; nada puede proporcionarnos mayor placer a Bingley y a mí. Pero tanto él como yo lo considerábamos imposible. Y tú ¿lo amas lo suficiente? ¡Oh, Lizzy, haz cualquier cosa antes de casarte sin estar enamorada! ¿De veras sientes lo que se debe sentir?

—¡Oh, sí! Mi amor es más profundo, quizá, de lo que debería ser.

—¿Qué quieres decir?

—He de confesarte que lo quiero más que tú a Bingley, aunque temo que esto te incomode.

—Hermana querida, te ruego que seas formal y que hables seriamente. Dime sin dilación cuanto haya de saber. ¿Desde cuándo lo amas?

—Ha ocurrido tan gradualmente que no sabría decirte cuándo empezó, pero si he de ponerle una fecha, creo que cuando vi sus hermosas posesiones de Pemberley.

Otro ruego de Jane en el sentido de que fuese formal produjo el ansiado efecto, y Lizzy pronto satisfizo a su hermana afirmando que su amor era sincero. Una vez convencida de este punto, Jane ya no podía desear más.

—Ahora soy completamente feliz —dijo—, porque lo serás tanto como yo. Siempre lo he apreciado. Aunque no fuera sino por el amor que siente por ti, siempre lo habría estimado; pero ahora, como amigo de Bingley y marido tuyo, no puede haber nadie sino Darcy y tú que seréis más caros a mi corazón. Pero, Lizzy, has sido muy callada, muy reservada conmigo. ¡Qué poco me hablaste de lo que ocurrió en Pemberley y en Lambton! Cuanto sé, se lo debo a otro, no a ti.

Lizzy expuso los motivos de su secreto. No había querido hablar de Bingley, y ésa había sido la principal causa de que también evitara pronunciar el nombre de su amigo. Pero ahora ya no quería ocultar la participación de éste en el casamiento de Lydia. Todo quedó expuesto, y así las dos hermanas se pasaron la mitad de la noche conversando.

—¡Dios mío! —exclamó Mrs. Bennet al asomarse a la ventana a la mañana siguiente—, ¡si ese desagradable Mr. Darcy no viniera más con nuestro querido Bingley! ¿Qué pretenderá con su odiosa insistencia en presentarse aquí? Ya podría irse a cazar o a hacer otra cosa, en lugar de molestarnos con su compañía. ¿Qué haremos con él? Lizzy, invítalo de nuevo a pasear, para que no importune a Bingley.

Lizzy apenas pudo evitar reír al escuchar proposición tan conveniente, por más que lamentara que su madre siempre se refiriera a Darcy con epítetos tan desagradables.

En cuanto ambos caballeros entraron, Bingley miró a Lizzy significativamente, dándole la mano con tal efusión que ella no tuvo dudas de que estaba al corriente de todo, y pronto dijo en voz alta:

—Mrs. Bennet, ¿no tiene usted por ahí otros caminos por los que Lizzy pueda extraviarse de nuevo?

—Recomiendo a Mr. Darcy, a Lizzy y a Kitty —dijo Mrs. Bennet— que esta mañana vayan a la montaña de Oakham. Es un paseo largo y precioso, y Mr. Darcy nunca ha contemplado ese panorama.

—Eso puede resultar agradable para Lizzy y mi amigo —replicó Bingley—, pero estoy convencido de que resultará excesivo para Kitty. ¿No es así, Kitty?

Ésta confesó que quería quedarse en casa; Darcy manifestó gran curiosidad por disfrutar de la vista que ofrecía la montaña, y Lizzy accedió en silencio. Cuando ésta subió para arreglarse, Mrs. Bennet la siguió diciendo:

—Lizzy, siento muchísimo que te veas obligada a soportar la compañía de persona tan desagradable; pero espero que no te importe; todo es por Jane, ya lo

sabes, y, además, no hay por qué hablarle más que de vez en cuando. No te molestes.

Durante el paseo quedó resuelto que durante la velada se pediría a Mr. Bennet su consentimiento. Lizzy se reservó el anunciárselo a su madre. No imaginaba cómo lo tomaría; a veces dudaba de si toda la riqueza e influencia de Darcy serían suficientes para contrarrestar el odio que le profesaba. Pero tanto si acogía con entusiasmo la noticia como si la rechazaba, era seguro que lo haría de forma desatinada, y por eso a Lizzy le contrariaba el que Darcy tuviese que escuchar tanto sus muestras de entusiasmo como de desaprobación.

Por la tarde, poco después de que Mr. Bennet se hubiese retirado a su biblioteca, Darcy se levantó y lo siguió. Lizzy comenzó a sentirse presa de una intensa agitación. No temía la oposición de su padre, pero sabía que se sentiría desgraciado, y el que fuese ella, su hija favorita, quien lo afligiera con su elección, quien provocase en él temores y pesadumbres, la entristecía. Tales reflexiones duraron hasta que Darcy volvió a aparecer y hasta que, al mirarlo, quedó aliviada con su sonrisa. A los pocos minutos se aproximó a la mesa a la que estaba sentada con Kitty, y haciendo como que miraba su labor, le dijo al oído:

—Vaya con su padre; la necesita en la biblioteca.

Ella marchó de inmediato.

Su padre se paseaba por la estancia con aire grave y ansioso.

—Lizzy —le dijo—, ¿qué haces? ¿Has perdido el juicio para aceptar a ese hombre? ¿No lo has odiado siempre?

¡Cuán vivamente habría deseado Lizzy que sus primeros juicios sobre Darcy hubieran estado más puestos en razón y que sus expresiones hubieran sido más moderadas! Le habría ahorrado ciertas explicaciones y confesiones que temía muchísimo hacer; pero ahora resultaban necesarias, y, así, le aseguró a su padre, no sin cierta confusión, su afecto hacia Darcy.

—Es decir, que estás decidida. Es rico, ciertamente; podrás disfrutar de más bonitos vestidos y de elegantes coches. Pero ¿te hará feliz?

—¿No tienes otra objeción que hacer —dijo Lizzy— sino el creerme indiferente?

—Ninguna más. Todos sabemos que es hombre orgulloso y desagradable, pero eso nada importa si lo quieres.

—Pues lo quiero, lo quiero —replicó ella con lágrimas en los ojos—. Lo amo. Y la verdad es que no es orgulloso sino muy amable. En realidad, nadie lo conoce, por eso te suplico que no me apenes hablándome de él en esos términos.

—Lizzy —añadió su padre—, le he dado mi consentimiento. Es hombre a quien no rehusaría jamás nada que quisiera pedirme. Ahora, te lo entrego si estás resuelta a tomarlo. Pero déjame advertirte que lo pienses mejor. Sé que no podrás ser dichosa ni respetable si no amas a tu marido, si no lo consideras como a un ser superior. Tu temperamento te colocaría en los mayores peligros con un matrimonio desigual; con dificultad evitarías el descrédito y la desgracia. Hija mía, no me des el sinsabor de verte incapaz de respetar al compañero de toda tu vida. No sabes a lo que te expones.

Lizzy, todavía más afectada, estuvo vehemente y solemne en su contestación, y al fin, con repetidas aseveraciones de que Darcy era el objeto de su elección, con exponer el cambio gradual que había experimentado en cuanto a su estimación, con hacer constar la seguridad absoluta de que el afecto de él no era cosa de un día, sino que había resistido la prueba de muchos meses, y enumerar con energía todas sus cualidades, venció la incredulidad de su padre, logrando reconciliarlo con la idea de ese casamiento.

—Bien, querida mía —le dijo él cuando terminó de hablar—, no tengo más que decirte; si es así, te merece. No te habría entregado, Lizzy mía, a otro que valiera menos.

Para completar la impresión favorable refirió entonces a su padre lo que Darcy había hecho espontáneamente por Lydia.

—¡Ésta es noche de asombros! ¿De modo que Darcy lo hizo todo: llevó a cabo el casamiento, dio el dinero, pagó las deudas de ese individuo y compró su empleo? Tanto mejor; me ahorrará molestias y privaciones. Si hubiera sido cosa de tu tío habría tenido que pagarle, y lo habría hecho, pero estos jóvenes enamorados lo hacen todo en un abrir y cerrar de ojos. Mañana le ofreceré pagarle, él protestará y se enfadará en nombre del amor que te profesa, y así concluirá la cuestión.

Recordó entonces Mr. Bennet la turbación de Lizzy cuando le leía la carta de Collins, y tras gastarle algunas bromas, le permitió marcharse, diciéndole cuando abandonaba la estancia:

—Si viene algún caballero por Mary o Kitty, envíamelo, que estoy disponible para todos.

Infinitamente más tranquila, y tras reflexionar por media hora en su habitación, Lizzy se halló en disposición de unirse a los demás con expresión normal. Era todo demasiado reciente y costaba reprimir la alegría, pero la velada transcurrió con tranquilidad; nada más tenía que temer, y el bienestar del reposo y de la familiaridad vendrían a su tiempo.

Cuando su madre volvió a su dormitorio por la noche, le dio la importante noticia. Su efecto fue extraordinario, porque al principio Mrs. Bennet quedó anonadada al escucharla, incapaz de articular palabra; y no fue sino tras muchos minutos que atinó a comprender lo oído, aun cuando por lo general no era reacia a creer lo que se refiere a las ventajas de su familia o a cuanto significase noviazgo para una de sus hijas. A la postre comenzó a recobrarse, a mostrarse agitada, a levantarse y volver a sentarse, a admirarse y congratularse:

—¡Dios mío! ¡Dios me bendiga! ¡Oh, querida mía! ¡Mr. Darcy! ¡Quién lo habría pensado! ¡Oh, mi queridísima Lizzy, qué rica e importante vas a ser! ¡Qué joyas, qué carruajes tendrás! ¡Lo de Jane no vale nada, nada en absoluto! ¡Estoy tan contenta, soy tan feliz! ¡Qué hombre tan encantador, tan guapo, tan apuesto! ¡Oh, mi querida Lizzy, dispénsame por haberme disgustado tanto antes, supongo que él lo hará! ¡Querida, querida Lizzy! ¡Una casa en la capital! ¡Todo lo apetecible! ¡Tres hijas

casadas! ¡Diez mil libras anuales! ¡Oh, Dios mío!, ¿qué va a ser de mí? Voy a enloquecer.

Eso era suficiente para demostrar que su aprobación no había de ponerse en duda, y Lizzy, satisfecha de que tales efusiones no hubieran sido oídas más que por ella, se marchó pronto. Pero no llevaba tres minutos en su habitación, cuando entró su madre.

—¡Queridísima hija —exclamó—, no puedo pensar en otra cosa! ¡Diez mil libras anuales, y acaso más! ¡Eso es tan bueno como un lord! ¡Y un privilegio! ¡Habrás de casarte con licencia especial! Pero, queridísimo amor mío, ¿a qué plato que yo pueda preparar mañana es especialmente aficionado Mr. Darcy?

Aquello era mal presagio de lo que prometía ser la conducta de su madre para con el caballero, y Lizzy supo que, aun viéndose en posesión de su más caluroso afecto y segura del consentimiento de su propia familia, aún tenía algo que desear. Pero la mañana transcurrió mejor que se esperaba, porque, felizmente, su futuro yerno infundía tal temor a Mrs. Bennet, que ésta no osaba hablarle sino cuando podía dedicarle alguna atención o asentía con monosílabos ante lo que decía.

Lizzy tuvo la satisfacción de ver que su padre se afanaba por intimar con él, y aun le aseguró que cada día crecía en su estima.

—Admiro a mis tres yernos —decía—. Wickham acaso sea mi favorito; pero creo que tu marido me gustará tanto como el de Jane.



Una vez recobrada la tranquilidad, Lizzy pidió a Darcy que le contase cómo se había enamorado de ella.

—¿Cuál fue el principio? —preguntó—. Comprendo que siguieras una vez que habías comenzado, pero ¿qué te movió al principio?

—No puedo concretar la hora, ni el sitio, ni la mirada, ni las palabras que asentaron los fundamentos. Hace ya bastante tiempo. Cuando me di cuenta de que había principiado, me hallaba ya a medio camino.

—En cuanto a mi belleza, pronto se te resistió, y por lo que toca a mis modales, mi conducta para contigo lindaba por lo menos con lo descortés, nunca te dirigí la palabra sin sentir más deseos de ocasionarte pena que de dejarte en paz. Sé, pues, franco; ¿me admiraste por mi impertinencia?

—Por la vivacidad de tu carácter.

—Puedes llamarla impertinencia desde luego, pues era poco menos que eso. El hecho es que estabas harto de cortesías, de deferencias, de atenciones. Te disgustaban las mujeres que hablaban, miraban y pensaban siempre sólo para conseguir tu aprobación. Yo te irrité y te interesé por no parecerme a ellas. Por eso me habrías odiado si no hubieras sido, en realidad, digno de que se te amase; pero a pesar del esfuerzo que te tomaste en disfrazarte, tus sentimientos fueron nobles y justos, y desde el fondo de tu corazón despreciabas a las personas que te cortejaban con tanta asiduidad. Mira cómo te he ahorrado el trabajo de contármelo; y en verdad que, considerando todo, comienzo a tenerlo por perfectamente razonable. Estoy segura de que no reconoces ahora en mí ninguna bondad positiva, pero nadie piensa en eso cuando está enamorado.

—¿No había bondad en tu afectuosa conducta para con Jane cuando estaba enferma en Netherfield?

—¡Mi queridísima Jane!, ¿quién podría haber hecho menos por ella? Pero tómallo por virtud si quieres. Mis buenas cualidades quedan bajo tu protección y tú estás para exagerarlas cuanto sea posible. En cambio, a mí me corresponde encontrar ocasiones de contrariarte y de disputar contigo tan a menudo como pueda; de modo que empezaré por preguntarte: ¿qué te hacía dar tantos rodeos? ¿Por qué te mostraste tan tímido cuando nos visitaste por primera vez, y luego cuando comiste aquí? ¿Por qué, en especial al mirarnos, disimulabas el que yo te importase?

—Porque te veía seria y silenciosa y no hacías nada para alentarme.

—Pero es que estaba azorada.

—Y yo también.

—Bien podías haberme hablado más cuando viniste a comer.

—Lo habría hecho cualquiera que estuviese menos emocionado que yo.

—¡Qué desgracia que siempre tengas una respuesta razonable, y que yo sea también tan razonable como para admitirla! ¡Pero me admira lo eterno que habría sido esto por ti! ¿Cuándo me habrías hablado si yo no hubiera dado el primer paso? Mi resolución de agradecerte tu bondad para con Lydia produjo buen efecto; demasiado: estoy asustada, porque ¿qué va a ser de la moral si nuestra felicidad brotó del incumplimiento de una promesa? Yo no debía haber mencionado ese tema. Nunca más lo haré.

—No debes atormentarte: la moral quedará a salvo. El injustificable proceder de lady Catherine para separarnos fue el medio de remover todas las dudas. No debo mi actual dicha a tu vehemente deseo de expresar tu gratitud, no estaba de humor para esperar que me dijese nada; el relato de mi tía me había prestado esperanzas, y hallábame decidido a saberlo todo de una vez.

—Lady Catherine nos ha sido de infinita utilidad, lo que debería hacerla feliz, ya que le gusta ser útil. Pero, dime, ¿por qué volviste a Netherfield? ¿Fue sólo para venir a Longbourn a azorarte o habías pensado en resultado más serio?

—Mi verdadero propósito era verte y juzgar si debía abrigar aún esperanzas de que me amases. Lo que confesaba, o me confesaba a mí mismo, era ver si tu hermana estaba aún interesada por Bingley, y de ser así manifestarle lo que con anterioridad había hecho.

—¿Tendrás el valor de anunciar a lady Catherine lo que le espera?

—Probablemente me falte tiempo antes que valor, Lizzy. Pero hay que hacerlo, y si me das una hoja de papel, lo haré en este mismo instante.

—Y si yo no tuviera otra carta que escribir podría sentarme a tu lado y admirar tu hermosa letra, como cierta señorita hizo en otra ocasión. Pero también tengo una tía de la que no puedo olvidarme por más tiempo.

Por no querer confesar cuánto se había exagerado su intimidad con Darcy, Lizzy aún no había contestado la larga carta de Mrs. Gardiner, pero ahora, que estaba en condiciones de comunicar lo que sería muy bien recibido, casi se avergonzaba de comprobar que sus tíos habían sido privados de tres días de satisfacción, y al punto escribió lo que sigue:

Te habría dado antes, cual era mi deber, querida tía, las gracias por tu larga, amable y satisfactoria relación del hecho que sabes, pero, a decir verdad, estaba demasiado afligida para escribir. Pero ahora, supón lo que quieras, da rienda suelta a tu fantasía, deja volar la imaginación y, menos creermelo ya casada, no podrás errar mucho. Pronto volverás a escribirme para encomiarme aún más de lo que lo hacías en tu última carta. Agradezco una y mil veces el no haber ido a los Lagos; ¿cómo pude ser tan necia que lo deseara? Tu idea de las jacas es deliciosa; recorreremos el parque todos los días. Soy la mujer más feliz del mundo. Quizá otros lo habrán dicho, pero ninguno con tanta verdad. Soy más feliz incluso que Jane; ella sólo sonríe, yo río. Darcy te envía cuanto cariño puede escatimarme a mí. Habéis de venir todos a Pemberley en Navidad.

Tu, etc.

La misiva de Darcy a lady Catherine fue de otro estilo, y diferente de ambas ésta que Mr. Bennet envió a Collins en contestación a la suya:

Querido primo:

Tengo que molestarte una vez más por cuestión de enhorabuenas: Lizzy será pronto la esposa de Mr. Darcy. Consuela a lady Catherine lo mejor que puedas; pero, yo que tú, me quedaría con el sobrino: tiene más que dar.

Tu afectísimo, etc.

La carta de felicitación que Miss Bingley envió a su hermano por su próximo casamiento fue tan afectuosa como falta de sinceridad. Hasta escribió a Jane con tal motivo, exponiéndole su satisfacción y repitiéndole sus anteriores seguridades de cariño. Jane no se engañó, pero la agradeció, y aun sin sentir confianza con ella, no pudo evitar el remitirle una contestación mucho más amable de la que, en su opinión, merecía.

La alegría de Miss Darcy al recibir la noticia fue tan sincera como la de su hermano al comunicársela. Cuatro páginas de papel parecían insuficientes para expresar su satisfacción y su ardiente deseo de merecer el cariño de su cuñada.

Antes de que llegase la respuesta de Collins ni felicitación de su esposa para Lizzy, la familia de Longbourn oyó que los Collins en persona iban a venir a casa de los Lucas. La razón de viaje tan repentino pronto fue conocida por todos. Lady Catherine se había enfadado tanto con el contenido de la carta de su sobrino, que Charlotte, que de veras se alegraba del casamiento, deseaba marcharse hasta que pasara la tempestad. En semejante ocasión, la llegada de su amiga fue un verdadero placer para Lizzy, aunque en el curso de sus entrevistas hubo de sentir, a veces, menguado semejante placer al ver a Darcy expuesto a la pomposa y molesta cortesía del marido de aquélla. Pero Darcy lo soportó con admirable calma. Hasta pudo escuchar también a sir William Lucas cuando le cumplimentó por llevarse la más brillante joya de la comarca y le comunicó sus esperanzas de encontrarse con frecuencia en St. James. Si se encogió de hombros fue sólo después de perder de vista a sir William.

La vulgaridad de Mrs. Philips fue otra, y quizá la mayor, de las contribuciones impuestas a su paciencia; y aunque dicha señora, lo mismo que su hermana, le profesaba sobrado respeto para hablarle con la familiaridad a que el buen humor de Bingley prestaba alientos, no obstante, cuando hablaba no podía evitar resultar vulgar. Ni el respeto a él, que la hacía más moderada, pudo tornarla más distinguida. Lizzy hacía cuanto podía para protegerlo de todos, pues ansiaba tenerlo siempre para sí y para aquellos de su familia que hablaran con él sin mortificarlo, y aunque los sentimientos molestos que de todo eso brotaron quitaron al período de noviazgo muchos de sus placeres, añadieron mayores esperanzas para el futuro, y así ella pensaba con creciente embeleso en el momento en que estuviesen lejos de un ambiente que tanto les desagradaba, disfrutando de la comodidad y elegancia de la vida familiar de Pemberley.

Dichoso para sus sentimientos maternos fue el día en que Mrs. Bennet se separó de sus dos más beneméritas hijas.

Es de suponer con cuán delicioso orgullo visitó después a Mrs. Bingley y habló de Mrs. Darcy. Deseo poder decir, por consideración a su familia, que el cumplimiento de sus más caros anhelos con el casamiento de tres de sus hijas produjo el dichoso efecto de tornarla mujer sensible, amable y cabal para toda su vida; pero acaso fuera una suerte para su marido, quien no habría podido disfrutar de la felicidad doméstica de manera tan desusada. A pesar de todo, continuó nerviosa en ocasiones e invariablemente estúpida.

Mr. Bennet echó mucho de menos a su segunda hija; el afecto especial que siempre había sentido por ella lo impulsaba a salir de casa más a menudo que de costumbre. Le gustaba ir a Pemberley, en especial cuando menos lo esperaban.

Bingley y Jane permanecieron en Netherfield por un año. Vecindad tan próxima a su madre y a los parientes de Meryton no resultaba apetitosa para el temperamento sencillo de él ni para el enamorado corazón de ella. Entonces quedó satisfecho el deseo favorito de las hermanas de Bingley: compró éste una finca en un condado cercano al de Derby, y Jane y Lizzy vieron colmada su felicidad al vivir separadas sólo por treinta millas una de otra.

Kitty se aprovechó de la situación de las hermanas mayores y pasaba todo el tiempo que podía con ellas. En sociedad tan superior a la que conociera de ordinario, fue grande su progreso. Su temperamento no era tan indomable como el de Lydia, y libre del influjo del ejemplo de ésta, llegó, con atención y dirección convenientes, a ser menos irritable, menos ignorante y menos superficial. Como era natural, se procuró evitarle la compañía de Lydia, y así, aunque Mrs. Wickham la invitó con frecuencia a su casa con la promesa de bailes y amigos, su padre nunca consintió que fuese.

Mary fue la única que siguió en la casa, y, necesariamente, se vio obligada a prodigar sus atenciones a Mrs. Bennet, que no sabía estar sola. Tuvo por eso que mezclarse más con el mundo; pero aún pudo filosofar sobre las visitas matutinas, y como nadie la mortificaba ahora comparando su belleza con la de sus hermanas, su padre sospechó que se adoptaba a la nueva situación sin disgusto.

En cuanto a Wickham y Lydia, su modo de ser no sufrió cambio alguno por los casamientos de sus hermanas. Él sobrellevaba con la mayor presencia de ánimo la convicción de que Lizzy conocería ahora cuanto se refería a su vida pasada, y, no obstante, abrigaba la esperanza de que Darcy lo ayudaría a hacer fortuna. La carta de felicitación que Lizzy recibió de Lydia por su matrimonio, le dio a conocer que semejante esperanza era acariciada, si no por él mismo, al menos por su mujer. La carta rezaba:

Mi querida Lizzy:

Te deseo alegría. Si amas a Darcy la mitad que yo a mi querido Wickham, serás muy dichosa. Es una gran suerte saber que eres tan rica, y cuando no sepas qué hacer, espero que te acuerdes de nosotros. Estoy segura de que a Wickham le gustaría muchísimo un destino en la corte, y no creo que tengamos dinero suficiente para vivir allí sin ninguna ayuda. Me refiero a una plaza de trescientas o cuatrocientas libras anuales aproximadamente; pero, de todos modos, no hables de ello a Darcy si no lo ves posible.

Tu, etc.

Y como ocurría que Lizzy lo veía muy poco posible, en su contestación trató de poner fin a todo ruego y esperanza de tal género. Pero algún alivio, tal como podía proporcionárselo, practicando lo que podría llamarse economía doméstica, le envió con frecuencia. Siempre había sido evidente que ingresos como los de Wickham administrados por dos personas tan derrochadoras y despreocupadas por el porvenir, habían de resultar muy insuficientes; y siempre que se mudaban era seguro que Jane o ella recibían alguna súplica de auxilio para pagar sus cuentas. Su modo de vivir, aun después que el restablecimiento de la paz lo confinase a un hogar, era en extremo desordenado. Siempre andaban cambiándose de un sitio a otro en busca de estancia más barata, gastando más de lo que podían. El afecto de él se convirtió pronto en indiferencia; el de ella duró un poco más, y a pesar de su juventud y de su aire, conservó todos los derechos a la reputación que su matrimonio le había granjeado.

Aunque Darcy nunca recibió a Wickham en Pemberley, lo ayudó a progresar en su carrera por consideración a Lizzy. Lydia les hizo alguna visita ocasional mientras su marido iba a divertirse a Londres o a los baños, y con los Bingley pasaban tanto tiempo que hasta el buen humor de éste se acabó y llegó a hablar de insinuarles que se marcharan.

Miss Bingley se sintió muy mortificada por el casamiento de Darcy; pero en cuanto se creyó con derecho a visitar Pemberley se mostró más afecta a Georgina que nunca, casi tan atenta con Darcy como hasta entonces, y pagó todos sus atrasos de cortesía a Lizzy.

Pemberley fue la morada de Georgina, y el afecto que profesaba a su hermana era tal como Darcy había esperado. Ambas fueron capaces de quererse mutuamente cuanto deseaban. Georgina tenía la más elevada idea de Lizzy, aunque al principio se asombrase y casi se alarmara al escuchar la manera juguetona de hablar que empleaba con su hermano, pues a ella siempre le había inspirado tal respeto que casi sobrepasaba al cariño, y ahora lo veía objeto de francas bromas. Pero Lizzy le hizo comprender que debía tranquilizarse, pues una mujer puede tomarse con su marido libertades que un hermano jamás puede tolerar de una hermana diez años menor que él.

Lady Catherine se indignó mucho con el casamiento de su sobrino; y como abrió la puerta a su genuina franqueza al contestar a la carta en que él le comunicaba su compromiso, usó un lenguaje tan extremado, en especial al referirse a Lizzy, que por un tiempo cesó toda relación. Pero al final, por influencia de Lizzy, se dejó persuadir de perdonar la ofensa y buscó una reconciliación; y tras algo más de resistencia por

parte de su tía, el resentimiento de ésta cedió ya por afecto hacia él, ya por curiosidad de ver cómo se conducía su esposa, y así se dignó visitarlos en Pemberley, a despecho de la contaminación que sus bosques habían sufrido no sólo con la presencia de semejante dueña, sino por las visitas de sus tíos desde la capital.

Con los Gardiner siempre estuvieron unidos por lazos de íntima amistad. Tanto Darcy como Lizzy les profesaban cariño sincero. Ambos les estaban muy agradecidos, pues no olvidaban que habían sido quienes, al llevar a Lizzy al condado de Derby, habían facilitado su anhelado matrimonio.



JANE AUSTEN (1775-1817), nacida en Steventon, Inglaterra, ocupa un lugar destacado en la historia de la literatura inglesa. Interesada especialmente en la psicología de los personajes y en las relaciones humanas, cultivó el retrato íntimo y el estudio de la vida doméstica, apoyándose en un estilo depurado y en una indudable perfección técnica. Es autora de seis novelas, todas ellas publicadas en Penguin Clásicos: *Sentido y sensibilidad* (1811), *Orgullo y prejuicio* (1813), *Mansfield Park* (1814), *Emma* (1815), *La abadía de Northanger* (1818) y *Persuasión* (1818).

# Notas



[1] Si se desea profundizar en la influencia de *Sir Charles Grandison* en Jane Austen, quien sin duda se embebió de la obra de Richardson que tanto admiraba, consúltese el útil libro de Frank Bradbrook, *Jane Austen and her Predecessors*. <<

[2] Resulta interesante especular sobre los pintores cuyas obras admiró en Londres en 1813, además de Reynolds. Es posible que fueran Gainsborough y George Romney, pero los retratos más recientes debían ser de sir Thomas Lawrence (1769-1825), sir Henry Raeburn (1756-1823), John Hoppner (1758-1810) y Johan Zoffany (1723-1810). Lawrence se consideraba un fiel seguidor de los *Discursos sobre arte* de Reynolds, aunque en una ocasión dijera que Reynolds «tenía un temperamento frío, era un filósofo por la ausencia de las pasiones». Algunos de los retratos que Lawrence hizo de damas elegantes desprenden todavía una dulzura y una pureza generalizadas, aunque tal vez no se trate de la verdadera característica general del neoclasicismo. Hoppner fue también famoso como pintor de mujeres hermosas y, en una ocasión, probablemente más por envidia competitiva que por verdadera indignación, hizo la siguiente declaración, un tanto extraña: «Las damas de Lawrence muestran una chabacana relajación del buen gusto, y en ocasiones traspasan los límites de la castidad moral y profesional». Quizá Raeburn —«el Velázquez escocés»— consiga algo más de individualismo en sus retratos que Lawrence. En 1901, sir Walter Armstrong escribió sobre su obra: «Sus cuadros siempre están bien centrados. Nuestra mirada se dirige invariablemente al centro mismo, donde la personalidad del modelo aparece entronizada junto a los accidentes de su estado». Las bellezas de Lawrence debieron de ser demasiado modernas para que Jane Austen encontrara a Mrs. Bingley entre ellas. Al parecer, Hoppner y Raeburn pintaron un repertorio más amplio de damas, desde el punto de vista de su clase social, por lo que resulta posible que Jane Austen encontrara entre ellas una imagen fiel de su personaje. <<

[3] Véase Reuben Brower, *Jane Austen: Twentieth Century Views*, Ian Watt, ed., Prentice Hall, 1963. <<

[4] Walton Litz, *Jane Austen: A Study of her Artistic Development*, Oxford University Press, 1967. <<

[5] La obra del sociólogo Erving Goffman resulta relevante, en particular *The Presentation of Self in Everyday Life* [Hay trad. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, H. F. Martínez de Murquía, 1987], el primer capítulo de la cual se titula, precisamente, «Actuaciones». <<

[6] La fuga precipitada de Lydia, además del remoto pero parecido matrimonio de su padre, es lo que provoca el ataque más directo a las primeras impresiones por parte de Jane Austen. Justifica así el cambio de opinión de Elizabeth sobre Darcy: «Si la gratitud y el aprecio son buenas bases para el afecto, el cambio de sentimientos de Lizzy no parecerá ni improbable ni equivocado. Pero si, por el contrario, el interés que brota de tales fuentes no es razonable o natural en comparación con el tantas veces descrito como nacido de su primer coloquio, y aun antes de haber cambiado con él dos palabras, nada podrá alegarse en defensa de aquélla sino que había ensayado el último procedimiento con Wickham, y que su poco éxito podría, acaso, autorizarla a poner en práctica el otro método para buscar cariño».

Resulta bastante claro que Jane Austen recela de la inmediatez preverbal de la atracción sexual. En este ámbito en particular, sin duda pensaba que actuar con base en las primeras impresiones resultaba desastroso. Véanse más observaciones interesantes sobre la desconfianza de Jane Austen acerca del sexo en Marvin Mudrick, *Jane Austen: Irony as Defense and Discovery*, University of California Press, 1968. <<

[7] Véase «Character and Caricature in Jane Austen», en B. C. Southam, ed., *Critical Essays on Jane Austen*, Routledge, 1970. <<

[8] Véase la obra de Basil Bernstein sobre sociolingüística, en la que diferencia entre el código lingüístico restringido y el código lingüístico elaborado; el primero depende del lugar que ocupa una persona en la estructura social, mientras que el segundo no contiene esa restricción. <<



[9] «Ése era el deseo tanto de la madre de él como de la de ella. Desde que nacieron proyectamos su unión, y ahora, en el momento en que los anhelos de ambas hermanas iba a realizarse, ¿ha de verse impedido ese matrimonio por una joven de inferior condición social, sin importancia en el mundo y por completo ajena a la familia?».

El espectáculo de Elizabeth oponiéndose a los deseos, planes y esquemas de la sociedad —control posicional— es el que ayuda a creer en la posibilidad de cierto grado de autonomía individual. (Es un comentario razonablemente despiadado sobre el poder de esta sociedad para imponer relaciones basadas en la respetabilidad que los Bennet sientan un gran alivio cuando se anuncia que Wickham se casará con Lydia después de su fuga. «¡Y ha de casarse con semejante hombre! [...] ¡Qué extraño! ¡Y habremos de dar gracias!» Elizabeth, con su característica y perspicaz visión de las ironías de esa sociedad, observa lo extraño de un matrimonio que es a la vez indeseable, en virtud del carácter del novio, y absolutamente necesario, en virtud de las rígidas normas de la sociedad. La propiedad privada se apodera por completo de la felicidad privada. El propio hecho de la relación se ha vuelto más importante que los individuos que la componen.) <<

[10] Gilbert Ryle, en su interesante ensayo «Jane Austen and the Moralists», en el que sostiene que las ideas de Shaftesbury influyeron la ética y la estética de Jane Austen, señala que si bien utiliza a menudo la palabra «pensamiento», casi nunca utiliza la palabra «alma». <<

[11] Es interesante observar los nombres de los distintos lugares a los que Jane Eyre va y de los que se marcha, pues forman una sugerente evolución: Gateshead, Lowood, Thornfield, Moorhouse, Marshend, Ferndean, y cuando parte en busca de Rochester se encuentra en mitad de un bosque inexplorado. Sale de una casa inicialmente muy represiva, en la que su rebelión se manifiesta cuando pierde el conocimiento y se desmaya, como si tuviera la cabeza oprimida, y se dirige a los desconocidos espacios de la naturaleza: pasa de estar encerrada a cruzar los límites sociales. Sin embargo, no se trata de un avance inequívoco, y en realidad Jane Eyre reconoce al final la necesidad de los límites: sólo que serán los que ella misma trace y decida. Pero esto es otra historia. <<